LA DIVINA EUCARISTÍA

EXTRACTOS DE LOS ESCRITOS Y SERMONES

DEL

M. R. P. EYMARD

Fundador de la Sociedad del Santísimo Sacramento.

PRIMERA SERIE

La Presencia Real

MÉXICO
LIBRERÍA RELIGIOSA
HERRERO, HERMANOS, EDITORES
3, San José el Real, 3.

1895

MÉXICO.—Talleres de la « Librería Religiosa », Tiburcio, 18.

CENSURA ECLESIÁSTICA

OBISPADO
DE
TARBES

Hemos leído con delectación y diligencia la *Primera Serie de la Biblioteca del Santísimo Sacramento,* publicada por los Religiosos de la Congregación de este divino Misterio; y no sólo no hemos hallado nada que no esté conforme con las enseñanzas de la Iglesia y de la sagrada Teología acerca de este *misterio de fe*, sino que todo nos ha parecido lleno del espíritu de Dios, todo respira la piedad más dulce, más verdadera, más edificante. Al leer estas páginas se comprende mejor que nunca que la adorable Eucaristía es el centro de todo el catolicismo, que es verdaderamente el *Evangelio* que se renueva y perpetúa á través del tiempo y del espacio.

El Rdo. P. Eymard parece haber sido suscitado por Dios para fomentar entre nosotros esta gran devoción con su palabra, su Congregación y sus escritos. *Aún hablará*, *aunque haya muerto;* y estas *bellas reliquias de su pensamiento* y de su corazón serán para todos como un *día de fiesta* y un banquete perpetuo.

Dado en Tarbes á 10 de Septiembre de 1871.

† P. A.,
Obispo de Tarbes.

OBISPADO
DE
CARCASSONNA

CARCASSONNA, 10 Septiembre 1871.

Mi reverendo Padre:

Os doy gracias por haberme facilitado la vida y las obras del Rdo. P. Eymard. He tenido la dicha de conocer personalmente á este excelente Religioso, y con frecuencia he dado gracias al Dios de la Eucaristía por haber podido, aunque en pequeña parte, contribuir á la fundación de su piadoso Instituto. La vida del P. Eymard concuerda admirablemente con las enseñanzas eucarísticas de que ha sido apóstol, y con toda verdad puede aplicarse á él la palabra de nuestros Libros santos: *Coepit facere et docere.*

He notado que en sus discursos y escritos comentó muy especialmente el inagotable tema del Evangelio aplicado á la Eucaristía. Las meditaciones que habéis coleccionado, mi Rdo. Padre, agradarán muy mucho á las almas piadosas y no dejarán de acrecentar su devoción al sacramento del Altar.

Deseo, pues, á esa publicación el éxito legítimo á que tiene derecho, y os ruego ¡oh reverendo Padre! os dignéis acoger la expresión de mis más distinguidos y desinteresados homenajes en Nuestro Señor.

† FRANCISCO,
Obispo de Carcassonna.

Imprimatur.

† J. HIPP,
Archiepisc. Turonensis.

Die 8 Septembris 1871.

Imprimatur.

CAMERACI 22 Junii 1887.

FRANCISCUS EDVARDUS,

Arch. Cameracen.



Adveniat regnum tuum!

¡A Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, personalmente vivo en la Santísima Eucaristía, Adoración, Alabanza, Honor, Dignidad Real!



PREFACIO

DE LA

SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

Al ofrecer á los piadosos adoradores del Santísimo Sacramento estos *Motivos de Adoración*, debemos decir una palabra acerca de su origen y del objeto que nos proponemos al publicarlos.

I

El muy Rdo. P. Eymard dejó numerosas notas manuscritas acerca del Santísimo Sacramento. Estas notas eran el fruto de sus adoraciones y constituían el fondo de sus predicaciones. El hacía lo que enseñaba: predicaba como había orado; y lo que había dicho á Nuestro Señor en la intimidad de sa corazón, lo reproducía en alta voz para edificación é instrucción desus oyentes.

Nosotros las hemos dispuesto en cierto orden, y las publicaremos en varias series.

La primera, la que hoy ve la luz pública, tiene por objeto la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, su estado, su vida en la Eucaristía.

En breve podrán darse á luz los motivos de adoración acerca de la sagrada Comunión, y algo más tarde otras series de Meditaciones sobre las virtudes cristianas formadas en la escuela de la Eucaristía.

Estas notas salen tal y como las dejó el Padre Eymard. Apenas si hemos añadido de vez en cuando algunas palabras para la claridad de la frase.

También hemos cambiado alguna vez la manera de interlocución; así que lo que el Padre decía á los fieles, lo ponemos en boca del fiel dirigiéndose á Nuestro Señor Jesucristo.

No se busque, pues, en este pequeño volumen un tratado seguido acerca de la Eucaristía.

Cada Adoración forma un todo, más ó menos completo, suficiente para la piedad que ora, aunque tal vez deje algo que desear desde el punto de vista de las reglas de la composición.

A las Meditaciones tomadas de las notas del P. Eymard, hemos añadido algunas otras que se han sacado de sus pláticas á los fieles. Esta fuente no es menos pura ni menos auténtica que la primera. El Padre leyó alguna vez estas copias tomadas al dictado, y ha reconocido en ellas su pensamiento, su expresión misma. He aquí, pues, el origen de este librito.

II

Como lo anuncia el título, este opúsculo no contiene otra cosa que *motivos* (sujets) *de adoración.*

En él no se hallará la plegaria tan completa, y sus desarrollos tan compactos y nutridos, que sea imposible al alma encontrar nada que añadir de su peculio particular y según su gracia.

Las interrupciones y suspensiones facilitarán todavía el fervor del corazón; hay allí lo bastante para guiarse uno á sí mismo, mas no lo suficiente para no añadir nada por su cuenta.

La adoración es un diálogo; se hace á los pies de Nuestro Señor vivo y presente; es necesario hablarle, interrogarle, escucharle, responderle.

Leer solamente, sin dar al corazón treguas para que se explaye y desahogue en la dulcísima intimidad de Jesucristo, sería privar á este buen Maestro y Señor de lo que Él espera de nuestras visitas. Jesús está prisionero, y espera de nosotros algunas palabras de consuelo; Él es nuestro amigo y desea de nosotros que le manifestemos nuestro afecto.

Bueno será, por tanto, dejar el libro de vez en cuando, no servirse de él sino como de un guía, de un plan, y hablar con el corazón y como cada uno sepa; Jesucristo entiende todos los dialectos, y no se fija gran cosa en la pureza del

lenguaje, si procede de un corazón afectuoso y amante.

¡Quiera Dios que estos *motivos de adoración* alimenten por su parte la devoción que se va extendiendo cada día más hacia el Santísimo Sacramento!

¡Ojalá que ellos hagan comprender á las almas que la Eucaristía no es solamente el santo Sacrificio ni la Comunión, si que también Nuestro Señor Jesucristo personalmente presente y vivo, para amar al hombre, vivir con él, ser su compañero, su amigo, su consolador, su guía, y obtener en cambio su corazón y el homenaje de sus pensamientos y de su vida!

Pocas cosas tenemos que decir al publicar esta segunda edición. Con tanta benevolencia fué acogida la primera y agotada en tan poco tiempo, que no podemos menos de abrigar gratas esperanzas respecto de ésta.

Algunas observaciones se nos han comunicado acerca de tal ó cual expresión, respecto de ciertos matices ó pequeños detalles: nosotros las hemos tenido en cuenta en lo que nos ha sido posible. Estas correcciones no alcanzan más que al trabajo del editor y dejan en toda su integridad el pensamiento de nuestro venerable autor.

Quince Meditaciones inéditas aumentan notablemente esta nueva edición.

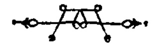
Una de ellas, el Método de Adoración según los cuatro fines del santo Sacrificio, había sido impresa á continuación de la noticia sobre el

Padre Eymard; aquí encuentra su sitio natural.

Las Meditaciones acerca de Nuestro Señor Jesucristo, considerado en la Eucaristía como modelo de las virtudes, y sobre las relaciones del Santísimo Sacramento con algunas fiestas del año cristiano, completan el pensamiento que inspiró esta primera serie [1]. No se han tratado en ella todos los temas que podían haberlo sido; ni tampoco se ha hablado de todas las virtudes ni meditado todas las fiestas en sus relaciones con la Eucaristía. El P. Eymard no pensó jamás en hacer un libro, é ignoraba que sus palabras habrían de imprimirse. Dejamos, pues, á las almas de oración el cuidado de acabar lo que aquí no está más que indicado: nosotros les abrimos el camino: á ellas toca el recorrerlo en la oración y el recogimiento á los pies de Jesucristo sacramentado. No presentaremos un cuadro perfecto, sino sólo el plan y diseño de lo que pudiera titularse la *Vida de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar*.

---

1 En este volumen no se encontrará nada tocante á las relaciones de María con la Eucaristía. Hemos publicado aparte una colección de los pensamientos del Padre acerca de *La Virgen del Santísimo Sacramento (Notre Dame du Tres-Saint Sacrement):* es como el mes de María de las almas consagradas á la Eucaristía.





LA DIVINA EUCARISTÍA

DIRECTORIO PARA LA ADORACION

La adoración en espíritu y en verdad.

Pater tales quaerit qui adorent eum... in spiritu et veritate

«El Padre busca adoradores en espíritu y en verdad.»

(JOANN., VI, 23.)

I

A Adoración eucarística tiene por objeto la divina Persona de Nuestro Señor Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento.

Allí está vivo, queriendo que nosotros le hablemos para hablarnos Él á su vez.

Todo el mundo puede hablar á Nuestro Señor. ¿No está allí para todos? ¿No nos ha dicho: *Venid todos á mí?*

Y este coloquio que se establece entre el alma y Nuestro Señor es la verdadera meditación eucarística: en esto consiste la adoración.

Todo el mundo tiene la gracia para ello. Mas para hacerlo con éxito y evitar la rutina ó la aridez del espíritu y del corazón, es necesario que los adoradores se inspiren en los gratos atractivos de los diversos misterios de la vida de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen ó de las virtudes de los Santos, á fin de honrar y glorificar al Dios de la Eucaristía por todas las virtudes de su vida mortal, así como también por las de todos los Santos, para quienes Él fué la gracia y el fin, y hoy es la corona de gloria.

Considera la hora de adoración que se te ha concedido como una hora del Paraíso; ve allí como se va al cielo, al banquete divino, y esta hora será deseada y saludada con plácemes. — Agita suavemente en tu corazón el deseo de esta hora. Dí: «Dentro de cuatro horas, de dos horas, de una hora, iré á la audiencia de gracia y de amor de Nuestro Señor Jesucristo: Él me ha invitado, me espera y desea tenerme á su lado.»

Cuando la naturaleza os depare una hora penosa, regocijaos más en la presencia de Dios: vuestro amor será más grande porque sufrirá más: esta es la hora privilegiada que será contada por dos.

Cuando por enfermedad ó imposibilidad no podáis hacer vuestra adoración, dejad que vuestro corazón se contriste un instante: constituíos luego en adoración, en espíritu juntamente con aquellos que hacen su adoración en aquel momento: en vuestro lecho de dolor, en los viajes ó durante el trabajo que os ocupa, guardad un mayor recogimiento durante esa hora, y conseguiréis el mismo fruto que si hubieseis podido ir á los pies del buen Señor: esta hora será tenida en cuenta, y tal vez doblado su valor.

Id á Nuestro Señor tal y como sois: que vuestra meditación sea natural.—Agotad vuestro caudal de piedad y de amor antes de hacer uso de los libros; aficionaos al libro inagotable de la humildad y del amor.—Que os acompañe un libro piadoso para volveros al buen camino cuando el espíritu se extravía ó cuando vuestros sentidos se adormecen, está muy bien; pero tened presente que nuestro buen Señor prefiere la pobreza de nuestro corazón á los más sublimes pensamientos y afectos tomados de otros.

Sabed bien que Nuestro Dios y Señor quiere nuestro corazón y no el de otros: Él quiere el pensamiento y la oración de este corazón como la expresión natural de nuestro amor hacia Él.

Frecuentemente es fruto de un sutil amor propio, de la impaciencia ó de la cobardía, el no querer ir uno al Señor con su propia miseria ó su humillada pobreza; y sin embargo, esto es lo que el Señor prefiere á todo lo demás, esto es lo que Él ama y bendice.

Os halláis en la aridez, pues glorificad la gracia de Dios, sin la cual nada podéis; abrid entonces vuestra alma al cielo, bien así como la flor abre su cáliz á la salida del sol para recibir el rocío bienhechor.

Os halláis en la más completa impotencia, el espíritu entre tinieblas, el corazón bajo el peso de su frivolidad, el cuerpo atormentado por el dolor; haced entonces la adoración del pobre; salid de vuestra pobreza é id á habitar junto al Señor, ó bien ofrecedle vuestra pobreza para que Él la trueque en riqueza: esto es una gran obra digna de su gloria.

Mas os encontráis tal vez en el estado de tentación y tristeza, todo se conjura contra vosotros, todo os lleva á abandonar la adoración con el pre-

texto de que ofendéis á Dios, que le deshonráis más bien que le servís; no prestéis oídos á esta tentación especiosa; en esto consiste la adoración del combate, de fidelidad á Jesús contra vosotros mismos. No, no, no le desagradáis; antes por el contrario, causáis las delicias de vuestro Señor que os está mirando, y que ha permitido á Satanás que turbe vuestra tranquilidad. Él espera de nosotros el homenaje de la perseverancia hasta el último minuto del tiempo que debíamos consagrarle.

Que la confianza, la sencillez y el amor os conduzcan, pues, á la adoración.

II

¿Queréis ser felices en el amor? Vivid continuamente en la bondad de Jesucristo, siempre nueva para vosotros; seguid en Jesús el trabajo de su amor hacia vos. Contemplad la belleza de sus virtudes, la luz de su amor, más bien que sus ardores; en nosotros el fuego del amor pasa presto, pero permanece su verdad.

Comenzad todas vuestras adoraciones por un acto de amor, y abriréis deliciosamente vuestra alma á su acción divina. Si os detenéis en el camino, es porque empezáis por vosotros mismos; ó bien, si empezáis por cualquiera otra virtud que el amor, os extraviáis. ¿Acaso el niño no abraza á su madre antes de obedecerla? El amor es la única puerta del corazón.

¿Pero queréis ser nobles en el amor? Hablad al amor de sí mismo: hablad á Jesús de su Padre celestial á quien tanto ama; habladle de los trabajos que

Él emprendió para su gloria, y alegraréis su corazón y os amará más y más.

Hablad á Jesús de su amor hacia todos los hombres, y esto dilatará su corazón y el vuestro á causa de la felicidad y de la alegría.

Hablad á Jesús de su santa Madre, que le fué tan querida, y renovaréis en Él la dicha de un buen Hijo; habladle de sus Santos para glorificar la gracia de Dios en ellos.

El verdadero secreto del amor es, pues, olvidarse uno de sí mismo, como San Juan Bautista, para exaltar y glorificar á Nuestro Señor Jesucristo.

El verdadero amor no considera lo que da, sino lo que merece el ser querido.

Si lo haces así, entonces Jesús, contento de ti, te hablará de ti mismo; te manifestará su amor hacia ti, y tu corazón se abrirá á los rayos de este sol como la flor, húmeda y fría por la noche, á los rayos del astro del día. Su dulce voz penetrará tu alma como el fuego penetra en un cuerpo combustible. Y dirás entonces como la Esposa de los Cantares: «Mi alma se ha derretido de felicidad á la voz de mi amado.»—Entonces le oirás en silencio, ó más bien, en la acción más suave y más fuerte del amor: entonces irás á Él.

Porque lo que más tristemente se opone de ordinario el desenvolvimiento de la gracia del amor en nosotros, es que, apenas hemos llegado á los pies del buen Señor, le hablamos á seguida de nosotros mismos, de nuestros pecados, de nuestros defectos, de nuestra pobreza espiritual; es decir, que nos fatigamos el espíritu á la vista de nuestras miserias, nos contristamos el corazón ante el pensamiento de nuestra ingratitud é infidelidad; la tristeza trae apa-

rejada la pena, la pena el desaliento, y sólo á fuerza de humildad, de angustia y sufrimiento salimos de ese laberinto para encontrarnos libres en la presencia de Dios.

En adelante, pues, no obres así.—Mas como el primer movimiento del alma determina ordinariamente toda la acción, dirige este primer movimiento hacia Dios, y dile: «¡Oh mi buen Jesús, cuánta es mi felicidad y mi alegría por venir á veros, por venir á pasar con Vos esta buena hora y á comunicaros mi amor! ¡Cuán bueno sois por haberme llamado! ¡Cuán amable por amar á una criatura tan pobre como yo! ¡Oh, sí, quiero amaros con toda mi alma!»

El amor entonces te ha abierto ya la puerta del corazón de Jesús; entra, ama y adora.

III

Para adorar bien es necesario recordar que Jesucristo, presente en la Eucaristía, glorifica y continúa allí todos los misterios y todas las virtudes de su vida mortal.

Es preciso tener presente que la santa Eucaristía es Jesucristo pasado, presente y futuro; que la Eucaristía es el último desenvolvimiento de la Encarnación y la prolongación de la vida mortal del Salvador; que allí Jesucristo nos comunica todas las gracias; que todas las verdades confluyen á la Eucaristía, y que al decir *Eucaristía se ha dicho todo*, pues no es sino el propio Jesucristo.

Que la santísima Eucaristía sea, pues, nuestro punto de partida en la meditación de los misterios, de

las virtudes y de las verdades de la Religión. Ella es el foco: estas verdades no son sino los rayos. Partamos del foco, y nuestros pensamientos se irradiarán por todo el ámbito del mundo sobrenatural.

¿Qué cosa más sencilla que relacionar el nacimiento de Jesús en el establo, con su nacimiento sacramental sobre el altar y en nuestros corazones?

¿Quién no ve que la vida oculta de Nazareth se continúa en la divina Hostia del Tabernáculo, y que la Pasión del Hombre-Dios en el Calvario se renueva en el santo Sacrificio en cada momento del tiempo y en todos los lugares del mundo?

¿Nuestro Señor Jesucristo no es por ventura tan dulce y humilde en el Sacramento como lo fué durante su vida mortal?

¿No es allí siempre el buen Pastor, el Consolador divino, el Amigo del corazón?

¡Feliz el alma que sabe encontrar á Jesús en la Eucaristía, y en la Eucaristía todas las cosas!



DIRECTORIO

Práctica para la adoración.

Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

«Jesús vive siempre para interceder por nosotros.»

(HEBR., VII, 25.)

EL santo Sacrificio de la Misa es la más sublime de las oraciones; allí se ofrece Jesucristo á su Padre, le *adora*, le da *gracias*, le *satisface*, y le *suplica* en favor de su Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores.

Esta oración augusta es continuada incesantemente por Jesús en virtud de su estado de víctima en la Eucaristía: unámonos, pues, á la oración de Nuestro Señor Jesucristo; oremos como Él por los cuatro fines del Sacrificio: esta oración resume toda la religión y supone los actos de todas las virtudes.

I. — DE LA ADORACIÓN

El acto de adoración eucarística tiene por objeto divino la excelencia infinita de Jesucristo, digna por sí misma de todo honor y de toda gloria.

Únete, pues, á las alabanzas de la corte celestial, cuando, prosternada al pie del trono del Cordero, exclama, henchida de admiración: «¡A aquel que está sentado sobre el trono y al Cordero que ha sido inmolado, honor, acción de gracias, virtud, poder y divinidad por los siglos de los siglos!»

Con los veinticuatro ancianos que rinden á los pies del Cordero el homenaje de sus coronas, deposita al pie del trono eucarístico el homenaje de toda tu persona, de tus facultades y de tus obras, diciéndole: «¡A Vos solo amor y gloria!»

Contempla luego la grandeza del amor de Jesús, instituyendo, multiplicando y perpetuando la divina Eucaristía hasta el fin del mundo; admira su sabiduría en esta invención divina, que causa la admiración de los mismos ángeles; alaba su poder, que ha triunfado de todos los obstáculos; ensalza su bondad, que á ella ha vinculado todos los dones.

¡Prorrumpe en transportes de alegría y de amor viendo que tú eres el fin mismo del más grande y del más santo de los Sacramentos; porque Jesucristo habría hecho por ti solo lo que hizo por todos: qué amor!

En la imposibilidad de adorar á Jesús sacramentado como se merece, invoca el auxilio de tu ángel custodio, ese compañero fiel de tu vida. ¡Gozará él tanto de hacer ya contigo aquí en la tierra lo que debe continuar eternamente contigo en la gloria!

Adora con la santa Iglesia á aquel Dios á quien ella te confía, á fin de que la representes á los pies del Altísimo.

Únete á todas las adoraciones de los santos en la tierra, y de los ángeles y santos en el cielo; pero

sobre todo á las adoraciónes de María y de José, cuando, únicos poseedores del Dios oculto, formaban toda su corte y toda su familia.

Adora á Jesús por Jesús mismo; ésta es la más perfecta adoración: Él es Dios y hombre, tu salvador y tu hermano á la vez.

Adora al Padre celestial por su Hijo, ó mediante su Hijo, que es el objeto de todas sus complacencias; de este modo tu adoración tendrá el mismo valor que la de Jesús, que la hará suya.

II.—De la acción de gracias

La acción de gracias es el acto de amor más dulce al alma y más agradable á Dios; es el homenaje perfecto á su bondad infinita. La Eucaristía ya es ella misma el agradecimiento perfecto; *eucaristía* quiere decir acción de gracias: en ella Jesús da gracias á su Padre por nosotros; Él es allí nuestra propia acción de gracias.

Mostrad, pues, vuestra gratitud á Dios Padre por haberos dado á su divino Hijo, no sólo como Salvador en la Encarnación, como Maestro en la verdad, como Redentor en la cruz, sino principalmente como vuestra eucaristía, vuestro pan de vida, vuestro cielo en sus comienzos.

Significad también vuestro agradecimiento al Espíritu Santo por continuar reproduciéndole diariamente sobre el altar, á la voz del sacerdote, como lo hizo la primera vez en el seno virginal de María.

Pero que vuestra acción de gracias ascienda hacia el trono del Cordero, hacia el Dios oculto, como un incienso de perfume agradable, como la más bella

armonía de vuestra alma, como el amor más puro y más tierno de vuestro corazón.

Da gracias en la humildad de tu corazón, como Santa Isabel en presencia de María y del Verbo encarnado; da gracias con el estremecimiento de Juan Bautista al sentir la proximidad de su divino Maestro, oculto como él en el seno de su madre; da gracias con la alegría y generosidad de Zaqueo al recibir en su casa la visita de Jesús; da gracias con la santa Iglesia y la corte celestial; y para que tu acción de gracias pueda ser continua y siempre creciente, haz como en el cielo: considera la belleza, la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, que se consume y renace sin cesar sobre el altar por nuestro amor; contempla su estado sacramental, los sacrificios que ha hecho desde el Cenáculo para llegar hasta ti, los combates que ha tenido que sostener contra su propia gloria para rebajarse hasta el límite de la nada, para sacrificar así su libertad, su cuerpo, su persona misma; y todo esto sin condición ni de tiempos ni de lugares, sino abandonándose, sin más defensa que su amor, al amor ó al odio de los hombres.

A la vista de tantas bondades del Salvador para con todos los hombres, y especialmente para con vosotros, los que le poseéis y gozáis y en Él y por Él vivís, abrid vuestro corazón, y que salga de él la acción de gracias como emana la llama de un horno encendido de un foco poderoso; que esa acción de gracias rodee el trono eucarístico, que se adhiera, se junte y se confunda con ese foco divino, con la llama radiante y devoradora del Corazón de Jesús. Que estas dos llamas se eleven hasta el cielo, hasta el

trono de Dios Padre, que os dió á su Hijo, en quie habéis recibido á toda la Santísima Trinidad.

III.—De la propiciación

A la acción de gracias debe suceder la satisfacción, la reparación ó la propiciación; vuestro corazón debe pasar de la alegría á la tristeza, á los gemidos, á las lágrimas, al más profundo dolor, considerando la ingratitud, la indiferencia, la impiedad de la mayor parte de los hombres hacia el Salvador eucarístico. ¡Ved cuántos hombres olvidan á Jesús después de haberle amado y adorado! ¿Es que ya no es amable? ¿Por ventura ha dejado de amarlos? ¡Oh, qué ingratitud! Precisamente por ser Él demasiado amante no quieren amarle ya; por ser Él demasiado bueno no quieren ya recibirlo; por haberse hecho excesivamente pequeño, excesivamente humilde, excesivamente nada por los hombres, es por lo que aquellos no quieren ya verle, y de aquí que huyan y esquiven su presencia y su recuerdo, que les importuna y apremia.

Hay algunos de éstos que, para vengarse de su excesivo amor, le insultan, le ultrajan y reniegan de Él, no pudiendo ignorarlo este Padre tan bondadoso, este Señor tan dulce. Cierran los ojos á este sol de amor para no verle más; y entre estos ingratos hay vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones apóstatas, serafines y querubines caídos de su esplendor y gloria. ¡Oh! He aquí vuestra misión, vuestro deber, adoradores eucarísticos, que consiste en llorar á los pies de Jesús menospreciado de los suyos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tan-

tos lugares; que consiste en consolar el corazón de este tierno Padre, á quien el demonio, su enemigo, ha arrebatado sus hijos. Prisionero eucarístico, no puede ya correr tras de sus ovejas descarriadas y expuestas á la voracidad de los lobos que las persiguen. Debéis, por tanto, pedir gracia para los culpables, pagar su rescate á la divina misericordia, que necesita de corazones suplicantes; debéis constituiros en víctimas propiciatorias con Jesús Salvador, quien, no pudiendo ya sufrir después de haber resucitado, sufrirá en vos y por vos.

IV. — De la súplica

Finalmente, la súplica ó impetración debe coronar vuestra adoración y constituir su glorioso trofeo. La impetración es la fuerza y poderío de la oración eucarística. No todos los hombres pueden predicar á Jesucristo con la palabra, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero todos los adoradores tienen la misión de María á los pies de Jesús, que es la misión apostólica de la oración, y de la oración eucarística, en medio de los esplendores del culto, al pie del trono de la gracia y de la misericordia. Orar es glorificar la infinita bondad de Dios, es poner en acción su divina misericordia, es regocijar, dilatar el amor de Dios para con sus criaturas cumpliendo la ley de la gracia, que es la plegaria ó la súplica. La oración es, pues, la mayor glorificación de Dios por el hombre. La oración es la más grande virtud del hombre: ella abraza todas las virtudes, porque todas las virtudes la preparan y compenetran.

Es la fe que cree, la esperanza que ruega, la caridad que pide para dar; la humildad de corazón inspira la plegaría, la confianza la expone, la perseverancia triunfa del mismo Dios.

La oración eucarística tiene además otra excelencia; va directamente como dardo inflamado al corazón de Jesús; ella hace trabajar, obrar, revivir á Jesús en su Sacramento, ella desata su poder.—El adorador hace más todavía: él ora por Jesucristo, le coloca sobre su trono de intercesión cerca del Padre, como abogado divino de sus hermanos rescatados.

¿Pero cuál habrá de ser el objeto de nuestras súplicas? Aquella sentencia *Venga á nos el tu reino* (Adveniat regnum tuum) debe ser el fin y la norma de las oraciones de los adoradores.—Deben orar para que la luz de la verdad de Jesucristo alumbre á todos los hombres, especialmente á los infieles, judíos, herejes y cismáticos, y pedir su retorno á la verdadera fe como á la verdadera caridad.

Deben orar por el reinado de la santidad de Jesús en sus fieles, en sus religiosos, en sus sacerdotes, á fin de que viva siempre en ellos por el amor.—Deben orar especialmente por el Soberano Pontífice, según todas las intenciones de su corazón; por el Obispo de la diócesis, según todos los deseos de su celo; por todos los sacerdotes de la comarca, á fin de que Dios bendiga todos sus trabajos apostólicos y los encienda en celo por su gloria y en el amor de la santa Iglesia.

Para dar alguna variedad á sus plegarias, los adoradores recitarán detenidamente ora la oración dominical, ora la bellísima oración siguiente: «Alma santísima de Cristo, santifícame; Cuerpo preciosísimo de Cristo, sálvame; Corazón purísimo de Cristo,

purifícame, alúmbrame, abrásame en tu amor; Sangre sacratísima de Cristo, embriágame; Agua del costado de Cristo, lávame; Pasión de Cristo, confórtame; oh mi buen Jesús, óyeme; dentro de tus llagas, escóndeme; no permitas que jamás me aparte de ti por el pecado; del maligno enemigo defiéndeme; en la hora de mi muerte recíbeme, y mándame ir á ti, para que junto con los ángeles y santos te alabe y te bendiga eternamente. Amén.»—Podrán también recitar las piadosas letanías del santo Nombre de Jesús.

Que los adoradores no se retiren de la presencia del Señor sin darle gracias por su audiencia de amor; que le pidan perdón por sus distracciones é irreverencias; que le ofrezcan en homenaje de fidelidad una flor de virtud, un ramillete de pequeños sacrificios, y luego, que salgan de allí como del Cenáculo, como el ángel parte del trono de Dios para volar al cumplimiento de sus divinos mandatos.



MÉTODO DE ADORACIÓN

por los cuatro fines del santo Sacrificio de la Misa.

DIVÍDESE la hora de adoración en cuatro partes. En cada cuarto de hora se honra á Nuestro Señor Jesucristo por uno de los cuatro fines del Sacrificio, á saber: la *adoración*, la *acción de gracias*, la *propiciación* y la *súplica*.

Primer cuarto de hora. — La adoración.

1.° Adorad desde luego á Nuestro Señor en su divino Sacramento por el homenaje exterior del cuerpo. Hincaos de rodillas, desde que divisáis á Jesús en la Hostia adorable. Prosternaos ante Él con profundo respeto, en señal de vuestra dependencia y de vuestro amor. Adoradle en unión con los Reyes Magos cuando prosternándose y humillando su cabeza adoraron al Niño-Dios en su humilde pesebre envuelto en pobres mantillas.

2.° Después de este primer acto de homenaje silencioso y espontáneo, adorad á Nuestro Señor con

un acto de fe exterior. Este acto de fe es muy útil para abrirnos los sentidos, el corazón y el espíritu á la piedad eucarística. El os abrirá el Corazón de Dios y sus tesoros de gracias; mas es necesario ser fiel y hacer dicho acto santa y devotamente.

3.° Ofrece luego á Jesús el homenaje de toda tu persona; detállale el homenaje de cada una de las facultades de tu alma; de tu espíritu para que mejor le conozca; de tu corazón para amarle; de tu voluntad para servirle; de tu cuerpo y de sus diversos sentidos para que le glorifiquen cada cual á su manera. Ofrécele sobre todo el homenaje de tus pensamientos, queriendo que la divina Eucaristía sea el pensamiento real ó capital de toda tu vida, el homenaje de tus afectos, llamando á Jesús, Rey y Dios de tu corazón; el homenaje de tu voluntad, no queriendo otra ley ni otro fin que su servicio, su amor y su gloria; el de tu memoria, para que no te acuerdes más que de Él, y así vivas siempre de Él, para Él y por Él.

4.° Como tus adoraciones son tan imperfectas, únelas á las de la Santísima Virgen en Belén, en Nazareth, en el Calvario, en el Cenáculo, al pie del Tabernáculo; únelas á todas las adoraciones actuales de la santa Iglesia, de todas las almas santas que adoran al Señor en este momento, y de toda la corte celestial que le glorifica en el cielo: de este modo tu adoración participará de la santidad y del mérito de aquéllas.

Segundo cuarto de hora.— La acción de gracias.

1.° Adora y bendice el amor inmenso de Jesús hacia ti en este Sacramento donde Él mismo reside. Para no dejarte solo y huérfano en esta tierra de destierro y de miseria, Él viene del cielo para ti personalmente, á fin de acompañarte de este modo y de ser tu consuelo. Tribútale, pues, tu agradecimiento con todo tu amor y todas tus fuerzas, uniéndote para ello á las acciones de gracias de los Santos.

2.° Admira los sacrificios que se impone en su estado sacramental; oculta su gloria divina y corporal para no deslumbrarte y cegarte; vela su majestad para que te atrevas á ir hacia Él, y le hables como un amigo á otro amigo; refrena su poder para no atemorizarte ó castigarte; no te muestra la perfección de sus virtudes para no desalentar tu debilidad; llega hasta moderar el ardor de su corazón y de su amor hacia ti, porque no podrías soportar su fuerza y ternura; no te deja ver más que su bondad, que transpira y se percibe á través de las santas especies, como los rayos del sol á través de una nube ligera. ¡Cuán bueno es, en efecto, Jesús sacramentado! Él te recibe á cualquier hora del día y de la noche; su amor no reposa. Siempre le encontrarás lleno de dulzura para ti. Olvida tus pecados y tus imperfecciones, cuando vas á verle, para no hablarte sino de su alegría, su ternura y su amor. Al recibirte, diríase que tiene necesidad de ti para ser feliz. ¡Oh! manifiesta, pues, tu reconocimiento á este buen Jesús con toda la efusión de tu alma. Rinde al Padre el testimonio de tu gratitud por habernos dado á su

divino Hijo; expresa también tu gratitud al Espíritu Santo por haberle encarnado nuevamente sobre el altar, por ministerio del sacerdote, y para ti personalmente. Invita al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres para que te ayuden á agradecer, bendecir y ensalzar tanto amor hacia ti.

3.° Contempla el estado sacramental en que Jesús se ha puesto por tu amor, é inspírate en sus sentimientos y en su vida. En la Eucaristía es tan pobre como en Belén, y aun más; pues en Belén tenía á su Madre, y aquí no la tiene; del cielo no trae otra cosa que su amor y sus gracias. Considera cuán obediente es en la Hostia divina: Él obedece con presteza y dulzura á todo el mundo, aun á sus enemigos. Admira su humildad: allí se rebaja hasta la nada, puesto que se une sacramentalmente con especies viles é inanimadas, que no tienen ningún sostén ó apoyo natural, ni otra consistencia que la que les concede su omnipotencia, la cual las conserva por un milagro continuo. Su amor hacia nosotros le hace nuestro prisionero; hasta el fin del mundo se ha encerrado en su prisión eucarística, que debe ser nuestro cielo sobre la tierra.

4.° Une tu acción de gracias á la de la Santísima Virgen después de la Encarnación, y muy especialmente cuando hayas comulgado. Repite con Ella entre transportes de alegría y felicidad el *Magnificat* de tu reconocimiento y de tu amor, y dile sin cesar: ¡Oh Jesús sacramentado, cuán bueno sois, cuán amante y amable!

Tercer cuarto de hora. — La propiciación.

1.° Adorad y visitad á Jesús, solo y abandonado de los hombres, en su Sacramento de amor. El hombre tiene tiempo para todo, menos para ir á visitar á su Señor y su Dios, que le espera y le desea en su Tabernáculo. Las calles, los establecimientos de recreo están llenos de gente; la casa de Dios está desierta. Se huye de ella, se la tiene miedo. ¡Oh! pobre Jesús, ¿podíais esperar Vos tanta indiferencia de parte de aquellos á quienes habéis rescatado, de vuestros amigos, de vuestros hijos, de mí mismo?

2.° Llorad por Jesús, vendido, insultado, mofado y crucificado más indignamente en su Sacramento de amor que en el jardín de las Olivas, en Jerusalén y en el Calvario. Y aquellos á quienes Él más ha honrado y amado, los que más enriquecidos han sido con sus dones y sus gracias, éstos son los que más le ofenden, los que más le deshonran en su templo por su poco respeto, los que le crucifican nuevamente en su cuerpo y su alma por la comunión sacrílega, y le venden así al demonio, dueño de sus corazones y sus vidas. ¡Ay! ¿Nada tengo yo que reprocharme? ¿Podíais Vos pensar, ¡oh Jesús mío!, que vuestro excesivo amor para con el hombre había de ser objeto de su malicia, y que había de volver contra Vos mismo vuestras gracias y vuestros más preciosos dones? Y yo, ¿no os he sido también infiel?

3.° Adorad á Jesús y reparad tantas ingratitudes, profanaciones y sacrilegios como llenan el mundo. Ofreced á esta intención todas las contrariedades

y sufrimientos que os ocurran en el día, en la semana. Impónte algunas penitencias satisfactorias por tus propias ofensas y por las de tus parientes, ó de aquellos á quienes hayas podido dar mal ejemplo con tu poco respeto en el lugar santo, y con tus faltas de devoción.

4.° Pero como todas tus satisfacciones y penitencias son tan poca cosa para reparar tantos crímenes, únelas á las de Jesús tu Salvador, clavado en la cruz. Recoge la Sangre divina que mana de sus heridas, y ofrécela en propiciación á la justicia divina. Aprópiate sus dolores y su oración en la cruz, y pide por ellas al Padre celestial gracia y misericordia para ti y para todos los pecadores. Une tu reparación á la de la Santísima Virgen al pie de la cruz, ó al pie del altar, y conseguirás todo el amor de Jesús por mediación de su divina Madre.

Último cuarto de hora.—La súplica.

1.° Adora á Nuestro Señor Jesucristo en su divino Sacramento, donde ruega sin cesar á su Padre por tí, y le muestra sus llagas para enternecerle, su Corazón abierto sobre ti y para ti. Une tu plegaria á la suya y pide lo que Él pide.

2.° Ahora bien: Jesús pide á su Padre que bendiga, defienda y exalte á su Iglesia, con objeto de que ésta haga que sea Dios mejor conocido, amado y servido por los hombres todos. Ruega mucho por la Santa Iglesia, tan probada, tan perseguida en la persona del Vicario de Jesucristo, á fin de que Dios le libre de sus enemigos, que son sus propios hijos; pide que los toque con su gracia, que los convierta

y los conduzca, humildes y penitentes, á los pies de la misericordia y de la justicia. Jesús ruega perpetuamente por todos los miembros de su sacerdocio, para que sean llenos del Espíritu Santo y de sus virtudes, abrasándose en celo por su gloria y enteramente consagrados á la salud de las almas, que Él ha rescatado con el precio de su sangre y de su vida.

Pide también por tu Obispo, para que Dios le conserve, bendiga todos los deseos de su celo y le consuele. Pide mucho por tu pastor espiritual, por el cura de la parroquia á que perteneces, al efecto de que Dios aumente todas las gracias que necesita para dirigir y santificar el rebaño que confió á su solicitud y conciencia. Pide también que Dios conceda á su Iglesia numerosas y santas vocaciones al sacerdocio; un sacerdote santo es el mayor don del cielo, y puede salvar á toda una comarca. Ruega asimismo por todas las Ordenes religiosas, para que sean muy fieles á las gracias de su vocación evangélica, y para que todos aquellos á quienes Dios llama á ellas tengan el valor y amor suficientes para seguir el llamamiento divino y ser constantes en él. Un santo guarda y salva á su país; su oración y sus virtudes son más poderosas que todos los ejércitos de la tierra.

3.° Ora por el fervor y la perseverancia de las almas piadosas que se entregan al servicio de Dios en el mundo, y son en él como los religiosos de su amor y caridad; estas almas tienen mucha más necesidad de auxilios, porcuanto son mayores los peligros que encuentran y mayores los sacrificios que se les exigen.

4.° Pide la conversión de algún gran pecador du-

rante un tiempo determinado. Nada es más glorioso á Dios que estos grandes efectos de su gracia. En fin, pide por ti mismo, para que seas mejor y pases santamente el día; haz un ramillete de tus dones á Jesús, tu Rey y tu Dios, y pídele humildemente su bendición.





EL PATER NOSTER [1]

Amen, amen, dico vobis, quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio.

«En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.»

(JOANN., XIV, 13.)

PADRE *nuestro que estás en los cielos,* en los cielos de la Eucaristía, á Vos que estáis sentado sobre ese trono de gracia y amor, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos.

II. *Santificado sea el tu nombre*, en nosotros desde luego, por vuestro espíritu de humildad, obediencia y caridad; ojalá pudiéramos, llenos de humildad y de abnegación, hacer que fueseis cono-

1 Creemos deber dar el texto mismo de esta paráfrasis. El alma del P. Eymard se difunde aquí en toda su plenitud. (N. de la ed. francesa.)

I. *Pater noster qui es in coelis,* coelis Eucharisticis, tibi sedenti in throno amoris et gratiae, benedictio, honor et gloria et potestas in saecula saeculorum!

II. *Sanctificetur nomen tuum,* in nobis: humilitatis, obedientiae et charitatis tuae spiritu; et te in Euchari-

cido, adorado y amado por todos en la Eucaristía!

III. *Venga á nos el tu reino*, tu reino eucarístico. Reina tú solo para siempre sobre nosotros por el imperio de tu amor, por el triunfo de tus virtudes sobre nuestros defectos, por el imperio de la gracia y de la vocación eucarística, para tu mayor gloria.

Danos la gracia y la misión de tu santo amor, para que podamos con bríos predicar, extender y difundir por todas partes tu reino eucarístico, pudiendo de este modo satisfacer el deseo que expresabas cuando decías: «He venido á traer el fuego sobre la tierra, y ¿qué deseo sino que abrase al mundo entero?» ¡Oh, plugiera al cielo que fuésemos nosotros incendiarios de este fuego celestial!

IV. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. Haz que no tengamos otra alegría que la de pensar en Ti sólo, desearte á Ti sólo y quererte sólo á Ti. Que siempre y en todas las cosas, renunciándonos á nosotros mismos, no tengamos más luz y vida que en la obediencia á tu volundad, siempre buena, dispuesta á agradarte con la perfección posi-

stia cognosci, adorari et amari ab omnibus faciamus humiles et devoti.

III. *Adveniat regnum tuum*, eucharisticum. Regna solus in aeternum super nos, amoris tui imperio, virtutum tuarum triumpho, gratiae vocationis Eucharisticae dono, ad majorem tuam gloriam.

Dona nobis gratiam et missionem sanctae tuae delectionis, ut regnum tuum eucharisticum praedicare, extendere diffundere, ubique valeamus potentes, et sic desiderium tuum implere quando dicebas: "Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?„ Utinam et nos hujus ignis coelestis simus incediarii!

IV. *Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.* Te unum velle, te unum desiderare; te unum cogitare gaudeamus; semper et in omnibus abnegantes nos ut obe-

ble. ¡Y en cuanto al estado y progreso de nuestra sociedad eucarística, quiero lo que Tú quieras; lo quiero como Tú lo quieras; lo quiero en tanto que Tú lo quieras; perezcan todos nuestros pensamientos y deseos, si de Ti no proceden, á Ti no se encaminan y en Ti permanecen!

V. *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.* Señor mío Jesucristo, que hiciste llover diariamente el maná en el desierto para las necesidades de tu pueblo; que quisiste ser la porción y herencia única y total de los levitas; que legaste á los Apóstoles tu divina pobreza; nosotros queremos que Tú sólo seas nuestro procurador y mayordomo y como tal te elegimos; que Tú sólo seas nuestro alimento y vestido, nuestro tesoro y nuestra gloria, nuestro remedio en la enfermedad y nuestra protección contra los enemigos. ¡Os prometemos no aceptar nada ni aun desear cosa alguna del favor humano, ni de la amistad del mundo; Tú serás para nosotros todas las cosas, los hombres nada! ¡De ellos no queremos otra cosa que la cruz y el olvido!

dientia tua bona, beneplacens et perfecta, in nobis sit lux et vita.— Et quoad societatis nostrae statum et progressum, volo quod vis; volo quia vis; volo quomodo vis; volo quamdiu vis; pereant cogitationes nostrae et desideria, si ex te, ad te, in te pure non sunt!

V. *Panem nostrum quotidianum, da nobis hodie.* Domine Jesu, qui mannam in deserto quotidie populis praebuisti, qui levitis pars et haereditas sola et tota esse voluisti, qui Apostolis paupertatem tuam divinam legasti: te solum provisorem et procuratorem in omnibus volumus et eligimus; tu solus cibus et vestis, thesaurus et gloria, medicina in malo et protectio ab hostibus. Nihil a favore humano, nihil ab amicitia mundi accipere nec etiam desiderare promittimus; tu eris nobis omnia, et homines, et ab hominibus, nihil, nisi crux et oblivio!

VI. *Perdónanos nuestras deudas.* Perdóname, ¡oh Jesús mío!, los pecados de mi juventud; perdóname los pecados cometidos en tan santa vocación, para que, con corazón puro y tranquila conciencia, me atreva á acercarme dignamente á tu santo altar, y merezca servirte santamente y alabarte con los ángeles y los santos. Perdona, Señor, las faltas cometidas contra nosotros; no castigues á los que nos combaten, calumnian y persiguen; concédeles bien por mal, la gracia por el delito, el amor por el odio.

Como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Sí, de todo corazón, con verdadera caridad; con toda nuestra alma y con sencillez de niños, deseamos sinceramente, y tal como lo deseamos para nosotros mismos, se comuniquen á ellos los dones de tu amor.

VII. *Y no nos dejes caer en la tentación.* Aleja de tu familia eucarística las vocaciones falsas, engañosas, impuras; no permitas jamás que esta pobre y humilde asociación caiga en manos de un orgullo-

VI. *Et dimitte nobis debita nostra.* Parce, Domine Jesu, peccatis juventutis meae: parce peccatis in vocatione tam sancta patratis, ut corde puro et conscientia bona digne ad sacrum altare tuum accedere audeam, sancteque tibi servire, te laudare cum angelis et sanctis merear.—Dimitte delicta in nos commissa; ne vindictam sumas de oppugnantibus, calumniantibus et persequentibus nos; da eis bonum pro malo, giatiam pro delicto, amorem pro odio.

Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Toto corde, in charitate vera; tota mente, in simplicitatè infantium; tota voluntate, illis bona omnia tua, sicut et nobis desiderantes et procurantes, in amore tuo.

VII. *Et ne nos inducas in tentationem.* Longe fac a familia tua eucharistica, vocationes, subdolosas, falsas, impuras: nullus superbus et ambitiosus, durus et iracun-

so, de un ambicioso, ni de ningún hombre duro é iracundo. No entregues á bestias inmundas y perversas aquellas almas que te confiesan y esperan en Ti.

Preserva á tu familia eucarística de todo escándalo, consérvala virgen de todo vicio, libre de toda servidumbre mundana, alejada del siglo, á fin de que cifre toda su alegría en servirte santa y libremente con paz y tranquilidad de espíritu.

VIII. *Mas líbranos de mal.* Líbranos del demonio impuro, orgulloso y sembrador de discordias. Líbranos de las preocupaciones y cuidados de esta vida, á fin de que, con corazón puro y con espíritu desasido de todo lo terreno, nos consagremos nosotros y todo cuanto tenemos á tu servicio eucarístico. Líbranos de los falsos hermanos, no sea que opriman esta pequeña sociedad todavía en mantillas; de los sabios del mundo, para que no corrompan en nosotros la sencillez de tu espíritu; de los sabios orgullosos, no sea que provoquen vuestra cólera y abandono de nosotros; líbranos también de los hom-

dus, hanc humilem et pauperem familiam unquam regat. Ne tradas bestiis inmundis et perversis animas confitentes tibi. Redde tuam societatem a scandalo immunem a vitio virginem, a servitute mundana liberam, a saeculo alienam, ut tibi in sanctitate et libertate, in pace et quiete servire gaudeat.

VIII. *Sed libera nos a malo.* Libera nos a daemone superbo, impuro et discordiarum seminatore. Libera nos ab hujus vitae sollicitudinibus et curis, ut puro cum corde et libera mente, toti servitio eucharistico devoti nos et nostra gaudenter impendamus. Libera nos a falsis fratribus, ne infantilem societatem tuam opprimant; a sapientibus hujus saeculi, ne spiritum tuum in nobis vitientur; a viris doctis et superbis, ne in nos iracundiam tuam et derelictionem provocent; a viris effeminatis, ne virtu-

bres muelles y afeminados, no sea que menoscaben el vigor de la santa disciplina y el ardor de la virtud; y finalmente, de los hombres inconstantes y de carácter doble, no sea que acaben con nuestra sencillez.

Amen. Esperé en Ti, ¡oh Jesús y Dios mío!, no seré confundido eternamente. Tú sólo eres bueno, poderoso, eterno. Á Ti sólo honor y gloria, amor y acción de gracias por los siglos de los siglos.

tis ardorem et sanctae disciplinae vigorem emolliant; a viro duplici animo et inconstanti, ne simplicitatem nostram perturbet.

Amen. In te, Domine Jesu, speravi; non confundar in aeternum. Tu solus bonus, tu solus potens, tu solus aeternus. Tibi soli honor et gloria, amor et gratiarum actio in saeculorum saecula.





INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTIA

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

«Como Jesús hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.»

(JOANN., XIII, 1.)

¡CUÁN bueno es Nuestro Señor Jesucristo! ¡Cuán amante es su corazón! ¡No contento con haberse hecho nuestro hermano por la Encarnación—nuestro Salvador por la Pasión,—no contento con haberse entregado por nosotros, todavía quiere llevar su amor hasta hacerse nuestro Sacramento de vida!

¡Con qué júbilo preparó este grande y supremo don de su amor!

¡Con qué satisfacción instituyó la Eucaristía y nos la legó como su testamento!

¡Penetremos esta sabiduría divina en la preparación de la Eucaristía. Adoremos su poder que se agota en este acto de amor!

I

Jesús revela la Eucaristía con mucho tiempo de anticipación.

Nace en Belén la *casa del pan*, *domus panis*. Allí está recostado sobre la paja, que entonces parece ostenta la espiga del verdadero trigo.

En Caná y en el desierto, cuando multiplica los panes, revela y promete la Eucaristía. Es una promesa pública y formal.

Ofrece con juramento que dará su carne á comer y su sangre á beber.

Esta es la preparación remota. Aproxímase el momento de preparar más inmediatamente la Eucaristía.

Ya aquí quiere Jesús prepararlo todo por sí mismo. El amor no delega en nadie para cumplir sus compromisos; el amor lo hace todo por sí mismo. En esto cifra su gloria.

Pues bien, Jesús designa la ciudad: Jerusalén, la ciudad del sacrificio de la Antigua Ley.

Designa también la habitación: el Cenáculo.

Elige los ministros para esta obra: Pedro y Juan. El discípulo de la fe, Pedro, y el discípulo del amor, Juan.

Indica asimismo la hora: la última de su vida de que podrá disponer libremente.

En fin, ya viene de Betania al Cenáculo: está alegre, aligera el paso; le parece que tarda en llegar. El amor vuela para ofrecerse al sacrificio.

II

Mas he aquí la institución del augusto Sacramento. ¡Qué momento! Ha sonado la hora del amor; va á celebrarse la Pascua mosaica; el Cordero verdadero va á reemplazar al que no era sino símbolo y figura; el Pan de vida, el Pan vivo, el Pan del cielo, susti-

tuye al maná del desierto... Todo está preparado; los Apóstoles están puros: Jesús acaba de lavarles los pies. Jesús se sienta modestamente á la mesa: es preciso comer la nueva Pascua sentado en el reposo de Dios.

Reina un profundo silencio: los Apóstoles están atentos: ellos dirigen sus miradas al Maestro.

Jesús se recoge en sí mismo; toma el pan en sus santas y venerables manos, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre por esta hora tan deseada, extiende la mano, bendice el pan.

Y mientras que los Apóstoles, llenos de respeto, no se atreven à preguntar la significación de estos símbolos tan misteriosos, Jesús pronuncia aquellas maravillosas palabras, tan poderosas como la palabra creadora: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre.*

El misterio del amor se ha consumado. Jesús ha cumplido su promesa. Ya no tiene que dar otra cosa que su vida mortal sobre la cruz; Él la dará, y resucitará para ser nuestra Hostia perpetua de propiciación, Hostia de comunión, Hostia de adoración.

El cielo está atónilo á la vista de este misterio. La Santísima Trinidad lo contempla con amor. Los ángeles, poseídos de la mayor admiración, lo adoran.

¡Y qué estremecimientos de rabia no provoca en los demonios del infierno!...

¡Sí, Jesús mío, todo se ha consumado! Vos no tenéis ya otra cosa que dar al hombre, para demostrarle vuestro amor. Ahora ya podéis morir; no nos abandonaréis ya más en adelante, aunque muráis. Vuestro amor se ha eternizado sobre la tierra; volved al cielo de vuestra gloria, la Eucaristía será el cielo de vuestro amor.

¡Oh Cenáculo! ¿Dónde estás? ¡Oh sagrada Mesa que soportaste el Cuerpo consagrado de Jesucristo! ¡Oh fuego divino que encendió Jesús sobre el monte Sión, arde, extiende tu llama, abrasa el mundo!

¡Oh Padre Santo, Vos amaréis siempre á los hombres, pues éstos poseen para siempre á *Jesucristo!* Ya no mandaréis rayos ni diluvios que devasten la tierra: la Eucaristía es nuestro arco iris. ¡Vos amaréis á los hombres, puesto que Jesucristo, vuestro Hijo, tanto los ama!

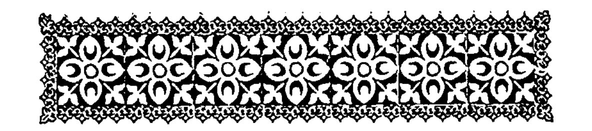
¡Cuánto nos ha amado este buen Salvador! ¿Será esto bastante para merecer nuestro agradecimiento? ¿Qué más se necesita para que nosotros en cambio le consagremos nuestros afectos y nuestra vida?

¿Tenemos todavía algún nuevo deseo? ¿Pediremos aún nuevas pruebas del amor de Jesús?

¡Ay, si el amor de Jesús en el Santísimo Sacramento no atrae nuestro corazón, Jesucristo ha sido vencido! ¡Nuestra ingratitud es mayor que su bondad; nuestra malicia más poderosa que su caridad! ¡Oh, no, mi Salvador; vuestra caridad me apremia, me acosa, me ata!

¡Quiero consagrarme al servicio y á la gloria de vuestro Sacramento; quiero, á fuerza de amor, haceros olvidar que he sido tan ingrato hasta hoy; quiero, á fuerza de abnegación, que Vos me perdonéis de haberos amado tan tarde!...





EL TESTAMENTO DE JESUCRISTO

Hic calix novum Testamentum est in meo sanguine.

«Este cáliz de mi sangre es mi Testamento.»

(COR., XI, 25.)

¡La víspera de la muerte del Salvador, el Jueves Santo, el día de la institución del sacramento adorable de la Eucaristía!

He aquí el día más hermoso de la vida de Nuestro Señor. Es el día más grande de su amor y de su ternura.

¡Jesucristo va á perpetuarse en medio de nosotros. Su amor sobre la cruz es inmenso, y el día de su muerte nos atestigua claramente su amor; pero sus dolores terminarán, y el Viernes Santo no dura más que un día!

El Jueves Santo durará hasta el fin del mundo: Jesús se ha sacramentado para siempre.

I

En este día, pues, Nuestro Señor se acuerda que es padre, y quiere hacer su testamento: va á morir en breve.

¡Qué acto tan solemne en una familia!

Es, por decirlo así, el último de la vida, y se prolonga más allá del sepulcro.

Un padre da lo que tiene; no puede darse á sí mismo, pues no se pertenece; hace un legado á cada uno de sus hijos, como también á los amigos; da lo que tiene en más estima. ¡Pero Nuestro Señor se dará á sí mismo!

Él no tiene ni riquezas, ni posesiones, ni fincas; ni siquiera tiene donde reclinar su cabeza. Los que de Él esperan algún bien temporal, no obtendrán cosa alguna; su cruz, tres clavos, su corona de espinas; he ahí toda su herencia material.

¡Ah! ¡Si Nuestro Señor distribuyese herencias, cuántos buenos cristianos habría! ¡Todos querrían ser entonces sus discípulos!

Pero no, nada tiene que dar aquí en la tierra, ni siquiera gloria, pues esta gloria va á quedar bastante humillada en su Pasión.

Y, sin embargo, Nuestro Señor quiere hacer testamento. ¿De qué? De sí mismo. Es Dios y hombre; como Dios es dueño de su santa humanidad; Él nos la da, y con ella todo lo que Él es.

Nos la da verdaderamente; no como préstamo, sino como regalo, como dádiva.

Él no se mueve, se hace como una cosa, para que nosotros podamos poseerle con toda verdad.

Se hace pan; su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad reemplazan la substancia del pan ofrecido; no se le ve, ¡pero allí está!

Y he aquí toda nuestra herencia: ¡Nuestro Señor Jesucristo! Él quiere darse á todos, pero no todos le quieren. Algunos hay que le querrían, pero que rehusan aceptar las condiciones de pureza y arre-

glada conducta que Él mismo estableció; y la malicia de estos tales tiene suficiente poder para anular el legado de Dios.

II

Admirad las invenciones del amor de Nuestro Señor Jesucristo!

Él sólo es quien ha inventado esta obra de amor.

¿Quién, á no ser Él, hubiera podido concebirla, ni siquiera se hubiese atrevido á pensar en ella?... Nadie, ni aun los ángeles.

¡Sólo Nuestro Señor es quien la descubrió!

¿Tenéis necesidad de pan? Yo seré vuestro pan.

Y murió contento, dejándonos pan; ¡pero, qué pan! Como un padre de familia que trabaja toda su vida, sin más objeto que dejar pan á sus hijos cuando muera.

¿Qué podía darnos Nuestro Señor Jesucristo?

En este testamento de amor, Jesucristo lo encerró todo, todas sus gracias y su misma gloria.

Nosotros podemos decir al Padre celestial: Dadme las gracias que necesito, y yo os pagaré con Jesús-Eucaristía, que me pertenece. Este es mi bien, mi propiedad, yo puedo comerciar con ella, y todas vuestras gracias, aun vuestra gloria, ¡oh Padre Eterno!, son inferiores á este precio divino.

Cuando hayamos pecado, tenemos una víctima que podemos ofrecer por nuestras culpas; esta víctima nos pertenece, es nuestra, pudiendo decir entonces al Padre celestial: Padre, yo os la ofrezco; Vos me perdonaréis por Jesús; ciertamente Él ha sufrido mucho y satisfecho bastante por mis pecados.

Y cualquiera gracia que Dios nos conceda, siempre está en descubierto con nosotros. Jesucristo, nuestro tesoro, vale más que todas las gracias, incluso el cielo.

Los sarracenos, teniendo cautivo á San Luis, tenían la Francia por rescate. Y así nosotros, poseyendo á Jesucristo, poseemos ya el cielo.

Aprovechémonos, pues, de este pensamiento; hagamos fructificar á Jesucristo. La mayor parte lo sepultan en su interior, ó le dejan en su sudario, sin servirse de Él para ganar el cielo y conquistar almas para el reino de Dios: y ¡cuántos hay así! Sirvámonos, pues, nosotros de Jesucristo para orar y reparar; paguemos con Jesús, que ciertamente es un precio superabundante.

III

¿Mas cómo después de dieciocho siglos viene á mí esta herencia?

Jesucristo la ha confiado á tutores que la han administrado, que la han conservado, para entregárnosla al tiempo de nuestra mayor edad: estos tutores son los Apóstoles, y entre ellos su jefe imperecedero; los Apóstoles la entregaron á los sacerdotes y éstos la ponen á nuestra disposición, abren el testamento para nosotros, y nos dan nuestra Hostia consagrada según el pensamiento de Jesucristo en la Cena: sí, para Jesucristo no hay pasado, presente ni futuro; este buen Padre ya nos conocía á todos en la noche de la Cena; entonces consagró en potencia y en su deseo todas nuestras Hostias, habiendo sido amados personalmente por Él dieciocho siglos antes de nacer.

Sí, nosotros estábamos en la Cena, y Jesús nos reservó no una Hostia, sino ciento, mil, para que no nos falte en los días de nuestra vida. ¿Pensamos nosotros en esto? Jesús quiso amarnos superabundantemente. Nuestras Hostias están dispuestas, no perdamos ni una sola de ellas.

¿Nuestro Señor viene á nosotros para dar frutos, y nosotros le condenaremos á la esterilidad? No, jamás. Hacedle fructificar por sí mismo: *Negotiamini!* ¡No dejéis las Hostias infecundas!

La Cena duró tres horas próximamente; ésta es la Pasión de su amor.

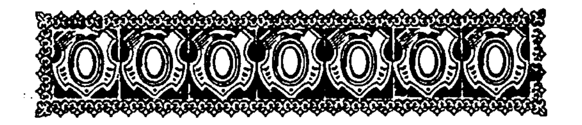
¡Ah! ¡Qué caro costó este Pan!

Se dice á veces: El pan es cosa cara. ¿Qué es esto en comparación del Pan celestial, del Pan de vida?

Comámosle, pues es nuestro. ¡Nuestro Señor nos lo compró, El mismo pagó su importe; Él nos lo da, no hay más que tomarlo!

¡Qué honor! ¡Qué amor!





EL DON DEL CORAZÓN DE JESÚS

Si scires donum Dei!...

«¡Si conocieras el don de Dios!»

(JOANN., IV, 10).

JESÚS ha llegado al término de su vida mortal. El cielo reclama ya á su Rey: ha combatido bastante, y tiempo es que triunfe.

Jesús, sin embargo, no quiere abandonar á su nueva familia, á los hijos que acaba de adoptar. *Yo me voy y vuelvo á vosotros*, dice á los Apóstoles.

¿Volvéis, Señor, y quedáis entre nosotros, cuando os disponéis á partir?

¿Mas por qué maravilla de vuestro poder?

Este es el secreto y la obra de su Corazón divino.

Jesús tendrá dos tronos, uno de gloria en el cielo, otro de dulzura y bondad en la tierra; dos cortes: la corte celestial y triunfante, y la corte de sus fieles redimidos aquí abajo.

Y digámoslo de una vez: si Jesucristo no pudiera permanecer aquí en la tierra al propio tiempo que en el cielo, preferiría quedar con nosotros, que re-

tornar al cielo sin nosotros. Él ha demostrado bien á las claras que prefiere el último de sus pobres rescatados á toda su gloria, y que todas sus delicias consisten en hallarse con los hijos de los hombres.

¿En qué estado quedará Jesús con nosotros?

¿Será pasajeramente, por un espacio más ó menos largo de tiempo?

Pero he aquí que en el alma de Jesucristo se suscita un combate admirable.

La justicia divina reclama y dice: ¿Acaso no se ha terminado la Redención? ¿No está fundada la Iglesia? ¿El hombre no ha sido puesto en posesión de la gracia y del Evangelio, de la ley divina y del auxilio para practicarla?

El Corazón de Jesús responde que lo que basta á la Redención, no satisface su amor; que una madre no se contenta con dar á luz á su hijo, sino que le alimenta, lo educa y le sigue á todas partes.

¡Yo amo á los hombres más que la mejor madre ha amado nunca á sus hijos! Yo permaneceré con ellos...

¿En qué forma?

Bajo la forma velada del Sacramento.

¡La Majestad divina quiere oponerse á semejante humillación, más profunda que la humillación de la Encarnación, más depresiva que la Pasión misma. La salvación del hombre no exige semejantes rebajamientos!

Mas yo quiero—responde el Sagrado Corazón—velar mi gloria, ocultarme á mí mismo, para que el resplandor divino de mi persona no impida á mis pobres hermanos acercarse á mí, como en otro tiempo la gloria de Moisés; quiero cubrir con un velo mis virtudes que humillarían al hombre y le lleva-

rían á desesperar de imitar nunca un modelo tan acabado y perfecto.

De este modo vendrá más fácilmente á mí, y viéndome descender hasta el límite de la nada, descenderá conmigo; yo tendré el derecho de decirle con más insistencia: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.*

¿Por qué medio se perpetuará Jesús?

El Espíritu Santo fué el digno operador del misterio de la Encarnación. En la Cena obró Jesús mismo. Hoy, ¿quién será digno de tal misterio?

¡Un hombre: el sacerdote!...

A lo cual repuso la Sabiduría divina: ¿Cómo un hombre mortal encarnará á su Salvador y su Dios? ¿Será cooperador del Espíritu Santo en esta nueva Encarnación del Verbo divino? ¿Un hombré mandará al Rey inmortal de los siglos y será obedecido?

¡Sí, dice el Corazón de Jesús; sí, yo amaré al hombre hasta el punto de someterme á él en todo! Yo descenderé de los cielos á la voz de un sacerdote. Abandonaré mi tabernáculo á voluntad de los fieles. Iré á visitar á mis hijos en el lecho del dolor, atravesando las poblaciones... ¡El honor y la gloria del amor consisten en amar, entregarse, sacrificarse!...

Y objeta luego la Santidad divina: ¿Pero al menos no os hallaréis sino en templos dignos de vuestra gloria? ¿No tendréis sino sacerdotes dignos de vuestra realeza? En la Nueva Ley todo debe ser más hermoso que en la Antigua. ¿Os recibirán tan sólo los cristianos puros y bien preparados?

Mi amor es sin reserva, sin condición, contesta Jesús. ¡Yo he obedecido á mis verdugos en el Calvario: si nuevos Judas vienen á mí, recibiré todavía su beso infernal y les obedeceré!

¡Pero en este momento qué cuadro se presenta á la vista de Jesús! ¡Su Corazón vese obligado á combatir sus propias inclinaciones!

Las angustias del jardín de las Olivas le abruman ya. En Gethsemaní Jesús estará triste hasta la muerte al ver las ignominias que le esperan durante su Pasión. Derramará lágrimas de sangre ante la idea de que su pueblo se perderá á pesar de su sacrificio. Y sentirá terribles tormentos por la apostasía de gran número de los suyos.

¡Qué lucha, que angustias en el Corazón de Jesús al llegar á este punto!

El quiere entregarse totalmente, sin reserva alguna; pero ¿querrán todos corresponder á la intensidad de su amor?

Y los que crean, ¿lo recibirán con reconocimiento y gratitud?

Y los que así lo reciban, ¿le serán fieles?

¡Realmente el Corazón de Jesús no está incierto y vacilante, pero sí torturado!

El ve que habrá de renovarse cada día la Pasión en su Sacramento de amor;

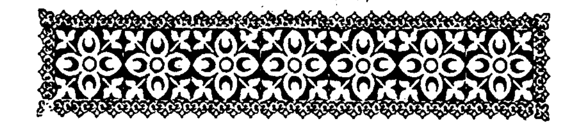
Que la renovarán corazones cristianos;

¡Corazones que le habían sido consagrados!

El ve que ha de ser traicionado por la apostasía, vendido por el interés, crucificado por el vicio. ¡El corazón de aquellos que le reciben será con harta frecuencia su Calvario!

¡Ah! ¡Qué sufrimiento para este divino Corazón! ¿Qué hará?

¡Se entregará!... ¡Se entregará á pesar de todo!...



LA PRESENCIA REAL

Testimonio de la Iglesia.

Ecce Agnus Dei.
«He aquí el Cordero de Dios.»
(JOANN., I, 36.)

LA misión de San Juan Bautista en la tierra fué la de anunciar y mostrar al Salvador prometido de prepararle los caminos.

La Iglesia cumple también la misma misión con respecto á Jesús-Eucaristía, misión más extensa, más constante, que abraza todos los países y todas las edades. Ella desempeña esta misión mostrando á Jesucristo en el Sacramento, predicándole con su palabra y con el testimonio de su fe, de sus obras: predicación muda, pero tan elocuente como la primera.

I

Preséntase ante nosotros la Iglesia con la palabra de Jesús en los labios, repitiéndola y explicándola con una autoridad igual á la del Salvador: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre.*

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que por la fuerza divina de estas palabras sacramentales, tomadas en su sentido natural y recto, Jesucristo se halla verdadera, real y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar, bajo las apariencias del pan y vino.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que Jesús, en virtud de su omnipotencia, ha cambiado la substancia del pan en su Cuerpo, la substancia del vino en su Sangre, y que su alma y su divinidad acompañan la presencia de su Cuerpo y Sangre.

Ella nos dice, y nosotros debemos creerlo, que la obra divina de la transubstanciación se verifica continuamente en la Iglesia por el sacerdocio de Jesucristo, al que Él invistió de su mismo poder con aquellas palabras: *Haced esto en memoria de mí.*

Y desde la primera Cena la Iglesia proclama esta fe á través de los siglos.

Sus Apóstoles dejaron oir siempre la misma voz, sus doctores enseñaron la misma doctrina, sus hijos profesaron la misma fe y patentizaron el mismo amor hacia el Dios de la Eucaristía.

¡Cuán majestuosa es esta voz de todo el pueblo cristiano! ¡Cuán bella y conmovedora la armonía de sus alabanzas y de su amor!

Cada uno de los verdaderos hijos de la Iglesia quiere aportar á los pies del divino Rey presente un tributo de homenajes, una dádiva de su afecto: quién trae oro, quién mirra, todos incienso. Cada uno quiere ocupar su sitio en la corte y en la mesa del Dios de la Eucaristía.

Los mismos enemigos de la Iglesia, los cismáticos, casi todos los herejes, creen en la presencia de Jesucristo en la Eucaristía... ¡Ah! es que hay que ser

muy ciego para negar el sol; muy ingrato para desconocer y menospreciar el amor de Jesucristo al perpetuarse en medio de los hombres.

En cuanto á nosotros, creemos firmemente en el amor de Jesús, y sabemos que nada hay imposible al amor de un Dios.

II

Al testimonio de su palabra, añade la Iglesia el testimonio de su ejemplo, de su fe práctica. Así como el Bautista, después de haber señalado al Mesías, se echa á sus pies para atestiguar la viveza, la intensidad de su fe, así también la Iglesia consagra un culto solemne, todo su culto, á la adorable persona de Jesús, que ella nos muestra en el Santísimo Sacramento.

La Iglesia adora á Jesucristo como Dios, presente y oculto en la divina Hostia. Le tributa los honores debidos á Dios sólo, se prosterna ante el Santísimo Sacramento como la corte celestial ante la majestad de Dios.

Aquí no hay distinción: los grandes y los pequeños, los Reyes y los súbditos, los sacerdotes y los fieles, todos indistintamente hincan sus rodillas ante el Dios de la Eucaristía.

¡Este es el buen Dios! exclaman con perfecta unanimidad.

La adoración no basta á la Iglesia para atestiguar su fe; ella añade además honores públicos, de fastuosa brillantez.

Esas espléndidas basílicas son la expresión de su fe hacia el Santísimo Sacramento. La Iglesia no ha querido construir sepulcros, sino templos, trasla-

dando, por decirlo así, el cielo á la tierra, donde su Salvador y su Dios encontrase un trono digno de él.

Con la más delicada y solícita atención, la Iglesia ha dispuesto hasta los menores detalles del culto de la Eucaristía; á nadie ha confiado el cuidado de honrar á su Esposo divino; y es que, cuando se trata de Jesucristo sacramentado, todo es grande, importante, divino.

Quiere ella que cuanto hay de más puro en la naturaleza, de más precioso en el mundo, sea consagrado al servicio real de Jesús.

En su culto, todo se refiere á este misterio, todo tiene un sentido espiritual y ultraterreno; todo posee una virtud, encierra una gracia.

¡Cuán á propósito es la soledad, el silencio del templo para el recogimiento del alma! ¡Cómo al encontrar postrados ante el Tabernáculo una asamblea de santos, nos vemos forzados á decir: «¡Ciertamente aquí hay algo más que un Salomón, más que un ángel!» *Sí, allí está Jesucristo, ante quien se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.*

En presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, toda grandeza se eclipsa, toda santidad se humilla y reduce á la nada.

¡Jesucristo está allí!





LA PRESENCIA REAL

Testimonio de Jesucristo.

Videte quia ego ipse sum.

«Ved que soy el mismo.»

(Luc., XXIV, 39).



LA Iglesia nos lo ha dicho: Jesucristo está verdaderamente presente en la sagrada Hostia.

Mas el mismo Jesús manifiesta su presencia de dos maneras: interior y públicamente.

I

La manifestación interior tiene lugar en el alma del que comulga. Jesús obra en quien lo recibe un triple milagro.

Milagro de reformación.

Jesús confiere al que comulga un dominio seguro sobre sus pasiones. El mismo Jesús que ha dicho: *Tened confianza, pues yo he vencido al mundo*; que

dijo á la tempestad: *Cállate*, es el que dice también al orgulloso, al avaro, al hombre atormentado por la insubordinación de sus sentidos y al esclavo de sus malas inclinaciones: *¡Romped sus ligaduras y que ande libremente!*

Y el que comulga se siente más fuerte. Parece que al salir de la santa Mesa pueda exclamar con San Pablo: *Dominaremos todos los obstáculos en virtud de Aquel que nos ha amado.*

Es un cambio súbito, un fuego que se enciende de repente.

Mas si no se hallase Jesucristo en la santa Hostia, no se realizarían tales prodigios; la naturaleza es más difícil de reformar que de formar.

Cuesta más al hombre corregirse, vencerse á sí mismo, que hacer una buena obra exterior cualquiera, aunque sea heroica. El hábito es una segunda naturaleza.

Sólo la Eucaristía, al menos según la marcha ordinaria de las cosas y los datos de la experiencia, es la que confiere poder bastante para reformar las malas costumbres que nos dominan.

Milagro de transformación.

No hay más que un solo medio para cambiar una vida natural en una vida sobrenatural, y éste es el triunfo de la Eucaristía, por el cual Jesucristo se encarga Él mismo de la educación del hombre.

La Eucaristía vigoriza en nosotros la fe. Eleva, ennoblece y purifica el amor: ella enseña á amar. El amor consiste en entregarse uno al ser amado; pues bien, en la Eucaristía Jesús se entrega totalmente, juntando el ejemplo al consejo.

La Eucaristía transforma también nuestro interior, comunica al cuerpo cierta gracia, cierta her-

mosura, reflejo de la belleza interior; en el rostro del que se acerca á la sagrada Mesa adviértese una transparencia de la divinidad, en sus palabras cierta dulzura y en todos sus actos una suavidad, que anuncia la presencia de Jesucristo, y que es el perfume de Jesús.

Milagro de fuerza, que hace que uno se olvide y se sacrifique.

Tal es el que se observa en el hombre frente á la adversidad, y sacando de la Eucaristía una fuerza superior á esta adversidad. Tal es el que ocurre en el cristiano, rodeado de calamidades, calumnias y angustias de todo género, y encontrando en la Eucaristía el reposo, la paz y la tranquilidad de su espíritu. Tal es el que se verifica en el fiel soldado de Jesús, que vence con la comunión las tentaciones, los asaltos de los hombres y del infierno.

En vano se buscará fuera de la Eucaristía esta fuerza sobrehumana.

Pues si la Eucaristía comunica esta fuerza, es porque Jesús, el Salvador, el Dios fuerte, está allí real y verdaderamente.

Tal es la manifestación interior que hace el propio Jesucristo de su presencia en el Santísimo Sacramento.

II

Manifestación pública.

Hase visto que algunos pecadores y profanadores del augusto Sacramento han sido castigados públicamente por su audacia. Jesús manifestaba con esto su justicia.

Apenas Judas recibió sacrílegamente el Cuerpo de su Dios, cuando entró en él Satanás; antes de esta comunión sacrílega, el demonio le tentaba, mas después, tomó ya posesión de él. *Et introivit in eum Satanas.*

San Pablo encontraba en las tibias ó sacrílegas comuniones de los Corintios la razón de su apatía, de su sueño letárgico en el bien: *Ideo multi imbecilles inter vos et dormiunt multi.*

La historia encierra terribles ejemplos de comuniones sacrílegas que han sido súbitamente castigadas por la justicia de Dios, á quien ultrajaban en la Euca istía.

También aquí manifiesta Jesús su poder sobre los demonios.

Cuando en los exorcismos se quería apelar al último recurso para vencer á los demonios que habían resistido á todos los otros medios, se les presentaba la santa Hostia, y, lanzando gritos de rabia, cedían al poder del Dios presente.

San Bernardo, en Milán, colocó el cáliz y la patena sobre la cabeza de un poseso, y salió furioso el demonio, lanzando aullidos espantosos: ¡Jesucristo, nuestro buen Dios está allí!

¡Y cuántos enfermos curados por la Eucaristía! No se conocen todos los hechos de este género; pero Jesús, según atestigua la historia, continúa curando en el Santísimo Sacramento todas las enfermedades.

San Gregorio Nacianceno refiere este hecho conmovedor: su hermana, enferma desde mucho tiempo antes, se levanta una noche, se presenta ante el sagrado Tabernáculo, y dice á Nuestro Señor en el fervor de su fe: «No me levantaré de aquí, ¡oh Señor

mío! sin que me hayáis curado.» En efecto, se levantó, y estaba sana.

¡En fin, cuántas apariciones de Nuestro Señor bajo diversas formas! Gusta Jesucristo de renovar de vez en cuando el milagro del Tábor.

Estas manifestaciones no son necesarias, puesto que nosotros tenemos la palabra misma de la verdad: ellas atestiguan solamente que la palabra de Jesucristo se ha cumplido al pie de la letra.

¡Sí, Jesús mío, creo que estáis verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento: aumentad, aumentad mi fe!...





LA FE EN LA EUCARISTÍA

Qui credit in me habet vitam aeternam.

«Quien cree en mí tiene la vida eterna.»

(JOANN., VII, 47.)

Si tuviésemos una fe viva en el Santísimo Sacramento, cuán felices y santos seríamos! ¡Porque la Eucaristía es la verdad real de la fe; es la virtud, el acto soberano del amor, toda la religión en acción! *Si scires donum Dei!* ¡Oh! ¡Si nosotros conociésemos el don de Dios!

Mas la fe en la Eucaristía es un tesoro que hay que buscar mediante la sumisión, guardar con auxilio de la piedad y defender á costa de todos los sacrificios.

El no tener fe en el Santísimo Sacramento es la mayor de las desgracias.

I

¿Es posible perder completamente la fe en el Santísimo Sacramento cuando se ha creído anteriormente y se ha comulgado alguna vez?

¡No, no lo creo! ¡Un hijo puede menospreciar á su

padre, insultar á su madre; pero desconocerlos, esto es imposible! ¡Así, pues, un cristiano no puede negar que ha comulgado; no puede olvidar que ha sido feliz alguna vez!

La incredulidad respecto de la Eucaristía no procede jamás de la evidencia de las razones contrarias á este misterio.

Un hombre, engolfado torpemente en los negocios temporales, ha dejado que languidezca ó dormite su fe: ha olvidado. Pero que le despierte la gracia, la simple gracia del arrepentimiento, y su primer movimiento le conducirá instintivamente hacia la divina Eucaristía.

La incredulidad puede proceder también de las pasiones que dominan un corazón. Una pasión que pretente reinar es cruel. Satisfechos sus deseos, menosprecia; atacada, niega. Preguntad á aquel desgraciado desde cuándo no cree en la Eucaristía. Y remontando al origen de la incredulidad, veréis una debilidad, un predominio de la pasión, á los cuales no se ha sabido resistir con fuerza.

También proviene la incredulidad de una fe tibia ó vacilante durante largo tiempo. Se ha escandalizado uno de ver tantos indiferentes, incrédulos prácticos. Se ha escandalizado de oír las razones artificiosas, los sofismas de la falsa ciencia. ¿Por qué no castiga Dios Nuestro Señor? ¿Por qué, si está allí, se deja insultar? ¡Tanta gente que no cree y sin embargo son personas honradas!

He aquí la fe vacilante ó dudosa que conduce en plazo más ó menos largo á no creer en la Eucaristía.

¡Desdicha inmensa! ¡El cristiano se aleja entonces, como los Cafarnaitas, de Aquel que tiene palabras de verdad y de vida!

II

¿A qué consecuencias se expone el que no cree en la Eucaristía?

Niega el poder de Dios. ¿Cómo, Dios bajo esta ínfima apariencia? Imposible; ¿quién puede creer eso?

Acusa á Jesucristo de falsario, pues el Salvador ha dicho: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre.*

Menosprecia su bondad como los discípulos que, al oir la promesa eucarística, se retiraron y abandonaron á su divino Maestro.

Además, su fe en los demás misterios bien pronto sé debilitará y perderá: si no cree en este misterio vivo y que se afirma por un hecho presente, ¿qué misterio habrá de creer?

Su virtud se esterilizará muy en breve, pues pierde su alimento natural, rompe la sociedad con Jesucristo, de donde dimanaba su vigor; ella no mira ya, y olvidará por completo á su modelo presente.

Sécase también en breve plazo la piedad, al incomunicarse con aquel centro de vida y de amor.

Y entonces ¡ay! desaparecen los consuelos en las adversidades de la vida; y cuando la tribulación se presenta fuerte, viene comunmente la desesperación. ¡La pena que no puede verterse en un corazón amigo suele acabar por ahogarnos!

III

Creamos, pues, en la Eucaristía. ¡Yo creo, Dios mío, hay que decir con frecuencia; auxiliad mi fe vacilante!

Y nada hay más glorioso á Dios Nuestro Señor, que este acto de fe en su presencia eucarística.

Por él honramos supereminentemente su veracidad divina: el mayor honor que puede hacerse á uno es creerle por su palabra, así como sería la mayor injuria sospechar de su veracidad, dudar de sus palabras, pedirle pruebas y garantías de lo que dice. Pues bien, si un hijo cree á su padre por su palabra, un criado á su señor, un súbdito á su Rey, ¿por qué no creer por su palabra á Jesucristo cuando nos afirma solemnemente que se halla presente en el Santísimo Sacramento?

Este acto de fe sencilla y absoluta en la palabra de Jesucristo es glorioso, además, porque le reconoce y adora en su estado velado ú oculto: el honor que se tributa á un amigo disfrazado, á un Rey sencillamente vestido, es mayor que cualquiera otro. ¡Entonces es verdaderamente la persona, y no el vestido, el objeto de las ovaciones y los honores!

Así ocurre también con Jesucristo en el Santísimo Sacramento; honrarle, creerle Dios á pesar del velo de debilidad que le cubre, es honrar su divina Persona, respetar el misterio de que se rodea.

Y esto es también mucho más meritorio para nosotros. Al ejemplo de Pedro cuando confesaba la divinidad del Hijo del Hombre, y del buen ladrón cuando afirmaba la inocencia del Crucificado, esto es afirmar de Jesucristo lo que es, no obstante lo que parece ser; aún más, es creer lo contrario de lo que nos dicen los sentidos, apoyándonos únicamente en la certidumbre de su palabra infalible.

Creámos, creamos en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. ¡Allí está Jesucristo! ¡Que se apodere de nosotros el respeto cuando entremos en

la iglesia, el respeto de la fe y del amor que prestaríamos á la persona de Jesucristo, pues allí, en la Eucaristía, está Él mismo, el propio Jesucristo!

Que esta verdad constituya nuestro apostolado, nuestra predicación: es la más elocuente para los incrédulos y los impíos.





LAS MARAVILLAS DE DIOS

Memoriam fecit mirabilium suorum.

« He aquí el recordatorio, el compendio de todas las maravillas de Dios.»

(PSALM. CX, 4.)

Si la Eucaristía es la obra de un amor inmenso, este amor ha tenido á su servicio un poder infinito, la omnipotencia de Dios.

Santo Tomás llama á la Eucaristía la maravilla de las maravillas, *maximum miraculorum.*

Para convencerse de ello, bastará meditar lo que la Iglesia nos enseña acerca de este misterio.

I

¡La primera de las maravillas que se operan en la Eucaristía es la transubstanciación: Jesucristo primero y los sacerdotes después, por su mandato é institución, toman pan y vino, pronuncian sobre esta materia las palabras de la consagración, y al punto

toda la substancia del pan y toda la substancia del vino desaparece, habiéndose trocado en el Sagrado Cuerpo y la Sangre adorable de Nuestro Señor Jesucristo!

Bajo la especie del pan así como bajo la del vino se encuentra verdadera, real y substancialmente el Cuerpo glorioso del Salvador.

Del pan y del vino no queda otra cosa que las apariencias color, sabor y peso; para los sentidos, aquello es pan y vino: la fe, en cambio, nos dice que aquello es el Cuerpo y la Sangre de Jesús, ocultos bajo los accidentes, los cuales no subsisten sino por un milagro que únicamente puede obrar el Todopoderoso, pues es contra las leyes ordinarias de la naturaleza que las cualidades de los cuerpos existan sin los cuerpos que las sostienen. Esta es obra de Dios, su voluntad es su razón de ser, como es también la razón de nuestra existencia. Dios puede todo cuanto quiere, y no puede decirse que una cosa exija de Él mayor esfuerzo que otra.

He aquí la primera maravilla de la Eucaristía.

II

Otra maravilla, contenida en la primera, es que este milagro se renueva, se repite á la simple palabra de un hombre, del sacerdote, y tantas veces cuantas él quiera. ¡Tal es el poder que Dios le ha comunicado; quiere que Dios esté sobre este altar, y allí está Dios! El sacerdote obra en un todo el mismo milagro que obró Jesús en la Cena eucarística, y de Jesucristo procede todo su poder y en su nombre obra al realizar aquel portento.

Jesucristo no se ha resistido jamás á la palabra de su ministro.

¡Milagro de la omnipotencia de Dios: la criatura débil y mortal encarna á Jesús sacramentado!

III

Jesús tomó cinco panes en el desierto, los bendijo, y los Apóstoles encontraron en ellos con qué alimentar á cinco mil hombres: débil imagen de esta otra maravilla de la Eucaristía, el milagro de la multiplicación.

Jesús ama á todos los hombres; quiere darse todo entero y personalmente á cada uno; cada cual tendrá su parte en el maná de vida: precisaba, pues, para esto que se multiplicase tantas veces cuantos fueren los fieles que le quisieren recibir, y esto cada vez que ellos lo quisiesen; necesitábase en cierto sentido que la Mesa eucarística cubriese el mundo. Pues esto precisamente es lo que se realiza en virtud de su omnipotencia: todos le reciben totalmente, enteramente, con todo lo que constituye su divina Persona, pues se contiene de este modo en cada una de las Hostias consagradas. Dividid esta santa Hostia en cuantas partes queráis, y Jesús se hallará todo entero en cada una de estas partes; en vez de dividirle, la fracción de la Hostia le multiplica.

¡Quién podrá contar el número de Hostias que Jesús ha puesto, desde el Cenáculo acá, á disposición de sus hijos!

IV

Pero no sólo se multiplica Jesús con las santas partículas, sino que al mismo tiempo, por una maravilla que guarda conexión con la anterior, hállase á la vez en infinito número de lugares.

En los días de su vida mortal, Jesús se hallaba en un solo lugar, habitaba una sola casa, eran en corto número las personas privilegiadas que podían gozar de su presencia y de su palabra; hoy, en el Santísimo Sacramento, puede decirse que se halla al mismo tiempo en todas partes. Su Humanidad participa en cierto modo de la inmensidad divina que todo lo llena. Jesús está todo entero en infinito número de templos y en cada uno de ellos. Y es que, como los cristianos todos esparcidos por la superficie de la tierra son los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, es necesario que Él, que es el alma, se halle en todo lugar, difundido en todo el cuerpo, comunicando y conservando la vida en cada uno de sus miembros.

Jesús mío, adoramos vuestro poder, que ha multiplicado las maravillas para que pudieseis habitar en medio de vuestros hijos, poneros á su alcance y ser todo para ellos.





SACRIFICIO DE JESUS

EN LA EUCARISTÍA

Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.

«Me amó y se sacrificó por mí.»

(GALAT., II, 20.)

¿CUÁLES son los caracteres por los que se reconoce el amor? Uno sólo, sus sacrificios; el amor se reconoce por los sacrificios que inspira ó que acepta con gusto.

El amor sin el sacrificio no es otra cosa que un nombre vano, un egoismo disfrazado.

Si, pues, deseamos conocer la grandeza del amor de Jesús para con el hombre en el misterio de la Eucaristía, valuar el precio de su amor, veamos los sacrificios que exige dicho misterio.

Los sacrificios que impone la Eucaristía son los mismos á que se sometió el Hombre-Dios durante su Pasión. Aquí como allí, Jesucristo ha inmolado su vida civil, su vida natural, su vida divina,

I

En su Pasión, á la cual le impulsaba su grande amor á los hombres, Jesucristo fué puesto fuera de la ley, excluído de la legalidad. Su pueblo le maldice, le calumnia; Él no pronuncia ni una palabra en su defensa. Fué entregado á merced de sus enemigos, sin protección alguna; Él no reclama ni aun el derecho del más vulgar acusado. Sacrifica sus derechos de ciudadano y de hombre honrado, por la salvación y amor de su pueblo.

También en la Eucaristía acepta Jesucristo esta inmolación de su vida civil.

Allí está sin derecho alguno; la ley no se lo reconoce. Él, el Dios hecho hombre, el Salvador del género humano, apenas si tiene un nombre, apenas si se le consagra una palabra en el Código de las naciones por Él redimidas; aunque vive en medio de nosotros se le desconoce: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.*

No se le tributan honores públicos. En muchos países se ha suprimido la fiesta del *Corpus* ó de la Eucaristía. ¡Jesucristo no puede salir ni mostrarse en público! ¡Tiene que esconderse; el hombre se avergüenza de Jesucristo! *Non novi hominem:* ¡No le conozco!

¿Mas quiénes son éstos que se avergüenzan de Jesucristo? ¿Son judíos? ¿mahometanos? ¡No, son cristianos!

La Eucaristía está sin defensa, sin protección. Mientras que no turbéis públicamente el ejercicio del culto, podéis injuriar, cometer cuantos sacrilegios

queráis: estas son cosas en que las autoridades creen no deben intervenir.

Resulta, pues, que Jesús-Eucaristía está indefenso por parte de los hombres.

¿Pero tal vez el cielo tomará su defensa? Tampoco. Como en las casas de Caifás y de Pilato, Jesús ha sido entregado por su Padre á la voluntad de los pecadores: *Tradidit eum voluntati eorum!*

¡Como! ¿Sabia esto Jesucristo cuando instituyó la Eucaristía, y eligió libremente semejante estado? Sí. Y lo hizo así, para ser nuestro modelo, nuestro consuelo en las penas y persecuciones del mundo.

Y hasta el fin del mundo permanecerá así, sirviendo de ejemplo y auxiliando con su gracia á cada uno de sus hijos. ¡Nos ama tanto!...

II

Jesucristo, durante su Pasión, añadió á este sacrificio de sus derechos la inmolación de todo aquello que constituye al hombre. La inmolación de su voluntad, de la bienaventuranza de su alma, que permitió fuese presa de mortal tristeza; la inmolación de su vida en la cruz.

Pero era poco para su amor haber hecho todo esto una sola vez, y por esto continúa en la Eucaristía esta muerte natural.

¡Para inmolar su voluntad, obedece á su criatura, siendo Dios; á su súbdito, siendo Rey; á su esclavo, siendo Él el libertador! Obedece á los sacerdotes y á los fieles, á los justos y á los pecadores; obedece sin resistencia, sin necesidad de violentarle en lo más mínimo; obedece aun á sus mismos enemigos, y

á todos con la misma prontitud, con idéntica diligencia. Y no sólo en la Misa, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, sino en todos los momentos del día y de la noche, según las necesidades de los fieles; su estado permanente es el estado puro y simple de obediencia. ¿Es esto posible?

¡Oh, si el hombre comprendiese el amor de la Eucaristía!

Jesucristo, durante su Pasión, fué amarrado, perdió su libertad. Aquí Él se ata á sí mismo; se ha encadenado con las cadenas perpetuas y absolutas de sus promesas.

Se encadena bajo las santas especies, á las cuales le unen inseparablemente las palabras sacramentales; hállase en la Eucaristía sin movimiento propio, sin acción, como en la cruz, como en el sepulcro, si bien en la Eucaristía posee la plenitud de la vida resucitada.

¡Está bajo la dependencia absoluta del hombre, como prisionero de amor; es imposible romper sus ligaduras, abandonar su prisión eucarística; es nuestro prisionero hasta el fin de los tiempos! ¡A esto se ha obligado! ¡Hasta ese término se extiende el contrato de amor!

En cuanto á la bienaventuranza de su alma, Jesús no puede ya, como en Gethsemaní, suspender sus arrobamientos y goces, una vez resucitado y glorioso. Pero la pierde en el hombre, en el cristiano, su miembro indigno. ¡Cuántas veces se ve Jesús expuesto á la ingratitud y al ultraje! ¡Cuántas y cuántas veces los cristianos imitan á los judíos! Jesús lloró una vez por la culpable Jerusalén; á nosotros nos ama mucho más; y nuestros pecados, nuestra perdi-

ción, le afligen bastante más que la perdición de los judíos; ¡cuántas lágrimas derramaría Jesús en el Sacramento si pudiese llorar!

Finalmente, como en la Hostia no puede Jesús morir realmente, toma al menos un estado aparente de muerte. Las especies se consagran separadamente para conmemorar la pérdida de la Sangre, que, al salir de su Cuerpo, ocasionó su muerte dolorosa.

¡Se da en comunión, y las especies son consumidas, aniquiladas en nosotros!

En fin, Jesús se expone también á perder la vida sacramental por las profanaciones de los impíos, cuando destruyen las santas especies.

¡Los pecadores que le reciben indignamente, le crucifican en su alma y le entregan al demonio, que es para ellos dueño y señor soberano! *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.*

III

Así, pues, Jesús inmola en la Eucaristía su vida natural, en cuanto esto es posible en su estado resucitado.

En la Pasión no perdonó su vida divina, y tampoco la perdona en la Eucaristía.

Allí, entre los tormentos de su Pasión, no asoma por parte alguna su gloria, su majestad y su poder: no es sino el varón de dolores, el maldito de Dios y de los hombres. Isaías no le reconocía ya bajo las salivas y las llagas que desfiguraban su Faz augusta!

Jesús, en su Pasión, no dejaba ver más que su amor. ¡Desdichados de aquellos que no quisieron reconocerlo! Fué preciso que un ladrón, que un fa-

cineroso adorase su divinidad y proclamase su inocencia, y que la naturaleza llorase á su Criador.

En el Sacramento, continúa Jesús con más amor todavía este sacrificio de sus atributos divinos.

¡De todo el poder de Jesucristo, de toda su gloria, no se ve más que una paciencia que rayaría en escándalo si no supiéramos que su amor hacia nosotros es infinito, que su amor llega á la locura! *Insanis, Domine!*

Parece que este dulce Salvador nos está diciendo: Y bien, ¿no he hecho bastante por vosotros? ¿No seré digno de vuestro amor? ¿Qué puedo hacer más? ¿Qué sacrificio me queda por hacer?

¡Oh, desgraciados de aquellos que menosprecian tanto amor! Compréndese que el infierno no sea cosa excesiva para ellos... Pero dejemos este pensamiento... La Eucaristía es la prueba suprema del amor de Jesús hacia nosotros, por cuanto es el supremo sacrificio.



LA EUCARISTÍA Y LA MUERTE

DEL SALVADOR

> *Quotiescumque... mortem Domini anuntiabitis donec veniat.*
>
> «Cuantas veces consagraréis el misterio eucarístico, anunciaréis la muerte del Señor.»
>
> (I Cor., XI, 26.)

I



Bajo cualquier aspecto que se mire la Eucaristía, nos recuerda siempre por manera muy marcada la muerte del Señor.

La instituyó la víspera de su muerte, la noche misma en que fué entregado: *Pridie quam pateretur... in nocte qua tradebatur.*

Le da el nombre de testamento fundado en su sangre: *Hoc testamentum est in sanguine meo.*

El estado de Jesucristo en el Sacramento es un estado de muerte; apareciéndose en Bruselas y en París en 1290 y 1369, apareció con sus llagas, como nuestra divina Víctima.

Hállase sin movimiento, sin voluntad, como un difunto á quien hay que transportar de un punto á otro.

A su alrededor reina un silencio de muerte; su altar es un sepulcro donde se encierran huesos de mártires.

Sobre él se ve la cruz,—la cruz que suele adornar las sepulturas cristianas;—el corporal que envuelve la santa Hostia es un nuevo sudario, *novum sudarium;* cuando el sacerdote se dispone para el sacrificio, lleva insignias de muerte; todas sus vestiduras sagradas están exornadas con la cruz, que aparece por la parte anterior y posterior.

Siempre la muerte, siempre y por todos lados la cruz: tal es el estado de la Eucaristía considerada en sí misma.

II

Considerada como sacrificio y como comunión, ostenta de una manera aún más sensible los caracteres y circunstancias de la muerte.

El sacerdote pronuncia las palabras sacramentales separadamente sobre la materia del pan y sobre la materia del vino; de modo que, por la virtud precisa de estas palabras, el cuerpo debiera quedar separado de la sangre, y esto constituye la muerte. Si la muerte no acontece verdaderamente, es porque á ello se opone el estado glorioso y resucitado de Jesucristo; pero, por lo menos, toma de la muerte todo cuanto puede, y por esto le vemos allí como Cordero inmolado por nosotros.

Así es que Jesucristo, por su muerte mística, continúa el sacrificio de la cruz, que se renueva de

este modo millares de veces por los pecados del mundo.

En la comunión se consuma la muerte del Salvador. El corazón del que comulga viene á ser su sepulcro; pues las santas especies se disuelven por la acción del calor natural, cesando con esto el estado sacramental; desde este momento Jesús-Hostia ya no se encuentra corporalmente en nosotros; ésta es, pues, la muerte del Sacramento, la consunción del holocausto.

Sepultura gloriosa en el corazón del justo, sepultura de ignominia en el corazón del pecador; en el primero el Señor, al perder su estado sacramental, deposita su divinidad, su Espíritu Santo, y por consiguiente, un germen de resurrección; mas en el corazón culpable Jesús no sobrevive, la Eucaristía hase frustrado en sus fines. La comunión se convierte en una profanación, que no es otra cosa que la muerte violenta é injusta de Nuestro Señor crucificado por nuevos verdugos.

III

¿Por qué Jesucristo quiso establecer relaciones tan íntimas entre el sacramento de la Eucaristía y su muerte?

En primer lugar, para recordarnos el precio que le costó su Sacramento.

La Eucaristía, en efecto, es el fruto de la muerte de Jesús.

La Eucaristía es un testamento, un legado que no puede tener valor sino por la muerte del testador. De aquí que, para que su testamento fuese válido, tenía que morir Jesús. Así, pues, cuantas veces nos

hallemos en presencia de la Eucaristía debemos decir: Este precioso testamento ha costado la vida á Jesucristo; y esto nos muestra su inmenso amor, pues Él mismo ha dicho que no hay mayor prueba de cariño que el dar uno su vida por sus amigos.

Jesús, muriendo por dejarme, por conquistarme la Eucaristía, he aquí el signo más fehaciente, la suprema manifestación de su amor. ¿Cuántos piensan en ese precio de la Eucaristía? Y sin embargo, allí está Jesús para decírnoslo. Como hijos desnaturalizados, no pensamos sino en usar y gozar de nuestras riquezas, sin pensar en Aquel que las adquirió para nosotros á costa de su vida.

IV

Quiso, además, establecer aquellas relaciones para significarnos incesantemente cuáles deben ser los efectos de la Eucaristía en nosotros.

El primero es el de hacernos morir al pecado y á las inclinaciones viciosas.

El segundo es el de hacernos morir al mundo y crucificarnos con Jesucristo según aquella palabra de San Pablo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.*

El tercero es el de hacernos morir á nosotros mismos, á nuestros gustos, á nuestros deseos, á nuestros sentidos, para revestirnos de Jesucristo, de tal suerte que Él viva en nosotros, y nosotros no seamos sino sus miembros, dóciles á su voluntad.

Finalmente, es para hacernos partícipes de la resurrección gloriosa. Jesucristo se siembra en nosotros; el Espíritu Santo avivará, vigorizará este ger-

men, y por él nos concederá nuevamente la vida, pero una vida gloriosa que no tendrá fin.

Tales son algunas de las razones que indujeron á Jesucristo á rodear de insignias de muerte este Sacramento de vida, este Sacramento donde reside glorioso, donde su amor triunfa.

Quiere presentarnos continuamente á la vista cuánto le hemos costado y lo que debemos hacer para corresponder á su amor.

¡Oh Señor—le diremos con la Iglesia—que nos dejaste en tu admirable Sacramento un recuerdo tan vivo de tu Pasión, concédenos que veneremos de tal manera los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos continuamente en nosotros los frutos de tu Redención!





LA EUCARISTÍA

NECESIDAD DEL CORAZÓN DE JESÚS

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobis cum.

«He deseado con ardiente deseo comer esta Pascua con vosotros.»

(Luc., XXII, 15.)

La Eucaristía es algo superabundante á la obra de la Redención; ella no era pedida á Jesucristo por la justicia de su Padre.

La Pasión, el Calvario, bastaban para reconciliarnos con Dios y abrirnos las puertas de la casa paterna.

¿Por qué, pues, Nuestro Señor instituye la Eucaristía?

La instituye para él, para satisfacerse á sí mismo, para contentar su Corazón.

Así considerada la Eucaristía, es la cosa más divina, más tierna y amorosa; su carácter, su naturaleza, viene á ser entonces la bondad, la ternura expansiva.

Aun cuando nosotros no hubiésemos tenido que aprovecharnos de ella, Jesucristo tenía necesidad de instituir la Eucaristía. Y esto por tres razones,

I

Primeramente, porque era nuestro hermano. Jesucristo deseaba satisfacer su afecto fraternal para con nosotros.

Ningún afecto es más vivo, ningún amor más expansivo que el amor fraternal; la amistad requiere la igualdad, la cual nunca es tan perfecta como entre hermanos.

Ahora bien, el amor fraterno de Jesús está por encima de todo lo que pudiera imaginarse.

La Escritura dice que el alma de David estaba pegada á la de Jonatás, y que las dos constituían una sola; pero por estrecha que sea la unión de dos hombres, queda siempre en cada uno de ellos un principio de egoísmo: el orgullo. En Jesucristo nada que á esto se parezca; nos ama absolutamente, sin que este amor recaiga sobre Él mismo.

Que respondamos ó no á este amor, no importa; Él nos ama y persigue con intensísimo afecto.

Ahora bien, un hermano desea ver á su hermano, vivir con él; Jonatás sufría acerbamente lejos de David.

Y así, á Jesucristo le apenaba la idea de tener que abandonarnos; deseaba hallarse siempre á nuestro lado, para repetirnos de continuo: ¡Sois mis hermanos!

¡Cuán tierna es esta palabra! Ninguna otra cualidad de Jesús se compadece con la amistad. Considerándolo desde otros puntos de vista, veremos en Jesús al bienhechor, al Salvador; pero nunca como aquí encontraremos la amabilidad dulce y familiar.

La Eucaristía pasa el rasero sobre todos los hom-

bres y produce la verdadera igualdad: sólo á la salida del templo encontraremos ya dignidades, jerarquía; pero en la Mesa de Jesús, nuestro hermano mayor, todos somos iguales.

¡Cuán impropio es, pues, al acercarse á comulgar, no pensar sino en la majestad, en la santidad de Nuestro Señor! Esto es bueno cuando se medita algún otro misterio; pero tratando de la Eucaristía, acerquémonos lo más posible á Jesucristo, para que haya ternura y expansión.

II

Quiso además Jesús permanecer entre nosotros por ser nuestro Salvador; y esto no sólo para aplicarnos los méritos de la Redención, pues hay otros medios para ello, tales como la oración, los Sacramentos, etc.; sino para gozar de su título de Salvador y de su victoria.

Un hijo, salvado por su madre de un gran peligro, es doblemente amado. Nuestro Señor Jesucristo, á quien tanto hemos costado, tenía necesidad de amarnos con amor muy tierno, para consolarse de los sufrimientos del Calvario.

¡Ha hecho tanto por nosotros! El nos ama en la medida de los sacrificios que le ha costado nuestro rescate. Y este rescate le ha costado infinitamente. ¡Pues bien, no abandona uno fácilmente á aquellos á quienes ha salvado! Habiendo expuesto la vida por ellos, los ama como á su propia vida, y goza en ello una satisfacción, una complacencia indescriptible.

¡Nuestro Señor Jesucristo ciertamente tiene, por lo menos, el corazón de una madre! Hubiese preferido dejar á los ángeles que abandonarnos á nosotros;

Jesucristo, pues, necesita volvernos á ver. Dos amigos de campamento que se encuentran después de largos años, no saben cómo manifiestarse su alegría.

Se hace un largo viaje para ir á ver á un amigo, sobre todo á un amigo de la infancia; y Nuestro Señor Jesucristo ¿no tendrá estos buenos y delicados sentimientos? ¿Por qué razón?

Jesucristo tiene también sus heridas en la Eucaristía; Él las ha guardado, son su gloria y su consuelo; estas heridas le ponen de manifiesto todo el amor que tuvo por nosotros.

¡Y qué placer se le proporciona cuando se acude á darle gracias por sus beneficios, por sus sufrimientos! ¡Él instituyó en gran parte la Eucaristía para que los fieles vayan á consolarle de sus dolores, de su pobreza, de su cruz; Él llega hasta mendigar la compasión y la correspondencia á tanto amor!

Sí, Jesucristo debe estar con aquellos á quienes ama, y estos tales somos nosotros por habernos salvado.

III

Finalmente, Jesucristo quiere vivir con nosotros y atestiguarnos su inmenso amor en la Eucaristía, porque su divino Padre nos ama infinitamente. Tiene necesidad de pagar á su Padre la deuda de amor que nosotros hemos contraído con Él.

Algunas veces se siente uno poseído súbitamente de afecto hacia cualquiera persona á quien no conocía y á quien jamás había visto; un rasgo, un recuerdo, una circunstancia cualquiera nos trae á la memoria á un amigo querido; y engéndrase en

nosotros la simpatía hacia aquel que hace revivir en nuestra mente al amigo perdido. También nos inclinamos á amar al amigo de nuestro amigo, sin conocerle, y únicamente por gozar de la amistad y confianza de nuestro amigo. Esto se explica fácilmente: nuestro corazón, al querer al amigo, ama instintivamente todo aquello que está en contacto con él.

Lo mismo ocurre con Jesús. El Padre nos ama; y Jesucristo, que ama á su Padre, nos amará por causa de Él, independientemente de cualquiera otra razón. Esto es una necesidad para el Hijo de Dios; Él no puede olvidar á aquellos á quienes ama su Padre.

Volvamos, pues, los términos de la cuestión y digamos á Jesucristo Nuestro Señor:

¡Oh Dios mío! Os doy gracias por haber instituído la Eucaristía para mi bien; pero, dulce Salvador mío, Vos me debéis el haber podido establecerla; yo he sido la ocasión para ello. Si os gozáis, si os halagan los títulos de Salvador, de hermano, yo soy la causa ocasional de esos títulos. Aún habéis de favorecerme, habéis de salvarme todavía. A nosotros debéis Vos el hermoso nombre de hermano.

Por lo demás, Nuestro Señor Jesucristo mendiga adoradores; su gracia vino á buscarnos. ¡Nuestro Señor, pues, nos deseaba, tenía necesidad de nosotros!

Para su Exposición necesita adoradores, de otro modo no sale del Tabernáculo.

En la Misa, se necesita por lo menos de un ayudante que represente al pueblo, á los fieles; nosotros damos á Jesús las condiciones de su realeza.

Escudriñad, meditad este pensamiento; esta idea

os elevará, os ennoblecerá, excitará en vosotros inmensos deseos de amor, y os hará recordar que nobleza obliga.

Y decid frecuentemente á Jesucristo con una santa libertad:

¡Sí, mi Dueño y Señor, algo nos debéis!



LA EUCARISTÍA

Necesidad de nuestro corazón.

Fecisti nos ad te Deus!

«¡Oh Dios mío!, has hecho nuestro corazón para Ti.»
(San Agustín.)

Por qué está Jesucristo en la Eucaristía? Muchas contestaciones podrían darse á esta pregunta; pero la que las resume todas es la siguiente: porque nos ama y desea que le amemos. El amor, he aquí el motivo de la institución de la Eucaristía.

Sin la Eucaristía, el amor de Jesucristo no sería más que un amor muerto, un amor que ya pasó, que bien pronto olvidaríamos y por cuyo olvido apenas si seríamos culpables. El amor tiene sus leyes, sus exigencias; sólo la Eucaristía satisface plenamente á ellas: por ella Jesucristo tiene perfecto derecho á ser amado, por cuanto en ella nos ha demostrado un amor infinito.

Ahora bien, el amor natural, tal y como Dios lo ha puesto en nuestros corazones, requiere tres cosas:

La presencia del ser amado, la comunidad de bienes, la unión perfecta.

I

El dolor de la amistad, su tormento, es la ausencia. El alejamiento debilita la más firme amistad, y de prolongarse mucho, acaba con ella por completo. Si Nuestro Señor Jesucristo se hubiera ausentado, alejado, nuestro amor hacia Él hubiese experimentado el efecto natural de la ausencia. Se halla en la naturaleza del hombre y de su amor el reclamar, para vivir, la presencia del objeto amado.

Fijaos en los pobres Apóstoles, mientras que Nuestro Señor está en el sepulcro. Los discípulos de Emmaus lo confiesan, casi han perdido la fe: ya no tienen á su buen Maestro.

¡Ah! ¡Si Nuestro Señor Jesucristo no nos hubiese dejado otra prenda de su amor que Belén y el Calvario, pobre Salvador! ¡Cuán pronto le hubiésemos olvidado! ¡Qué indiferencia se hubiese apoderado de nosotros!

El amor quiere ver, oir, conversar, tocar.

Nada hay que pueda reemplazar á la persona amada, ni recuerdo, ni obsequios, ni retratos: todo esto no tiene vida.

¡Jesucristo lo sabia bien! Nada hubiese podido reemplazar á su Persona. Era necesario que permaneciese entre nosotros Él mismo.

¿Pero y su palabra? ¡No, su palabra no es ya vibrante; nosotros no oimos ya más sus acentos, tan conmovedores en la boca del Salvador!

¿Y su Evangelio? Es un testamento.

¿Los Sacramentos no dan vida, no comunican gracia? ¡Si, pero necesitamos al autor de la vida para conservar esta vida en nosotros!

¿La cruz? ¡No, sin Jesús contrista el alma!

¿Pero y la esperanza? ¡Es la agonía sin Jesús!

¡Los protestantes tienen todo esto, y cuán frío es el protestantismo! ¡Qué atmósfera de hielo lo cubre por todas partes!

¿Habrá querido Jesús reducirnos á este estado tan triste de vivir y combatir sin Él?

¡Oh! ¡Seríamos muy desventurados si Jesús no se hallase presente entre nosotros! ¡Desterrados y solos sobre la tierra, obligados á privarnos de los bienes terrenales, de los consuelos de la vida, en tanto que el mundano lo tiene todo á pedir de boca: la vida en tal caso sería insoportable!

¡Pero con la Eucaristía! Con Jesús en medio de nosotros, frecuentemente bajo el mismo techo; allí siempre, tanto de noche como de día; accesible á todos, y esperándonos en su casa, siempre abierta; admitiendo á los pequeños, é invitándolos con marcada predilección: con todos estos atractivos fuerza es confesar que la vida se hace menos amarga. Jesús en la Eucaristía representa al buen padre en medio de sus hijos; la Eucaristía simboliza la comúnnidad de vida con Jesús.

¡Cómo nos engrandece y eleva esta sublime sociedad! ¡Y qué facilidad en las relaciones de dicha sociedad, en las apelaciones al cielo y al mismo Jesucristo en persona!

Esta es la dulce compañía de la amistad sencilla, amorosa, familiar é íntima.

¡Esto, esto era necesario!

II

El amor requiere la comunidad de bienes, la posesión en común. Quiere compartir la felicidad y la adversidad. Está en su naturaleza, en su instinto, el darlo todo con gran alegría, con la mayor complacencia.

¿No veis, pues, cómo Jesucristo en el Santísimo Sacramento da con profusión, con prodigalidad, sus méritos, sus gracias y hasta su misma gloria? ¡Cuán dispuesto está siempre para dar! ¿Se ha negado jamás á prodigar sus mercedes?

El se da á sí mismo siempre y á todos sus hijos. El cubre el mundo de Hostias consagradas. Quiere que le posean todos sus fieles. En el desierto quedaron todavía doce canastos sobrantes de los cinco panes multiplicados: es necesario que todos participen de este pan.

Jesús-Eucaristía quisiera cubrir el mundo con su nube sacramental, fecundizar todos los pueblos con las aguas de vida que irán á perderse en el océano de la eternidad, pero sólo cuando hayan apagado la sed y confortado al último de los elegidos.

Jesús sacramentado es, pues, de nosotros, todo nuestro.

III

La tendencia del amor, su objetivo final, es la unión de aquellos que se aman, la fusión de dos en uno, de dos corazones en un solo corazón, de dos espíritus en un solo espíritu, de dos almas en una sola.

Oid á una madre que estrechando al hijo sobre su pecho, le dice: «¡Me lo como!»

Jesús se sujeta también á esta ley del amor que Él mismo ha establecido. Después de haber compartido nuestro estado, nuestra vida, se da en comunión, se hace una cosa con nosotros.

Unión divina de las almas, siempre más perfecta y cada vez más íntima, según la intensidad mayor ó menor de nuestros deseos. *In me manet et ego in eo.* Nosotros habitamos, permanecemos en Él, y Él permanece en nosotros. En Él vivimos, nos movemos y somos, hasta que se consume en el cielo, en la unión eterna y gloriosa, esa unión inefable comenzada aquí abajo por la gracia y perfeccionada por la Eucaristía.

El amor vive, pues, con Jesús, presente en el Santísimo Sacramento. Comparte todos los bienes de Jesús. Se une á Jesús.

Las exigencias de nuestro corazón están satisfechas; nuestro corazón no podría pedir más.





LA EUCARISTÍA

Y LA GLORIA DE DIOS

Ego honorifico Patrem meum.

«Yo honro á mi Padre.»

(JOANN., VIII, 49.)

NUESTRO Señor no sólo quiso permanecer en la tierra por su gracia, su verdad, su palabra, quiso también quedarse en persona. Nosotros poseemos al mismo Jesucristo que vivió en Judea, aunque bajo otra forma de vida. Ha tomado una vestidura sacramental, pero es siempre el mismo Jesús, el propio Hijo de Dios é Hijo de María.

La gloria de Dios, que Jesucristo buscaba con preferencia en la tierra, constituye también el objeto de todos sus deseos en el Sacramento: puede decirse que Jesucristo se revistió del estado sacramental para continuar honrando y glorificando á su Padre.

I

El Verbo divino, por su Encarnación, reparó, restauró la gloria del Creador, manchada en la creación por la caída del primer hombre, por el orgullo.

Por esta obra, el Verbo se humilló hasta unirse á nuestra naturaleza humana; descendió á María y se anonadó, revistiéndose de la forma de esclavo.

Después de haber pagado el rescate del hombre; habiendo dado á Dios, por los actos de su vida, una gloria infinita, y cuando hubo purificado la tierra con su presencia, se remontó glorioso al cielo: su obra estaba terminada.

¡Hermoso día para el cielo el de la Ascensión triunfante del Salvador!

Pero día triste, tristísimo para la tierra, aquel en que vió alejarse á su Rey, á su Reparador. ¿No deberá temerse que muy presto, por lo que se refiere á las cosas del cielo, sea tierra de recuerdo, luego de olvido, y tal vez de cólera y tempestades?

¡Es cierto que Jesús dejará á los hombres su Iglesia, la sociedad de los buenos y santos Apóstoles; pero éstos no son el divino Maestro! Habrá también en ella santos que imitarán á Jesús, su modelo; pero, al fin y al cabo, éstos no son sino hombres como los demás, débiles, imperfectos, que pueden mientras en la tierra se hallan, caer en los profundos abismos de la culpa.

Si pues la reparación obrada por Jesucristo, si la gloria conquistada á su Padre con sus trabajos y sufrimientos se deja en manos de los hombres, ¿no habrá motivo para temer que peligre?

¡No, no, no se abandona así un reino conquistado á costa de sacrificios inauditos, á costa de la encarnación y muerte de un Dios!

No se expone así á riesgos tales la ley divina del amor.

II

¿Qué hará, pues, el Salvador?

Permanecerá sobre la tierra. Continuará su oficio de adorador y glorificador de su Padre. Se constituirá asimismo en Sacramento de la gloria de Dios.

¿Veis á Jesús sobre el altar, en el Tabernáculo?

Allí está; ¿qué hace?

Adora á su Padre, le da gracias y prosigue su oficio de intercesor para con los hombres. Se hace víctima de propiciación, hostia de reparación de la gloria de Dios ultrajado. Permanece sobre su Calvario místico, repitiendo aquella su sublime palabra: *¡Padre, perdónalos!* ¡Yo os ofrezco por ellos mi sangre, mis llagas!

Se multiplica por todas partes, dondequiera que haya que expiar. En cualquier sitio donde se establezca una familia cristiana, allí va Jesús á formar con ella sociedad de adoración, y á glorificar á su Padre adorándole y haciéndole adorar en espíritu y en verdad.

Dios Padre, satisfecho y glorificado cuanto merece, exclama: ¡Mi nombre es grande entre las naciones; pues desde el amanecer hasta el ocaso del sol se me ofrece una hostia de olor agradable!

III

Mas, ¡oh maravilla de la Eucaristía! Jesús, por su estado sacramental, rinde á su Padre un homenaje nuevo, tal como el Padre no le había recibido jamás de criatura alguna; un homenaje, por decirlo así,

mayor que todo cuanto pudo hacer el Verbo encarnado sobre la tierra.

¿Y cuál es este homenaje extraordinario?

¡Es el homenaje del Rey de gloria, consumado en el poder y la majestad del cielo, que viene en el Sacramento á inmolar á su Padre, no solamente su gloria divina, como en la Encarnación, si que también su gloria humana, las cualidades gloriosas de su Humanidad resucitada!

No pudiendo en el cielo honrar á su Padre con el sacrificio de su gloria, Jesucristo desciende nuevamente á la tierra, se encarna de nuevo sobre el altar, y el Padre celestial puede contemplarle todavía pobre como en Belén, aunque continúe siendo el Rey del cielo y de la tierra.

Humilde y obediente como en Nazareth.

Sujeto no sólo á la ignominia de la cruz, si que también á la comunión sacrílega; sometido á sus enemigos, á sus profanadores.

Dulce Cordero que no exhala la menor queja.

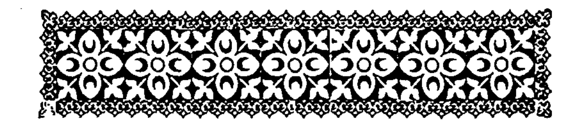
Tierna Víctima que no sabe murmurar.

Buen Salvador que no se venga.

Mas, ¿por qué? ¿Para qué todo esto?

Para glorificar á Dios, su Padre, por la continuación mística de las más sublimes virtudes; por el sacrificio perpetuo de su libertad, de su omnipotencia y de su gloria, cohibidas, refrenadas por su amor en el Sacramento hasta la última hora del mundo.

Jesucristo, aquí en la tierra, contrabalanceando con sus humillaciones el orgullo del hombre y rindiendo á Dios una gloria infinita, ¡qué espectáculo para el Corazón de Dios! ¿Qué razón más poderosa para demostrar la presencia eucarística que el amor de Jesucristo á su eterno Padre?



EL ESPOSO DIVINO DE LA IGLESIA

Christus dilexit Ecclesiam... sponsam...

«Jesucristo amó á la Iglesia, á la que hizo su esposa inmaculada.»

(EPHES., V, 25.)

I

TRA de las razones para la institución de la Eucaristía es el amor de Jesucristo á su Iglesia.

Nuestro Señor Jesucristo, habiendo descendido del cielo para formar su Iglesia, para fundarla, muere por ella sobre la cruz. De su costado abierto sale juntamente con la sangre y agua que de allí se escapan, nueva Eva formada del cuerpo del segundo Adán. Todas las acciones, todos los sufrimientos de Jesucristo tuvieron por objeto adquirir para su Iglesia un tesoro infinito de gracias y méritos, de que ella pudiese disponer en favor de sus hijos.

La Iglesia es la heredera de Jesucristo.

Mas si Jesús debe remontarse al cielo después de su Resurrección, contentándose con dejar á la Iglesia depositaria de su verdad y de sus gracias, la Iglesia,

aquí en la tierra, será una esposa enlutada, que llorará por la ansiada presencia de su Esposo divino.

Esto no puede ser así. Tal cosa sería indigna del poder y del amor del Salvador.

Jesús quedará con su Iglesia para ser su vida, su poder, su gloria.

II

La vida de una esposa privada de su esposo no es ya vida, es la agonía, el duelo. Mas al lado de su esposo, la esposa es grande y fuerte, su espíritu se siente gozoso; ella posee el corazón de su esposo, y se considera feliz consagrándose por completo á su servicio.

Tal es la Iglesia con respecto á la Eucaristía.

La Eucaristía es el objeto de su amor, el centro de su corazón, la felicidad y la alegría de su vida.

Ella vela noche y día por sus hijos, á los pies del Dios del Tabernáculo, para honrarle, amarle y servirle; la Eucaristía es el móvil, el fin de todo su culto; es el alma, la esencia de este culto, y sin la Eucaristía el culto cesaría, falto de razón de ser.

Así es que las sectas protestantes, que no gozan del Esposo divino, abandonan todo culto exterior como superfluo é inútil.

III

Por la Eucaristía es la Iglesia poderosa y fecunda; sus hijos son innumerables y se extienden por toda la superficie de la tierra: cada día sus misioneros le atraen nuevas gentes á su redil; la Iglesia debe ser la madre del género humano.

Mas, ¿de dónde dimana su fecundidad? ¿Nace del bautismo, de la penitencia? Indudablemente que estos sacramentos dan la vida ó la restituyen; pero ¿qué serían estos hijos que acaban de nacer en las aguas de la regeneración divina?

Hay que alimentarlos, que educarlos.

Poseen en sí mismos el germen de Dios; pero hay que desarrollarlo, que hacerlo crecer. Pues bien, la Eucaristía es el medio de que se vale la Iglesia para formar á Jesucristo en sus hijos.

La Eucaristía es el Pan vivo con que conserva su vida sobrenatural.

Por la Eucaristía los educa; pues allí solamente es donde las almas encuentran la abundancia de luz y de vida, la fuerza, el vigor de todas las virtudes.

Agar, en el desierto, lloraba por no poder refrescar y alimentar á su hijo, que iba ya á perecer de inanición.

La Sinagoga y las sectas protestantes son esta madre incapaz de satisfacer las necesidades de sus hijos; éstos piden pan y no hay nadie que se lo dé.

Mas la Iglesia recibe cada mañana el pan del cielo para cada uno de sus hijos: hállalo para todos: *Quantum isti, tantum ille.*

Y este es el pan de los ángeles, el pan de los reyes; por esto sus hijos son hermosos como el pan que los nutre. Son fuertes, pues han sido saciados con el trigo de los elegidos; tienen el derecho de sentarse cada día al banquete regio; en la Iglesia están siempre dispuestas las mesas, y ella los invita y estimula para que vayan á reparar y acrecentar en ese festín las fuerzas y la vida sobrenatural que necesitan.

IV

La Eucaristía es la gloria de la Iglesia.

Jesucristo, su Esposo, es Rey; es el Rey de la gloria. Su Padre colocó sobre su cabeza una corona resplandeciente. Mas la gloria del esposo es también la gloria de la esposa; y la Iglesia, á semejanza del hermoso astro de la noche, refleja los rayos divinos del Sol de la gloria.

La Iglesia, ante el Dios de la Eucaristía, es hermosa en los días de fiesta de su Esposo, adornada con sus vestiduras de honor, cantando himnos solemnes, convidando á todos sus hijos á que se reunan para honrar al Dios de su corazón.

Cifra su dicha en dar gloria á su Rey y á su Dios; oyéndola y viéndola, créese uno transportado á la Jerusalén celestial, donde la corte angélica glorifica, en sempiterna fiesta, al Rey inmortal de los siglos.

Aparece como triunfante el día de la fiesta de Dios (llamada del *Corpus Christi* entre nosotros), cuando se ostenta en largas procesiones, cortejo del Dios de la Eucaristía; avanza entonces la Iglesia como ejército en orden de batalla, acompañando á su jefe; y entonces también, Reyes y pueblos, pequeños y grandes cantan la gloria del Señor, que estableció su morada en medio de la Iglesia.

El reinado de la Eucaristía es el reinado de la Iglesia, y allí donde está olvidada la Eucaristía, la Iglesia no tiene sino hijos infieles, y bien pronto llorará una total ruina.

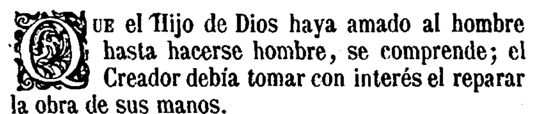


EL DIOS OCULTO

Vere tu es Deus absconditus Deus Israel Salvator!

«Tú eres verdaderamente el Dios escondido ¡oh Salvador, Dios de Israel!»

(ISA., XLV, 15.)



Que el Hijo de Dios haya amado al hombre hasta hacerse hombre, se comprende; el Creador debía tomar con interés el reparar la obra de sus manos.

Que el Hombre-Dios muriese sobre la cruz, se comprende también por un exceso de amor.

Pero lo que ya no se comprende, lo que espanta á los débiles en la fe y escandaliza á los incrédulos, es que Jesucristo glorioso, coronado, después de haber terminado su misión aquí en la tierra, quiera todavía quedarse entre nosotros, y en un estado más depresivo, más humillado, más anonadado que en Belén y aun que en el Calvario.

Levantemos con respeto el velo misterioso que envuelve al Santo de los Santos, y tratemos de comprender el exceso de amor que nos manifiesta el Salvador.

I

Este estado velado es el más glorioso para el Padre celestial, porque Jesús renueva y glorifica de este modo todos los estados de su vida mortal. Lo que no puede hacer en el cielo por su estado glorioso, lo hace sobre el altar por su estado de anonadamiento. ¡Qué miradas de complacencia no dirigirá el Padre celestial hacia la tierra, en donde ve á su Hijo, á quien ama como á sí mismo, en un estado de pobreza, de humildad, de obediencia!

Nuestro Señor Jesucristo encontró el medio de perpetuar y renovar incesantemente el sacrificio del Calvario; Él quiere que su Padre tenga continuamente á la vista el acto heroico por el cual le rindió una gloria infinita, inmolándose para destruir el reino de Satanás, su enemigo.

Jesucristo continúa librando el combate que ha de vencer al orgullo: como nada hay más desagradable á Dios que el orgullo, así también nada le glorifica tanto como la humildad. La gloria de su Padre, tal es, pues, la primera razón del estado velado de Jesucristo en la Eucaristía.

II

Aunque velado, Jesucristo trabaja en la obra de mi santificación. Para hacerme santo tengo necesidad de vencer el orgullo y cambiarlo por la humildad; pues bien, en la Eucaristía me da Jesús el ejemplo y la gracia de la humildad.

Él es quien pronunció en otro tiempo estas palabras: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de*

corazón. Mas, desde hace dieciocho siglos, la humildad no sería más que un nombre, si no tuviésemos otra cosa que el recuerdo de los ejemplos del Salvador durante su vida mortal. Con razón podríamos decir: ¡Señor, yo no os he visto humillado!

Por eso Jesucristo en la Eucaristía responde á nuestras excusas y peticiones; desde el Tabernáculo, por debajo del velo de la Hostia eucarística, se percibe una voz que dice: «Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.» ¡Aprended de mí á ocultar vuestras buenas obras, vuestras virtudes, vuestros sacrificios; descended, venid hacia mí!

Y la gracia de la humildad se encuentra en el estado humillado de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Qué gloria humana podrá ya temer el rebajarse cuando el Rey de gloria se rebaja hasta ese estado? ¿Quién de los favorecidos por la fortuna no estimará la amable pobreza de Jesús-Hostia? ¿Quién rehusará obedecer á Dios y á los que le representan, siendo así que el mismo Dios obedece al hombre?

III

El estado velado de Jesús anima y alienta mi debilidad.

Yo puedo aproximarme á él, hablarle, contemplarle sin temor. Si resplandeciese su gloria, ¿quién osaría hablar á Jesucristo, siendo así que los Apóstoles cayeron poseídos de espanto por haber visto un rayo de su gloria en el Tábor?

Jesús ha velado su poder, que amedrentaría al hombre. Ha velado su santidad, la cual es tan sublime, que desalentaría nuestras débiles virtudes. La madre tartamudea con su pequeño hijo y se pone á su

alcance para elevarle hasta ella; y así también Jesús se hace pequeño con los pequeños, para elevarlos hasta Él, y por Él hasta Dios.

Jesús vela, modera, templa, por decirlo así, su amor; es tal su ardor, que nos consumiría si nos hallásemos expuestos á sus fuegos sin ningún intermedio: *Ignis consummens est:* Dios es un fuego que abrasa y consume.

Ved aquí, pues, cómo Jesús velado bajo las especies sacramentales anima y fortalece nuestra debilidad. ¿Qué mayor prueba de amor que ese velo eucarístico?

IV

El velo eucarístico acrisola nuestra fe.

La fe es el acto puro del espíritu, hecha abstracción de los sentidos. Ahora bien, aquí los sentidos de nada sirven, no ejercen acción alguna. Es el único misterio de Jesucristo en que los sentidos deben callarse en absoluto; en todos los demás, en la Encarnación, Redención, etc., los sentidos perciben un Dios niño, un Dios que muere...; pero aquí, nada más para ellos que una nube impenetrable; solamente la fe debe obrar, *éste* es *por* excelencia el reinado de la fe.

Esta nube pide de nosotros un sacrificio altamente meritorio, el sacrificio de nuestra razón y de nuestro espíritu; aquí hay que creer aun contra el testimonio de los sentidos, contra las leyes ordinarias de los seres, contra la propia experiencia; hay que creer por la simple palabra de Jesucristo. «¿Quién está allí?» Es la sola pregunta que debemos hacer;

y al contestarnos Jesucristo: «Yo estoy», postrémonos de hinojos y adoremos.

Y esta fe pura y abstraída de los sentidos, libre en su acción, nos une sencillamente á la verdad de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: *La carne de nada sirve*—dice el Salvador;—*mis palabras son espíritu y vida.* El alma atraviesa la barrera de los sentidos y entra en la admirable contemplación de la divina presencia de Dios bajo las especies, bastante velada para que podamos soportar su resplandor, y bastante transparente para los ojos de la fe.

Hay más; este velo, en vez de ser una prueba, viene á convertirse en un aguijón, en un estímulo para quien posea una fe humilde y sincera. Goza el espíritu penetrando una verdad oculta, descubriendo un tesoro escondido, triunfando de cualquiera dificultad. Así, pues, el alma fiel, en presencia del velo eucarístico, busca á su Señor como le buscara la Magdalena en el sepulcro; sus deseos aumentan más y más, le llama como la Esposa de los Cantares; gózase en imaginarle con todas las bellezas, en concebirle adornado de todas las glorias; la Eucaristía es para ella lo que Dios para los bienaventurados, una verdad, una belleza siempre antigua y siempre nueva que no se deja escudriñar ni penetrar: *Quaeram quem diligit anima mea!* ¡Señor, el amado de mi alma, yo os buscaré sin cesar: mostradme vuestra faz adorable!

¡Y Jesús se manifiesta gradualmente á nuestra alma según la medida de su fe y de su amor; de esta suerte, el alma encuentra en Jesús un alimento siempre nuevo, una vida que jamás se agota: el objeto divino de su contemplación se le presenta siempre adornado de alguna nueva perfección, de una nueva y mayor bondad; y como en este mundo el amor vive

de felicidad y deseos, el alma, por la Eucaristía, goza y desea al propio tiempo; come y se siente hambrienta todavía!

Tan sólo la sabiduría del Señor y su bondad podrían inventar el velo eucarístico.





EL VELO EUCARÍSTICO

Cur faciem tuam abscondis?

«¿Por qué ocultas tu rostro?»

(Job, XIII, 24.)

¿Por qué se oculta Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento bajo las santas especies?

Cuesta trabajo habituarse á este estado oculto de Jesucristo: hay que volver con frecuencia sobre esta verdad, pues debemos creer firme y prácticamente que Jesucristo, aunque invisible á los ojos del cuerpo, se halla real, verdadera y substancialmente presente en la santa Eucaristía.

¿Por qué, pues, esa presencia silenciosa, ese velo impenetrable? Parece que uno se ve tentado á decir: ¡Señor, muéstranos tu rostro!

¡El Señor nos hace sentir su poder, nos atrae, obtiene nuestro respeto y nuestra adoración, y, sin embargo, no le vemos! ¡Sería tan dulce, tan agradable oir las palabras de la boca de Jesús!

¡Y qué consuelo si se mostrase, qué seguridad

tendríamos en tal caso de hallarnos en su amistad! Pues no se mostraría seguramente sino á aquellos á quienes ama.

II

Pues bien, Jesucristo oculto es más amable que si se exhibiese; silencioso es más elocuente que si hablase; y lo que creemos sea un castigo, no es sino un efecto de su amor y su bondad.

Sí, hay que repetirlo muchas veces; si Jesús se mostrase á nuestros ojos, seríamos desgraciados; el contraste de sus virtudes y de su gloria nos humillaría. ¡Cómo—diríamos entonces—un Padre tan bueno y unos hijos tan miserables! Y no tendríamos valor para acercarnos á Él, para ponernos en su presencia. Al menos ahora, no conociendo más que su bondad, nos presentamos á Él sin el menor cuidado.

Y todos comparecen ante su augusto trono. Supongamos que Nuestro Señor no se mostrase sino á los buenos, puesto que, una vez resucitado, no puede dejarse ver de los pecadores: ¿quién se atrevería entonces á creerse bueno? ¿Quién no temería asistir á la iglesia, por miedo de que Jesús, no encontrándole bastante bueno, no se mostrase á él? Y aquí los celos y las envidiosas sugestiones del enemigo. Solamente los orgullosos tendrían la decisión suficiente para presentarse en el templo, fiados en sus pretendidos méritos.

Mientras que ahora todos tienen los mismos derechos y pueden creerse amados.

III

Pero acaso la vista de la gloria nos convertiría, dirá alguno.

No, no, la gloria no convierte á nadie. Los judíos fueron idólatras al pie del Sinaí envuelto en llamas; los Apóstoles en el Tábor manifestaron su sinrazón. La gloria asusta y enorgullece, pero no convierte. El pueblo judío no se atrevía á acercarse á Moisés iluminado con el rayo divino. No, Jesús mío, permaneced velado, quedad oculto, esto vale más. Yo puedo aproximarme á Vos y esperar que me améis, puesto que no me rechazáis.

Mas su palabra, tan poderosa, ¿no nos convertiría? Los judíos oyeron á Jesús durante tres años: ¿se convirtieron acaso? Algunos tan sólo, muy pocos. La palabra que convierte no es la palabra humana del Señor, aquella palabra que se percibe con el oído; sino la palabra interior, la palabra de gracia; ahora bien, Jesucristo en el Santísimo Sacramento nos habla al corazón, y esto debe bastarnos, pues es verdadera palabra.

IV

¡Pero si pudiese, al menos, dejarme influir por el Corazón de Jesús, si llegase hasta mi alguna siquiera de sus ardorosas llamas, le amaría mucho más; estas llamas cambiarían mi corazón y le abrasarían en su amor!

Nosotros confundimos el amor con el sentimiento. Y cuando pedimos al Señor que le amemos, lo que queremos es que nos haga sentir que le amemos.

Y sería una verdadera desgracia que así fuese.

No, el amor es el sacrificio, la abnegación de nuestra voluntad, la entera sumisión á la de Dios.

Ahora bien, lo que sacamos de la contemplación de la Eucaristía y de la Comunión (que es la unión perfecta con Jesús), es la fortaleza. La dulzura no es más que pasajera. Como cosa permanente no queda más que la fortaleza. ¿Y qué es lo que nosotros necesitamos contra el mundo y contra nosotros mismos sino la fortaleza? La fortaleza es la paz.

Pues bien, ¿no te sientes en paz ante el Dios de la Eucaristía? Esta es, pues, la prueba de que le amas. ¿Qué quieres más?

Cuando dos amigos están juntos, pasan el tiempo mirándose uno al otro y diciéndose que se aman; con esto pierden el tiempo; esto no aumenta su amistad; separadles por algún tiempo, y entonces pensarán el uno en el otro, evocarán mutuamente su imagen en la memoria; entonces se desean y acrecientan su cariño.

Lo mismo ocurre con Nuestro Señor Jesucristo. Durante tres años los Apóstoles vivieron con Él; y ¿qué adelantaron?

Jesucristo se ocultó para que nosotros rumiemos su bondad, sus virtudes, para que nuestro amor sea verdadero, viril y salga de los sentidos, contentándose con la fortaleza y la paz de Dios.

V

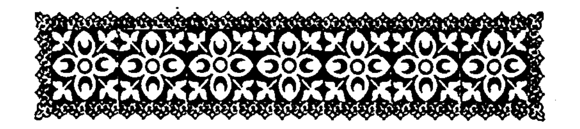
Terminemos pues: el Salvador está allí, bajo los velos del Sacramento; pero oculta su Cuerpo á nuestra vista, para que permanezcamos en su amor hacia su adorable persona: si se exhibiese, si nos

mostrase, aunque no fuese más que un rayo de su gloria, un rasgo de su faz adorable, nosotros le dejaríamos, abandonaríamos su persona, para no fijarnos más que en esta manifestación. Mas Él lo ha dicho: su Cuerpo no es nuestro fin; su Cuerpo no es más que un peldaño para que nos remontemos á su alma, y de aquí á su divinidad; tenemos su amor para que nos conduzca hasta esta altura.

Nuestra fe recibirá una certidumbre absoluta de la fuerza de nuestro amor; paralizándose la acción de los sentidos, entra nuestra alma en comunicación con Jesucristo; y como Jesucristo es la dicha, el reposo y la alegría, cuanto mayor sea nuestra intimidad con Jesucristo tanta mayor será nuestra ventura y felicidad.







EL MISTERIO DE FE

Hoc est opus Dei ut credatis in eum.

«Obra de Dios es que creáis en Jesucristo.»

(Joann., VI, 29.)

Nuestro Señor Jesucristo quiere que recordemos todo lo que hizo por nosotros sobre la tierra, y que honremos su presencia en el Santísimo Sacramento, mediante la meditación de todos los misterios de su vida.

Para que recordemos más vivamente el misterio de la Cena, no sólo nos ha dejado el relato de los Evangelistas, si que también un recuerdo vivo, personal: Él mismo, su adorable Persona.

Mas, aunque Nuestro Señor se halle en medio de nosotros, nosotros no podemos verle, ni representarnos cómo está en la Eucaristía.

Esto no obstante, Jesucristo se ha aparecido con frecuencia; ¿por qué no habrá permitido que se guardasen retratos de estas augustas apariciones?

¡Ah! Es que Jesucristo sabe muy bien que todos estos retratos no servirían en definitiva sino para hacer olvidar la realidad de su presencia actual bajo los santos velos de la Eucaristía.

¡Y esto ¿por qué? ¿Por ventura si yo viera, dejaría de tener fe? ¿Pues no se ama mejor aquello que uno ve por sus propios ojos?

Sí, los sentidos pueden fortalecer mi fe vacilante; pero Jesucristo resucitado no quiere ponerse al alcance de nuestros sentidos corrompidos: quiere, exige una fe pura.

El no es cuerpo solamente, si que también alma, y por esto no quiere ser amado como los cuerpos; desea que vayamos hasta su alma con nuestro espíritu y nuestro corazón, sin descubrirle con los sentidos.

Por lo demás, Jesucristo, aunque verdaderamente presente en cuerpo y alma en el Santísimo Sacramento, está allí á la manera de los espíritus; los espíritus ni se analizan ni se disecan: los sentidos no alcanzan hasta ellos.

II

Además, ¿por qué nos hemos de quejar? Jesucristo ha sabido conciliarlo todo; las santas especies no le tocan; ni son tampoco una parte de Él mismo; ellas, sin embargo, se hallan inseparablemente unidas á la persona del Salvador; son la condición de su presencia, y nos dicen dónde está; estas especies le localizan. Jesucristo hubiera podido tomar una manera de ser puramente espiritual, y entonces, ¿cómo encontrarle? ¿Cómo buscarle?

¡Demos, pues, gracias á este buen Señor! No está escondido, sino velado; una cosa escondida ignórase dónde se halla, y es como si no existiera; pero una cosa velada, se la posee, se está seguro de tenerla, aunque no se la vea.

Saber que uno tiene á su lado al amigo íntimo, que está allí seguramente, ¿no es ya mucho? Pues bien, vosotros podéis ver claramente dónde está el Señor; mirad la santa Hostia, y estad seguros que allí se halla.

III

Nuestro Señor Jesucristo se vela, se oculta para nuestro bien en interés nuestro, para obligarnos á considerar su alma, sus intenciones, sus virtudes en Él mismo; si le viésemos, quedaríamos admirándole exteriormente, y no tendríamos para Él sino un amor de sentimiento; pero Jesucristo quiere que le amemos con amor de sacrificio.

Ciertamente que á Nuestro Señor Jesucristo le cuesta no poco el ocultarse de este modo. Más querría mostrar sus divinas perfecciones que habrían de atraerle tantos corazones; pero lo hace en beneficio nuestro.

De este modo el espíritu ejerce su actividad en la consideración del augusto misterio, la fe se ve aguijoneada, y por tales medios y con semejantes estímulos llegamos á penetrar en Nuestro Señor Jesucristo.

En vez de mostrarse á nuestros ojos, muéstrase á nuestra alma; se ostenta á nosotros por su propia luz, nos ilumina con sus destellos, y es al propio tiempo el objeto que debemos contemplar: objeto y medio de nuestra fe.

Aquí, aquel que más ama, el que es más puro, ve más claramente. El mismo Jesucristo lo ha dicho: *Aquel que me ama y observa mis preceptos, yo me manifestaré á él.*

Jesucristo comunica á las almas de oración grandes luces con que le conozcan y se aparten del error.

El mismo Jesucristo hace que esta luz varíe, y ora la dirige hacia un punto de su vida, ora hacia otro; y como la Eucaristía es la glorificación de todos los misterios, Jesucristo viene á ser siempre nuestra meditación, cualquiera que sea el objeto de la misma.

IV

Y así, ¿cuánto más fácil nos es meditar en presencia del Santísimo Sacramento que en nuestra propia casa?

En nuestra casa estamos ante la inmensidad de Dios; aquí, ante el Tabernáculo, tenemos á Jesucristo presente, muy próximo á nosotros.

Y como el corazón sigue al espíritu, el afecto al pensamiento, nos es más fácil amar estando á la vista del Santísimo Sacramento; el amor entonces es actual, puesto que se dirige á Jesús que vive delante de nosotros, y que renueva en la Eucaristía todos sus misterios.

Quien medita los misterios aisladamente, sin vivificarlos por la relación que guardan con la Eucaristía, encuentra siempre un vacío, siente cierto sentimiento, cierta pena á pesar suyo. ¡Quién hubiera estado allí! se dice á sí mismo con frecuencia.

¿Pero en la presencia del Santísimo Sacramento, qué hemos de sentir ni qué hemos de desear? Todos los misterios viven en el Salvador que está presente. Nuestro amor disfruta del goce actual Que pensemos en la vida mortal ó en la vida gloriosa de Jesús, sabemos que Jesucristo está allí con su cuerpo, su alma y su divinidad.

Entremos, pues, en estos pensamientos. Representemos en nuestra imaginación los misterios que queramos, pero vigoricemos y animemos estas producciones de la mente con la presencia de Jesucristo.

Tengamos muy presente que Jesús está allí, en esa misma Hostia, con todos sus estados, y por decirlo así, en la totalidad de su ser; el que esto ignora está en las tinieblas, y su fe languidecerá siempre, sin proporcionarle nunca la felicidad.

Tengamos, pues, la actividad, la delicadeza de la fe; en esto estriba nuestra felicidad. Nuestro Señor quiere hacernos por sí mismo bienaventurados y dichosos. Los hombres todos son incapaces de proporcionarnos esta felicidad; aun la piedad misma, por sí sola, no hace la felicidad: se necesita la piedad alimentada por la Eucaristía, pues la felicidad no procede sino de la posesión de Dios, y la Eucaristía es Dios que se nos da totalmente y sin reserva de ningún género.





EL AMOR DE JESÚS EN LA EUCARISTIA

Nos credidimus charitati quam habet Deus in nobis.

«Nosotros hemos creído en el amor que Dios nos tiene.»

(I Joann., IV, 16.)

Nosotros *hemos creído* y creemos *en el amor que Dios nos profesa.* Palabra profunda.

Existe la fe á la verdad de las palabras y de las promesas divinas, que se exige de todo cristiano; y existe asimismo la fe ó asentimiento al amor, fe más perfecta que la anterior, de la cual es complemento y corona.

La fe que se presta á la verdad será estéril si no conduce á la fe del amor.

¿Cuál es este amor en que debemos creer?

Es el amor de Jesucristo, el amor que nos atestigua en la Eucaristía, amor que es Él mismo, amor vivo é infinito.

Felices aquellos que creen en el amor de Jesús en la Eucaristía; estos tales aman, pues creer en el amor es amar.

Los que se contentan con creer en la verdad de

la Eucaristía no aman. Pero, ¿cuáles son las pruebas de su amor que nos da el Señor en la Eucaristía?

I

Está desde luego su palabra, su sinceridad. Jesús nos dice que nos ama, que ha instituído su Sacramento á causa del amor que nos tiene. Luego es verdad.

A un hombre honrado se le cree por su palabra: ¿por qué razón ha de ser menos digno de crédito Jesucristo?

Cuando un amigo quiere demostrar á su amigo que le ama, se lo dice en persona y le estrecha la mano con afecto.

Pues bien: Nuestro Señor Jesucristo, para notificarnos su amor, no se vale de los ángeles ni de ninguna clase de emisarios: viene Él mismo en persona; el amor no quiere intermediarios.

Y así, Jesucristo no se perpetúa sino para decirnos sin cesar: «¡Yo os amo; bien veis que os amo!»

Temía tanto Nuestro Señor Jesucristo que llegásemos á olvidarle, que fijó su residencia en medio de nosotros, escogiendo también de entre nosotros su servidumbre, á fin de que no pudiésemos pensar en Él sin pensar también en su amor. Dándose de esta manera, afirmándose así, tal vez pudiérase esperar que el hombre no le olvidaría.

Cualquiera que piense seriamente en la Eucaristía, todo aquel, sobre todo, que de ella participe, siente invenciblemente que Jesús le ama; comprende que tiene en Él un padre; considérase amado como un hijo, y cree poseer el derecho de acercarse á su padre y dirigirle la palabra. En la iglesia, al pie del

Tabernáculo, parécele que se halla en casa de su padre: tal es la creencia, la persuasión que le infunde Dios acerca de su amor.

¡Ah! ¡Por esto se comprende el interés de algunos en vivir cerca de las iglesias, á la sombra de la casa paterna!

Así Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, nos dice que nos ama, nos lo dice interiormente y nos lo hace sentir. Creamos, pues, en su amor.

II

Pero, ¿me ama personalmente?

Á esto no hay más que una respuesta: ¿Pertenezco yo á *la familia cristiana?* Pues si así es, ¿cómo ha de haber lugar á dudas? En una familia, el padre y la madre ¿no aman con igual amor á cada uno de sus hijos? Y si hay alguna preferencia, ¿no es siempre para el más débil y enfermizo?

Nuestro Señor Jesucristo tiene, por lo menos, con respecto á nosotros, los sentimientos de un buen padre: ¿por qué, pues, negarle esta cualidad?

Además, veamos cómo Jesucristo ejercita con cada uno de nosotros su amor paternal. *Viene todas las* mañanas para ver en particular á cada uno de sus hijos, para hablarle, visitarle, abrazarle. Aunque hace ya mucho tiempo que viene, su visita hoy es tan graciosa y amable como la primera vez. Él no ha envejecido, no se ha cansado de amarnos y de entregarse á cada uno de nosotros.

¿No se da enteramente á cada uno? Y si son en gran número los que le quieren recibir, ¿no se fracciona, sin que por esto deje de recibirle cada uno íntegramente?

Si la iglesia está llena de adoradores, ¿no puede cada uno de nosotros orar á Jesús y hablarle? ¿Y no es cierto que se le escucha y atiende como si estuviera solo en la iglesia?

He aquí, pues, el amor personal de Jesús. Cada uno lo toma para sí totalmente, sin que por esto cause perjuicio á los demás; así como el sol nos envía á todos y á cada uno toda su luz, y como el Océano es todo para cada uno de los peces y para la totalidad de los mismos. Jesús es mayor que todos nosotros, el manantial de su amor es inagotable.

III

La constancia del amor de Jesús en el Santísimo Sacramento, es una prueba irrecusable de su amor.

¡Qué cosa más aflictiva para el alma que conoce el estado del mundo! Celébranse diariamente en la tierra un número casi infinito de Misas, las cuales se suceden casi sin interrupción; y ¡cuántas de estas Misas en que Jesús se ofrece por nosotros, se celebran sin oyentes, sin asistentes! Mientras que sobre este nuevo Calvario Jesús pide misericordia, los pecadores ultrajan á Dios y á su Cristo.

¿Por qué, pues, Jesucristo renueva tan frecuentemente su sacrificio, siendo así que no se aprovechan de él?

¿Por qué Nuestro Señor permanece noche y día sobre tantos y tantos altares, adonde nadie acude para recibir las gracias que Él ofrece á manos llenas?

Es que Jesús ama intensamente á los hombres, los aguarda y espera.

Si no viniese á nuestros altares sino en ciertos días, temería que algún pecador, movido por algún

buen deseo de arrepentimiento, le buscara y tuviese que esperar; prefiere esperar Él durante muchos años que hacer esperar un instante al pecador, cosa que le desalentaría tal vez al tratar de salir de la esclavitud del pecado.

¡Oh! ¡Cuán pocos son los que piensan que Jesús les ama hasta tal punto en el Santísimo Sacramento! Y, sin embargo, todo esto es cierto. ¡Ah! Nosotros no tenemos fe en el amor de Jesús. ¿Trataríamos á un amigo, á un hombre cualquiera como tratamos á Nuestro Señor Sacramentado?





EL EXCESO DE AMOR

Praedicamus Christum, judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

«Nosotros predicamos á Jesucristo, escándalo para los Judíos é insensatez para los gentiles.»

(I Cor., I, 23.)

¿Qué diremos de las bajezas, de las humillaciones eucarísticas de Nuestro Señor Jesucristo?

Para permanecer con nosotros, Jesús se expone á la ingratitud y al ultraje. Nada le arredra.

Contemplemos á este divino Salvador tratado como no se trataría á persona humana, y persistiendo, sin embargo, en el deseo de hallarse con nosotros.

I

Nuestro Señor, que viene á nosotros trayéndonos tesoros infinitos de gracias, bien merece, sin duda alguna, nuestra gratitud.

¡Después de todo Él es Rey, es Dios! Que un grande de la tierra, que un Rey sobre todo, visite á un

pobre, á un enfermo, ¿quién no se sentirá agradecido por tal dignación y bondad?

La envidia, el odio mismo, muéstranse respetuosos ante la grandeza que se rebaja.

¿No merece, pues, Nuestro Señor Jesucristo que se le agradezca, que se le ame? Porque no nos visita solamente de paso, se queda, además, en medio de nosotros. Que se le pida ó no, que se desee ó no se desee su presencia, allí está para hacernos bien. Pues á pesar de ello, sólo Él deja de ser agradecido por el bien que hace. Con su presencia en el Santísimo Sacramento obra maravillas, verdaderos milagros de caridad; y no se aprecian, ni siquiera solemos fijar en ellos la atención.

En las relaciones humanas es vergonzoso ser ingrato; pero tratándose de Nuestro Señor Jesucristo, parece que es cosa natural serlo.

Y todo esto no retrae, no arredra á Jesucristo; sabíalo ya cuando instituyó la Eucaristía.

Su único deseo, su pensamiento capital es éste: *Deliciae meae*, mis delicias consisten en hallarme con los hijos de los hombres.

En el amor se da un grado de intensidad, en el cual el ser que ama desea hallarse con aquellos á quienes ama, aun sin ser correspondido.

¿Podrá una buena madre dejar de amar á un hijo idiota? ¿Dejará una esposa digna de amar á su esposo demente?

II

Nuestro Señor Jesucristo parece que va á buscar los ultrajes; en manera alguna se cuida de su honor. ¡Ay, horroriza pensarlo! En el día del Juicio senti-

remos honda pena por haber vivido al lado de quien tanto nos ama, sin casi habernos dado cuenta de ello.

Nuestro Señor viene, en efecto, sin aparato ni majestad; en el altar, bajo los velos eucarísticos, parece que ha dejado de existir.

¿Es esto bastante rebajamiento?

Y Jesucristo, para así rebajarse, ha tenido que desplegar todo su poder. Él sostiene estos accidentes por un prodigio; deroga y contradice todas las leyes naturales para humillarse. ¿Quién podría envolver el sol con una nube de espesor bastante para que interceptara su luz y calor? Este sería el mayor de los milagros. ¡Pues esto es precisamente lo que hace Jesucristo con su Persona: bajo las especies eucarísticas, tan débiles y ordinarias de suyo, se halla Él con toda su gloria y esplendor, con los inefables atributos de la divinidad!

¡Oh, no reprochemos, pues, á Jesús, no le avergoncemos, por haberse humillado tanto, haciéndose tan pequeño!

Su amor lo ha querido; un Rey que no desciende de su regio trono, podrá honrar á sus súbditos, pero no los ama; Nuestro Señor, por el contrario, desciende Él mismo, luego nos ama.

III

Pero Nuestro Señor pudiera llevar en pos de sí un cortejo de ángeles visibles y armados para su custodia.—No quiere el Señor tales acompañamientos, por la sencilla razón de que estos ejércitos de ángeles nos atemorizarían ó humillarían con el espectáculo de su fe, de su acatamiento á la majes-

tad divina; ¡Jesucristo viene solo, abandonado, para humillarse más; el amor desciende, desciende siempre!

IV

Si un Rey se revistiera de pobres vestiduras para poder llegar más fácilmente á la casa de un súbdito á quien quisiera consolar, sería ya esto un rasgo de extraordinario amor. Y, sin embargo, aun con aquel disfraz, su palabra y sus maneras nobles y distinguidas le delatarían muy en breve.

Pues Jesucristo rehusa aún esta gloria personal en el Santísimo Sacramento.

Cubre su hermoso rostro. Hace callar á su divina boca, la boca del Verbo.

Todo esto sería causa de que se le honrase más de lo que Él desea, colocándole muy por encima de nosotros; y lo que Él quiere es descender hasta nosotros.

¡Ah!, respetemos, pues, las humillaciones de Jesucristo en la Eucaristía.

V

Un Rey que descendiese por amor hasta ponerse en trato y correspondencia íntima con uno de sus pobres súbditos, conservaría todavía su libertad de hombre, su acción propia; si fuera atacado, podría defenderse, ponerse á salvo y pedir auxilio.

Pues Jesucristo se entrega sin defensa alguna; hasta pierde su acción propia. Ni puede lamentarse, ni buscar un refugio, ni dar voces en demanda de socorro. Ha prohibido á sus ángeles que le defien-

dan y que castiguen á los que le insultan, á pesar de que existe el instinto de amparar á cualquiera que se vea atacado ó en peligro: mas Jesucristo ha rehusado toda defensa; si es atacado, nadie saldrá á defenderle. Jesucristo en la Eucaristía es Hombre y Dios; pero no ha querido revelar en ella sino el poder de amar y de humillarse.

VI

Pero, Señor, ¿por qué esto? ¿por qué este exceso? Yo los amo, los veo, los espero; voy hacia ellos. *Deliciae meae:* ¡mis delicias consisten en estar con los hombres!

Y, no obstante esto, nos atraen fuertemente y nos fascinan el placer, la ambición, los amigos, los negocios; todo antes que Jesucristo.

El que sea el último, en viático solamente, si la enfermedad concede treguas para ello, ¿no es esto suficiente?

¡Oh Señor!, ¿por qué queréis venir á los que no os quieren, y os obstináis en permanecer con aquellos que os rechazan?

VII

¿Quién consentiría en hacer lo que ha hecho Jesucristo?

Instituyó su Sacramento para que se le honrase en él, y ciertamente en él recibe más injurias que gloria; el número de los malos cristianos es mayor que el de los cristianos fieles.

Nuestro Señor va perdiendo.

¿Por qué, pues, continúa este comercio? ¿Quién

querría comerciar con la completa seguridad de perder?

¡Ah! Los santos que ven, que comprenden tanto amor y tanto rebajamiento, deben estremecerse poseídos de santa cólera, deben hallarse indignados al vernos tan poco agradecidos.

Y el Padre dice al Hijo: Hay que concluir; tus beneficios de nada sirven; tu amor es menospreciado, tus humillaciones inútiles; estás en pérdida, terminemos.

Y Jesucristo no quiere. Persevera, aguarda, se contenta con la adoración y el amor de algunas buenas almas. ¡Ah! nosotros al menos no dejemos de corresponder á las finezas de su amor.

Sus humillaciones y sacrificios, ¿no merecerán que le honremos y amemos?





LA EUCARISTÍA Y LA FAMILIA

Non relinquam vos orphanos.

«No os dejaré huérfanos.»

(JOANN., XIV, 18.)



LA *Imitación de Cristo* ha dicho: «Cuando Jesús está presente, todo anda bien; cuando está ausente, es un infierno.»

¿Qué sería de nosotros si el Salvador se hubiese contentado con vivir su vida mortal?

Esto hubiese sido ya, sin duda, una gran misericordia, y hubiese bastado para merecernos la salvación y la gloria eterna; pero esto no obsta para que fuésemos los más desgraciados de los hombres. Y ¿cómo esto? dirá alguno. Con la gracia, la palabra de Jesús, sus ejemplos y los testimonios excesivos de su amor, ¿seríamos tan desdichados? Sí, así sería en efecto.

I

He ahí una familia agrupada, unida alrededor de su cariñoso padre: esa familia es feliz. Mas el jefe de ella ha sido arrebatado de este mundo; las lágrimas

ocupan el lugar de la alegría y la felicidad; aquello no es ya una familia: falta el padre.

Ahora bien; Jesús vino al mundo á fundar una familia; sus hijos estarán contentos—dice el Profeta,—alrededor de su mesa como las nuevas plantas del olivo. Que desaparezca nuestro jefe, y la familia se habrá dispersado.

Sin Nuestro Señor Jesucristo, nosotros nos hallaríamos como los Apóstoles durante su Pasión, errantes y sin saber qué hacer; y, sin embargo, ellos estaban cerca de Jesucristo; de Él lo habían recibido todo; habían presenciado sus milagros; su vida se había deslizado ante su vista: todo esto es verdad, pero faltaba el Padre; ellos no constituían ya una familia, no eran ya hermanos: cada uno iba por su lado.

¿Qué sociedad puede subsistir sin jefe?

La Eucaristía es, pues, el lazo de unión de la familia cristiana: quitadla y habrá desaparecido la fraternidad.

Los protestantes, que no poseen la Eucaristía, ¿han conservado acaso la fraternidad cristiana? No, ellos son extranjeros los unos con respecto á los otros. Aun cuando se hallan reunidos en sus templos, no forman una familia; cada uno es libre para pensar y hablar lo que le parezca; sus templos no son sino grandes salones: ¡Así convidan al recogimiento, á la oración!

¿Los católicos que no frecuentan la Eucaristía son hermanos? No puede decirse que lo sean; y en las familias en que el padre y los hermanos no comulgan, el espíritu de unión se aleja, la madre es una mártir y las hermanas son perseguidas. No, no, sin la Eucaristía no hay familia cristiana.

Mas si Jesucristo reaparece, renace la familia. Ved la gran familia de la Iglesia: én ella hay fiestas, y se comprende; fiestas en honor del padre de familia, de la madre, de los santos, que son nuestros hermanos; estas fiestas tienen su razón de ser.

¡Ah! ¡Jesús sabía bien que mientras dure la familia cristiana, Él había de ser su padre, su centro, su alegría, su felicidad!

Así que, cuando nosotros nos encontramos, podemos saludarnos fraternalmente; nos levantamos de la misma mesa; por esto los Apóstoles llamaban instintivamente hermanos suyos á los primeros cristianos.

¡Ah! el demonio sabe muy bien que alejando de la Eucaristía á las almas destruye la familia cristiana, y nos hacemos egoístas; pues no hay más que dos amores: ó el amor de Dios, ó el amor de sí mismo; preciso es entregarse al uno ó al otro.

II

En la presencia de Jesucristo encontramos además nuestra protección y salvaguardia. Jesús ha dicho: «Vosotros no os defendáis. Si se os insulta, perdonad; si se quiere vuestra capa, dad también vuestra túnica.» Jesús parece que aquí en la tierra, no nos da sino un derecho, el derecho á la persecución y á la maldición de los hombres.

Y bien; si se nos quita la Eucaristía, ¿dónde iremos á tomar fuerza para seguir tal doctrina?

La vida no sería ya soportable. Jesús nos habría condenado á intolerables galeras. ¿Qué Rey abandona á su pueblo, después de haberle empeñado en sangrienta guerra?

Tenemos, es cierto, la esperanza del cielo. Pero ¡cuán lejos se halla esta recompensa! ¡Cómo! ¿Tengo que vivir todavía veinte, treinta, cuarenta años en esta tierra de miserias, y durante todo ese tiempo tendré que vivir sólo con una esperanza tan remota?

Pero mi corazón tiene necesidad de consuelo; necesita desahogarse en el seno de un amigo.

Aunque quiera no podré hallar este amigo en el siglo: ¿Á quién iré, pues? Quien no tiene fe en la Eucaristía responde: Abandonaré la religión, y tomaré otro camino que me deje libre. Esto es lógico: no es posible vivir siempre entre penas y tormentos, sin gozar jamás de consuelo; es imposible vivir sin Jesús.

Id, pues, á buscarle en su Sacramento: Él es vuestro amigo, vuestro guía, vuestro padre. El hijo que acaba de recibir un beso de su madre no es más feliz que el alma fiel que ha conversado unos momentos con Jesús.

No comprendo que los que sufren no tengan una gran devoción á la Eucaristía; sin ella, caerán en la desesperación. Y no es extraño: San Pablo, aun dotado de tantas gracias, encontraba la vida pesada y enojosa.

¡Oh, sí, sin la presencia de aquel que dice á las pasiones: No subiréis más alto, no invadiréis la cabeza y el corazón de este hombre, se cae en la locura!

¡Qué bueno ha sido Jesús perpetuándose en la Eucaristía!

III

Su sola presencia disminuye el poder de los demonios, y les impide dominar como antes de la En-

carnación; así que, desde la venida del Salvador, es escaso relativamente el número de los posesos por Satanás; en los países infieles abundan más que en los nuestros, y el reinado del demonio se acrecienta á medida que disminuye la fe en la Eucaristía.

Y vuestras tentaciones, tan terribles y furiosas algunas veces, ¿no se calman con frecuencia cuando entráis en una iglesia y os ponéis en relación con Jesús Sacramentado? Siempre es Él, sabedlo bien, quien manda á las tempestades y es obedecido.

Jesús está, pues, con nosotros; y mientras tenga un adorador sobre la tierra, estará con él para protegerle.

He aquí el secreto de la larga vida de la Iglesia. ¿Se teme á los enemigos de la Iglesia? Esto indica falta de fe.

Pero es necesario honrar y servir á Nuestro Señor en su Sacramento. ¿Qué podría hacer un padre de familia á quien se menospreciase é insultase? Se marcharía.

Guardemos bien á Jesús, y nada habremos de temer.

Si amamos á Jesús en la Eucaristía, si nos arrepentimos de nuestras faltas cuando nos hayamos desviado de su santa ley haciéndole sufrir, Él no nos abandonará.

Lo esencial es que no le abandone yo primero, á fin de que pueda siempre decir: Tengo uno en mi casa.

Y cuando el fuerte armado ocupa su casa, la familia descansa en paz.





LA FIESTA DE FAMILIA[1]

Pater noster... panem nostrum da nobis hodie.

«Padre nuestro... el pan nuestro de cada día dánosle hoy.»

(MATTH., VI, 9.)

TENEMOS un Padre en los cielos, y á Él se dirige esta oración. Pero Nuestro Señor Jesucristo nos ha engendrado á la gracia, á la vida sobrenatural, y merecido por esto el título de Padre. El Padre celestial habita en la gloria, Jesús habita en esta iglesia; es nuestro Padre en la tierra, y quiere cumplir todos los deberes de un buen padre para con sus hijos.

I

Un padre vive con su familia: es el centro y eje de la misma; todos los miembros están bajo su guar-

---

1 El discurso del que damos aquí un resumen, fué predicado ante los huérfanos al inaugurarse los cultos de las Cuarenta Horas.

da y obran por su impulso. Es el jefe, la cabeza; tiene la autoridad primera, aun sobre la madre, á quien se ha reservado especialmente la parte de la ternura. Ahora bien; Jesucristo, nuestro Padre, tiene su casa, que es la Iglesia. Vosotros sois su familia, su familia predilecta, privilegiada. En una familia hay hijos que trabajan fuera, otros que lo hacen con su padre, ante su vista: vosotros sois estos hijos bienaventurados. ¡Ah! sin Jesucristo, que es vuestro Padre, esta casa tan piadosa, que representa tan bien una familia, no sería más que una reunion de prisioneros ó de obreros encorvados bajo el peso de un trabajo ingrato. No habría ese centro, ese foco de afectos y de cariño, que es el Tabernáculo de esta capilla. ¡Ah! pensad muchas veces, durante vuestro trabajo, en este buen Padre, siempre presente en medio de vosotros, que os protege y os mira con ojos de bondad; pues la bondad es la gran cualidad de este Padre divino. No sabe oponerse á nada; siempre os recibe con amabilidad y dulzura; vosotros tendréis siempre, siempre á este buen Padre. Vuestros padres han muerto, no dejándoos en la vida sino penas y lágrimas: Jesús no muere, Él no os abandonará jamás.

Sabed que sois seres muy estimables, pues que habéis recibido el bautismo y sois hijos de la Iglesia; y á pesar de eso ya veis el caso que de vosotros hace el mundo. ¿Sabe él siquiera que existís? ¿Se ocupa en vuestras necesidades? Mas Jesucristo, Nuestro Señor, ha dado á personas que se habían consagrado á Él el pensamiento de reuniros en esta casa. Él ha venido á plantar su tienda en medio de vosotros, á fin de que le veáis siempre, amándoos Él tanto más, cuanto más débiles y desvalidos sois. Vosotros ois

su palabra, no una palabra que hiere los oídos, sino aquella palabra que toca el corazón y le proporciona paz y alegría. ¡Ah! si vosotros tenéis fe en estas cosas, si comprendéis vuestra dicha, guardadla, aun á costa de todos los sacrificios; porque aquí tenéis para vosotros y entre vosotros á Jesucristo, á quien nada puede reemplazar.

II

Un padre de familia alimenta á sus hijos; trabaja sin descanso, gasta su vida para proporcionarles el pan de cada día. Mas Jesucristo os alimenta con el pan de vida. Él murió para proporcionarnos este buen pan: este pan es Él mismo, su Carne y Sangre adorables. ¡Un padre que se da á sí mismo á sus hijos! ¿En qué familia hase visto un prodigio semejante de abnegación? ¡Ah! Nuestro Señor Jesucristo no quiere que sus hijos reciban su pan de otro que de Él mismo; no, no, ni los ángeles, ni los santos os depararían el pan que vosotros necesitáis; sólo Jesús ha sembrado el trigo con que ha sido amasado; lo ha hecho pasar por el fuego de los sufrimientos, y Él mismo os lo ofrece. ¡Ved cuán amable es este buen Padre! La víspera de su muerte tenía una pequeña familia: las primicias, el comienzo de la gran familia que ahora tiene; dió en la Cena á cada uno de sus hijos este Pan celestial, y les promete que, hasta el fin del mundo, todos sus hijos podrán comer de este Pan. ¡Qué Pan tan delicioso! Posee todas las delicias: es el mismo Dios, ese Dios que es Pan de los huérfanos. No nutre el cuerpo, es verdad, pero llena el alma de gracias y de amor; vigoriza nuestro espíritu

y le da fuerzas para rechazar á sus enemigos, hacer obras buenas y crecer para el cielo.

¡Y con qué benevolencia nos lo da! El pan del cuerpo, hay que trabajar mucho para ganarlo, hay que pagarlo. Mas éste no puede pagarse, supera á todo precio. Jesús, Nuestro Señor, lo da gratuitamente; tan sólo exige que tengamos un corazón puro, que su gracia nos vivifique. Preparaos, pues, á recibirle con frecuencia; para esto sed puros; cuanto más puros seáis, más frecuentemente se os dará este Pan, y mayores delicias hallaréis en él.

Venid á comer este delicioso Pan; Jesús goza de que vengáis á pedírselo, como goza un buen padre de saber que tiene asegurado el pan de sus hijos.

III

En fin, un buen padre debe de vez en cuando celebrar algunas fiestas, conceder algunos esparcimientos y recreaciones á su familia: esto estrecha los lazos de confianza y de cariño; en esos días se ven, se tratan y se comunican con más intimidad todos sus miembros. ¡Cuán santas y hermosas son esas fiestas de familia, en que los hijos se reunen gozosos en derredor de su padre, y qué útiles suelen ser! Los hijos se disponen para ellas con mucho tiempo de anticipación; preparan su humilde felicitación, proporcionando á su padre alguna sorpresa, un regalito ó siquiera un hermoso ramo de flores.

También Nuestro Señor tiene sus fiestas de familia. Estas son desde luego las fiestas de la Iglesia, días en que vosotros no trabajáis. Las hay todavía más íntimas, para vosotros solos; tal es la que hoy empieza, y que durará tres días. Las Cuarenta Ho-

ras son la verdadera fiesta de los corazones. ¿No veis cómo todo aquí es hermoso, cómo todo canta y se conmueve alrededor del buen Padre de familia sentado sobre su trono de amor? También vosotros habéis preparado sin duda vuestra felicitación, vuestro obsequio, y no os ocupáis en otra cosa que en rodear á vuestro buen Padre. Toda esa bellísima iluminación, esas hermosas flores, son el fruto de vuestro trabajo, el don de vuestros corazones. Por cierto Jesús está allí satisfecho, feliz, con las manos abiertas y llenas de gracias para vosotros.

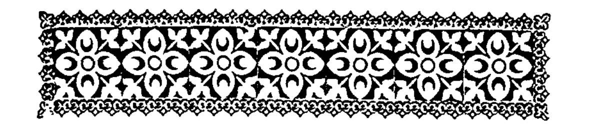
Es, pues, necesario que en estos días todos vuestros pensamientos y todas vuestras acciones sean para Él.

Y cuando os llegue el turno de hacer vuestra adoración, he aquí el momento de la felicitación. Que salga ésta de vuestro corazón, no vayáis á pedirla á los extraños. Habladle como sepáis: Él os contestará. ¡Ah! escuchad bien lo que os dirá al corazón. Ofrecedle algunos buenos deseos, como vuestro ramo de flores escogidas. Practicad luego algún acto de virtud, y presentadle como regalo algún pequeño sacrificio.

Todo esto es cierto. Estas son las relaciones que debéis tener con Jesucristo Nuestro Señor... ¿No formáis vosotros su familia?

Pasad bien estos días de fiesta. Jesucristo es todo de vosotros. Miradle, escuchadle con atención. El os colmará de sus gracias durante vuestra vida, y os reunirá un d.a á la gran familia de los bienaventurados en el cielo.





EL DIOS DE BONDAD

Quam bonus Israel Deus!

«¡Qué bueno es el Dios de Israel!»

(PSALM. LXXII, 1.)

TAL era el grito del pueblo judío, de David, al recordar los beneficios con que Dios le había distinguido siempre.

¿Cuál será el grito de los cristianos? ¿No tenemos nosotros muchas más razones para exclamar: *Quam bonus Israel Deus!* ¡Qué bueno es el Dios de Israel?

Los judíos habían recibido de Dios bastante menos que nosotros. Nosotros hemos recibido los bienes del cielo, la Redención, la gracia, la Eucaristía; el don que nos ha hecho Dios es Jesús mismo, es la Eucaristía.

Pero los caracteres de la bondad de Dios para con nosotros en el don de la Eucaristía, le recomiendan aún más á nuestra gratitud; dar es ya algo sin duda; pero el dar bien, esto es el todo.

I

Jesucristo se da á nosotros en la Eucaristía sin aparato ninguno de dignidad. En el mundo se hace sentir más ó menos quién es el que da, y el valor de lo que se da; por lo demás, esto es necesario para el respeto y honor de las relaciones sociales.

Mas Jesucristo no quiere ni aun esto, á fin de presentarse más amable, más á nuestro alcance; su Cuerpo, sin embargo, es glorioso como el cielo; Él reina, y los ángeles le hacen la corte; Él oculta su gloria, sustrae á nuestra vista su cuerpo, alma y divinidad: nada aparece sino el velo de su bondad. Se rebaja, humilla y anonada para que no le temamos.

Ya en los días de su vida mortal era tan dulce en su trato, tan humilde en su porte, que todo el mundo se atrevía á acercársele; los niños, las mujeres, los pobres, los leprosos; todos acudían á Él sin temor.

Ahora que su Cuerpo es glorioso, no podría presentarse á nosotros sin deslumbrarnos; por esto se cubre con un velo. Así es que nadie tiene miedo de venir á la iglesia, la cual está abierta para todos; y todos saben que al ir á ella se va á casa de un buen Padre, quien nos espera para hacernos algún bien y conversar familiarmente con nosotros. *Quam bonus Israel Deus!* ¡Qué bueno es el Dios de Israel!

II

Jesús se da á nosotros sin reserva; espera que vayamos á recibirle, con una paciencia y longanimidad admirables; se da á todos sin exceptuar á nadie.

Espera al pobre, al pecador; el pobre va á recibir, por la madrugada y antes de dirigirse al trabajo, una santa bendición para aquel día. El maná caía en el campo de los israelitas antes del amanecer, para que no se hiciese esperar el celestial alimento.

Nuestro Señor Jesucristo hállase siempre sobre el altar; adelántase aun al primer visitante. ¡Feliz aquel que recibe la primera bendición del Salvador! En cuanto á los pecadores, Jesús Sacramentado los espera durante semanas, meses y aun años enteros; por espacio de cuarenta, sesenta ó más años, tiene abiertos sus brazos hacia aquel que se rendirá por fin á sus instancias.

Venite ad me omnes: Venid, pues, todos á mí. ¡Ah! ¡Si se pudiese comprender la alegría del Señor cuando se va hacia Él! Diríase que está interesado en ello, que es Él quien gana.

¡Oh! ¿Deberemos hacer esperar tanto tiempo á este buen Salvador? Habrá algunos ¡ay! que no irán jamás á Él, ó solamente cuando sean llevados en hombros de otros; pero entonces será ya demasiado tarde; entonces no encontrarán en Él sino un juez irritado.

III

Jesús da sin ostentación; sus dones son invisibles; préstase atención á estos dones, olvidándose de aquel que los dispensa; Él oculta sus manos para que no se piense sino en su corazón, en su amor.

Al dar así, nos enseña á dar secretamente, y á ocultarnos cuando hagamos algún beneficio, para que la acción de gracias se eleve á Dios, que es el autor de todo bien.

La bondad de Jesús desciende hasta la gratitud;

sí, se excita su reconocimiento y regocijo por aquello que se le da. ¡Pudiera decirse que tiene necesidad de ello; nos pide, nos suplica! ¡Hijo mío, yo te lo pido... dame tu corazón!

IV

Su bondad en la Eucaristía llega hasta la debilidad.

¡Oh! no nos escandalicemos aquí: éste es el triunfo de la bondad eucarística.

Ved á una madre cuya ternura no reconoce más límites que la muerte.

Ved al padre del hijo pródigo, que corre al encuentro de su hijo, que llora de alegría al ver nuevamente á este ingrato, á este malversador de su fortuna. En el mundo se llama esto debilidad: esto es el heroísmo del amor.

¿Qué decir ahora de la bondad del Dios de la Eucaristía?

¡Ah Señor! Es menester proclamar los extremos de vuestra bondad.

¡Jesús se rodea de debilidad en el Santísimo Sacramento; déjase insultar, deshonrar, despreciar, profanar, á sus ojos, en su presencia, al pie de sus mismos altares! ¿Y el ángel no hiere á estos nuevos Heliodoros, á estos Judas? Nada de eso.

¿Y el Padre celestial permite que se insulte á su Hijo bien amado?

Esto es peor que lo que ocurrió en el Calvario. Allí al menos el sol se eclipsa de horror, los elementos lloran la muerte del Señor del universo: aquí nada.

Ese Calvario de la Eucaristía se levanta en todas partes; partió del Cenáculo y cubre la tierra, y aquí estará hasta el último momento del mundo.

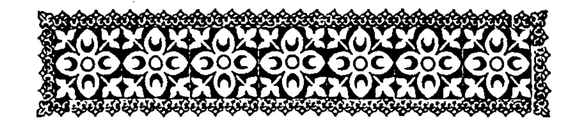
¡Oh Dios! ¿Por qué este exceso?

Es el combate de la bondad contra la ingratitud. Es que Jesús quiere tener más amor que odio pueda tener el hombre: es que quiere amar al hombre aun á pesar suyo y contra su voluntad; hacerle bien aunque lo rehuse. A todo se resigna antes que vengarse, quiere abrumar al hombre con su bondad.

Esta es la bondad de Jesús, sin gloria, sin esplendor, llena de debilidad, pero resplandeciente de amor para los que quieren ver.

Quam bonus Israel Deus! ¡Señor mío Jesucristo, Dios de la Eucaristía, qué bueno sois!





EL DIOS DE LOS PEQUEÑOS

Ego mendicus sum et pauper.

«Yo soy pobre y mendigo.»

(PSALM. XXXIX, 18.)

I

Jesús ha querido ser el último de los pobres, á fin de poder tender la mano al más pequeño y poder decirle: Soy tu hermano.

Durante su vida, el cielo pudo admirar á un Dios hecho pobre por amor del hombre, para ser su modelo y enseñarle el valor de la pobreza.

No hay, en efecto, pobre que haya nacido tan miserable como el Verbo encarnado, teniendo por cuna la paja de los animales y por morada el establo de los ganados.

Al crecer en edad, comió el pan de cebada, pan del pobre, y, durante su vida evangélica, vivía de limosna.

En fin, murió en tal desnudez, que jamás será igualada.

Y he aquí que, aun ahora, glorioso y resucitado,

hace de la pobreza su compañera inseparable; Él ha encontrado medio de honrar, de practicar la pobreza; y Jesús, habitando en medio de nosotros, en su Sacramento, es aún más pobre que en los días de su vida mortal. Una pobre iglesia, peor tal vez que la gruta de Belén, ésta es con mucha frecuencia su casa. Cuatro tablas, bastantes veces carcomidas, tal es su Tabernáculo; preciso es que sus ministros ó sus fieles se lo den todo de limosna: la materia del sacrificio, el pan y vino; el lienzo que ha de recibirle ó cubrirle, los corporales, las toallas del altar: del cielo no trae más que su adorable Persona y su amor.

Los pobres viven sin honor: Jesús está allí sin gloria.

Los pobres están indefensos: Jesús está allí abandonado á todos sus enemigos.

Los pobres no tienen amigos: Jesús-Eucaristía los tiene muy contados: para la mayor parte de los hombres es un extranjero, un desconocido.

¡Hermosa es y amable ciertamente esta pobreza eucarística de Jesucristo!

II

El Señor nos pide que honremos en nosotros su pobreza, que le imitemos.

Distaríamos mucho de la perfección y de la verdad, si creyésemos que lo que nos pide es la pobreza temporal.

Jesús dirigè más alto la puntería: nos quiere pobres de espíritu.

¿En qué consiste esta pobreza de espíritu?

Es el amor perfecto, es el alma de la verdadera humildad.

Un hombre pobre de espíritu, convencido de que nada tiene y nada puede por sí mismo, hace de esta misma pobreza el título más eficaz y precioso que le recomienda al Corazón de Jesús. Cuanto más pobre sea, mejores serán los derechos que posea á la bondad y misericordia divinas.

Y notemos bien que cuanto uno se hace más pobre, tanto más se coloca en su centro natural, puesto que nada somos.

Y, por consiguiente, honra tanto más á Dios, su Criador, cuanto que le supone más grande y misericordioso.

Por esto dice el Señor por uno de sus Profetas: ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas de amor, sino sobre el más pequeño de los pobres, y sobre aquel que tiene destrozado el corazón?

He aquí donde Dios encuentra su gloria, es decir, en nuestra pobreza, que lo atribuye todo á Él, rindiéndole completo homenaje.

¡Ah! Dios ama tanto á los pobres de espíritu, que despoja de todo á sus servidores para hacerles triunfar en virtud de su misma pobreza.

Paraliza sus inteligencias, seca sus corazones, les arrebata la dulzura de la gracia y de la paz; los entrega á los vendavales de las pasiones, á los furores de los demonios; oculta el sol á sus ojos, los aleja de todo auxilio: Él mismo se aparta en cierto modo de su criatura desolada. ¡Qué estado tan doloroso!, dirán algunos.

No, ¡qué estado tan sublime! ¡El pobre triunfará del mismo Dios! Cuanto más le despoje Dios, con tanta mayor efusión le dará gracias, considerando su pobreza como un gran bien; cuanto más Dios le pruebe, tanto más pondrá su confianza en su inagotable

bondad; y cuando el demonio le muestre el infierno y le diga que sus pecados le acusan y condenan, qué grande aparecerá este pobre de espíritu, diciendo á Dios: Sí, el infierno es para mí una justicia; el infierno no es todavía bastante terrible, suficientemente vengador para los pecados que mi malicia ha cometido, ¡oh mi Criador y mi Padre! Yo merezco millones de infiernos, y por esto espero en vuestra infinita misericordia; ¡digno soy, soy el más digno de esta misericordia, por lo mismo que soy el más miserable! Haced caer sobre mí ¡oh Dios mío! los rigores de vuestra justicia en este mundo; gracias, gracias por haberme proporcionado ocasión de pagar mis deudas. ¡Aún más, Señor, más merezco todavía!

¿Qué puede contestar Dios á este pobre agradecido?

Dios se confesará vencido por él, su paternal bondad le acariciará, le abrazará, le abrirá todos sus tesoros; lo presentará con admiración á los ángeles, y les dirá: He aquí al hombre que me ha glorificado verdaderamente.

III

Acostumbrémonos á hacer la adoración y la Comunión como el mendigo que pide una limosna por Dios; en ello encontraremos la fácil aplicación de los cuatro fines del sacrificio:

1.° ¿Qué hace el pobre cuando va á pedir limosna á un rico de buenos sentimientos? Por de pronto le saluda con respeto y semblante alegre, olvidando que es miserable, que anda sucio y andrajoso, para no pensar sino en la bondad del rico.

Haced lo mismo frente á Nuestro Señor Sacramentado; olvidad vuestra miseria, para no pensar más que en su bondad. Adoradle con confianza y humildad.

2.° El pobre elogia luego la bondad del rico: «¡Sois muy bueno, todo el mundo lo dice. Ya otras veces habéis sido bueno para mí!» Y entra á detallar los beneficios recibidos.

Pues asimismo alabad y agradeced la bondad divina para con vosotros, y vuestro corazón encontrará expresiones y lágrimas de gratitud muy dulces y elocuentes.

3.° Pasa luego el pobre á exponer sus miserias: «Vuelvo á vuestra puerta con mis miserias, mayores que anteriormente. ¡A nadie tengo más que á vos! Sé que vuestra bondad no se cansará, que ella es mayor que mi pobreza; sé también que os proporciono un placer al daros ocasión de hacer una obra buena.»

Así también sepamos nosotros exponer nuestras miserias ante Jesús en la Eucaristía, interesando su Corazón por el bien que puede hacer, y le procuraremos una gran satisfacción, porque su amor no se manifiesta sino por las efusiones de su bondad.

Cuando el pobre ha recibido mucho más de lo que pedía, llora de enternecimiento. Por de pronto no piensa en mirar lo que se le da, y no ve otra cosa que el agrado, la buena acogida de su bienhechor, repitiendo siempre esta misma palabra. «¡Ah, qué bueno sois! ¡Bien lo sabía yo!»

Pero si el rico hace entrar al pobre, le invita á su mesa, se sienta á su lado, entonces, ¡ah! ¡el pobre no se atreve á comer, tal es su confusión, emocionado por tanta bondad!

¿No es, pues, así como nos trata Jesucristo?

Que nuestra miseria nos haga comprender mejor su bondad.

4.° En fin, el pobre abandona á su bienhechor, diciéndole: «¡Ay, si pudiera hacer alguna cosa por vos! Por lo menos yo pediré por toda vuestra familia.» Y se marcha gozoso pidiendo por su bienhechor y deseándole toda suerte de bendiciones.

Hagamos, pues, lo mismo. Pidamos por la familia de Nuestro Señor Jesucristo. Bendigamos su bondad. Publiquemos por todas partes su gloria, y ofrezcámosle el homenaje de nuestro corazón y de nuestra vida...





LA EUCARISTÍA CENTRO DEL CORAZON

Manete in me.
«Permaneced en mí.»
(JOANN., XV, 4.)

I

El corazón del hombre necesita un centro de afecto y expansión. Al crear al primer hombre, dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una compañera semejante á él.»

Y la *Imitación de Cristo* dice también: «Sin un amigo no podrías vivir dichoso.»

Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, quiere ser el centro de todos los corazones, y nos dice: *Permaneced en mi amor. Permaneced en mí.*

¿Qué cosa es permanecer en el amor de Nuestro Señor? Consiste esto en que hagamos de este amor que vive en la Eucaristía, nuestro centro de vida, el manantial único de nuestros consuelos; consiste en entregarse al Corazón bondadoso de Jesús en las penas, en los disgustos, en las decepciones, en esos momentos en que el corazón parece rendirse víctima

del mayor abandono. Jesucristo mismo nos invita á ello diciéndonos: «Venid á mí todos los que os halláis agobiados, y yo os consolaré.»

Consiste también en hacer partícipe á Jesucristo Nuestro Señor de nuestra alegría, de nuestra felicidad; pues es una delicadeza de amigo no querer gozar sino con el amigo.

Consiste asimismo en hacer de la Eucaristía el centro de nuestros deseos: Señor, no quiero más que lo que Vos queréis; haré esto ó aquello para agradaros.

Consiste en desear sorprender á Nuestro Señor con algún don, con algún pequeño sacrificio.

Consiste, finalmente, en vivir por la Eucaristía; en guiarnos en nuestras acciones por su pensamiento, y en considerar como ley invariable de nuestra conducta el anteponer su servicio á todo lo demás.

Y siendo esto así, ¿podremos decir que Jesús-Eucaristía sea nuestro centro?

¡Ay! Tal vez lo sea en las penas extraordinarias, en las oraciones más fervientes, en las necesidades que nos apremian; ¿pero en lo ordinario de la vida, pensamos, deliberamos, obramos en Jesús y por Jesús como en nuestro centro?

¿Y por qué Nuestro Señor Jesucristo no es mi centro?

Porque no es todavía el yo de mi yo; porque aún no me hallo enteramente bajo su dominio, bajo la inspiración de su voluntad; porque abrigo deseos en pugna con sus deseos. ¡Jesús no lo es todo en mí, no ha tomado plena y total posesión de mi ser! Un hijo trabaja por sus padres, el ángel trabaja por Dios: yo, pues, debo trabajar por Jesucristo, mi Dueño y Señor.

¿Qué hacer en consecuencia? Entrar en ese centro y en él permanecer y obrar. No para gustar su dulzura, que no depende de mí, sino para ofrecerle de continuo el homenaje de cada acción. Vamos, pues, ¡oh alma mía!, sal del mundo, sal de ti misma, abandona tu habitual residencia. Dirígete hacia el Dios de la Eucaristía. El tiene una morada para recibirte, El te quiere; quiere vivir contigo, vivir en ti. Sé, pues, con Jesús, presente en tu corazón; vive del Corazón, vive en la bondad de Jesús-Eucaristía.

Trabaja, oh alma mía, por imitar á Jesucristo en ti, y nada hagas sino por Él.

Permanece en el Señor, permanece en Él por un sentimiento de abnegación, de desinterés, de santa alegría, pronta siempre á cumplir sus mandatos. Permanece en el Corazón y en la paz de Jesús-Eucaristía.

II

Lo que más me impresiona es que ese centro de la Eucaristía es algo oculto, invisible, muy recóndito é interior; pero es, sin duda, muy verdadero, muy vivo, muy alimenticio.

Jesús atrae espiritualmente al alma en el estado completamente espiritualizado que tiene en el Sacramento.

¿Cuál es, en efecto, la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento? Completamente oculta, totalmente interior.

Allí oculta su poder y su bondad; allí no descubre su divina Persona.

Por esto todas sus acciones toman ese carácter sencillo y oculto.

Demanda silencio á su alrededor. Allí no ora al Padre con suspiros y exclamaciones como en el jardín de las Olivas, sino con su propio anonadamiento.

De la Hostia dimanan todas las gracias; Jesús santifica al mundo con su Hostia, pero de una manera invisible y espiritual.

Gobierna el mundo y la Iglesia sin abandonar su reposo ni salir de su silencio.

Tal debe ser el reino de Jesús, completamente interior; es necesario que yo me recoja alrededor de Jesús; mis facultades, mi inteligencia y mi voluntad, mis sentidos en lo posible; es necesario que viva de Jesús y no de mí; en Jesús y no en mí; es necesario que ore con Él, que me sacrifique con Él, que me consuma con Él en un solo amor; es necesario que forme con Él una sola llama, un solo corazón, una sola vida.

Y el alimento de ese centro, la condición para obtenerlo no es sino el *egredere* de Abraham: la desnudez, el abandono de lo exterior, y el paso á lo interior, la pérdida en Jesús. Y esta vida es más agradable á su Corazón, honra más á su Padre; Jesucristo la desea ardientemente. Por esto me dice: «Sal de ti mismo, ven conmigo á la soledad, y te hablaré á solas al corazón.»

¡Ah! esta vida en Jesús consiste preferentemente en el amor; consiste en la entrega de sí mismo, en el empeño de unirse á Él. De este modo se echa raiz, se prepara el alimento, la savia del árbol. *Regnum Dei intra vos est:* El reino de Dios está en el interior de vosotros.

III

Y no hay otro centro que Jesús, y Jesús-Eucaristía.

El nos dice: *Sin mí nada podéis hacer*. Sólo Él confiere la gracia; resérvase Él disponer de ella para obligarnos á que se la pidamos y nos dirijamos á Él.

Por este medio quiere establecer y fomentar la unión con nosotros. Él se reserva el consuelo, la paz, á fin de que en la adversidad, en la guerra recurramos á Él y en Él nos refugiemos. El quiere ser la única felicidad del corazón. No ha colocado este centro de reposo en otro sino en Él; *Manete in me;* y para que no nos falte jamás cuando lo busquemos, Él está siempre á nuestra disposición, siempre dispuesto à nuestro servicio con suprema amabilidad.

Sin cesar nos llama, nos atrae hacia sí; la vida del amor no es otra cosa que esta atracción continua de nosotros á Él.

¡Ay, cuán débil é inconsistente es aún ese centro en mí! Y mis aspiraciones hacia Jesús ¡cuán amalgamadas, raras é interrumpidas con frecuencia durante largas horas! Y, sin embargo, Jesús me lo repite: *Aquel que me ama permanece en mí y yo en él.*





EL BIEN SUPREMO

Mane nobiscum, quoniam advesperascit.

«Permanece con nosotros, Señor, porque se ha hecho tarde.»

(Luc., XXIV, 29.)

Los discípulos que se dirigían á Emaús se sintieron enardecidos, iluminados y conmovidos por la conversación de aquel divino extranjero que se les juntó en el camino.»

Y al querer éste abandonarlos: «Permanece con nosotros—le dicen—porque se ha hecho tarde.»

No se veían satisfechos de oir al Señor, parecíales que al perderle lo perdían todo.

También en nuestros días podemos decir al Señor: ¡Quédate con nosotros, Señor; sin ti se viene encima la noche, la noche horrible!

La Eucaristia, en efecto, es el bien supremo del mundo.

Privarnos de la Eucaristía sería para nosotros la mayor de las desgracias.

I

Sí, Jesús es el bien supremo. Con Él, dice la Sabiduría, me han venido todos los bienes. Y San Pablo exclama: «Siendo así que Dios nos ha dado á su Hijo, ¿cómo no nos habrá dado con Él todas las cosas?»

En efecto, nos ha dado todo lo que tiene, todo lo que es; más no pudo hacer, más no pudo darnos. *Omne quod habet, omne quod est, dedit nobis: plus dare non potuit.* (San Agustín.)

Con Jesús-Eucaristía brilla la luz sobre la tierra. Con la Eucaristía tenemos el pan de los fuertes, el viático de los caminantes, el pan de Elías que nos ayuda á llegar hasta la montaña de Dios, el maná que nos hace tolerable el horror del desierto.

Con Jesús tenemos el consuelo, el reposo en las fatigas y agitaciones de nuestra alma, el bálsamo que alivia los acerbos dolores del corazón.

En la Eucaristía encontramos el remedio para nuestros males, el medio de satisfacer las nuevas deudas que diariamente contraemos con la justicia divina por efecto de nuestros pecados: Jesucristo Nuestro Señor se ofrece todos los días como víctima de propiciación por los pecados del mundo.

II

¿Pero estamos seguros de poseer para siempre este don, que está por encima de cualquier otro don?

Jesucristo ha prometido permanecer con su Iglesia hasta la consumación de los siglos; á ningún

pueblo ni á individuo alguno en particular ha hecho tal promesa.

Quedará entre nosotros si sabemos rodear su sagrada Persona del honor y amor que se le deben. La condición es expresa.

Jesucristo tiene perfecto derecho al honor. Él mismo lo exige.

Es nuestro Rey, nuestro Salvador. A Él, pues, el honor que exceda á todo otro honor; á Él el culto supremo de latría; á Él el honor público: somos su pueblo.

La corte celestial se prosterna en presencia del Cordero inmaculado. Aquí en la tierra recibió Jesús las adoraciones de los ángeles cuando acababa de venir al mundo, de las muchedumbres durante su vida, de los Apóstoles después de su Resurrección.

Los pueblos y los Reyes fueron á adorarle.

Ahora bien: ¿en el Sacramento no tendrá Jesús mayores derechos á nuestra veneración, siendo como son mayores los sacrificios y más profundo su abatimiento?

A Él, pues, debemos el honor solemne, la magnificencia, la riqueza, la belleza del culto. Dios había fijado los menores detalles del culto mosaico, y éste no era más que una figura. Los siglos de fe nunca han creído hacer bastante para el esplendor del culto eucarístico; testigo esas basílicas, esos vasos sagrados, esos ornamentos, obras maestras de arte y de riqueza.

La fe obraba maravillas; el culto, el honor que se tributa á Jesucristo dan la medida de la fe de un pueblo, son la expresión de su virtud.

Honor, pues, á Jesús-Eucaristía: ¡es digno de él y tiene perfecto derecho!

Pero Él no puede darse por satisfecho con los honores exteriores. Pide además el culto de nuestro amor: nuestro servicio interior, la sumisión de nuestro espíritu, y todo esto no encerrado allá en las interioridades de nuestro ser, sino manifestado en esas atenciones tan tiernas, tan amables de un buen hijo para con sus padres; de un hijo que, viviendo alrededor de su padre y de su madre, siente necesidad de verlos, de prodigarles testimonios de su cariño; y que, si está lejos de ellos, sufre, languidece; que se presenta apenas necesitan de él, que vuela á la menor indicación, que se adelanta á los deseos de los autores de sus días en lo que está de su parte; en una palabra, que se halla siempre dispuesto á hacer todo aquello que pueda agradar á su buen padre y á su amorosa madre: he aquí el culto del amor natural.

El culto de amor que reclama Jesús-Eucaristía es el mismo. Aquel que ama, busca la Eucaristía, habla con gusto de ella, siente necesidad de Jesús, tiende incesantemente hacia Él, le ofrece todos sus actos, todas las satisfacciones de su corazón, sus alegrías, sus consuelos: de todo esto hace un ramillete para ofrecerlo á los pies de Jesús Sacramentado.

A este precio conservaremos el Santísimo Sacramento, cuya pérdida sería para nosotros el supremo mal.

III

Cuando el sol se pone, le reemplazan las densas tinieblas de la noche; cuando deja de enviar á la tierra sus rayos luminosos, siéntese frío.

Si el amor de la Eucaristía se extingue en el co-

razón, piérdese la fe, reina la indiferencia, y en esta noche del alma salen los vicios como bestias feroces para hacer su presa.

¡Oh desventura sin igual! ¿Qué cosa podría reanimar ya á un corazón frío, tomado del helado soplo de la indiferencia, y al que la Eucaristía no logra hacer entrar en calor?

Y lo que hace Jesucristo con los individuos, lo hace también con los pueblos.

Ya éstos no le aman, respetan ni conocen; se le abandona y desprecia. ¿Qué hará un Rey al verse de tal modo abandonado de sus súbditos?

¡Jesús se va! marcha á un pueblo mejor.

¡Qué espectáculos tan tristes aquellos que nos manifiestan el abandono en que se va dejando á Jesucristo Nuestro Señor! ¡En otro tiempo tuvo un Tabernáculo en el Cenáculo: hoy el Cenáculo está convertido en una mezquita! No teniendo ya verdaderos adoradores, ¿qué había de hacer Jesucristo?

El Egipto y el Africa propiamente dicha, que fueron en otros tiempos la tierra clásica de los santos, habitadas por legiones de santos monjes, hoy han sido abandonadas por Jesucristo; desde que allí no existe la Eucaristía, la desolación reina por doquiera; pero tened seguridad de que Jesucristo ha sido el último en abandonar aquellos países, cuando ya no ha encontrado ni un solo adorador.

¡También esta nube de desolación ha pasado por Europa! Jesús ha sido arrojado de sus templos, profanado en sus altares, sin que haya vuelto á entrar en ellos.

Francia [1] ha visto disminuir su fe, su amor hacia

1 Lo mismo podríamos decir de España, y en general

la Eucaristía; y en verdad, ¡cuántas iglesias entregadas á la herejía, en las cuales contó antiguamente Jesucristo con fervientes adoradores! ¡Cuando el amor de éstos se ha extinguido, Jesucristo ha huído! Y no ha vuelto á entrar en ellas.

Lo que causa espanto á los verdaderos fieles es ver hoy, en tantas ciudades, á Jesucristo-Eucaristía abandonado, solo, completamente solo. ¡Y en nuestras aldeas se cierran las iglesias por miedo á los ladrones y porque nadie entra en ellas! ¿Es esto posible? ¿Queremos, por ventura, perder el precioso tesoro de la Eucaristía?

No echemos en olvido que, al marcharse Jesucristo, han de volver los patíbulos, la persecución, la barbarie.

¿Quién podrá contener, quién será capaz de conjurar estas públicas calamidades?

¡Oh Señor, permanece con nosotros! ¡Nosotros seremos tus fieles adoradores! ¡Preferible sería el destierro, la mendicidad, la muerte, que el vernos privados de ti!

No nos impongas, Señor, el castigo de verte abandonar el santuario de tu amor.

Permanece, permanece, Dios mío, con nosotros, porque se hace tarde, y sin ti la noche se nos viene encima: *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.*

---

de todas las naciones católicas de Europa (Nota de la presente edición.)





EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

NO ES AMADO

Tota die expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem.

«Todos los días he tendido mis manos á un pueblo que no cree y me rechaza.»

(Rom. X, 21.)

I

¡Ay de nosotros! ¡Por desgracia es cierto en demasía, que Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento no es amado!

No lo es desde luego por esos millones de paganos, por esos millones de judíos y de infieles, por esos millones de cismáticos y herejes que no conocen ó conocen mal la Eucaristía.

¡Ah! entre tantos millares de criaturas en las cuales ha puesto Dios un corazón capaz de amar, ¡cuántas amarían á Jesús Sacramentado si le conocieran como yo!

¿No deberé yo esforzarme por lo menos en amarle por ellas, en lugar de ellas?

Entre los católicos, pocos, muy pocos aman á Je-

sús en el Santísimo Sacramento: ¿cuántos piensan en Él, hablan de Él, y van á adorarle y recibirle con frecuencia?

¿Por qué este olvido, este desvío, esta frialdad? ¡Ah! es que no han gustado jamás la suavidad de la Eucaristía, las delicias de su amor.

¡Es que jamás han conocido á Jesús en su bondad!

¡Es que no se dan cuenta de la inmensidad de su amor en el Santísimo Sacramento!

Algunos tienen fe en Jesucristo, pero una fe muerta, inactiva, una fe tan superficial que no llega al corazón, sino que se limita á lo que exige rigurosamente la conciencia para alcanzar la salvación. Y aun estos últimos son relativamente pocos entre tantos católicos que viven cual verdaderos paganos, como si jamás hubiesen oído hablar de la Eucaristía.

II

¿Cuál es la causa de que Nuestro Señor Jesucristo sea tan poco amado en la Eucaristía?

Esto depende de que no se habla bastante de ella, de que no se recomienda más que la fe en la presencia de Jesucristo, en vez de hablar de su vida, de su amor en el Santísimo Sacramento; en lugar de hacer resaltar los sacrificios que le impone su amor; en una palabra, en vez de presentar á Jesús-Eucaristía como amante de cada uno de nosotros personalmente.

Otra de las causas es nuestra conducta tibia, que acusa en nosotros poco amor; viéndonos orar, adorar, frecuentar la iglesia, casi no se comprende la presencia de Jesucristo.

¿Cuántos, aun entre los mejores, no hacen jamás

una visita de devoción al Santísimo Sacramento, para hablarle con el corazón y significarle su amor? Estos, pues, no aman á Jesucristo en la Eucaristía, porque no le conocen bastante.

Pero si realmente le conocen con su amor, si tienen idea de los sacrificios, de los deseos de su corazón, y si á pesar de todo esto no le aman, ¡qué injuria no le infieren!

Sí, ¡qué injuria!

Porque esto vale tanto como decir á Jesucristo que *no* es suficientemente bueno y amable para ser preferido á aquello que les agrada.

¡Qué ingratitud!

Después de tantas gracias recibidas de este buen Salvador, de tantas promesas de amarle, de haberse ofrecido tantas veces á servirle, el tratarle así es burlarse de su amor

¡Qué cobardía!

Porque si no se quiere conocerle más, si se rehusa el verle de cerca, recibirle y hablarle cordialmente, es porque se teme el ser cogido por las redes de su amor. ¡Tiénese miedo de no poder resistir á su bondad, de verse uno obligado á rendirse y á sacrificarle su corazón sin reserva, su espíritu y su vida sin condición!

¡Se tiene miedo al amor de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y se huye de Él!

Túrbase uno en su presencia y teme ceder. Como lo hicieron Pilato y Herodes, se esquiva, se elude su encuentro.

III

No se ama á Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento porque se ignoran ó no se consideran suficientemente los sacrificios que allí hace su amor. Son éstos tan estupendos, tan sorprendentes, que sólo de pensar en ellos se me oprime el corazón y asoman las lágrimas á mis ojos.

La institución de la Eucaristía ha sido á costa de la Pasión del Salvador. ¿Cómo es esto? me preguntas. Porque la Eucaristía es el *sacrificio* de la Nueva Ley; ahora bien, no hay sacrificio sin víctima; la inmolación exige la muerte de la víctima, y para participar de los méritos del sacrificio se necesita comer parte de la víctima. Pues todo esto se halla en la Eucaristía.

Ella es el sacrificio incruento, porque la víctima murió una sola vez, y por esta sola muerte reparó y mereció toda justificación; pero se perpetúa en su estado de víctima para aplicarnos los méritos del sacrificio cruento de la cruz, que debe durar y ofrecerse á Dios hasta el fin del mundo. Nosotros debemos también comer nuestra parte de la víctima; pero si no se hallase en este estado de muerte, sentiríamos excesiva repugnancia en comerla; pues no se come sino aquello que está muerto á su vida propia.

De suerte que la Eucaristía se instituyó á costa de la agonía en el jardín de las Olivas, de las humillaciones que hubo de sufrir ante los tribunales de Caifás y de Pilato y, finalmente, de su muerte en el Calvario. La víctima debía pasar por todas estas humillaciones para llegar hasta el estado sacramental y hasta nosotros.

Al instituir su Sacramento, Jesús perpetuaba los sacrificios de su Pasión y se condenaba á sufrir:

Un abandono tan doloroso como aquel que le contristó en el jardín de las Olivas;

La traición de sus amigos, de sus discípulos, ante los cismáticos, herejes, apóstatas que habían de vender la santa Hostia á los judíos y á los incrédulos;

Perpetuaba las negaciones de que fué objeto en casa de Anás;

Los furores sacrílegos de Caifás;

El desprecio de Herodes;

La cobardía de Pilato;

La vergüenza de ver que en muchos, en muchísimos casos había de ser preferida una pasión, un ídolo de carne á su bondad soberana, como antes se había visto postergado á Barrabás;

La crucifixión sacramental en el cuerpo y alma del que comulga sacrílegamente.

Pues bien; Jesucristo sabía todo esto con anticipación, conocía á todos los nuevos Judas, los contaba entre los suyos, entre sus hijos amados; todo esto no le arredró, sin embargo, y quiso que su amor fuese más lejos que la ingratitud y malicia del hombre; quiso sobrevivir á la malicia sacrílega del impío.

Jesucristo conocía anticipadamente la tibieza de los suyos, la mía propia; el poco fruto que habría de sacarse de la comunión, y, no obstante, ha querido amar, ha querido amar más de lo que había de ser amado, más de lo que el hombre le pudiese agradecer.

¿Qué más? Jesucristo tuvo que someterse á ese estado de muerte, propio de la Eucaristía, siendo

así que posee la plenitud de la vida, y de una vida sobrenatural y gloriosa; ¿ser tratado como un difunto y mirado como tal no es gran sacrificio ciertamente? Ese estado de muerte dice que Jesucristo está allí sin belleza, sin movimiento, sin defensa, envuelto en las santas especies como en un sudario, y colocado en el Tabernáculo como en un sepulcro, y no obstante, allí está Él viéndolo todo, oyéndolo todo. Él lo sufre todo como si se hallase muerto en la apariencia. Su amor ha velado su poder, su gloria, sus manos, sus pies, su hermoso rostro, su sagrada boca, todo, en una palabra. No le ha dejado más que su Corazón para amar y su estado de víctima para interceder en favor nuestro.

A la vista de tan excesivo amor de Jesucristo para con el hombre, que se muestra tan poco agradecido por tanta bondad, parece como que el demonio triunfa é insulta á Jesús. «Yo—dice Satanás á Jesucristo—no doy al hombre nada verdadero, bello ni bueno; no he sufrido por él; y, sin embargo, soy más amado, más obedecido y mejor servido que Vos mismo.»

¡Ay! y es muy cierto por desgracia: nuestra frialdad é ingratitud conceden al demonio el triunfo contra Dios.

¿Cómo podemos olvidar el amor de Jesucristo Nuestro Señor, un amor que tanto le ha costado y por el cual no ha perdonado sacrificio alguno?

IV

Es también cierto que el mundo hace los mayores esfuerzos para impedir que se ame á Jesús en el Santísimo Sacramento con amor verdadero y prácti-

co, para impedir que se le visite, y lograr que se paralicen los efectos de este amor.

El mundo absorbe, sujeta y cautiva las almas en las ocupaciones, en las obras buenas externas, desviándolas de meditar algún tiempo en el amor de Jesús.

Llega hasta combatir directamente este amor práctico, presentándole como innecesario, y como posible, á lo sumo, en un claustro.

El demonio libra una continua batalla contra nuestro amor hacia Jesucristo Sacramentado.

Él sabe que allí está Jesús vivo, substancial, atrayendo y tomando posesión directa é inmediata de las almas: borra en nosotros el pensamiento, la imagen y la buena impresión de la Eucaristía. Esto es decisivo para sus malvados fines.

Y, sin embargo, Dios es todo amor.

Desde el fondo de su Hostia sacrosanta nos grita de continuo el buen Jesús: ¡Amadme como yo os he amado; perseverad en mi amor!

Yo he venido á traer sobre la tierra el fuego del amor, y mi deseo más ardiente es que abrase vuestros corazones.

¡Ah! en la muerte y después de la muerte, ¿qué habremos de pensar de la Eucaristía, cuando veamos y conozcamos toda su bondad, todo su amor, todas sus riquezas?

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué habréis de pensar de mí que os conozco hace ya tanto tiempo, y que comulgo con tanta frecuencia? Vos me habéis dado cuanto podíais darme.

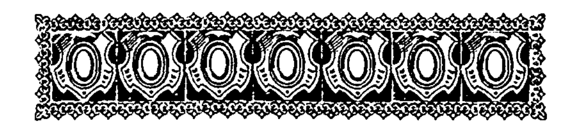
Queréis que yo os sirva en justa correspondencia, y yo no poseo todavía la primera virtud de este servicio.

Vos no sois mi ley suprema, el centro de mi corazón, el fin de mi vida.

¿Qué, pues, os resta que hacer para triunfar de mi corazón?

Señor, esto ha terminado, y de hoy en adelante será ésta mi divisa: ¡O la Eucaristía ó la muerte!





EL TRIUNFO DE JESUCRISTO

POR LA EUCARISTÍA

Christus vincit, regnat, imperat; ab omni malo plebem suam defendat.

«Jesucristo vence, reina, impera; Él libre á su pueblo de todo mal.»

El Papa Sixto V hizo grabar estas palabras en el obelisco que se levanta en medio de la plaza de San Pedro, en Roma.

Estas magníficas palabras están en presente, y no en pretérito, para indicarnos que el triunfo de Jesucristo es siempre actual, y que este triunfo se obtiene por la Eucaristía y en la Eucaristía.

I

Christus vincit.—Cristo vence, es vencedor.

Jesucristo ha combatido, quedando dueño del campo de batalla; por esto enarboló en él su estandarte, fijó allí su residencia, que es la Hostia santa, el Tabernáculo eucarístico.

Venció al judaísmo y su templo, y sobre el Calva-

rio hay un Tabernáculo, donde todas las naciones le adoran bajo las especies del Sacramento.

Venció al paganismo, y eligió para su capital la ciudad de los Césares. Su Tabernáculo se halla también en el temp'o de Júpiter Tonante.

Ha vencido la falsa sabiduría de los sabios, y ante la divina Eucaristía que se levanta sobre el mundo y extiende sus rayos sobre toda la tierra, huyeron las tinieblas, como las sombras de la noche al aproximarse el astro del día. Se derrumbaron los ídolos y fueron abolidos los sacrificios; Jesucristo-Eucaristía es un conquistador que no se detiene jamás, que marcha siempre adelante: se ha propuesto someter el mundo á su dulce mando.

Cuantas veces se apodera de un país, planta en él su regia tienda eucarística; la erección de un Tabernáculo es su toma de posesión; aun en nuestros mismos días dirígese á las naciones salvajes, y por doquiera que se ha llevado la Eucaristía, los pueblos se han convertido y se convierten al cristianismo; éste es el secreto del triunfo de nuestros misioneros católicos y del fracaso de los predicadores protestantes. Aquí es el hombre quien combate, allí es Jesucristo, cuyo triunfo es seguro.

II

Christus regnat.—Jesucristo reina.

Jesús no reina sobre los territorios, sino sobre las almas; y esto por la Eucaristía.

Un Rey debe reinar por sus leyes y por el amor que sus súbditos le profesan.

Ahora bien; la Eucaristía es la ley del cristiano;

ley de caridad, de amor, publicada en el Cenáculo en el admirable discurso pronunciado después de la Cena: *Amaos los unos á los otros, este es mi precepto. Amaos como yo os he amado. Permaneced en mí y observad mis mandamientos.*

Ley revelada en la Comunión: como los discípulos de Emaús, el cristiano ve entonces claro y comprende la plenitud de la ley.

La fracción del pan era lo que hacía á los primeros cristianos tan fuertes contra las persecuciones, tan fieles para practicar la ley de Jesucristo: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis:* Perseveraban en la fracción del pan.

La ley de Jesucristo es una, santa, universal, eterna; nada en ella se cambiará, nada debilitará su pujanza: el mismo Jesucristo, su divino autor, la observa. Y Él es quien la graba en nuestro corazón por su amor. El mismo legislador es quien promulga su divina ley en cada una de nuestras almas.

Es una ley de amor. ¿Cuántos Reyes reinan por amor? Jesucristo es el único cuyo yugo no se haya impuesto por la fuerza; su reinado es la dulzura misma; sus verdaderos súbditos se entregan á Él en vida y muerte: mueren para permanecerle fieles.

III

Christus imperat: Jesucristo manda.

Ningún Rey manda al universo mundo; cualquiera de ellos tiene frente á sí otros Reyes que son sus iguales. Pero Dios Padre, dijo á Jesucristo: *Te daré en herencia todas las naciones.* Así que Jesús, al enviar á sus lugartenientes por el mundo, les dijo;

«Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id y enseñad, mandad á las naciones todas.»

Del Cenáculo partieron estas órdenes; el Tabernáculo eucarístico, prolongación, multiplicación del Cenáculo es el cuartel general del Rey de los reyes. Allí reciben sus órdenes todos los que combaten por la buena causa.

Ante Jesús-Eucaristía todos son súbditos, todos obedecen, desde el Papa, Vicario de Jesucristo, hasta el simple fiel.

Jesucristo manda.

IV

Christus ab omni malo plebem suam defendat: Que Jesucristo nos defienda de todo mal.

La Eucaristía es el divino pararrayos que aleja de nosotros, de nuestras cabezas, los rayos de la justicia divina. Así como una madre bondadosa y tierna que, para sustraer á su hijo de la cólera del irritado padre, le oculta en su seno, le rodea con sus brazos y hace de su cuerpo como una muralla para resguardarle, así también Jesús se ha multiplicado por el mundo, cubre la tierra y la rodea con su misericordiosa presencia. La justicia divina ya no sabe entonces dónde herir, ni se atreve á ello.

Y contra el demonio, ¡qué protección tan eficaz! La sangre de Jesús que colora nuestros labios, nos hace terribles á Satanás; marcados con la sangre del Cordero verdadero, el ángel exterminador no penetrará en nosotros.

La Eucaristía protege al culpable para que tenga tiempo y ocasión de arrepentirse: en otro tiempo el

homicida perseguido por la justicia se refugiaba en una iglesia, de donde no podían sacarle para ser castigado; allí vivía á la sombra de la misericordia de Jesucristo.

¡Ah! sin la Eucaristía, sin ese Calvario perpetuo, ¡cuántas veces la cólera divina hubiese estallado sobre nuestras cabezas!

¡Y cuán desgraciados son los pueblos que han perdido ya la Eucaristía! ¡Qué tinieblas, qué anarquía en los espíritus, qué frialdad en los corazones! Sólo Satanás reina como dueño y señor, y con él todas las malas pasiones.

En cuanto á nosotros, la Eucaristía nos libre de todos los males: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat; ab omni malo plebem suam defendat!*





¡DIOS ESTÁ ALLÍ!

Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam!

«Verdaderamente, está Dios aquí y yo no lo sabía.»

(Génes., XXVIII, 16.)

I

Para juzgar bien de una familia, hay que ver si se observa en ella la ley del respeto; donde los hijos y los servidores son sumisos y respetuosos, puede decirse: he aquí una familia honrada y dichosa.

El respeto y honor que se rinde á los padres constituye la religión de la familia, bien así como el respeto que se tributa al soberano ó á sus representantes constituye la religión de las sociedades.

No se nos manda honrar las cualidades de la persona, sino la dignidad que procede de Dios.

Ahora bien; á Nuestro Señor Jesucristo debemos el más profundo respeto; ésta es nuestra primera obligación; respeto espontáneo, no razonado, respe-

to instintivo, so pena de que carezca de la significación que debe tener.

Es respeto que llamamos de impresión. Hay que honrar á Jesucristo dondequiera se halle: lo pide así su dignidad de Hombre-Dios. A su nombre se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

En el cielo los ángeles se prosternan ante su Majestad divina, y la adoran temblorosos; el lugar donde se ostenta glorioso Nuestro Señor Jesucristo es también el lugar de su supremo respeto.

En la tierra todas las criaturas obedecieron á Nuestro Señor; el mar se humilló bajo sus pies y le adoró. El sol y los astros lloraron y le honraron cuando los hombres le maldecían.

Y en los infiernos los condenados tiemblan bajo la justicia severa del Juez de vivos y muertos.

II

Por lo demás, el respeto á Nuestro Señor Jesucristo presente en la Eucaristía, no debe razonarse; cuando se anuncia en la corte el Rey, todos se levantan instintivamente.

Cuando pasa el soberano, todos saludan, hay un movimiento espontáneo de respeto y deferencia: quien no tiene este sentimiento ó quiere borrarlo en los demás, es un salvaje.

¡Oh, cuánto tienen que avergonzarse los católicos por su poco respeto en presencia de Nuestro Señor! Hablo tan sólo del respeto instintivo.

Entrad en una sinagoga: si adoptáis una actitud irreverente ó habláis, se os pone en la calle.

Para entrar en una mezquita, se os obliga á quitar el calzado. ¡Y sin embargo, todos estos infieles nada tienen de real en sus templos, mientras que nosotros lo tenemos todo! Esto no obstante, el respeto de ellos supera en mucho al nuestro.

Nuestro Señor Jesucristo bien pudiera decir que el demonio es más honrado que El: He alimentado hijos que luego me han despreciado.

Yo pregunto á las madres si les gustaría mucho verse menospreciadas públicamente por sus propios hijos. Pues si esto había de herir tanto el corazón de una madre, ¿por qué hacerlo con Jesucristo? ¿Por qué hemos de ser menos susceptibles tratándose del honor de Jesucristo que cuando se trata de nuestra honrilla, de nuestra mezquina dignidad?

¿Puede darse cosa más falsa? Nuestra dignidad no nos viene sino de Dios, por reflejo. Y al dejar perder el respeto debido á Dios Nuestro Señor, destruímos el que á nosotros se debe.

¡Ah, si Dios nos castigase como merecemos por nuestras faltas de respeto!

Hizo azotar á Heliodoro por haber profanado el templo; pero aquí hay algo más que el templo.

Ofrezcamos, pues, á Jesucristo este primer homenaje del sentimiento de respeto al entrar en su presencia; cuando la ligereza, la negligencia preceden en nosotros á este homenaje, somos unos miserables.

Sí, nuestros mayores pecados contra la fe son nuestras faltas de respeto.

III

Quien tiene fe sabe adonde va: va á la Iglesia, se dirige á Nuestro Señor Jesucristo. Allí entra dicien-

do, como San Bernardo, á todas sus ocupaciones: Quedad á la puerta, pues tengo necesidad de acercarme á Dios para confortar mi espíritu.

Obra pues así: tú sabes cuánto tiempo tienes para permanecer en la iglesia, deja pues todo lo demás. Si vas para orar, no vas para arreglar tus asuntos. Y si las distracciones, el carácter, las preocupaciones te zarandean, deja todo esto en la puerta sin inquietarte; continúa allí con respeto y ofrécete en satisfacción por tus culpas; reprímete, no abandones el lugar santo sin que vea el Señor que detestas tus distracciones; por tu aspecto exterior, ya que no por tu espíritu, das testimonio de su divinidad, de su presencia, y aunque otra cosa no hicieras, esto ya sería mucho.

Ved á un santo varón cuando entra en la iglesia: entra sin cuidarse de los que están allí, lo olvida todo para no ver sino á Nuestro Señor Jesucristo; á la vista del Papa, no se piensa en los Obispos ni en los Cardenales, y en el cielo no se distraen los Santos honrándose unos á otros. ¡No, á Dios sólo todo honor y toda gloria! Sea, pues, ésta nuestra conducta; en la iglesia no hay más que Dios Nuestro Señor.

Después de haber entrado, permanece un momento en reposo; el silencio es la mejor demostración de respeto, y la primera disposición para la oración es el respeto. La mayor parte de nuestras sequedades en la oración y de la falta de fervor en las devociones provienen de que, al entrar, hemos faltado al respeto debido á Nuestro Señor, ó de que nuestra compostura en el templo no es tan respetuosa como debiera.

Formemos, en consecuencia, una firme resolución de no faltar á este respeto instintivo; para esto no

hay necesidad de razonamientos. ¿Por ventura deberá probarse la presencia de Jesucristo cada vez que entramos en la iglesia, ó tendrá acaso que enviar un ángel para decirnos que está allí?

Ciertamente que esto dice muy poco en nuestro favor, mas ¡ay! que todo eso y aun más se necesita para lograr de algunos cristianos el respeto debido á Jesús sacramentado.

IV

Debemos todos á Nuestro Señor Jesucristo el respeto exterior, la oración del cuerpo; nada contribuye tanto como esto para la oración del alma. Ved con qué religioso celo la Iglesia ha prescrito hasta los más insignificantes detalles del culto externo. Y es que esta oración es muy gloriosa para Jesucristo. El mismo nos dió el ejemplo orando de rodillas, y la tradición nos le representa orando con los brazos en cruz y levantados hacia el cielo. Los Apóstoles nos transmitieron esta manera de orar, y el sacerdote la emplea en el santo Sacrificio.

¿Acaso nuestro cuerpo, que recibe de Dios la vida, que goza de sus beneficios en todos los instantes, no debe nada á Dios? Conviene, pues, hacerle orar haciéndole tomar una postura respetuosa.

Las actitudes negligentes del cuerpo debilitan el alma, mientras que una postura rígida la fortifica y ayuda; no hay necesidad de que te impongas un gran sufrimiento adoptando una actitud muy incómoda, basta con que esta actitud sea severa. No os permitáis nunca en presencia de Dios posturas familiares, pues éstas engendran el menosprecio. Amad, sed

tiernos y afectuosos, pero nunca os permitáis familiaridades de esta índole. Las arideces y faltas de devoción en nuestras oraciones suelen proceder ordinariamente de la irreverencia con que solemos presentarnos ante Dios.

Si estás de viaje, ó te entregas en casa á la oración supererrogatoria, puedes adoptar la actitud que menos te moleste; pero en presencia de Nuestro Señor Jesucristo conviene que hagas tomar parte á tus sentidos en la adoración. Ten presente cuán severo era Dios sobre este punto en la antigua Ley; ¿á qué preparaciones tan minuciosas no eran sometidos los Levitas? Quería Dios hacerles sentir su dependencia y prepararlos para que supiesen orar como se debe.

Nuestra piedad es floja y tibia, precisamente por la falta de este respeto exterior. Sé muy bien que no hay necesidad de temblar de miedo ante Dios, no atreviéndose á entrar en su presencia; pero tampoco se necesita caer en el extremo opuesto, de modo que parezca le despreciamos ó tenemos en poco.

Esta actitud severa es un recurso que nos auxilia para orar mejor: nosotros lo rehusamos por satisfacer nuestra sensualidad. Creemos hallarnos fatigados; cuán frecuentemente nos engaña la imaginación. Si pasara el Papa, nuestro pretendido cansancio no nos impediría el arrodillarnos. Y aun cuando nos sintamos cansados de verdad, no temamos tanto el sufrimiento, pues sabemos que extiende las alas de la oración; por lo menos, que nuestra actitud corporal, aun entonces, sea firme y seria. Que las personas del mundo se sienten cómodamente estando cansadas, si no es que se recuestan á lo largo sobre su asiento. No imitéis vosotros estas posturas que aflojan el alma haciéndola menos apta para

orar. En cuanto á nosotros los religiosos, permanecemos de rodillas: esta es la postura del verdadero adorador. Si estamos muy cansados, nos levantamos y continuamos de pie; ésta es también una actitud decorosa y digna. Pero sentarnos, nunca. Somos los soldados del Dios de la Eucaristía. Y si nuestro corazón no arde en amor, que el cuerpo al menos atestigüe nuestra fe y nuestro deseo de amar y de obrar bien.

Que nuestro cuerpo ore también y se asocie á la adoración del espíritu. Formemos todos el cortejo de nuestro Rey Jesús. Pensemos que nuestro dueño y señor está allí: esto debe poner en continua vigilancia nuestro espíritu. ¡Atención á Nuestro Señor Jesucristo!

VERE DOMINUS EST IN LOCO ISTO!





EL DIOS DEL CORAZÓN

Sentite de Domino in bonitate.

«Pensad dignamente del Señor en lo tocante á su bondad.»

(SAP., I, 1.)

Al respeto instintivo de homenaje exterior, debe unirse un respeto de amor: el primero honra la dignidad de Jesucristo, este último, su bondad; el primero es el respeto del siervo, éste es el respeto del hijo.

Pues bien, á éste precisamente concede Jesucristo el mayor valor; y contentarse con el respeto de honor externo, sería quedarse á la puerta: Jesús quiere sobre todo ser honrado en su bondad.

En la Ley antigua sucedía de otro modo; Dios había escrito sobre su templo: «Temblad cuando os aproximéis á mi Santuario.» Era necesario hacer temblar á aquellos judíos carnales, conduciéndolos por el temor.

Pero en la actualidad, después de haberse encarnado Jesucristo, quiere que le sirvamos por amor, y ha escrito sobre su Tabernáculo: «Venid todos á

mí, y yo os consolaré; venid, pues soy dulce y humilde de corazón.»

Durante su vida, Jesucristo se conquistó el título de bueno, y los discípulos, y aun sus mismos enemigos, le llamaban diciéndole: *Magister bone,* buen Maestro.

Pero ahora es, en la Eucarístía, donde quiere Jesucristo gozar del dictado de bueno, de buen Maestro; lejos de cambiar, ha aumentado su familiaridad con nosotros, desea que pensemos en su ternura, que dilatemos nuestro corazón, que la dicha de verle sea lo que nos conduzca á sus pies.

Esta es la razón de su velo sacramental. Se corre más hacia lo que es grande que hacia lo que es bueno: si Jesucristo mostrase su gloria, nosotros nos detendríamos allí, sin llegar hasta su corazón. Seríamos judíos; mas Jesucristo nos quiere hijos.

Por esto Nuestro Señor no quiere el respeto exterior sino como un acto primero, que nos conduzca á su corazón, que nos haga permanecer en su paz.

Si viésemos á Jesucristo en la plenitud de su grandeza, temblaríamos como tiembla la hoja al más ligero huracán, caeríamos al suelo, jamás haríamos un acto de amor. ¡Ah! ¡Todavía no estamos en el cielo!

Hay libros que no hablan sino de la majestad de Dios. Que se hable de ello como de paso, no me parece mal; pero detenerse mucho en tales consideraciones, concentrar en ellas toda nuestra oración, esto no es bueno, ni nos lleva al amor de Dios.

Pero en presencia de Nuestro Señor Jesucristo, tan dulce, tan bondadoso, se tiene una, dos horas de oración, sin tensión de espíritu: si sobrevienen las distracciones, se pide perdón por ellas, y esto se hace tantas veces cuantas ellas nos importunen; esto

no es fatigoso: y se sabe que siempre seremos perdonados. De otro modo, después de algunas distracciones, se abandonaría la oración con el mayor desaliento.

II

La consideración de la bondad de Jesucristo eucarístico le honra en sumo grado. Esta consideración le hace trabajar, porque su bondad no puede ejercitarse, no puede derramarse, por decirlo así, sino más abajo de donde está; colocándome muy abajo y haciéndome muy pequeño, me inundo de sus gracias y dulces efusiones. Se junta uno entonces con los pobres y los pequeños, á quienes tanto amaba Jesucristo y se le dice: Vos sois muy bueno; ¡pues he aquí dónde podéis dar rienda suelta á vuestra bondad! ¡Y se habla entonces con Jesús!

De otro modo sucede como cuando se presenta uno ante los Reyes, que empieza á temblar, pierde el dominio sobre sí mismo y no sabe qué decir.

La Eucaristía con su suprema dulzura, hace elocuente la lengua de los niños; y todos nosotros somos niños.

La bondad de la Eucaristía da más facilidad y suavidad á nuestras plegarias; propendemos á elevarnos, á engreirnos por nuestras gracias, considerándonos como los propietarios de ellas: Jesucristo no quiere esto, Él no hace más que prestárnoslas, para que nosotros las hagamos fructificar en su provecho; por esto deja que las distracciones vengan á humillarnos. Quisiéramos orar sin distracciones, y esto no es posible; dejaré, pues, la oración, en vista

de que no hago más que desagradar á Dios, se dice entonces.

¡No, no es así! Si interesáis en vuestro favor la bondad de Jesucristo, vuestras faltas no deberán atemorizar vuestro espíritu; la misericordia os la perdonará; allí está en persona delante de vosotros.

III

Este culto de amor debe hacernos ir con gran confianza á presencia de Jesucristo Sacramentado.

Debemos personalizar su amor diciéndole: Señor, heme aquí; soy yo á quien tanto habéis amado y por tanto tiempo esperado; yo á quien tendéis ahora mismo los brazos. Este pensamiento dilatará vuestro corazón.

Decid con acento de firme persuasión que Jesucristo os ama personalmente, y no permaneceréis insensibles ante tal pensamiento.

Por otra parte, éste es el secreto del verdadero y natural recogimiento. Para recogerte en Nuestro Señor Jesucristo y obrar del mismo modo cumpliendo las obligaciones de tu estado, no pierdas de vista la bondad de Jesucristo; entonces tu corazón obrará en Él, movido por esta misma bondad y en esto consiste el recogimiento. Al propio tiempo tu espíritu será libre, independiente, y podrás dedicarle á cualquiera cosa que desees. El corazón dirige y gobierna la cabeza, influyendo eficazmente en ella.

Así es como la presencia de Dios se asocia á todo, es compatible con todo. Mientras que si tu espíritu quiere hallarse siempre bajo la impresión de la majestad y de la grandeza, es absorbido ó se debi-

lita su vigor por efecto del cansancio, perdiendo de vista á Dios ú olvidando sus deberes. El recogimiento del corazón es la cosa más natural y verdadera. Dios ha puesto en nosotros una pequeña dosis de espíritu, de ingenio, que pronto se agota; pero de corazón, de sentimientos afectuosos poseemos una cantidad considerable.

El corazón puede siempre amar más, y la presencia cordial de Jesús se une con todo, con todo se compadece; esta presencia nos comunica fuerzas y alientos para no desfallecer; con ella se sabe que Dios es bueno y misericordioso; se vive en su bondad.

Así es que el servidor asalariado corre, vuela á la señal de su amo; pero no se le agradece, pues lo que él honra es el salario.

Mas la obediencia filial tiene un perfume que nada es capaz de remplazar y que no fatiga; es afectuosa y se halla exenta de vanidad.

Nuestro Señor nos la pide: deja para los padres una parte; pero el grueso de este copioso torrente de afectos los quiere para sí.

¡Démosle, en fin, todo nuestro corazón!

Al entrar, pues, en su presencia, rindámosle el honor de respeto instintivo, profundo, por su majestad.

Pero de aquí pasemos á su bondad y en ella permanezcamos.

Manete in dilectione mea. Permaneced en mi amor.





EL CULTO DE LA EUCARISTÍA

Dilexi decorem domus tuae.

«He amado el ornato de tu casa.»

(PSALM. XXV, 3.)

Un día se acercó á Jesús una mujer, que era excelente discípula del Salvador, con intención de adorarle. Llevaba una vasija de alabastro llena de perfumes, la cual esparció á los pies de Jesús, para atestiguarle su amor y honrar su divinidad y su santa humanidad.

—¿Por qué esta superfluidad?—dijo Judas el traidor.—Mejor hubiera sido vender estos perfumes á alto precio y distribuir su importe entre los pobres.

Pero Jesús salió á la defensa de su sierva: «Lo que ha hecho esta mujer bien hecho está, y dondequiera sea predicado este Evangelio se referirá con elogio.»

He aquí ahora la aplicación de este hecho evangélico.

I

Nuestro Señor Jesucristo está en el Sacramento para recibir de los hombres los mismos homenajes que recibió de aquellos que tuvieron la fortuna de tratarle durante su vida mortal. Está allí para que todo el mundo pueda tributar á su santa Humanidad homenajes personales. Aun cuando ésta fuese la única razón de la Eucaristía, deberíamos considerarnos dichosos de poder rendir á Jesucristo en persona nuestros deberes de cristianos.

Por esta su divina presencia, el culto público tiene su razón de ser, posee vida propia. Suprimid la presencia real; ¿cómo tributar á la santísima Humanidad de Cristo los respetos y honores á que tiene perfecto derecho?

Nuestro Señor, como hombre, no está más que en el cielo y en el Santísimo Sacramento. Por la Eucaristía nos es posible aproximarnos al Salvador en persona, vivo; podemos verle, hablarle; sin esta presencia, el culto vendría á ser una abstracción.

Por esta presencia vamos á Dios directamente, y nos acercamos á El como durante su vida mortal. ¡Desgraciados de nosotros, si, para honrar la Humanidad de Jesucristo, nos viésemos reducidos á evocar los recuerdos de hace dieciocho siglos! Esto es bueno para el espíritu; ¿pero cómo habíamos de prestar nuestros homenajes exteriores á un pasado tan lejano, mediando un lapso de tiempo tan considerable? Nos contentaríamos con dar gracias, sin entrar en la participación de los misterios.

Pero actualmente, instituída la Eucaristía, yo pue-

do ir á adorar á Jesucristo como los pastores, prosternarme en su presencia como los Magos; ya no tenemos por qué sentir el no habernos hallado en Belén ó en el Calvario.

II

La presencia real de Jesucristo no es sólo la vida del culto externo, si que también nos suministra ocasión de socorrer á Cristo con nuestras limosnas.

Sí, nosotros somos más afortunados, bajo este aspecto, que los mismos santos del cielo; éstos reciben, pero ya no dan. Y se ha dicho que es mejor dar que recibir. Ahora bien, ¡nosotros damos á Jesús! Le damos parte de nuestro dinero, de nuestro pan, de nuestro tiempo, de nuestros sudores y de nuestra sangre. ¿No es éste uno de los mayores consuelos?

Nuestro Señor Jesucristo viene del cielo con su bondad, no tiene otra cosa, y espera de los fieles todas las condiciones de existencia aquí en la tierra. ¡Su templo, la materia de su sacrificio, las luces, los vasos sagrados necesarios para el Sacramento, todo se lo damos nosotros!

Sin estas luces, sin ese pequeño trono, Jesucristo no puede salir de su Tabernáculo. Nosotros se lo damos y podemos decirle: Os halláis sobre un hermoso trono, y nosotros os hemos elevado á él; nosotros hemos abierto la puerta de vuestra prisión, y rasgado la nube que os ocultaba á nuestra vista, ¡oh Sol de amor! Clavad ahora vuestros rayos, cual dardos penetrantes, en todos los corazones.

¡Y Jesús nos debe algo!

El puede pagar sus deudas, y las pagará segura-

mente; Él salió fiador de sus miembros los pobres y atribulados. Cuanto hiciereis con el más pequeño de mis hermanos, os lo devolveré centuplicado. Pues si Jesús paga las deudas de los demás, ¿cómo no ha de pagar las suyas propias? En el día del Juicio podremos decirle: Os hemos visitado no sólo en vuestros pobres, si que también en Vos mismo, en vuestra augusta Persona, ¿qué nos dais en recompensa?

Las gentes del mundo jamás comprenderán esto. Dad, dad á los pobres, pero á las iglesias, ¿para qué? ¡Esto es dinero perdido! ¿A qué tanto valor en los altares?

¡Y así es como algunos se hacen protestantes!

No, la Iglesia quiere un culto vivo, porque posee á su Salvador vivo sobre la tierra.

¿Qué dichosos, pues, no serán aquellos que se agencian rentas eternas á cambio de lo poco que dan á Nuestro Señor Jesucristo? ¿Es esto nada acaso?

Y no es esto sólo. Dar á Jesucristo es un consuelo, una satisfacción íntima; es más, es una verdadera necesidad.

III

Sí, tenemos necesidad de ver, de sentir cerca de nosotros á Nuestro Señor Jesucristo y de honrarle con nuestros donativos.

Si Jesucristo no quisiera de nosotros otra cosa que homenajes interiores, dejaría de responder á una necesidad imperiosa del hombre: nosotros no sabemos amar sin manifestar nuestro amor por testimonios exteriores de amistad y de cariño.

Así es que se puede apreciar la fe de un pueblo por sus donativos á las iglesias.

Si arden las luces, la mantelería está limpia, los ornamentos decentes y bien conservados, ¡ah! ¡en aquel pueblo hay fe viva, fe verdadera!

¡Pero si Jesucristo está sin ornamentos, en una iglesia, que más que iglesia parece una cárcel, entonces es prueba de que allí falta la fe!

¡En este punto cuán miserables somos en Francia! Se hacen donativos para todas las obras de beneficencia; pero si pedís para el Santísimo Sacramento, se ignora lo que decís.

Para adornar el altar de tal ó cual santo, para una peregrinación donde se obran curaciones maravillosas, todavía se da; ¡mas para el Santísimo Sacramento, *nada!*

¿Irá, pues, el Rey vestido de andrajos, mientras que la servidumbre se adorna con soberbias vestiduras y magníficos aderezos? Y es que no se tiene fe, fe activa, fe amorosa; se tiene una fe especulativa, negativa. Hay muchos protestantes en la práctica, aun cuando se tengan por católicos.

Jesucristo está allí: se le piden sin cesar gracias, la salud, una buena muerte; ¡pero jamás se honra su pobreza con el menor donativo! ¡Callad, pues; obrando así le insultáis!

Dice el Apóstol Santiago: «¡Si un pobre te pide limosna, y le despides sin darle nada, diciéndole: «La paz de Dios sea contigo», te ríes de aquel pobre y eres homicida!»

Pues bien, ahí está Nuestro Señor Jesucristo que nada tiene, que todo lo espera de vosotros; vosotros vais á decirle: ¡Te adoro, te reconozco como mi Rey, te doy gracias por hallarte presente en el Santísimo Sacramento! Con todo esto, si no le dais nada para el esplendor de su culto, ¡le insultáis!

Y cuando un párroco se ve obligado á usar ornamentos miserables, rotos y sucios, porque no tiene otros, la culpa es de los feligreses: esto es un verdadero escándalo.

Porque es lo cierto que todos, todos pueden dar á Jesucristo Nuestro Señor, y la experiencia demuestra que no son los grandes ni los ricos los que sostienen el esplendor del culto eucarístico, sino la masa del pueblo pobre.

Veía un día Jesucristo que los fariseos echaban grandes sumas en el gazofilacio, y no daba muestras de impresionarse por ello; pero he aquí que una pobre mujer pone un denario: esto era todo lo que poseía, y Jesucristo la admira, su corazón se conmueve, y no puede menos de decir á los Apóstoles: esta pobre viuda ha dado más que todos los otros, porque ha dado de lo que necesitaba para su sustento.

Pues del mismo modo, aquel que se priva de algo para ofrecer una vela, una flor, da más que aquel otro que, hallándose en posición desahogada, puede aportar cuantiosas sumas; Jesús no atiende á la cuantía de las dádivas, sino al corazón que las hace.

¡Dad, dad, pues, algo al Señor! ¡Consolad su abandono, socorred su pobreza!

IV

Pero hay más todavía.

Jesús está allí por amor, ¿no es esto? Pues bien, cuando se cree en su presencia, cuando se le ama, no comprendo que no se le atienda con algún obsequio.

Dejemos á un lado los méritos y las gracias que nuestras ofertas nos proporcionan; ¿no es ya una honra bastante grande poder regalar algo á Nuestro Señor, poder honrar con nuestros obsequios al Rey de los Reyes?

Ciertamente que no todo el mundo es admitido á presentar sus homenajes á un Rey de la tierra: esto no se consigue sino á fuerza de protecciones. ¿Osaría nadie, á menos de tener mucha confianza con un amigo de más alta posición, ofrecerle ni siquiera un ramillete?

Ahora bien, ¡Jesús es Rey, pues es quien hace á los Reyes; y sin embargo, Él no quiere para sí la etiqueta que suelen usar los Reyes de la tierra; Él permite que nosotros le presentemos continuamente nuestros homenajes, y los está esperando sin cesar!

¡Ah! ¡cuánto nos honra esto! Aprovechémonos, pues: no hay más que un tiempo para dar. Aquí, en la tierra, Dios quiere recibir algo de manos nuestras; ojalá tengáis con frecuencia el consuelo de decir: ¡He dado algo á Jesucristo Nuestro Señor!

¡El en cambio se dará á vosotros!





¡AMEMOS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO!

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo...

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.»

(Deut., VI, 5.)

I

Cuando *sea levantado sobre la tierra, atraeré á mí todas las cosas.*—Desde lo alto de la cruz atrájose, en efecto, Nuestro Señor Jesucristo todas las almas, rescatándolas del pecado. Pero ciertamente también, al pronunciar aquellas palabras, Jesucristo tenía fija su mirada en el trono eucarístico, al pie del cual quiere atraer todas las almas, para sujetarlos allí con las cadenas de su amor.

Jesucristo quiere infundir en nosotros un amor apasionado hacia Él.

Toda virtud, todo pensamiento que no termine en una pasión, que no acabe por convertirse en una pasión, no producirá jamás ninguna cosa grande.

El amor no es más que el afecto de un niño: ama por instinto y porque se siente amado; se ama en aquellos que le hacen bien.

Un criado puede sacrificarse; pero no amará verdaderamente sino cuando se sacrifique por afecto á sus amos, sin atender al interés personal.

El amor no triunfa sino cuando es en nosotros una pasión viva. Sin esto podrán practicarse actos de amor aislados más ó menos frecuentes; pero ni tomarán ni darán vida.

Pues bien, en tanto que no tengamos para Jesucristo Sacramentado un amor de pasión, un amor vivísimo, nada habremos hecho.

¡Nuestro Señor Jesucristo, en la Eucaristía, nos ama con pasión, nos ama ciegamente, sin pensar en sí mismo y sacrificándose enteramente por nosotros: hemos, pues, de corresponderle!

II

Para que nuestro amor sea una pasión, debe someterse á las leyes de las pasiones humanas. Hablo de las pasiones honestas, naturalmente buenas; pues las pasiones son indiferentes en sí mismas: nosotros las hacemos malas cuando las dirigimos al mal, y en nosotros estriba el hacerlas servir para el bien.

Ahora bien, una pasión que domina á un hombre, le concentra, es decir, que el hombre fija en ella el móvil de sus operaciones, la fuerza impulsiva de toda su actividad.

Tal hombre quiere llegar á esta ó aquella elevada y honrosa posición. No trabaja sino para conseguirla: diez, quince, veinte años, no importa; yo he de llegar, dice; hace de aquel pensamiento el centro de su vida, encaminándolo todo á la realización de aquel

pensamiento y deseo, y dejando á un lado cuanto no conduzca á su fin.

Otro, deseando hacer su fortuna, empieza por limitarla: yo llegaré á poseer esto. Trabaja, no conoce la fatiga ni el cansancio; de todo saca partido para el objeto que persigue; fuera de este objeto, todo le es indiferente.

Otro se propone hacer una boda ventajosa. Al ejemplo de Jacob, siete años de servicios no le parece gran cosa. Terminados éstos, empezará otros siete si necesario fuera: ¡Yo poseeré á Raquel! Y todos sus trabajos—dice la Escritura—le parecen nada, á causa de su extraordinario amor.

He aquí cómo se llega á algo en el mundo; estas pasiones pueden convertirse en malas, y con mucha frecuencia no son ¡ay! sino un crimen continuo; pero en fin, pueden ser y son aún dignas de respeto desde cierto punto de vista.

Sin alguna pasión no se va á ninguna parte; la vida *no tiene objeto alguno*, vívese una vida completamente inútil y baldía.

III

Pues bien, en el orden de la salvación es preciso también tener una pasión que domine nuestra vida, y la haga producir, para gloria de Dios, todos los frutos que el Señor espera de nosotros.

Ama tal virtud, tal verdad, tal misterio con pasión. ¡Sacrifícales toda tu vida, tus pensamientos, tus trabajos; sin esto no llegarás á ninguna cosa grande; serás un simple destajista en el campo del Señor, jamás un héroe!

Amad la Eucaristía con amor apasionado. Amad á Jesucristo Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento con todo el ardor con que las gentes suelen amar el mundo, pero por motivos sobrenaturales.

Para llegar á esto, debes empezar por someter tu espíritu á la influencia de esta pasión. Fortalece en ti el espíritu de la fe; persuádete invenciblemente de la verdad de la Eucaristía, de la verdad del amor que Jesucristo te atestigua en el augusto Sacramento.

Ten una gran idea, una contemplación arrebatada y entusiasta del amor y de la presencia de Nuestro Señor: con esto darás á tu amor un combustible que alimentará su llama, y de este modo será constante.

Un hombre de genio concibe una obra maestra; la percibe y comprende en todos sus detalles con la mirada del alma, y se entusiasma, se enamora de ella; este hombre la realizará por cuantos medios estén á su alcance, aun á costa de los mayores sacrificios; ni las contrariedades ni el cansancio le harán cejar en su empeño; y es que le domina el ideal que persigue; lo tiene siempre á la vista, y no hay medio de que su inteligencia se aparte de él.

Pues del propio modo, ved á Nuestro Señor Jesucristo, mirad, considerad su amor; que este pensamiento os arrebate, domine y enajene. ¡Pues qué! ¿es posible que Jesucristo me ame hasta el punto de darse á mí continuamente sin el menor asomo de cansancio ó fatiga?

Tu espíritu se fijará entonces en Nuestro Señor: tu inteligencia, tus pensamientos todos tenderán á buscarle, á estudiarle; querrás entonces profundizar más y más las razones de su amor, sobreviniendo en consecuencia la admiración, el arrobamiento, y

dejando escapar de tu corazón aquellas palabras: ¿Cómo responder á tanto amor?

He aquí, pues, cómo se forma, cómo nace y se alimenta el amor del corazón. No se ama bien sino aquello que bien se conoce.

¡Y el corazón salta, corre hacia el Santísimo Sacramento!

Salta y corre *(bondit)*, porque no tiene paciencia para andar paso á paso.

¡Jesucristo me ama! ¡Me ama en su Sacramento!

El corazón rompería, á ser posible, su envoltura de carne, para unirse más estrechamente á Jesucristo Nuestro Señor.

Los Santos nos han dado de esto admirables ejemplos; su amor los transporta; los hace sufrir, se apodera de ellos por completo; es un fuego que los consume, que gasta sus fuerzas y que acaba por causarles la muerte.

¡Dichosa muerte!

IV

Si todos no llegamos hasta ese extremo, todos podemos por lo menos amar apasionadamente á Jesucristo, dejarnos dominar por su amor.

¿Por ventura no amáis á nadie en el mundo?

¿Vosotras, madres, no sentís por vuestros hijos un amor apasionado? ¿Esposas, no amáis con pasión á vuestros esposos? ¿Y vosotros, hijos, no os queda sitio en vuestro corazón para algo más que vuestros padres?

Pues bien, transportad ese amor á Nuestro Señor Jesucristo.

No hay ni puede haber dos amores; uno sólo existe.

Jesucristo no os pide que tengáis dos corazones, uno para Él y otro para aquellos á quienes amáis aquí en la tierra.

Así, pues, ¡oh madres, amad al Santísimo Sacramento con vuestro corazón de madre, amadle como á un hijo!

¡Esposas, amadle como á vuestro esposo!

¡Hijos, amadle como á vuestro padre!

Sólo hay en nosotros una facultad, una potencia de amar, la cual tiende á diferentes objetos y por motivos también distintos.

Hay algunos que aman locamente á sus padres, á sus amigos, y que no saben sin embargo amar á Dios! Lo que se hace con la criatura es lo que debe hacerse con Dios: sólo que á Dios hay que amarle sin tasa, sin medida y siempre más.

V

El alma que así ama, no tiene sino una facultad, una sola vida, Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento. ¡Allí está!.. Y vive preocupada continuamente con este pensamiento. ¡Allí está!... Cuando esto sucede, hay correspondencia, hay comunidad de vida entre Jesucristo y nosotros.

¿Por qué, pues, no hemos de llegar á ese punto? ¡Se retrocede á más de dieciocho siglos para buscar ejemplos de virtud en la vida mortal de Jesucristo!

Mas Jesucristo pudiera decirnos: Me habéis amado en el Calvario, porque allí borré vuestros pecados; me habéis amado en el Pesebre, porque allí era

dulce y amable; ¿por qué, pues, no me habéis amado en el Santísimo Sacramento, donde estuve siempre con vosotros? Vosotros no teníais que hacer más que venir. ¡Allí estaba yo á vuestro lado!

¡Ah! En el día del Juicio no serán nuestros pecados lo que causará en nosotros mayor espanto y lo que se nos reprochará con más acritud: los pecados habrán sido ya perdonados para no volver á ellos. ¡Pero Nuestro Señor Jesucristo nos reprochará que no le hayamos amado!

¡Me has amado menos que á las criaturas!, nos dirá. ¡No has cifrado en mí la felicidad de tu vida! ¡Me has amado lo bastante para no ofenderme con pecados mortales, ¡pero no lo suficiente para vivir de mí!

Mas nosotros podríamos decirle: ¿Estamos acaso obligados á amar de este modo?

Bien sé que el precepto de amar así no está escrito, ¡pero no hay necesidad de que lo esté! Nada lo dice expresamente, pero todas las criaturas lo proclaman á voz en grito: la ley está en nuestro corazón.

Sí, lo que me asusta es que los cristianos piensen gustosa y seriamente en todos los misterios, que se consagren al culto de tal ó cual Santo, ¡y que no hagan al menos otro tanto por Nuestro Señor en la Eucaristía!

¿Y por qué, por qué esto? ¡Ah! Es porque no puede uno mirar atentamente al Santísimo Sacramento sin decir: ¡Preciso es que yo le ame, necesario es que le visite, no puedo dejarle solo, me ama demasiado!

Lo demás, el acudir á su vida mortal, eso está muy lejos, eso pertenece á la historia, no es así como se aprisiona el corazón, á lo sumo se excitará

su admiración; ¡pero aquí hay que entregarse, hay que residir en la propia casa de Jesucristo, hay que vivir su propia vida!

La Eucaristía es la más noble aspiración de nuestros corazones, ¡amémosla, pues, apasionadamente!

Dirá alguno: todo esto es una exageración.

¡Sí, el amor no es más que una exageración! Exagerar es exceder, sobrepujar la ley, ir más allá de lo que ésta exige; pues bien, ¡el amor debe exagerar!

El amor que Jesucristo nos demuestra al quedarse con nosotros sin honores, sin servidumbre, ¿no es también exagerado?

Aquel que no quiere rebasar un ápice la línea de sus obligaciones, quien se atiene solamente, exclusivamente, al estricto cumplimiento de su deber, éste *tal no ama*. No ama sino aquel que siente en sí la pasión del amor.

Y vosotros tendréis la pasión de la Eucaristía, cuando Jesucristo en el Santísimo Sacramento sea vuestro pensamiento habitual; cuando vuestra felicidad consista en ir á sus piés, cuando vuestro constante deseo sea agradarle.

¡Vamos, pues, entremos en Jesucristo Nuestro Señor! Amémosle, siquiera sea poco, por El mismo, por su bondad; ¡sepamos olvidarnos á nosotros mismos y darnos á este buen Salvador! ¡Sacrifiquémonos, pues, algún tanto! ¿Veis esos cirios, esa lámpara que se consumen sin dejar nada, sin reservar cosa alguna?

¿Por qué también nosotros no hemos de ser para Jesucristo un holocausto del que nada quede?

¡No, no vivamos ya más; que Jesucristo-Hostia viva sólo en nosotros! ¡Nos ama tanto!



LA EUCARISTÍA ES NUESTRA VIDA

Ego sum via, veritas et vita.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

(Joann., XIV, 16.)

I

Jesucristo pronunció estas palabras cuando se hallaba todavía entre los hombres. Pero ellas se extienden más allá de la vida humana del Salvador. Estas palabras son para siempre, y pueden aplicarse siempre con la misma verdad al Santísimo Sacramento. En la vida espiritual hay también caminos ficticios, artificiales, travesías que pueden seguirse durante algún tiempo para dejarlas después. Mas Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el camino estable, perpetuo. Es el medio, el modelo, pues de poco nos había de servir conocer el camino, si con su ejemplo no nos enseñase á andarlo. No se va al cielo sino participando de la vida del Salvador. Esta vida se nos da en germen por el bautismo; los sacramentos la fortalecen; pero consiste principalmente en la práctica é imitación de las vir-

tudes de Jesucristo Nuestro Señor. Nosotros necesitamos ver á Jesucristo trabajando, si queremos imitar sus virtudes; seguirle en todos los detalles de los sacrificios y de los trabajos que se le exigen para que reine entre nosotros. Sus virtudes son la aplicación de sus palabras, son sus preceptos en acción. Para llegar á la perfección, es necesario detallarlos, pues no es perfecto sino aquello que se ha particularizado: *Non est perfectum nisi particulare.* El Verbo eterno que quería conducirnos á su Padre, y que no podía practicar en el cielo las virtudes humanas, pues todas ellas implican la idea de combate y sacrificio, se hizo hombre; tomó lo que es propio del hombre y trabajó ante sus ojos. Y como en el cielo, adonde remontó glorioso, no podía practicar nuestras virtudes de paciencia, pobreza, humildad, etcétera, se hizo Sacramento para continuar siendo nuestro modelo. Estas virtudes no proceden ya de la libertad, ni con ellas hace ya los actos meritorios que practicó en su vida mortal: lo que ha hecho de estas virtudes es su estado, revistiéndose luego de este estado. En otro tiempo practicaba los actos; mas hoy se ha revestido exteriormente del estado de los mismos. En la tierra fué humilde y humillado: hoy reina glorioso, pero bajo una apariencia de humildad en el Santísimo Sacramento. Jesucristo se ha vinculado el estado de las virtudes de una manera inseparable; al contemplarle, vemos sus virtudes, y sabemos cómo hemos de practicar los actos de estas mismas virtudes. Quitad su humillación, y cesa el estado sacramental. Suprimid su pobreza, figuraos que ande seguido de un cortejo magnífico: en tal caso nosotros nos veremos anonadados ante su majestad, y ya allí no descubriremos el amor; el amor

se manifiesta descendiendo. La paciencia, el perdón de las injurias, las practica aún más que en el Calvario. Allí sus verdugos no le conocían; aquí se le conoce y se le insulta. El pide á su Padre por tantas ciudades deicidas de las cuales ha sido proscrito. Sin ese grito de perdón, ya no habría Sacramento de amor; pero la justicia rodearía y protegería su trono insultado. No practica ya los actos de las virtudes, pero ostenta el estado de las mismas: y nosotros somos los llamados á practicar dichos actos, completándole de este modo. Por ello es que Jesucristo eucarístico forma con nosotros una sola persona moral. Nosotros somos sus miembros activos, su cuerpo, del cual Él es el jefe, el corazón; de tal modo que Jesucristo puede decir: Aún vivo. Y nosotros le completamos, le perpetuamos.

Allí, pues, en el Sacramento, Jesús nos ofrece el modelo de todas las virtudes; estudiaremos detalladamente algunas de ellas. ¡Nada tan hermoso como la Eucaristía!

Pero sólo las almas piadosas, las que comulgan y reflexionan, son las que pueden comprenderlo. Los demás nada de esto entienden. Pocas son las personas que piensan en las virtudes, en la vida, en el estado de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Se le trata como á una estatua; créese que no está allí sino para perdonarnos y recibir nuestras oraciones. Esto no es cierto. Jesucristo Nuestro Señor vive y obra: miradle, estudiadle, imitadle. Los que no lo hacen, vense precisados á retroceder dieciocho siglos, leer el Evangelio y completarle en cuanto á los detalles íntimos; hállanse privados de la dulzura de esta palabra actual y presente: Yo soy actualmente vuestro camino: ¡yo soy vuestro camino! Sin duda

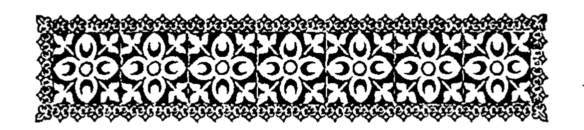
que la verdad no varía y que el Evangelio es siempre un libro vivo. Pero, así y todo, ¡qué trabajo no cuesta volver la vista atrás! Y esto no es más que una representación que exige trabajo y fatiga. Esto es más especulativo, y lo que tiene tal carácter es menos á propósito para sostener la virtud. Sólo en la Eucaristía se prenden y sostienen fácilmente las virtudes. Tengamos, pues, presente que Jesucristo en el Santísimo Sacramento, no está sólo como dispensador de sus gracias, sino que está allí principalmente como nuestro camino y nuestro modelo. La educación se consigue por la presencia, por una secreta correspondencia que existe entre el corazón de la madre y el del hijo. La voz de la madre hace vibrar el corazón del hijo, mientras que los extraños no logran este resultado.

Así, pues, nosotros no reproduciremos en nosotros mismos la vida de Jesucristo, á no ser que vivamos bajo su inspiración, á no ser que Él mismo nos eduque. Podrá indicársenos el camino de las virtudes, pero comunicarnos estas virtudes, hacer nuestra educación íntima, nadie es capaz de esto sino el mismo Jesucristo. Moisés y Josué conducían al pueblo, pero ellos mismos eran guiados por la columna de fuego. Pues del mismo modo, un director no hace más que repetiros las órdenes del Señor; este director consulta á Jesucristo, le busca en vosotros, en ti mismo, examina la gracia y las virtudes especiales que el autor de todo bien ha depositado en tu alma. Para conocerte, trata de conocer á Jesucristo en ti, y te guía por el sendero de la virtud según tu gracia dominante, que Él trata de desarrollar y aplicar á toda tu vida, bajo la alta inspección del Soberano director de las almas. Él no tiene que hacer más

que repetiros las órdenes que recibe de este foco de inspiración. Pues bien; Nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento para todos, no solamente para los directores de las almas; allí todos pueden verle y consultarle. Miradle como modelo de todas las virtudes y sabréis lo que tenéis que hacer. Si leéis el Evangelio, trasladadle á la Eucaristía y de la Eucaristía á vosotros mismos. Entonces se aumentará considerablemente el alcance, la fuerza de expresión de la lectura evangélica. El Evangelio se ilumina en tal caso, y vosotros tenéis ante los ojos y de una manera real la continuación de lo que leéis. Porque Nuestro Señor, que es el modelo, es también la luz que nos hace más visible el modelo, descubriéndonos al propio tiempo sus bellezas. Jesucristo en el Santísimo Sacramento es su propia luz, su propio conocimiento, como el sol ofrece en sí mismo su propia prueba, la de su existencia y propiedades, se muestra y al punto se deja conocer. Para ello no hay necesidad de razonamientos. Un hijo no razona para reconocer á sus padres. Pues así se manifiesta Jesucristo, por su presencia real. Pero á medida que conocemos mejor su voz, según que nuestro corazón está más dispuesto á recibir su divina influencia, Jesucristo aparece con más luz, de una manera especial que sólo los que aman pueden conocer. Entonces concede al alma una convicción divina que eclipsa toda otra luz de la razón natural. Ved si no á la Magdalena: una sola palabra de Jesús, y ella le ha reconocido. Así, en el Santísimo Sacramento no dice más que una palabra, pero palabra que resuena en nuestro corazón: ¡Yo soy!... Y se le oye, se le siente y se le cree con más fuerza que si le viéramos con nuestros ojos. Esta manifestación eucarística debe

ser el punto de partida para todos los actos de la vida. Es necesario que todas las virtudes nazcan de la Eucaristía. Queréis practicar la humildad, pues mirad cómo la practica Jesús en el Santísimo Sacramento. Partiendo de este punto, de este conocimiento, trasladaos luego, si os place, al Pesebre ó al Calvario, adonde llegaréis más fácilmente de este modo, pues está en la naturaleza de nuestra inteligencia el proceder de lo conocido á lo desconocido, y en el Sacramento se presenta á vuestros ojos la humildad de Jesucristo. Apoyándoos en esto os será mucho más fácil suponer lo que ha sido en su nacimiento ó en cualquiera otra circunstancia. Haced esto mismo con respecto á todas las demás virtudes, y así comprenderéis mejor el Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo habla por su estado sacramental, y nadie mejor que Él puede hacer comprender sus palabras y sus misterios. Nos comunica, *además*, la *unción*, para que las gustemos al mismo tiempo que las comprendamos. No se busca ya la mina; se está en ella y se la explota. Sólo por la Eucaristía se siente toda la fuerza actual de estas palabras del Salvador: Yo soy el camino. *Ego sum via.* Que todo nuestro estudio espiritual consista, pues, en contemplar la Eucaristía, buscando en ella el ejemplo de lo que debemos hacer en todas las circunstancias de la vida cristiana. En esto consiste y por este medio se conserva la vida de unión con Jesús-Hostia. De este modo llegaremos á ser *eucarísticos* en nuestra vida, y nos santificaremos según la gracia de la Eucaristía.





EL ANONADAMIENTO

Carácter de la Santidad Eucarística.

Exinanivit semetipsum.

«Se anonadó á sí mismo.»

(PHILIP., II, 16).

JESUCRISTO es nuestro modelo en el Santísimo Sacramento; veamos cómo nos enseña las virtudes que santifican. Para esto habremos de ver cuál es el estado de Nuestro Señor: la forma, la manera de ser de su vida será la forma y manera de ser de nuestras virtudes. Al estudiar cómo está en el Sacramento, vendremos en conocimiento de lo que quiere, pues lo exterior indica lo interior. Por las palabras y porte exterior se revela lo que es el alma. Cuando se veía á Jesucristo Nuestro Señor pobre, hablando con los pobres, colegíase de esto que había venido á salvarnos por la pobreza. Cuando moría por nosotros, nos enseñaba lo que debíamos hacer para ir al cielo. Ahora bien; el estado de Jesús en el Sacramento, el carácter que domina y que salta á la vista, es el *anonadamiento*. Este es-

tado, pues, debe hacernos comprender sus ocupaciones, sus virtudes, las cuales tomarán, cada una en su especie, esa forma, ese carácter de anonadamiento y humildad. Estudiad ese anonadamiento, y sabréis lo que tenéis que hacer para asemejaros á vuestro modelo y para permanecer en la gracia de la santidad eucarística. Tened presente que éste es el carácter dominante y distintivo de Jesús-Hostia, y que tal debe ser también el vuestro si queréis participar de la gracia eucarística.

I

Pues bien; Jesucristo es la Santa Hostia. Toma el estado de las santas especies. Su Cuerpo y Sangre sacratísimos reemplazan la substancia de dichas especies. Jesucristo ha subordinado su estado á la manera de ser de estas especies, las cuales, por consiguiente, vienen á ser la forma de su vida, y constituyen la ley de su duración. Jesucristo es como el sujeto de las referidas especies; está á ellas sometido y de ellas depende. Es verdad que no tocan, que no alcanzan á su vida divina en el Sacramento, y que cuando dejan de existir, no por esto sufre ningún detrimento su Cuerpo glorioso; pero no obstante, cuando las especies cesan de existir, se retira Jesucristo; Él está á ellas unido, se somete á sus leyes de movimiento, de humillación, y es tratado en un todo como ellas; viéndolas se ve el estado, la manera de ser exterior de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; las santas especies son pobres, tan pobres que no poseen ya su ser propio; la consagración ha destruído la substancia à la cual estaban

unidas naturalmente. Estas especies no tienen ya la propiedad natural de su existencia; no existen sino por un milagro. Pues así también Nuestro Señor Jesucristo: Él no tiene nada propio en el Santísimo Sacramento; del cielo no aporta más que su divina Persona. El no tiene en propiedad ni aun una iglesia, ni una sola piedra. Es pobre al igual de las santas especies, más pobre aún que en Belén; allí Él se poseía á sí mismo, tenía un cuerpo que se movía á su arbitrio, que hablaba, crecía, un cuerpo por el que se ponía en relación con sus amigos, pudiendo recibir, aceptar de ellos cualquier don. Aquí nada de todo eso. Se hacen donativos, se reciben ofrendas en derredor suyo. Pero todo ello no cambia su estado personal; que el altar sea de oro, que brillen en él millares de luces, Jesucristo no es por eso menos pobre ni menos obscuro bajo las santas especies. Está muerto civilmente, y es incapaz de recibir cosa alguna. ¡Es un muerto! El honor, la honra del religioso que hace voto de pobreza consiste en asemejársele. Hállase como encerrado, atado en un sudario: éste es todo su vestido, siempre el mismo; un vestido que no es siquiera una substancia ni un ser natural, y es tan frágil que, si cesara el milagro, sería destruído y no podría existir ni un solo instante. He aquí, pues, el gran pobre; se necesita verle y considerarle atentamente para emitir el voto de pobreza. Estudiad su pobreza que es la de la Hostia, y sabréis hasta dónde debéis llevar el espíritu de desinterés y de pobreza.

Además, estas especies son bien humildes por cierto. Siempre blancas; mas lo blanco no es color siquiera: su vista prolongada causa fastidio. Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo no tiene, en el Sa-

cramento, ninguna belleza visible, ninguna hermosura humana, ¡El que fué tan hermoso en su vida, el más hermoso de los hijos de los hombres! La nube que le rodea no deja percibir cosa alguna. El último de los hombres está en más alta categoría, en más elevada posición que Jesucristo: por muy desgraciado y miserable que se le suponga, este hombre será siempre *alguien;* pero Jesucristo quiso someterse á la ley de las especies y no ser más que *algo, alguna cosa.*

Las especies son inmobles é inanimadas. Él, el Verbo, la vida del mundo, el supremo motor de todos los seres, la vida de todas las vidas, se condena á estar sin movimiento y sin acción, se aprisiona. Y se reduce y comprime hasta tal punto en la Hostia consagrada, que por pequeño que sea cualquier fragmento de ésta, allí está Jesucristo todo entero. Él posee en sí mismo vida y movimiento; pero no hace uso de ello, porque se sujeta á la condición de las especies inanimadas. Se le puede insultar, escupir, cometer todas las tropelías imaginables y no se defenderá. Si pudiese sufrir todavía, sufriría más aún en la Hostia que durante su vida.

Pero ya sabéis aquellas palabras que pone el Profeta en su boca: «Yo no soy un hombre, sino un gusano de tierra». El gusano es el último de los animales que en la escala de los seres ocupa el sitio inmediatamente superior al de los vegetales. El gusano hállase desprovisto de toda vestidura, mientras que los demás animales, incluso la oruga, tienen una cubierta exterior, un tegumento cualquiera. Asemejóse á un gusano de tierra en la cruz, cuando se le expuso desnudo á los insultos de sus verdugos; pero esto no fué más que un instante. En el Sacramento

no es un gusano de tierra, pero se expone á ser invadido por los gusanos. ¡Cuántas Hostias consagradas se inutilizan por accidente ó incuria! Se deterioran, se dañan, se pican, introduciéndose en ellas los gusanos y expulsando de allí á Jesucristo, pues Nuestro Señor no reside en ellas sino mientras que están sanas. Los gusanos, pues, ocupan su lugar. ¡Y en el instante en que la Hostia entra en descomposición, cuando está medio destruída, Jesucristo se refugia en la otra mitad sana; la Hostia es disputada entre Jesucristo y los gusanos procedentes de la descomposición! En una palabra, Jesucristo asumió todas las miserias de las santas especies en cuanto á su manera de ser exterior: *Putredini dixi: Pater meus es; Mater mea et soror mea, vermibus* [1].

En fin, las especies no tienen voluntad. Se las coge, se las lleva adonde se quiere; sea quienquiera el que lo mande, Jesús no resiste, jamás se niega. Permite ser profanado por las manos de un malvado. Esta es una de las condiciones del estado que ha elegido. No se defiende. La sociedad venga la agresión castigando al agresor: Nuestro Señor todo lo tolera... ¿Cómo?... ¿Hasta tal punto?...

Se anonadó ciertamente en el Calvario con relación á la felicidad y á la gloria de su divinidad, y con relación á los demás hombres; pero aquí es donde realmente se abate, se anonada. El último grado de la creación consiste en no tener substancia propia, en no ser más que un accidente, una cualidad: ahora bien; Jesucristo, que no puede perder su propia substancia, toma el estado exterior, las condiciones de los simples accidentes naturales; todo esto para de-

1 Job, XVII, 14.

cirnos: «Ved y obrad como yo.» ¡Ah, jamás llegaremos á imitarle, á descender tan bajo como Él! Nuestro eterno sentimiento será haber pensado tan poco en las humillaciones de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

II

Su anonadamiento eclipsa todo cuanto en Él hay de glorioso. Si Nuestro Señor dejase aparecer su gloria, no sería ya nuestro modelo de anonadamiento, y nosotros podríamos también buscar la gloria y la majestad de las virtudes. ¿Pero habéis visto la gloria de Jesús en el Santísimo Sacramento? Ciertamente puede decirse que allí es un sol velado, cubierto por impenetrables nubes. Alguna vez ha obrado allí milagros; pero son raros, y estos milagros recuerdan y hacen comprender mejor su rebajamiento habitual; Jesucristo quiere eclipsarse por completo. Es más grande cuando no hace milagros que cuando los hace: en el primer caso es su amor quien le ata las manos; si nos mostrase su gloria, no podría ya decirnos: *Discite a me.* ¡Miradme, ved cuán dulce soy y humilde de corazón!; si así fuera, nos aterrorizaría ante la vista de su poderío y majestad.

Eclipsa su divinidad, mucho más que durante su vida mortal. Entonces se veía siempre algo divino en su rostro, en su porte. Así es que, antes de humillarle, los pretorianos le vendaron los ojos; ¡eran éstos tan hermosos! ¡Aquí, en la Eucaristía, nada, nada! La imaginación pretende alguna vez describir sus rasgos, sus lineamientos, sus facciones en la Hostia consagrada; pero esto no es la realidad. ¡Si

al menos se le viese algún día en el año, ó siquiera durante la vida! No, ha velado su gloria tras una nube impenetrable.

Jesucristo ha practicado este anonadamiento en su estado de gloria, y no sólo de una manera negativa, si que también positiva. Se humilla negativamente aquel que, siendo pecador, indigno de las gracias de Dios, reconoce su miseria y su nada; le es fácil reconocer que no es nada bueno, puesto que no produce sino frutos de maldición y de muerte. Mas la humildad positiva se practica en el bien, en la alabanza merecida, en la gloria que se ofrece á Dios, de que uno se priva voluntariamente para rendirle con ella homenaje. Esta es la lección que nos suministra Jesucristo en su anonadamiento eucarístico.

Humillaos en vuestras virtudes. ¡El cristiano es grande ciertamente! Es el amigo, el heredero de Jesucristo; participa de su naturaleza divina. Su gracia hace de él el templo y el instrumento del Espíritu Santo. Y el sacerdote, el ministro de los más altos misterios, que manda á Dios, que santifica y salva las almas dirigiéndolas hacia Dios, ¡cuán grande y sublime no es también su rango! Por esto es que el cristiano y el sacerdote, al considerar su altísima dignidad, tendrían motivo para engreirse como los ángeles en el cielo, como Lucifer en la gloria.

Si Nuestro Señor se hubiese contentado sólo con engrandecernos y elevarnos como lo hizo, hubiésemos corrido el riesgo de perdernos por orgullo. Pero no, Jesucristo anonada, aniquila su gloria, su grandeza, y nos habla diciendo: «Ved cómo yo me humillo; soy más grande que vosotros ciertamente, y sin embargo, ved lo que hago de mi grandeza y á qué

me reduzco.» Si no estuviera allí Jesucristo, disimulando, ocultando su gloria, yo no podría deciros: Sed humildes; porque con razón vosotros podríais contestarme: ¿Pues qué, no somos príncipes de la gracia? Esto es cierto; pero mirad á nuestro Rey. Este pensamiento es el que hace postrar de hinojos ante Nuestro Señor Jesucristo á los Obispos, al Papa mismo, y viéndolos anonadados en el acatamiento divino, se siente uno obligado á confesar que sólo Dios es verdaderamente grande.

¿Qué sucede sin la Eucaristía? Vedlo en las demás religiones. ¿En qué ha venido á parar la humildad? El protestante no sabe lo que es despreciar las grandezas: trabaja, se sacrifica, pero es para elevarse, para enaltecerse; nada tan arrogante y altanero como el protestante honrado: y es que allí no está la Eucaristía, y en vano se buscaría la verdadera humildad. Y los católicos que no viven de la Eucaristía, ¿no veis cómo se coronan con sus propias obras? Nada más hermoso que los elogios cristianos bien merecidos. Pronto se pasa por un santo en la pública opinión multiplicando las obras buenas.

¿Y de dónde procede nuestro orgullo, ese orgullo espiritual que se engríe de las gracias recibidas, de los dones de Dios, del círculo de amigos virtuosos y santos, de la influencia que pueda uno tener sobre las almas, sino del olvido de la Eucaristía? ¿Os sentís tentados de este orgullo cuando comulgáis? Cuando oís á Jesús encerrado en vuestro pecho y diciéndoos: «¡Cómo! ¿os enorgullecéis por las dignidades y gracias que os he concedido, por el amor privilegiado que os profeso? Pues yo en cambio me anonado; haced por lo menos como yo, ¡imitadme siquiera!»

Meditad en Nuestro Señor Jesucristo anonadado en el Sacramento; éste es el verdadero camino de la humildad; compréndese que su anonadamiento es la mayor prueba de su amor, y que debe ser también la prueba del nuestro; que es necesario descender hasta Nuestro Señor Jesucristo, que se colocó en la categoría de los últimos seres de la creación.

Esta es la verdadera humildad, que da de lo suyo, que transfiere á Dios el honor y la dignidad que recibe. Creen muchos que uno no puede humillarse sino de sus pecados y miserias, y que no puede hacerlo en el bien, en la grandeza sobrenatural. Pero esto no es exacto. Atribuir á Dios todo bien: en esto consiste la humildad de homenaje, que es la más perfecta. Jesucristo nos la enseña, y cuanto más nos acerquemos á Él, tanto más nos humillaremos como Él. Ved á la Santísima Virgen, sin pecado, sin defecto, sin mancha ni imperfección, sino por el contrario, toda hermosa, toda perfecta, toda brillante por su gracia inmaculada y por su cooperación incesante; y sin embargo, se humilla más que ninguna otra criatura. Consiste la humildad en reconocer que uno no es nada sin Dios, y en atribuir á Él todo lo que uno es: pues cuanto más perfecto es el hombre, tanto más se acrecienta esta humildad, porque tiene más que dar á Dios: á medida que las gracias nos elevan, nosotros descendemos; nuestras gracias son los escalones de nuestra humildad. La Eucaristía, pues, nos enseña á ceder á Dios toda gloria y grandeza, no solamente á humillarnos de nuestras miserias.

¡Lección utilísima y permanente! Por esto toda alma eucarística debe llegar á ser humilde: la proximidad, la vida habitual con Jesús-Hostia debe

hacernos tales que no pensemos ni obremos sino bajo el impulso de esta divinidad anonadada; y quien quisiera fomentar su orgullo en presencia de la Eucaristía, sería un demonio... Pues basta mirar atentamente para sentir la necesidad de anonadarse. Y por esto también la Iglesia os manda doblar la rodilla ante el Santísimo Sacramento, como postura muy propia de la humildad y anonadamiento.

Esta es la humildad de estado. Veamos la humildad de las obras.

III

Jesucristo no está inactivo en el Santísimo Sacramento. Trabaja, intercede, salva las almas: aplica su redención y nos santifica. Su acción se extiende á todas las criaturas. Es allí el mismo Verbo divino que pronunció una palabra por la cual todo fué creado, y que aún lo conserva todo con su palabra omnipotente. Él continúa pronunciando el *fiat* que conserva la vida en toda la creación. No solamente es allí creador, sino reformador, restaurador y Rey de toda la tierra. Él recibió el gobierno de todas las naciones, y el Padre se vale de Él para obrar sobre el mundo. Su divina voluntad rige y gobierna el universo. La voz de mando por la que el mundo se rige, parte del Santísimo Sacramento. En su mano está la vida de todos los seres: Él es allí juez de vivos y muertos.

Ahora bien; los soberanos ostentan gran aparato, se rodean de regia pompa para cualquier acto de soberanía. Esto es necesario: el hombre se gobierna por el amor ó el temor.

Pero, ¿y Nuestro Señor Jesucristo? ¿Dónde está el aparato de este Rey, á quien pertenece todo poder en el cielo y en la tierra? ¿Dónde la gloria, el boato de sus palabras y acciones? Millones de ángeles parten á cada instante del Tabernáculo, y vuelven á él después de haber cumplimentado sus órdenes; allí está su centro, su cuartel general, pues allí está el General en Jefe de los ejércitos celestiales. Y sin embargo, ¿veis, oís alguna cosa? Todas las criaturas le obedecen, y nosotros nada de ello percibimos. ¡He aquí, pues, cómo sabe ocultar su acción! ¡He aquí cómo sabe mandar en su anonadamiento! ¡Y los hombres que mandan á los demás creen ser algo! ¡Y no hablan sino con altivez ó con palabras fuertes, y bruscos ademanes! ¡Creen que así mandan con más eficacia! He aquí una lección para los superiores, los jefes de familia: todos deben ser humildes en el mandato, si quieren imitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Y notad todavía la humildad de Nuestro Señor: no manda á los hombres visiblemente, porque en tal caso querría no se obedeciese sino á Él; se eclipsa para que obedezcamos á nuestros semejantes, en quienes se halla un reflejo de su autoridad. ¡Qué unión, qué enlace tan admirable de la autoridad y la humildad!

Además, Nuestro Señor oculta la santidad de sus obras. La santidad tiene dos partes: la una está en la vida interior del alma con Dios; ésta es la principal: en ella está la perfección y la vida. En la mayor parte del tiempo ella basta y ella lo es todo. Consiste en la contemplación é inmolación interior del alma. La otra parte es la vida exterior.

La contemplación se compone de las relaciones del alma con Dios, los ángeles y el mundo espiritual;

es la vida de oración, que constituye el valor de la santidad, y que es la raíz de la caridad y del amor. Pues bien; esta vida hay necesidad de ocultarla: es necesario que sólo Dios posea su secreto: el hombre mezclaría en ella su orgullo. Dios se la ha reservado: quiere dirigirla Él mismo; ni un santo bastaría para dirigirla. Es la relación nupcial del alma con Dios, que se verifica en el secreto del oratorio, con las puertas cerradas: *Intra in cubiculum et clauso ostio, ora Patrem in abscondito.* Cuesta trabajo hacer la oración en secreto. Se quiere por lo general ir al terreno de la acción, pensar en lo que se hará ó dirá en tal ó cual circunstancia. ¡Y es que no se tiene la clave de la oración!, no se sabe callar. ¡Ved á Nuestro Señor que ora de continuo, y es el gran suplicante de la Iglesia! Él consigue más con su oración que todas las criaturas juntas; pero Él ora en su anonadamiento. ¿Quién ve su oración? ¿Quién oye su plegaria? Los Apóstoles le vieron orar en la tierra y pudieron oir sus gemidos en el jardín de las Olivas. ¡Aquí nada! Su oración se disimula, se anonada, pero es tanto más poderosa cuanto más inmolada, cuanto más secretas. Al comprimir una esponja, verterá el líquido que contiene. Se necesita la compresión para lograr una gran fuerza de expansión. Pues bien; Jesucristo se anonada, se comprime, por decirlo así, se reduce á la nada, para que su amor salte hasta su Padre con una fuerza infinita.

El alma contemplativa ve allí su modelo: no quiere ser conocida, quiere hallarse sola: se recoge y se concentra; ¡oh, cuántas almas hay que el mundo desprecia y que son omnipotentes, porque su oración tiene la cualidad de la oración humilde y anonadada de Jesús-Hostia! Para alimentar y conservar esta

oración oculta y concentrada, tienen necesidad de la Eucaristía; si persistiesen enteramente aisladas y ensimismadas, caerían en la demencia. Sólo Jesús puede con su dulzura templar la fuerza de esta oración.

La vida interior consiste, además, en la inmolación. Para que el alma quede libre y tranquila en la oración, se necesita que los sentidos, el cuerpo, las facultades todas guarden silencio. Así es que, toda alma que quiere trabajar interiormente, ha de soportar en sí misma un combate al cual nada podría compararse.

La vida abatida, anonadada de Jesús es también aquí nuestro modelo. ¿Quién se sacrifica más que Él? Dícese que no sufre ya. No se necesita sufrir actualmente, es suficiente ponerse en el estado y tener la voluntad del sacrificio para sacrificarse verdaderamente. Es una opinión errónea la de que el dolor y sentido exterior actualmente constituye todo el mérito del sacrificio. Dicen muchos: Yo no tengo mérito, pues el hacer tal cosa no me cuesta nada. Yo lo hago todo fácilmente, sin ningún esfuerzo; por tanto, no hago nada por Dios. Esto lleva á abandonar el camino de la santidad. ¡Y es que la piedad goza tanto en ver lo que hace y lo que da!

Pero decidme: ¿es que no contáis, no tenéis ya presente aquel primer sacrificio que hubisteis de hacer para comenzar á practicar tal ó cual virtud? Aquel sacrificio os costó algo sin duda alguna. ¿La repetición del acto no es nada tampoco? ¿No prueba esto la perseverancia de vuestra voluntad? Sabed que el sacrificio consiste en la voluntad: ahora bien; aunque por el hábito del sacrificio, el dolor, el esfuerzo sea menos vivo, la voluntad permanece constante y

aun se fortalece por el hábito. La abnegación, la muerte de sí mismo está en el principio, en la primera gracia: después viene la paz; pero el mérito dura y se acrecienta con la repetición y continuación del sacrificio. El amor filial hace sobrellevar fácilmente y sin disgusto sacrificios heroicos: el amor de Dios hace que los santos gocen en medio de sus torturas. Aquellos sacrificios y estos tormentos, ¿valen menos porque vayan acompañados de cierto goce que los hace menos dolorosos?

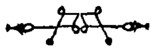
Pues del propio modo, Nuestro Señor Jesucristo no sufre en el Sacramento; pero Él adoptó voluntariamente ese estado de sacrificio. El mérito lo adquirió Jesús en la primera hora, cuando, conociendo los desprecios é injurias que tendría que sufrir de parte de los hombres, lo aceptó todo, é instituyó el Sacramento revistiéndose del estado de víctima. Este mérito dura ciertamente, no ha sido agotado, la voluntad del Señor abarcaba todos los tiempos y lugares, y libremente lo aceptó todo. Y para atestiguar su voluntad siempre viva de sacrificarse, mandó á su Iglesia que representase su inmolación en la santa Misa mediante la separación de la especie del vino de la otra especie del pan, y por la división de la Hostia en tres partes. En la comunión pierde en el cuerpo del que comulga su estado sacramental. ¿Notáis bien ahora este sacrificio, esta inmolación continua?

Nosotros no conocemos la palabra de ese misterio que une en la Eucaristía la vida y el sacrificio, la gloria y la humillación; es éste un misterio que sólo Dios conoce. También en esto enseña al alma interior á no manifestar sus sufrimientos íntimos sino á Dios solo.

¡Ah! ¡que no sepan los hombres nuestros padecimientos! ¡Ellos nos compadecerían, nos alabarían, y esto sería nuestra perdición! Ved vuestro modelo en el Santísimo Sacramento. ¡Cuán pocos de los que oran y comulgan conocen bien la acción anonadada de Nuestro Señor, ni siquiera de ella se enteran!

En cuanto á los actos exteriores de la vida cristiana, Jesucristo mismo nos enseña á ocultarlos, á no aceptar por ellos los elogios, aunque sean merecidos. Para imitarle, nosotros no debemos dejar ver sino el lado desfavorable de nuestras buenas obras; ¡así será tanto más brillante el lado que mira al cielo! Y debemos hacerlo así cuantas veces seamos libres respecto de la forma ó condición exterior de nuestros actos. Cuando son obras que debemos practicar públicamente, hagámoslas bien para edificación; pero si son buenas obras personales, privadas, entonces procuremos ocultarlas. Haciéndolo así permaneceréis en la gracia eucarística. ¿Quién ve las virtudes de Jesús-Hostia?

Para terminar todo esto, recordad los abatimientos, los anonadamientos de Jesucristo en el Santísimo Sacramento; humillaos como Él, reducíos á la magnitud de un átomo, á la nada; preciso es que Él aumente y vosotros disminuyáis. Que el anonadamiento, que la humildad sea como el carácter de vuestra virtud y de toda vuestra vida. Sed como las especies sacramentales, que nada tienen propio y que viven por un milagro. No seáis nada para vosotros; no esperéis nada de vosotros; no hagáis nada por vosotros, y reducíos á la nada, anonadaos.





JESÚS DULCE Y HUMILDE DE CORAZON

Discite a me quia mitis sum et humilis corde.

«Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón.»

(MATTH., XI, 29.)

En su forma eucarística, Jesús nos enseña á anonadarnos para asemejarnos á Él; la amistad requiere la igualdad de vida y de condición; para vivir de la Eucaristía, nos es indispensable anonadarnos con Jesús, que en ella se anonada. Entremos ahora en el alma de Jesús, en su sagrado Corazón, y veamos qué sentimientos le han animado y le animan aún en el Sacramento. Nosotros pertenecemos á Jesús-Hostia: ¿no se da á nosotros para absorbernos en Él? Necesitamos, pues, vivir de su espíritu, escuchar sus lecciones, porque Jesús en la Eucaristía es nuestro maestro; Él mismo desea instruirnos, para que le sirvamos según sus gustos y voluntad, cosa muy justa y puesta en razón, porque Él es Nuestro Señor, y nosotros sus servidores. Ahora bien; Jesucristo nos revela su espíritu

con aquellas palabras: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón:* y cuando los hijos de Zebedeo quieren incendiar una población rebelde al Señor á quien sirven, Jesús les dice: «Ignoráis qué espíritu os impulsa.» *Nescitis cujus spiritus estis.* El espíritu de Jesús es, pues, de *humildad* y de *mansedumbre;* humildad y mansedumbre ó dulzura de *corazón;* es decir, aquellas que se aceptan y se aman por imitar á Jesús. Nuestro Señor Jesucristo quiere formarnos en estas virtudes, y por esto se halla en el Sacramento y viene á nosotros. Quiere ser nuestro maestro, nuestro guía en estas virtudes: sólo Él puede enseñárnoslas y darnos la gracia para practicarlas.

I

La humildad de corazón, he aquí el árbol que da la flor y el fruto de la dulzura ó mansedumbre. *Discite a me, quia humilis corde.* Jesús habla de la humildad de corazón: ¿es que no poseía la humildad de espíritu? No, la humildad de espíritu negativa, aquella que se funda en el pecado y en la miseria de nuestra naturaleza corrompida, Jesús no podía tenerla; practicó, sin embargo, las obras de esta virtud para darnos ejemplo. Por esto Jesús se humilla como los pecadores, á pesar de estar libre de pecado. Él jamás hizo cosa alguna por la cual debiera sonrojarse; como decía el buen ladrón: *Hic nihil mali gessit:* «Este no hizo nada malo.» Pero nosotros, ¡ah! nosotros debemos sonrojarnos de todo; hemos cometido muchos pecados, y aún no conocemos todo el mal que hemos hecho.

Jesús no tiene la ignorancia propia de la natura-

leza caída, mientras que nosotros no sabemos casi nada, apenas si conocemos más que el mal. Viciamos la noción de la justicia y de la bondad. Jesús todo lo sabe, y es tan humilde como si todo lo ignorase: ¡treinta años pasa aprendiendo en silencio!

Se halla adornado de todos los dones naturales; sabe hacer todas las cosas á la perfección y no lo demuestra: trabaja de manera imperfecta y ruda, como los aprendices: *Nonne fabri filius?* ¿No es éste el hijo del artesano, y artesano también como su padre?

Nunca demostró Jesús que lo sabía todo; aun en sus enseñanzas confiesa muchas veces que no hace más que repetir la palabra de su Padre: se limita á cumplir su misión y lo hace en la forma más sencilla y humilde: se portó, pues, como un hombre verdaderamente humilde de espíritu. Jamás se glorificó por nada, ni pretendió nunca brillar, ni manifestar agudeza, ni aparecer más instruído que los demás: aun en el templo, cuando se hallaba en medio de los doctores, los escuchaba y les preguntaba para instruirse: *Audientem et interrogantem eos.*

Jesús dió abundantes pruebas de tener la humildad de espíritu positiva, la cual no consiste en humillarse uno de su miseria, sino en transferir á Dios toda gloria, en humillarse en la prosperidad y en el bien: Él dependía en todo de su Padre, le consultaba y obedecía en aquellos que ocupaban su lugar aquí en la tierra: cedía á su divino Padre la honra de todo bien: su humildad de espíritu es magnífica, admirable, divina: *Gloriam meam non quaero, sed ejus qui misit me*; es una humildad gloriosísima, una humildad toda amor, una humildad completamente espontánea.

Nosotros debemos tener la humildad de espíritu, porque somos ignorantes y pecadores: es un deber de justicia en nosotros. Venimos también obligados á tener esa virtud en calidad de discípulos y siervos de Jesucristo. Sin embargo, Jesucristo en su mandato, nos habla solamente de la humildad de corazón: parécele á su amor que sería humillarnos demasiado hablarnos de esta humildad de espíritu; esta humildad trae á la memoria excesivo número de miserias y pecados, títulos todos ellos para el menosprecio. El amor de Jesús echa un velo sobre este lado menos grato, y nos dice tan sólo que seamos como Él, humildes de corazón, *humiles corde.*

¿Qué cosa es, pues, ser humilde de corazón?

Es recibir de Dios con sumisión de corazón los ejercicios de humildad como un bien, como un acto que le es muy glorioso: consiste en aceptar el estado en que Dios nos ha colocado y los deberes que nos ha impuesto, cualesquiera que ellos sean, sin avergonzarnos de nuestra condición; consiste en manifestar sencillez y naturalidad en todos nuestros actos, aun en las gracias extraordinarias con que Dios nos favorezca. Pues bien; si amo á Jesús, debo asemejarme á Él; si amo á Jesús, debo amar lo que Él ama, lo que Él practica, lo que Él prefiere á todo: la humildad.

La humildad de corazón es más fácil que la humildad de espíritu, puesto que no se trata sino de un sentimiento muy estimable, muy elevado: asemejarse á Jesús, amarle, glorificarle en estas sublimes circunstancias de humildad.

¿Tenemos nosotros esta humildad de corazón, ó mejor, este amor á Jesús humillado? Tendremos tal vez aquella humildad que marcha unida con el des-

interés, la gloria, el éxito en las empresas; aquella humildad que da, se sacrifica puramente y sin motivos de humana gloria; pero no aquella humildad que desciende con Juan Bautista, quien se rebaja y oculta y tiene á gran dicha que se le abandone por Nuestro Señor; no aquella humildad de Jesús en el Sacramento, oculto, abatido y anonadado por glorificar á su Padre.

Este es el verdadero combate que debe triunfar de la naturaleza: amar la humildad de Jesús; ésta es la gloria y la victoria que debemos conseguir.

Existe la humildad en la prosperidad, en la abundancia, en el éxito, en los honores, en el poder; tal humildad debe ser muy fácil; gózase en practicar esta especie de humildad, es decir, en remitir, en referir á Dios toda nuestra gloria. Pero existe también la humildad positiva del corazón, que tiene lugar en las humillaciones exteriores é interiores cuando éstas atacan el espíritu, el corazón, el cuerpo, las obras: verdadera tempestad que parece sumergirnos en los abismos del dolor; esta es la humildad de Jesucristo y de todos los Santos; amar á Dios en tales circunstancias, darle gracias por semejante lastimoso estado, he aquí la verdadera humildad de corazón.

¿Cómo llegar á conseguirla? No mediante raciocinios y reflexiones, pues creeríamos tenerla porque nuestra mente formase de ella magníficas ideas ó porque tomásemos heroicas resoluciones, sin pasar adelante. Se necesita solamente revestirse del espíritu de Nuestro Señor, verle, consultarle, obrar bajo su divina influencia, en sociedad, en amor; es necesario recogernos en su divina humildad de corazón, ofrecer nuestras acciones á Jesús humillado por amor

en el Sacramento, y prefiriendo este estado oculto á toda gloria; y examinar luego si, en nuestros actos, no nos hemos desviado de esta regla. Digamos sin cesar: ¡Oh Jesús, Vos que sois tan humilde de corazón, haced el mío semejante al vuestro!

II

La humildad de corazón produce la mansedumbre, la dulzura de carácter; así que Jesús es dulce, es manso; esta virtud forma como el verdadero carácter de su vida, constituye su espíritu, su esencia.

¡Aprended de mí, pues soy dulce! No dice: Aprended de mí, pues soy penitente, pobre, sabio, silencioso, sino dulce, manso; porque el hombre caído es natural y esencialmente dado á la cólera, al odio, á la envidia, es susceptible, vengativo, homicida en su corazón, furioso en su mirada, lleno de veneno en su lengua, violento en sus miembros; la cólera es su naturaleza, porque es soberbio, ambicioso y sensual; porque en su estado *caído* anda entre el infortunio y la humillación: es un ser de índole áspera y dura, de carácter agrio y destemplado.

Dulzura interior.—Jesucristo es dulce y pacífico en su corazón; ama al prójimo, quiere su bien, no piensa sino en los beneficios que podrá hacerle; juzga al prójimo según su misericordia, y no según su justicia: todavía no ha llegado la hora de esta última. Jesús es como una tierna madre, es el buen Samaritano: el débil niño, el pecador, el justo, todos, todos tienen un sitio en la ternura de su corazón.

En este corazón no hay la menor indignación contra los que le desprecian, los que le injurian, los que

le quieren mal, los que le maltratan y se disponen á ofenderle; á todos los conoce, y no siente por ellos sino profunda compasión; experimenta honda pena por la desdichada condición de todos éstos: *Et videnus civitatem flevit super eam.*

Jesús era dulce por naturaleza, pues era el Cordero de Dios; dulce por virtud, para glorificar á su Padre mediante tal estado de mansedumbre; dulce por la misión que recibió de su Padre: la dulzura hubo de ser el carácter del Salvador, para que pudiera atraerse á los pecadores, animarlos á venir, someterlos á sus enseñanzas y sujetarlos en la ley divina.

¡Y qué necesidad tenemos nosotros de esta dulzura de corazón! Por desgracia no poseemos esta virtud; muy al contrario, con demasiada frecuencia nos sentimos llenos de ira é indignación en nuestros pensamientos y en nuestros juicios. Juzgamos demasiado de las cosas y personas desde el punto de vista del éxito, desde nuestro punto de vista, y atropellamos á cuantos se oponen á nuestro parecer: nosotros debiéramos juzgar de todo como Nuestro Señor, ó en su santidad, ó en su misericordia: así siempre seríamos caritativos, y nuestro corazón conservaría la paz perenne y verdadera: *Jugis pax in corde humili.*

Si prevcemos que se nos ha de contradecir, ¡cuántos razonamientos, cuántas justificaciones y respuestas enérgicas no bullen en nuestra imaginación! ¡Y cuán lejos está todo esto de la mansedumbre del Cordero! Quien todo esto nos sugiere es el amor propio, que no ve otra cosa que la propia persona y los propios intereses. Y si gozamos de autoridad, no vemos más que á nosotros mismos, no tenemos en cuenta sino los deberes de nuestros inferiores, las

virtudes y buenas cualidades que debían tener, el heroísmo de la obeciencia, la fuerza del mandato, el deber de humillar, de quebrantar, el ejemplo que debieran dar; todo esto no vale nunca lo que un acto de dulzura, de mansedumbre. El que manda, sea el que más se humille, dice el Salvador. Nosotros no somos ni debemos ser sino discípulos del Maestro dulce y humilde de corazón. *Servus servorum Dei*, y no generales de ejército!

¿Por qué con frecuencia mostramos tanta energía contra lo que se opone á nuestras miras ó á nuestros planes? ¿Por qué esa cólera, que ciertamente no es santa, contra lo que es malo, contra los incrédulos y los impíos? ¡Ay! En el fondo es la vanidad la que tales energías nos inspira; y esta energía no es más que impaciencia y cobardía. Jesucristo compadecería á esas pobres gentes, oraría por ellas, y trataría, en sus relaciones con ellos, de honrar á su Padre por medio de la dulzura y humildad.

Además, esa expresión enérgica, picante y dura da un mal ejemplo. ¡Oh Dios mío, haced mi corazón dulce como el vuestro!

Dulzura de espíritu.—Jesús es dulce en su espíritu: Él no ve en todas las cosas sino á Dios, su Padre; en los hombres ve criaturas de Dios; es el padre que llora los extravíos de sus hijos, procurando hacerlos volver á la casa paterna; que cura sus heridas, cualquiera que sea la causa que las haya producido, y que desea restituirlos á la vida divina. Su espíritu hállase preocupado de continuo con la paternidad que le liga á sus hijos, sufriendo amarga pena por el desventurado estado en que éstos se encuentran; el bien de tales hijos es su ocupación constante, y á él se encaminan todos sus trabajos,

inspirando todos sus actos en la paz, y no en la cólera, la indignación ó la venganza. Así David lloraba por Absalón culpable, recomendando al propio tiempo que le salvasen la vida; así también María, Madre de dolor, llora por los verdugos de su Hijo, consiguiéndoles el perdón.

La caridad verdadera se alimenta, tanto en el espíritu como en el corazón, con el bien que trata de restablecer, y no buscando el mal y los medios de vengarlo; no separa jamás al hombre de su estado sobrenatural presente ó futuro; no se aisla de Dios, para no ver en el hombre un enemigo: la caridad es dulce y paciente.

Lo que hemos reconocido en nuestro corazón se halla también en nuestro espíritu y en nuestra imaginación, que promueven en nosotros tantas tempestades y ponen la espada en nuestras manos para trastornarlo todo. Necesitamos vivir prevenidos contra estos ataques; una mirada dirigida desde el primer instante hacia Jesús Sacramentado, y renacerá la calma.

III

Jesús, dulce en su corazón y en su espíritu, lo es también naturalmente en su exterior. La dulzura de Jesús es como el suave perfume de su caridad y de su santidad. Reina en todos los movimientos de su cuerpo; nada de violento en sus gestos, que son moderados y tranquilos, como la expresión de su pensamiento y de sus sentimientos llenos de dulzura; su andar es apacible y no precipitado, porque en sus movimientos todo está regulado por la sabiduría. Su

cuerpo, su porte exterior, sus vestidos, todo en Él anuncia el orden, la calma, la paz interior; es el reinado de su dulce modestia, porque la modestia es la mansedumbre del cuerpo y el signo característico de su honor.

La cabeza del Salvador presenta una actitud modesta, no orgullosa, ni altanera ni dominante, pero tampoco excesivamente humillada y tímida; en una palabra, ofrece el aspecto de la modestia sencilla y humilde.

Sus ojos no expresan ningún sentimiento de indignación ni de cólera; tienen una mirada de respeto para los superiores, de amor para su Madre y San José en Nazareth, de bondad para sus discípulos, de tierna compasión para los pecadores, y de perdón misericordioso para sus enemigos.

Su boca augusta es el trono de su dulzura: se abre con modestia y con cierta dulce gravedad. El Salvador habla poco: jamás ha salido de su boca una chocarrería, ni una palabra burlesca, ni una frase de mal gusto ó de mera curiosidad; todas sus palabras, bien así como sus pensamientos, son fruto de la sabiduría; los términos que emplea son sencillos, siempre oportunos y al alcance de aquellos que le escuchan, que son, por lo general, pobres y gentes del pueblo. Jesucristo evita en sus predicaciones toda alusión que pudiera herir personalmente; no ataca sino los vicios; no impugna sino los malos ejemplos y los escándalos; no revela los crímenes ocultos ni los defectos íntimos.

No rehuye la presencia de aquellos que le odian; no deja de cumplir ningún deber, ni de afirmar alguna verdad, por temor, por evitar una contradicción ó por agradar á cualquier personaje. No dirige re-

proches prematuros, ni formula profecías personales antes del tiempo señalado por su Padre: trata con la misma sencillez y mansedumbre á los que sabe le han de abandonar: mientras no ha llegado el momento de hablar, el porvenir es para Él como si no lo conociera.

Jesucristo dió muestras de una paciencia admirable con todas aquellas muchedumbres que le seguían; de una calma sublime en medio de todas las agitaciones, peticiones y exigencias de un populacho grosero y terrenal.

Lo que es más admirable todavía es el comportamiento tan suave, dulce y bondadoso de Nuestro Señor con algunos discípulos rudos, ignorantes, susceptibles, interesados, que se envanecían de su Maestro. Jesucristo manifiesta á todos el mismo amor; no tiene preferencias ni privanzas: ¡Jesús es todo miel, todo dulzura, todo amor!

Si comparamos nuestra vida con la de Jesucristo, ¡qué censurable no resulta la nuestra! Nuestro amor propio tiene el filo de la espada tratándose de ciertas personas cuya vida y carácter hieren con preferencia nuestro orgullo; pues esas impaciencias, esos reproches, esa conducta incisiva y mordaz, todo eso procede de un fondo de pereza que quiere desembarazarse ó librarse cuanto antes de un obstáculo, de un sacrificio, de un deber, y que hace le rehuyamos ó cumplimentemos con sobrada precipitación.

¡Ay! A decir verdad, esas actitudes hostiles, esos aspectos amenazadores, esas palabras recias suelen ser además ridículas; ¡yo espero que el divino Maestro ha de mirarnos con ojos de piedad por todas estas faltas motivadas generalmente por alguna niñería ó necedad!

Es de notar que la mansedumbre y dulzura de carácter con los grandes, ó con aquellos que pueden halagar nuestra vanidad, es una debilidad, una adulación, una cobardía, y que mostrarse fuerte con los débiles es una crueldad, y la humillación no es con frecuencia otra cosa que una venganza secreta. ¡Oh Dios mío!...

IV

El mayor triunfo de la mansedumbre de Jesús consiste en la virtud del silencio.

Jesús, que vino al mundo para regenerarle, guarda desde luego silencio en público por espacio de treinta años; sin embargo, ¡cuántos vicios había en el mundo que corregir, cuántas almas extraviadas, cuántos defectos en el culto divino, en los levitas ó encargados de este culto y en los representantes ó jefes supremos de la nación! Jesucristo no reprende á nadie; se contenta con orar, hacer penitencia, no ceder al mal y pedir perdón á Dios.

¡Qué cosas tan hermosas y útiles hubiera podido decir Jesús durante esos treinta años para enseñar y consolar! Y, sin embargo, no las dijo: se limitó á oir á los ancianos, á asistir á las instrucciones de la sinagoga, de los escribas, de los doctores de la ley, como un simple israelita de la última clase del pueblo; hubiera podido reprender, corregir, y no lo hace: ¡no era llegada la hora todavía!

¡La sabiduría increada, el Verbo de Dios, el que inspiró la palabra y alienta la verdad, se calla y honra á su Padre con su dulce y humilde silencio! Este silencio de Jesús nos dice con elocuen-

cia: ¡Aprended de mí, pues soy dulce y humilde de corazón!

¡Y cómo esta conducta de Jesús contradice y condena nuestra vida! Hablamos como insensatos, diciendo muchas veces lo que no sabemos, cortando las cuestiones dudosas y declarándolas ciertas, imponiendo á los demás nuestra manera especial de sentir y apreciar las cosas. ¡Cuántas veces decimos lo que no debiéramos decir, y revelamos lo que la más rudimentaria humildad y prudencia debiera hacernos callar! Al obrar así, Jesucristo Nuestro Señor nos trata como se trata á un charlatán, á un insolente; nos deja hablar sólo para confusión nuestra; su pensamiento no está con nosotros, y su gracia no fecundiza nuestras palabras.

Este silencio que dimana de la mansedumbre de Jesús, es paciente, sufrido; escucha á los que le hablan hasta el fin, sin interrumpirles jamás, aunque sabe por adelantado lo que desean decirle; les responde Él mismo directamente; reprende, corrige con bondad, sin humillar, sin herir á nadie, como lo haría el mejor de los maestros con su joven discípulo. Oye cosas ingratas al oído, impertinentes al objeto, y siempre halla ocasión de instruir y de hacer bien.

En cuanto á nosotros, ocurre de muy distinto modo: somos impacientes por contestar á lo que hemos comprendido de antemano, y nos molesta escuchar lo que nos entretiene largo tiempo ó nos contraría. Y esta impaciencia y molestia la reflejamos en nuestro semblante y en nuestro aspecto exterior. No es éste el espíritu de Jesucristo, ni aun siquiera el de una persona bien educada, el de un gentil honrado y prudente. Hay una porción de circunstancias

en la vida en que la paciencia, la dulzura, la humildad del silencio, vienen á ser la virtud del momento, y deben ser ante Dios el fruto único de un tiempo que nosotros creemos perdido. Su gracia nos advierte de esto: escuchemos su voz, y obedezcámosle sencilla y fielmente.

¿Qué decir de la mansedumbre del silencio de Jesús en el sufrimiento?

Jesús se calla habitualmente ante el espíritu incrédulo de muchos de sus discípulos, ante el corazón inicuo é ingrato de Judas, cuyos pérfidos pensamientos é infames maquinaciones conoce en absoluto. Jesús se domina y se manifiesta sereno, tranquilo, afectuoso con todos y como si nada supiese: continúa con ellos en la intimidad y trato ordinarios, respetando el secreto que con ellos guarda su Padre. ¡Ah! ¡Qué lección contra los juicios temerarios, las sospechas, las antipatías secretas! Jesús hace pasar la ley de la caridad del deber común, antes del conocimiento que posee del secreto de los corazones, porque éste es el orden de la Providencia.

Jesús confiesa sencillamente la verdad de su misión y de su divinidad delante de los jueces; confiesa que es el Hijo de Dios, en presencia de los Pontífices; que es Rey, en la del Gobernador romano. Se calla ante el curioso é impúdico Herodes; guarda el más profundo silencio durante los improperios y sacrílegas burlas de la cohorte pretoriana; recibe sin exhalar una queja los golpes de la flagelación, el insulto del *Ecce Homo;* no apela de la sentencia de su injusta condenación; toma su cruz con amor y sube al Calvario en medio de las maldiciones, de los malos tratamientos y de los insultos

de todo el pueblo; y cuando se ha agotado la malicia de los hombres, cuando los verdugos han terminado su obra, abre la boca y dice: ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

¡Ah! ¿Cómo en vista de esto, nuestro corazón no será quebrantado por el arrepentimiento y confundido por el amor?

¿Y qué diremos de la mansedumbre eucarística de Jesús? ¿Cómo pintar su bondad en recibir á todo el mundo; su afabilidad en ponerse al alcance de todos, de los pequeños, de los ignorantes; su paciencia en escuchar á toda clase de gentes, en oir todo lo que se le dice, el relato de todas nuestras miserias? ¿Cómo describir su bondad en la comunión, donde Jesús se da á todos según el estado en que se hallan, y va á ellos con alegría, con tal que en ellos encuentre la vida de la gracia y algún sentimiento de devoción, algunos buenos deseos, ó por lo menos un poco de respeto, comunicando á cada uno la gracia que tolera su estado, y dejándole la paz y el amor como huellas de su paso por aquella alma?

Y en cuanto á los que le olvidan, ¡qué dulzura, qué mansedumbre tan paciente y misericordiosa! ¡Él los espera!...

Finalmente, respecto de aquellos que le desprecian, que le ofenden, Él ruega por ellos, pero no reclama, no exige, no amenaza; y á los que le ultrajan con el sacrilegio, no los castiga en el momento, sino que trata de conducirlos al arrepentimiento por los medios que le sugieren su mansedumbre y su bondad. La Eucaristía es el triunfo de la mansedumbre y de la dulzura de Jesucristo.

V

¿Cuáles son los medios de llegar á la mansedumbre de Jesucristo? Fácil cosa es ver la belleza, la bondad, aun la necesidad de una virtud como la mansedumbre; pero detenerse aquí es hacer como el enfermo que conoce su remedio, lo tiene á la mano y no lo toma; ó como el viajero que se contentase con mirar, sentado cómodamente, el camino que había de recorrer.

Pues bien; el mejor medio para llegar á la dulzura del corazón de Jesús es el amor de Nuestro Señor; el amor tiende siempre á producir la identidad de vida entre aquellos que se aman. El amor obrará por tres medios ó de tres modos.

El primero consiste en destruir el foco incandescente de la soberbia, de la impaciencia, de la violencia, por la guerra al amor propio, el cual se manifiesta por las tres concupiscencias que se disputan nuestro corazón; nos irritamos porque nuestra sensualidad, nuestro orgullo ó nuestro deseo de gloria y honras mundanas se encuentran contrariados por un obstáculo: combatir, pues, estas tres pasiones dominantes es atacar al enemigo de la mansedumbre.

En segundo lugar, hay que tener más afecto á aquella ocupación que la Providencia nos depare que á la que practicamos actualmente en un tiempo dado. Sucede que nos irritamos muchas veces porque nos hallamos distraídos de una ocupación que nos gusta más que aquella que Dios nos presenta. Entonces se dejará todo por obedecer la voluntad de Dios: todo lo que se presente que hacer, esto será lo mejor, lo más agradable á nuestros ojos.

Esta metamorfosis no puede lograrse sino por el amor á la santa voluntad de Dios en el momento que varía nuestras gracias y nuestros deberes para su gloria y nuestro mayor bien; somos entonces como el criado que abandona á un señor vulgar para ponerse al servicio del soberano en persona. ¡Cuán á propósito es este pensamiento para alentarnos y hacer que conservemos la paz y la dulzura de carácter en medio de las vicisitudes de la vida!

Pero, entre todos los medios, es el mejor tener continuamente ante los ojos el ejemplo de Nuestro Señor, lo que desea, lo que le agrada: este medio es sumamente bello, luminoso, simpático. Para ser dulces, miremos hacia el Dios eucarístico; alimentémonos con aquel divino maná que contiene todo sabor, todo deleite, y lograremos con esto abundancia de suavidad y dulzura: en la comunión hagamos provisión de mansedumbre para todo el día; tenemos tanta necesidad de ella!

Ser dulce como Jesucristo, ser dulce por amor del Salvador; he aquí el objetivo de un alma que quiere vivir el espíritu de Jesús.

¡Oh alma mía!, sé dulce, sé bondadosa y amable para con el prójimo que te trata, como lo son contigo Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen; sé dulce con Él, á fin de que el Juez divino lo sea contigo. pues se te dará en la medida que tú hayas dado. Y si piensas en tus pecados, en lo que has merecido y mereces, al ver, ¡oh pobre alma!, con qué bondad y dulzura, con qué paciencia y consideración te trata Nuestro Señor Jesucristo, no podrás menos de confundirte con el prójimo en la dulzura y humildad de corazón.



JESÚS, MODELO DE POBREZA

Beati pauperes spiritu.
«Dichosos los pobres de espíritu.»
(MATTH., V, 3.)

El espíritu, la virtud y la vida de Jesús son un espíritu, una virtud y una vida de pobreza, pero de pobreza absoluta y perpetua.

El Verbo eterno se desposó con ella en Belén; al hacerse hombre, comienza por lo que la pobreza tiene de más humillante y depresivo: la habitación de los animales; por lo que tiene de más rudo y grosero: el establo, el pesebre, la paja, el frío, la noche; nace lejos de todo auxilio y de toda vivienda humana. Para ser más pobre todavía, el Verbo encarnado nace durante un viaje, y ve que se le niega la hospitalidad á causa de la pobreza de sus padres.

Va luego á pasar una parte de su infancia en Egipto, en un país extranjero, enemigo de los judíos, para que sus padres se vean todavía más pobres y abandonados, si esto es posible. En Nazareth pasa treinta años ejercitando la pobreza: pobre en su residencia, pues basta ver la pobre Casa de Loreto para convencerse de ello; pobre en su mobiliario, que no

se compone sino de lo estrictamente necesario, de los muebles más sencillos y de que hacen uso los pobres; pruébalo la taza ó escudilla de la Santísima Virgen, que se ve en Loreto: sus vestidos son pobres también, pues la túnica, que puede ver cualquiera con sus propios ojos, es de lana burda, y los pañales en que fué envuelto al nacer son asimismo de tela basta y grosera; pobre y frugal es su alimento, fruto del trabajo de un pobre carpintero, que no puede ganar más que lo necesario.

En su conducta Jesús quiere aparecer igualmente pobre: se considera como el último de todos, y escoge siempre para sí el último lugar; respeta y honra á todo el mundo, como hacen los pobres; guarda silencio, escucha con humildad las instrucciones de la sinagoga, jamás hace alarde de sabiduria y ciencia extraordinarias, sino que hace la vida ordinaria de las gentes de su condición: parece un pobre por su aspecto, y como tal pasa olvidado é inadvertido.

En todo lo que hace y se proporciona, busca siempre para sí lo que hay de más pobre y modesto. Vedle en su vida evangélica: guarda su vestido de obrero, sus costumbres de vida pobre; ora arrodillado sobre el duro suelo; come el pan de cebada del pobre; vive de limosnas; viaja como los menesterosos, sufre como ellos, sin poder satisfacer muchas veces el hambre y la sed; su pobreza le hace despreciable á los ojos de los grandes y de los ricos; esto no obstante, no vacila en decirles: *Vae vobis divitibus.* ¡Ay de vosotros, oh ricos de la tierra!

Elige discípulos pobres como Él, les prohibe que tengan dos túnicas, ni repuesto de provisiones, ni dinero, ni espada para defenderse.

Muere abandonado y despojado hasta de sus po-

bres vestiduras; se le sepulta con un sudario prestado, en un sepulcro ofrecido por la caridad.

Aun después de su Resurrección se aparece á los Apóstoles con el pobre y humilde aspecto de otras veces.

Finalmente, en el Santísimo Sacramento, el amor de la pobreza le conduce hasta velar la gloria de su divinidad, el esplendor de su humanidad gloriosa; para aparecer más pobre y no tener cosa que le pertenezca, se despoja allí de toda libertad y movimiento exterior, así como de toda propiedad ó dominio; hállase en la Eucaristía, como en las entrañas de su santa Madre, envuelto y oculto tras las santas especies, esperando de la caridad de los hombres la materia de su Sacramento, los objetos de su culto: he aquí la pobreza de Jesús; la amó, é hizo de ella su compañera inseparable.

II

¿Por qué Jesucristo ha elegido constantemente tal estado de pobreza?

Primeramente, porque como hijo de Adán, asumió el estado de nuestra naturaleza desterrada, despojada de sus derechos sobre las criaturas; además, para santificar con su pobreza todos los actos de pobreza que habían de verificarse en su Iglesia. Se hizo pobre, para comunicarnos las riquezas del cielo, desasiéndonos de los bienes terrestres en vista del poco caso que de ellos hacía. Se hizo pobre, para que la pobreza, que es nuestro estado, nuestra penitencia y el medio de nuestra reparación, se hiciese para nosotros honorable, deseable y amable en

su persona. Se hizo pobre, para mostrarnos y probarnos su amor. Continúa pobre en el Sacramento, à pesar de su estado glorioso, á fin de ser siempre nuestro modelo vivo y visible.

De tal suerte que la pobreza, que en sí misma no es amable, dado que es una privación y un castigo, se ennoblece y aparece llena de encantos en Jesucristo, que hizo de ella la forma de su vida, el fundamento evangélico, la primera de sus bienaventuranzas, su heredera divina.

La pobreza fué santificada por Jesús, puesto que fué la gran virtud á que mostró especial predilección, y porque repara la gloria de Dios destruída por el pecado original y por nuestros pecados personales; la pobreza produce la virtud de la penitencia por las privaciones que impone; es la ocasión natural de esa otra virtud tan necesaria, la paciencia, que corona nuestras obras y las hace perfectas; es el alimento de la humildad, la cual se nutre con las humillaciones que siempre acompañan á la pobreza; supone gran dulzura y fuerza de carácter para sufrir largo tiempo, pues el sufrimiento sin consuelo y sin ningún auxilio benévolo, es su ordinaria consecuencia. Pero es necesario que la pobreza sea dulce, pues no se da nada á un pobre insolente; que sea deferente y respetuosa con aquellos de quienes espera algún socorro; que sea agradecida, y en esta condición estriba su poder; se necesita, finalmente, que ore, que pida á Dios por los bienhechores, y en esto consiste su fuerza y su vida.

¡Y qué gloria no da á Dios la pobreza! Hállase en un todo conforme, resignada y hasta contenta con su estado, por ser Dios quien en ese estado la ha colocado; se sirve de todo lo que la constituye y

acompaña para ofrecerlo á Dios en homenaje; da gracias á Dios, así en los accidentes favorables como adversos; adora la majestad divina en todas las cosas; ama á Dios con amor más puro, más intenso que los demás estados; la santa voluntad del Señor es su riqueza; se abandona á su paternal providencia, ora se manifieste por la misericordia ó la bondad, ó bien se ostente por la justicia y el rigor. *Jacta Dominum curam tuam et ipse te enutriet:* ¡El pobre sobrenatural es de Dios!

¡Oh y cuántos encantos tiene esa pobreza que hace que amemos á Dios sobre todas las cosas! Es hermosa la pobreza cristiana; ¡pero es más bella todavía la pobreza religiosa, que honra á Dios entregándolo todo, renunciándolo todo por su bondad. La opulencia y los goces que de ella dimanan perdieron al hombre, y la pobreza le realza y le hace feliz. Pero, sobre todo, ¡qué admirable, qué sublime es la pobreza de Jesús en el Santísimo Sacramento, donde se despoja de toda su gloria, de todo bien natural, de toda libertad! Allí vive de la caridad del hombre, está á merced de él; ¡éste es el verdadero amor!

Así, pues, todo aquel que quiera ser santo debe ser pobre de espíritu, de afecto, y, para llegar á ser un gran santo, hay que ser pobre de afecto y de estado; la perfección, la santidad consisten en preferir siempre tener poco á tener mucho, poseer menos á poseer más, en simplificar la vida reduciendo sus goces á la menor expresión, al menor número, en empobrecerse por amor á Jesucristo, en hacer de Jesús pobre el modelo de nuestra pobreza, la ley de nuestra vida interior y exterior, en reproducir, finalmente, la vida de Jesús en nosotros.

III

Consideremos la pobreza espiritual de Jesucristo: es la corona y la vida de la virtud de la pobreza.

Nosotros nada sabemos; por tanto, debemos callarnos y escuchar. Jesucristo, que todo lo sabía, puesto que era la inteligencia del Padre y su Verbo divino, guardó silencio durante la mayor parte de su vida, como si hubiese sido un completo ignorante. ¡Oh, qué difícil es para nosotros mostrarnos pobres bajo este respecto! ¡Nosotros estamos siempre henchidos, siempre llenos de vanidad espiritual!

Jesús poseía todas las virtudes en el más alto grado, y, sin embargo, declaraba que no tenía nada propio. Nosotros no abrigamos en realidad de verdad nada bueno en nuestro corazón; para con Dios somos secos, áridos, como una piedra ó como una bestia de carga; nuestro corazón no sabe articular palabra en su presencia; nuestro corazón no produce sino zarzas y espinas; ¿tenemos, pues, algo de qué enorgullecernos? ¡Qué pobre es la tierra que no produce sino cardos!

Jesús podía practicar toda obra buena, era capaz de todo bien; sin embargo, todo lo espera de su Padre.

Nosotros somos capaces de muy pocas cosas para el bien; nuestra pobreza en este sentido es más notable todavía, pues hemos hecho mucho mal, poco bien, y aun esto poco bueno que hayamos practicado lo hemos mezclado con muchas imperfecciones.

He aquí nuestra pobreza interior; hay que hacer de ella una virtud. Para esto debemos acudir á Nuestro Señor Jesucristo mediante ese estado de pobre-

za; debemos practicar los actos de esa virtud, como un hijo que es débil, ignorante, torpe, que todo lo mancha y estropea, pero que, sin embargo, vive en paz consigo mismo y se siente feliz al lado de su madre, aquella madre que es toda para él; sea, pues, la virtud de Jesús toda nuestra riqueza. El pobre ordinariamente vive sin recursos, sin ciencia, sin influencia de ningún género; á pesar de esto, vive tranquilo en su estado; ama sus harapos, que son sus títulos elocuentes á la caridad del rico; si tiene llagas, las muestra con cierta complacencia: hace de estas miserias el patrimonio de su vida.

Pues Nuestro Señor Jesucristo, ¿no es mejor y más tierno que una madre? ¿No es nuestra dulce providencia, nuestra luz y nuestro todo? Sirvámosle, pues, en espíritu de pobreza, con la verdadera humildad de corazón; quedemos sin defensa en el mundo; Jesús en el Sacramento no la tiene; un pobre tampoco. ¿Quién no admirará la pobreza interior y exterior de Jesús, María y José?

Un pobre nada tiene, nada significa, nada puede por sí mismo, nada sabe para los demás, pues de otro modo sería riquísimo, pues los bienes del espíritu son mucho más apreciables que los del cuerpo, que los temporales, y es más glorioso poder dar algunos consejos que unas cuantas monedas.

La pobreza interior, así entendida, viene á ser en nosotros el remedio á las tres concupiscencias; ataca á la vanidad, al ansia de saber más y más y á la sensualidad del espíritu; convenzámonos de que somos pobres de espíritu, de corazón, de energía, de constancia, de fuerza, y entonces la pobreza vendrá á ser natural en nosotros; será nuestro estado; desearemos depender en todo de Dios: de su luz para

nuestro espíritu, de su gracia para nuestra voluntad, de su amor para nuestro corazón, de su cruz para nuestro cuerpo.

Mas para que esta pobreza se nos presente amable y digna, es necesario verla y amarla en Nuestro Señor Jesucristo, que es tan pobre en el Sacramento, y que nos repite sin cesar: *Sine me nihil potestis facere*. Sin mí nada podéis, nada tenéis: yo soy vuestra única riqueza, no busquéis otra ni en vosotros ni fuera de vosotros.

IV

¿De dónde proceden nuestros pecados contra la pobreza, si á ella estamos obligados por nuestro estado y la antipatía que experimentamos de ser conducidos á ella por medio de la pobreza de afecto si nos hallamos en el mundo?

Proceden desde luego de la vanidad: se quiere siempre en las cosas de uso ordinario lo bueno, lo hermoso; se busca siempre lo mejor, lo más fino y delicado, lo más costoso y brillante, con el pretexto muchas veces de que esto dura más: mejor fuera consultar al Señor y al espíritu de pobreza, y un acto de esta virtud nos sería más útil que toda esta pretendida economía.

También la sensualidad nos arrastra á violar el espíritu de pobreza, por los cuidados exagerados que nos tomamos ¡Cuántas precauciones contra el más insignificante malestar! ¡Ah! La naturaleza, en muchos, teme más la pobreza que la humildad, la modestia ó cualquiera otra virtud.

Debemos, pues, entrar resueltamente en el camino

de la pobreza, si queremos imitar á Jesús: que trate cada cual, según su condición, de prescindir algún tanto de la elegancia y del boato en las cosas de su uso; que todo lo que adquiramos ó aceptemos ofrezca un homenaje á la santa pobreza de Jesucristo Nuestro Señor.





LA NATIVIDAD Y LA EUCARISTÍA

Hodie parvulus natus est nobis.

«Hoy nos ha nacido un niño.»

(ISA., IX, 6.)

¡Qué fiesta tan amable la del Nacimiento del Salvador! La saludamos siempre con regocijo. Revive por nuestro amor y se continúa en la Eucaristía. Las relaciones entre Belén y el Cenáculo son inseparables, completándose mutuamente. Vamos á estudiarlas ahora.

I

La Eucaristía se sembró en Belén. ¿Qué es la Eucaristía sino el trigo de los elegidos, el pan vivo? Ahora bien, el trigo se siembra; se necesita que se deposite en la tierra, que germine, que madure, hasta que, una vez segado, se muele para hacer de él pan nutritivo.

Al nacer hoy sobre la paja del establo, el Verbo

divino preparaba su Eucaristía, que Él consideraba en todos sus misterios como complemento de los mismos. El venía á unirse al hombre: durante su vida había de establecer con Él la unión de gracia, de ejemplos y de méritos; pero sólo en la Eucaristía había de consumar la unión más perfecta de que el hombre es capaz aquí en la tierra. No debemos perder de vista este pensamiento divino, este objeto que se propuso Jesucristo Nuestro Señor, si queremos comprender el plan divino: unión de gracia por los misterios de su vida y muerte; unión de cuerpo y persona en la Eucaristía, preparando una y otra la consumación de la unidad en la gloria.

Así como el viajero que se ha propuesto un fin determinado no lo pierde jamás de vista, y todos sus pasos se dirigen á la consecución de este fin, así Jesús, durante toda su vida, preparaba en secreto y por adelantado la Sagrada Eucaristía.

Ese trigo celestial es como sembrado en Belén, *casa de pan;* vedle sobre la paja; esta paja está pisoteada, destrozada, representa á la pobre humanidad; esta paja es estéril de suyo; Jesús la levantará de nuevo, le devolverá la vida y la hará fecunda: *Nisi granum frumenti cadens in terra:* ved ya sembrado ese grano divino. Sus lágrimas son la humedad que lo hará germinar, y llegará á ser hermoso. Belén se halla situado sobre una colina que mira á Jerusalén. Cuando esta espiga esté madura, se inclinará hacia el Calvario, donde será molida y sometida al fuego del sufrimiento para que se convierta en Pan vivo.

Los reyes irán á comer de este Pan, y hará sus delicias: *Panis Aser, deliciae regnum.* Pan que conviene para las bodas reales del Cordero: *Currunt*

Magi ad regales nuptias. Los Magos en este pasaje representan las almas reales y dueñas de sí mismas, que se alimentan hoy de dicho Pan en el Sacramento.

Las relaciones del nacimiento del Salvador en Belén con la Eucaristía considerada como Sacramento, se encuentran también considerando la Eucaristía como Sacrificio.

En Belén nace un tierno corderillo. Jesús nace como el cordero en el establo, y como él no conoce más que á su Madre. Ofrécese ya al sacrificio: su primer grito es éste: *Hostias et oblationes noluisti, corpus autem aptasti mihi*. Padre, ya no queréis víctimas ni sacrificios de la antigua Ley, sino que me habéis dado un cuerpo; heme aquí. Este cuerpo es la condición para ser inmolado; Jesús lo ofrece á su Padre. Este Corderillo irá creciendo alrededor de su Madre, y ella conocerá á los cuarenta días el secreto de su inmolación. Ella le alimentará con su leche pura y virginal, y le guardará para el día del sacrificio. Y de tal modo se grabará sobre Jesucristo este carácter de víctima que, cuando en el primer día de su vida pública será visto por San Juan Bautista, éste no sabrá designarle sino con el nombre de Cordero divino: *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*.

El sacrificio comenzado en Belén se consuma sobre el altar en la santa Misa. ¡Ah, y qué conmovedora es la Misa de media noche en el mundo cristiano! Se la saluda con mucha anticipación, y siempre se asiste á ella con júbilo. ¿Y qué es lo que comunica á nuestra fiesta de Navidad tantos atractivos reflejados en alegres cantares y en el transporte de nuestros corazones, sino que sobre el altar, Jesús re-

nace realmente, aunque en diferente estado? ¿Nuestros cantos y nuestros homenajes no van directamente á su misma persona? El objeto de nuestra fiesta como de nuestro amor está allí presente: nosotros vamos realmente á Belén, y allí encontramos, no un recuerdo, no una imagen, sino al mismo divino Niño.

Ved, además, cómo la Eucaristía empieza en Belén: es que ya el *Emmanuel* viene á habitar en medio de su pueblo; comienza hoy á vivir entre nosotros, y la Eucaristía perpetuará su presencia. Allí el Verbo se hace carne; en el Sacramento se hace pan, para darnos á comer su carne sin que tengamos repugnancia.

Allí también, en Belén, dan principio las virtudes del estado sacramental.

En efecto, allí oculta ya su divinidad, para familiarizar al hombre con Dios; allí cubre su gloria divina, para llegar gradualmente á ocultar también su humanidad; allí refrena su poder mediante la debilidad de sus miembros infantiles; más tarde lo encadenará bajo las santas especies; allí es pobre, se despoja de toda posesión, él que es Criador y Dueño soberano de todas las cosas; el establo no es suyo, se le ha cedido de limosna; vive con su Madre de las ofrendas de los pastores y de los dones de los Magos; más tarde, en la Eucaristía pedirá al hombre un sitio donde albergarse, la materia de su Sacramento, una vestidura para su ministro y su altar. He aquí cómo Belén nos anuncia ya la Eucaristía.

Allí encontramos también la inauguración del culto eucarístico en su principal ejercicio: la adoración.

María es la primera adoradora del Verbo encarnado; José, su primer adorador. Ellos creen firme-

mente: su fe es su virtud. *Beata est Maria, quae credidisti.* Es la adoración de la virtud.

Los pastores y los Magos adoran juntamente con María y José.

María se consagra enteramente al servicio de su Hijo; atiende con diligentísima solicitud á sus necesidades, y previene sus menores deseos para satisfacerlos. Los pastores ofrecen sus dones sencillos y rústicos; los Magos sus presentes magníficos: es la adoración del homenaje.

La Eucaristía será también el punto de cita de todas las condiciones y clases sociales, el centro del mundo católico. Se le tributará este doble culto de adoración: adoración interior de fe y de amor; adoración exterior por la magni icencia de los dones, de las iglesias, de los tronos en que aparecerá el Dios eucarístico.

II

El nacimiento del Señor me sugiere otro pensamiento. Los ángeles anuncian á los pastores aquel acontecimiento con estas palabras: «Hoy os ha nacido un Salvador.» *Hodie natus est vobis Salvator,* que es como si dijeran: Hoy comienza un nuevo mundo; la obra de Adán va á ser destruída y reemplazada por una obra de restauración divina. Hay dos á quienes cuadra el nombre de Adán, padres cada uno de un gran pueblo. El primer Adán, terrestre, padre del mundo degenerado, *de terra terrenus,* y el segundo Adán, padre del mundo regenerado, *de coelo coelestis.* Ahora bien; el segundo viene á restablecer todo aquello que el primero había destruído. Mas notad bien que esta restauración no se

verifica cumplidamente aquí en la tierra sinó por medio de la Eucaristía.

El punto capital del pecado de Adán, como la piedra angular de la tentación diabólica, se encerraba en estas palabras: *Seréis como dioses*, y en el sentimiento de orgullo que por ellas concibió Adán.

¡Seréis semejantes á Dios! ¡Ay! ¡Y vinieron á ser semejantes á las bestias! Pues bien; Nuestro Señor Jesucristo viene á reproducir, á repetirnos las promesas de Satanás; pero para cumplirlas. Satanás será cogido en sus propias redes. Sí, nosotros seremos semejantes á Dios, por alimentarnos con su Carne y su Sangre.

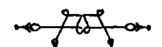
No moriréis. La inmortalidad; nosotros recibimos una prenda segura de ella en la comunión: «Aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.» Jesucristo nos promete la vida eterna: la temporal se pierde; pero ésta no es una vida que merezca tal nombre, no es más que una etapa, una jornada para llegar á la verdadera vida.

Seréis semejantes á Dios. Se cambia de estado ascendiendo á una unión más perfecta; una hija del pueblo llega á ser reina, cuando un rey la elige por esposa. Ahora bien; Nuestro Señor nos asocia á su divinidad al comunicarse á nosotros; nosotros venimos á ser su Carne y su Sangre; recibimos la realeza celestial y divina del Criador. La naturaleza humana pasó á ser divina en la unión hipostática: pues bien; la comunión nos eleva también á la unión divina; nos hace partícipes de la naturaleza de Dios; el alimento menos escogido se convierte en nuestra substancia, y nosotros nos convertimos en la de Nuestro Señor Jesucristo, que nos absorbe y asimi-

la; venimos, pues, á ser miembros de Dios; y en el cielo seremos tanto más gloriosos, cuanto más nos hayamos transformado, convertido en Jesucristo, y cuanto más nos hayamos asimilado á Él por nuestra frecuente participación de su Cuerpo adorable.

En fin, *vosotros lo sabréis todo,* dijo el demonio. El mal, sí; el bien, no ciertamente. ¿Dónde se aprende esta ciencia divina del bien si no es en la comunión? Oid lo que dice Jesús á sus Apóstoles, después que se ha comunicado á ellos: «No os diré ya mis siervos, sino mis amigos; pues todo lo que aprendí de mi Padre, os lo he revelado.» En la Eucaristía la ciencia nos es enseñada por el mismo Dios, que se constituye en nuestro inmediato y particular maestro: *Et erunt omnes docibiles Dei.* Ya no nos envía profetas, Él mismo es nuestro Doctor y Maestro. Lo sabréis todo, porque Él es la Ciencia divina, increada é infinita.

He aquí cómo la Eucaristía pone fin y remate á la restauración iniciada en el Pesebre. Regocijaos, pues, en este hermoso día, en que empieza su carrera el Sol divino de la Eucaristía. Que vuestra gratitud no separe nunca el Pesebre del Altar, el Verbo hecho carne del Hombre-Dios hecho Pan de vida en el Santísimo Sacramento.





FELICITACIONES [1] Á JESÚS SACRAMENTADO

Adveniat regnum tuum.
«Venga á nos el tu reino.»
(Luc., XI, 2.)

I

Que tu reino llegue, se acreciente, se eleve, se perfeccione; he aquí lo que hay que desear á Nuestro Señor en este primer día del año; que allí donde no es amado ni conocido, lo sea; que todos completen en sí mismos la obra de su Encarnación y Redención. ¿Y dónde es conocido y amado Nuestro Señor? ¡Pequeño, muy pequeño es el reino de Jesucristo! ¡Se han menospreciado y cercenado tanto sus derechos, así como los de la Iglesia, desde trescientos años á esta parte! ¡Parece como que en todas partes se persigue á Nuestro Señor Jesucristo! Se le arrebatan los templos y los pueblos. ¡Cuántas ruinas eucarísticas!

---

1 La palabra *souhaits* que emplea el original francés indica aquí aquellos deseos que suelen acompañar á las felicitaciones de principios de año.—(*N. de la pres. ed.*)

¡Y cuántos pueblos que jamás han conocido la fe! ¿Cómo, pues, Nuestro Señor Jesucristo ha de establecer en ellos su reino? ¡Bastaría para esto con un santo! Pedid á Nuestro Señor buenos sacerdotes, verdaderos apóstoles. Esta debe ser nuestra oración continua. Esos pobres infieles no conocen ni á su Padre celestial, ni á su tierna Madre, ni á Jesús su Salvador, ¡y les dejamos en tan triste estado! ¡Qué crueldad! Extendamos, dilatemos con nuestras plegarias el reinado de Jesucristo. ¡Pidamos que los paganos lleguen á abrazar la fe y conozcan á su Salvador! ¡Que los herejes y cismáticos entren de nuevo en el redil y se dejen gobernar por el cayado del Buen Pastor!

Y entre los católicos, ¿cómo reina Jesucristo? Pedid de continuo la conversión de los malos católicos que no tienen fe. Pedid que los que se hallan en posesión de este don inapreciable lo conserven. Los que tenéis una familia, pedid que todos sus miembros guarden la fe; mientras que conserven este resto de unión á Jesucristo, habrá esperanza. Mientras que Judas vivió con el Señor, tuvo á la mano ocasión y medios de salvarse; una palabra hubiese bastado. Cuando le hubo abandonado, todo concluyó, y fué rodando hasta el fondo del abismo. Pedid, pues, con instancia á Jesucristo por lo menos la conservación de la fe en las verdades cristianas. Sé que se dice muchas veces: Más vale un buen protestante que un mal católico. Falso. En el fondo esto quiere decir que cualquiera puede salvarse sin la verdadera fe. No y mil veces no. El mal católico es siempre hijo, aunque sea el hijo pródigo, y, por más pecador que sea, tiene siempre derecho á la misericordia; el mal católico está más cerca de Dios, por razón de

su fe, que el protestante; hállase todavía dentro de la casa, mientras que el hereje ya no lo está, y ¡cuántas dificultades y cuántos trabajos para hacerle entrar nuevamente!

Para trabajar por la conservación de la fe, adoptad un lenguaje cristiano, usad el lenguaje de la fe. Modificad el lenguaje del mundo. Por una culpable tolerancia hemos dejado que Nuestro Señor Jesucristo fuese desterrado de las costumbres, de las leyes, de las formas y conveniencias sociales, y en un salón de cierto tono nadie osaría hablar de Jesucristo. Aun entre católicos prácticos parecería extraño hablar de Jesucristo Sacramentado. Hay tantos—se dice muchas veces—que no cumplen con la Iglesia, que no asisten al sacrificio de la Misa, que teme uno molestar á alguno de los contertulios, tal vez al mismo dueño de la casa, que se encuentra en este caso. Se hablará de arte religioso, de las verdades morales, de las bellezas de la Religión; pero de Jesucristo, de la Eucaristía, jamás. Pues bien, cambiad todo esto; haced profesión de vuestra fe; sabed decir: *Nuestro Señor Jesucristo*, y nunca digáis *Cristo* á secas. Es necesario, en fin, demostrar que Nuestro Señor tiene derecho á vivir en el lenguaje de la sociedad. Es una mengua para los católicos tener siempre á Jesucristo bajo el celemín, como suelen hacerlo. Es necesario mostrarle por todas partes. Y aquel que hace explícita profesión de su fe, quien osa pronunciar con reverencia el nombre de Jesucristo, se coloca en la corriente de su gracia; ¡en público es necesario que todos sepan cuál es nuestra fe!

Se oye á cada paso proclamar principios ateos; vense por doquiera gentes que se jactan de no creer

en nada; ¿y nosotros hemos de temer afirmar nuestras creencias y pronunciar el nombre de nuestro divino Maestro? No, ciertamente; debemos pronunciarle: porque esos pobres impíos están posesos, ó, cuando menos, obsesos del demonio. Pues bien; contra esos demonios, ¡oponedles el nombre de Nuestro Señor Jesucristo! Si todas las almas creyentes tomasen el partido de hablar sin temor ni reparo alguno acerca de Nuestro Señor Jesucristo, bien pronto cambiarían el mundo, pues acabarían por hacer muy natural y corriente el pensar en Él. Va acercándose á pasos agigantados el gran siglo; los dos ejércitos están ya próximos á encontrarse. El eclecticismo ha muerto, ¡gracias á Dios! Precisa ya ser buenos ó malos, figurar en el bando de Jesús ó en el de Satanás. Así, pues, afirmad á Jesucristo, pronunciad su nombre; este nombre es vuestra bandera, y debéis levantarla dignamente.

En fin, que el reino de Nuestro Señor llegue á vosotros, á vuestra alma. Jesucristo está en vosotros; mas para que reine por completo, aún hay mucho que hacer. Vosotros no estáis más que conquistados; Jesucristo aún no reina tranquilamente en vosotros con un reinado de paz y de amor; todas las fronteras no son suyas todavía; ¿y qué Soberano puede reinar como dueño y señor si no dispone de todas las fronteras de su Estado?

Procurad conocer más á Jesucristo; penetrad su vida, sus sacrificios y sus virtudes en el Santísimo Sacramento; entrad en su amor. En vez de estar siempre engolfados en nosotros mismos, subamos hasta él; es bueno que nos veamos en Él, pero es mejor verle en nosotros; en vez de cuidaros, de cultivaros á vosotros mismos, cuidad, cultivad y ha-

ced crecer á Jesús en vosotros. Pensad en Él: estudiadle en sí mismo, entrad en su interior; en Él encontraréis con qué vivir; es grande, infinito; allí está el camino ancho y real; ¡esto dilata y sublima nuestra vida!

II

Además, hemos de consolar á Nuestro Señor Jesucristo. El espera vuestros consuelos, los recibirá con placer. Pedidle que suscite en su Iglesia excelentes sacerdotes, de esos sacerdotes apóstoles y salvadores que dan carácter á un siglo, que conquistan á Dios nuevos reinos. Pedidle que Él lo sea todo; que no sea solamente Salvador, pues esto supone excesiva miseria, sino que sea también Rey, Rey pacífico y absoluto. Consoladle de que su dignidad real sea por tan pocos reconocida y acatada. ¡Ay! ¡Nuestro Señor está vencido! En el cielo reina sobre los ángeles y los santos como dueño y señor omnipotente y fielmente escuchado. ¡Aquí en la tierra, no! ¡ Los hombres que han sido por Él rescatados y que son sus hijos, han vencido á Nuestro Señor! Ya no reina sobre las sociedades católicas; hagamos que reine al menos sobre nosotros, y trabajemos por extender su reino por doquiera.

A Nuestro Señor no le halagan tanto, no desea tanto los hermosos monumentos, como nuestros corazones: Él los busca, procura atraérselos, y como quiera que los pueblos han expulsado á Jesucristo, erijámosle nosotros un trono sobre el altar de nuestros corazones. Entre los bárbaros, se confería á uno la dignidad real, elevándole sobre el pa-

vés; proclamemos también Rey á Jesús eucarístico, elevándole sobre nuestros corazones y sirviéndole con fidelidad y abnegación. ¡Ah! ¡Cuánto ama Jesucristo nuestros corazones! ¡Cuánto los desea! Mendiga nuestro amor, nuestro corazón. Pide, suplica, insiste. ¡Cien veces se le ha negado ya lo que pide: no importa, Él tiende siempre la mano! Realmente, esto es menospreciarse, deshonrarse á sí mismo, solicitar todavía después de tantas negativas! ¡Ay de nosotros! ¡Debiéramos morir de vergüenza al pensar que Jesucristo anda mendigando de este modo y que nadie le ofrece la limosna que pide! ¡Y cuántos desaires no tiene que sufrir para procurarse nuestros corazones! Persigue sobre todo á los católicos, á las almas piadosas, á los religiosos que andan reacios para entregarle sus corazones. Nuestro Señor lo quiere todo; y la razón, el interés de estas pesquisas tan apasionadas, es su amor. Entre los doscientos millones de católicos que hay en el globo, ¿cuántos le aman con amor de amistad, de vida, con verdadero amor de corazón? ¡Si por lo menos fueran enteramente suyos aquellos que hacen profesión de piedad, sus hijos, sus religiosos, sus vírgenes! Pero sucede que se le deja dar un paso en el corazón y luego se le suscita un obstáculo; se le concede esto y se le niega aquello. ¡Y Nuestro Señor Jesucristo lo quiere todo, lo pide todo; espera y no se exaspera!

Amémosle, pues, por nosotros; amémosle por aquellos que no le aman; por nuestros padres, nuestros amigos; paguemos la deuda de nuestra familia, de nuestra patria; así hacen todos los Santos; imitan en esto á Nuestro Señor, que ama por todos los hombres y sale fiador por el mundo entero.

¡Ah! ¡Que Nuestro Señor Jesucristo sea al fin Rey, dueño y esposo de nuestra alma; séalo ese dulcísimo Salvador que tanto nos ama! ¿Será posible que no amemos á Nuestro Señor Jesucristo con el mismo grado de cariño con que amamos á nuestros padres, amigos y á nosotros mismos? Si así es, padecemos una terrible fascinación.

Sin duda que si pudiera esto hacerse de repente, si con un sólo acto se pudiera pagar toda la deuda de amor, aún se haría; pero es necesario darse siempre, entregarse de continuo, y nos falta ánimo para eso. Pues bien; esto prueba ciertamente y sin género alguno de duda, que no amamos de verdad.

¡Qué honda pena, qué triste malestar no causamos con esto á Jesucristo! Se ha visto que algunas madres han muerto á consecuencia de los disgustos que les causaban hijos indignos y desnaturalizados. Si Nuestro Señor Jesucristo no fuera inmortal por naturaleza, hubiera muerto mil veces de pena desde que se ha encerrado en el Santísimo Sacramento. En las Olivas hubiera muerto, sin un milagro, á la vista de los pecados que tenía que expiar. Aquí está siempre agonizante. Es glorioso en sí mismo; mas en sus obras, en su amor, bien humillado se encuentra: *Tactus dolore cordis intrinsecus!*

Pues bien; consolad el amor de Nuestro Señor. El hombre encuentra siempre alguien que responde á su amor; pero ¿y Nuestro Señor Jesucristo?...

Consoladle de la ingratitud de todos los pecadores; pero principalmente consoladle de vuestra propia ingratitud. Llorad con Él las defecciones de sus ministros infieles, de sus indignas esposas. Es esto tan horroroso, que hay necesidad de ocultarlo. Pensad en ello á sus pies y consoladle. Judas no pudo

menos de hacer derramar á Jesucristo lágrimas de sangre. ¡Ah! ¡Si nosotros conociésemos bien los motivos de dolor que tiene continuamente Jesucristo, jamás disfrutaríamos un momento de gozo! Y el sacerdote no querría consagrarle, si estuviera todavía en el estado humano y accesible al dolor. ¡Felizmente sólo su amor lleva el peso de todos estos ultrajes, y la muerte no puede ya herirle!

Lo que me aflige sobremanera, es que las almas piadosas, las esposas que Jesucristo se guarda en el mundo, reserven la perfección únicamente para los que viven en Religión: no estoy obligado á eso; no he hecho los votos que conducen á la perfección. Y es que no se tiene el valor de amar, esta es la verdad. El amor es siempre y en todas partes el mismo, y vosotros podéis amar más en vuestro estado que un religioso en el suyo; su estado es más perfecto en sí mismo, pero vuestro amor puede superar al suyo.

Vamos, pues, que reine en vosotros Jesucristo. La exposición pública del Santísimo Sacramento es la última de las gracias; después de la exposición, no hay más que el cielo ó el infierno. El hombre se deja atraer por lo que brilla. Nuestro Señor Jesucristo hállase elevado sobre un trono y brilla actualmente, como se ve; no hay, pues, excusa. ¡Ah! ¡Si se le abandona, si se pasa por delante de Él sin volverle la vista, Nuestro Señor se retirará y todo habrá concluído!

Servid, pues, á Jesucristo; consoladle, encended el fuego de su amor por doquiera que no arde todavía; trabajad por establecer, por afianzar su reinado, su reinado de amor. *Adveniat regnum tuum, regnum amoris.*



LA EPIFANÍA Y LA EUCARISTÍA

Et procidentes adoraverunt eum.

«Los Magos, prosternándose, le adoraron.»

(MATTH., II, 11.)

LLAMADOS á continuar ante el Santísimo Sacramento la adoración de los Magos en la gruta de Belén, debemos confundirnos con ellos en el pensamiento y en el amor que los condujo y retuvo en aquel sitio. Ellos comenzaron en Belén lo que hacemos nosotros al pie de la Hostia santa. Estudiemos los caracteres de su adoración, y saquemos de ello instrucción provechosa.

La adoración de los Magos fué un homenaje de fe y un tributo de amor al Verbo encarnado: tal debe ser nuestra adoración eucarística.

I

La fe de los Magos brilla en todo su esplendor á causa de las dos terribles pruebas á que hubo de ser sometida y de las cuales salió triunfante: me refiero

á la prueba del silencio en Jerusalén, y á la de la humillación en Belén.

Como hombres sabios y prudentes, los regios viajeros se dirigen hacia la capital de Judea: esperaban encontrar toda la ciudad de Jerusalén alborozada, al pueblo entregado al bullicio y animación, festejando tan fausto acontecimiento; esperaban encontrar por doquiera signos de satisfacción y de la más viva alegría; pero ¡qué sorpresa tan dolorosa! Jerusalén se halla en silencio: nada se advierte allí que revele la gran maravilla. ¿Será acaso que se hayan equivocado? ¿Si el gran Rey hubiera nacido, no anunciaría todo el mundo su nacimiento? ¿No serán objeto de irrisión y de insulto tal vez, si proclaman el objeto de su viaje?

Estas vacilaciones y este lenguaje serán tal vez prudentes á los ojos de la humana sabiduría, pero indignos ciertamente de la fe de los Magos. Ellos han creído y han venido. ¿Dónde ha nacido el Rey de los judíos? preguntan en alta voz en medio de la asombrada Jersuálén, frente al palacio de Herodes, ante la muchedumbre del pueblo que sin duda se habría aglomerado para presenciar el espectáculo inusitado de la entrada de tres Reyes en la ciudad. Nosotros hemos visto la estrella del nuevo Rey, y venimos á adorarle. ¿Dónde está? Vosotros, que sois su pueblo, y que tanto tiempo ha le esperabais, debéis saberlo.

Reina un triste silencio. Interrogado Herodes, consulta á los ancianos y sacerdotes, los cuales contestan recitando la profecía de Miqueas. Con esto Herodes despide á los príncipes extranjeros, no sin ofrecerles que iría después de ellos á adorar al nuevo Rey. Enterados de las palabras de Herodes, los

Reyes parten, y marchan solos; la ciudad permanece indiferente; aun el sacerdocio levítico espera, como Herodes, entre la vacilación y la incredulidad.

El silencio del mundo, he aquí la gran prueba á que se halla sometida la fe en la Eucaristía.

Supongamos que algunos nobles extranjeros se enteran de que Jesucristo permanece personalmente en medio de los católicos en su Sacramento, y que, por tanto, estos felices mortales tienen la singular é inefable dicha de poseer la persona misma del Rey de cielo y tierra, del Criador y Salvador del mundo, en una palabra, de Nuestro Señor Jesucristo; animados del deseo de verle y de ofrecerle sus respetos y homenajes, vienen estos extranjeros desde las más lejanas regiones á encontrarle entre nosotros, en una de nuestras brillantes capitales europeas: ¿no se verían sometidos á la misma prueba que los Magos? ¿Qué es lo que revela, en nuestras cuidades católicas, la presencia de Jesucristo? ¿Acaso las iglesias? Mas el protestantismo y el judaísmo tienen también sus templos. ¿Qué hay, pues, que indique aquella presencia? Nada. Hace pocos años vinieron algunos embajadores de la Persia y del Japón á visitar París: nada seguramente les daría idea de que nosotros poseemos á Jesucristo, quien vive y desea reinar en medio de nosotros. He aquí el escándalo de aquellos que viven alejados de nuestras creencias.

Este silencio es también el escándalo de los cristianos débiles. Estos ven que la ciencia del siglo no cree en Jesucristo eucarístico, que los grandes no le adoran, que los poderosos no le rinden homenaje; y de aquí infieren que allí no está Jesucristo, que no vive ni reina entre los católicos. ¡Hay tantos, por desgracia, que hacen este razonamiento! ¡Es

tan grande el número de los necios y de los rutinarios que no hacen sino lo que ven hacer!

Y, sin embargo, en el mundo católico, como en Jerusalén, está la palabra de los Profetas, de los Apóstoles, de los Evangelistas que revelan la presencia sacramental de Jesús; sobre la montaña de Dios, visible á todos, está colocada la santa Iglesia, que ha reemplazado al ángel de los pastores y á la estrella de los Magos; la Iglesia, que es un sol esplendente para quien quiera ver su luz; que tiene la voz del Sinaí para quien quiera oir su ley; ella nos señala con la mano el Templo santo, el Tabernáculo augusto, y nos grita: ¡He aquí el Cordero de Dios, el *Emmanuel*; he aquí á Jesucristo!

A su voz, las almas sencillas y rectas se dirigen hacia el Tabernáculo, como los Reyes Magos hacia Belén; aman la verdad, la siguen con ardor, con entusiasmo; tal es vuestra fe, la de los que aquí estáis; habéis buscado á Jesucristo y le habéis encontrado; le adoráis, ¡sed por ello benditos!

Nos dice también el Evangelio que, á la voz de los Magos, Herodes se turbó, y toda Jerusalén se turbó también con él.

Que Herodes se turbase no es extraño, pues era un extranjero y un usurpador; él ve en Aquel que se le anuncia al verdadero Rey de Israel, que le destronará con el tiempo. Pero que se turbe Jerusalén ante la feliz noticia del nacimiento de Aquel á quien esta ciudad espera ha tanto tiempo, á quien saluda desde Abraham como su gran Patriarca, desde Moisés como su gran Profeta, desde David como su gran Rey, he aquí lo que no se comprende. ¿Ignoraba el pueblo judío la profecía de Jacob que designa la tribu de que habrá de salir, la de David que se-

ñala la familia, la de Miqueas que cita su patria natal y la de Isaías que canta su gloria? Con todos estos testimonios, sin embargo, tan claros, tan precisos, se necesita que algunos gentiles, tan despreciados por los judíos, vengan á decirles: ¡Vuestro Mesías ha nacido! Venimos á adorarle cerca de vosotros, venimos á asociarnos á vuestra dicha; mostradnos su regia estancia, y permitidnos que le ofrezcamos nuestros homenajes.

¡Ay! ¡Este escándalo horrible del judío, que se turba por la nueva del nacimiento del Mesías, continúa, por desgracia, entre los cristianos! ¿Cuántos hay de éstos que tienen horror á la iglesia donde reside Jesucristo? ¿Cuántos que se oponen á que se le construya un nuevo Tabernáculo, un santuario más? ¿Cuántos que se indignan al encontrar el santo Viático y no toleran la vista de la Hostia sacrosanta? ¿Y por qué esto? ¿Qué motivo les ha dado este Dios oculto? Le tienen horror, le tienen miedo, porque quieren servir á Herodes, y tal vez á la infame Herodiades: he aquí la última palabra de ese escándalo herodiano que irá seguido muy presto del odio y de la sangrienta persecución.

La segunda prueba de los Magos consiste en la humillación del Niño-Dios en Belén.

Ellos esperaban, como era natural, encontrar todos los esplendores del cielo y de la tierra al rededor de la cuna del recién nacido. Su imaginación habíales pintado de antemano todas estas magnificencias. Habían oído en Jerusalén las glorias que le predice Isaías. Habían visitado, sin duda, la maravilla del mundo, el templo que lo había de recibir, y al marchar hubieron de decir: ¿Quién es semejante á este Rey? *Quis ut Deus?*

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh decepción! ¡oh escándalo para una fe menos ardiente que la suya! Conducidos por la estrella van al establo, y ¿qué ven allí? Un pobre niño con su joven madre; el niño está acostado sobre la paja como el último de los pobres, ¿qué digo? como el tierno corderillo que acaba de nacer; reposa en medio de los animales; unas miserables mantillas le protegen algo contra los rigores del frío. Su madre es, pues, muy pobre, á juzgar por el estado miserable á que se ven reducidos. Los pastores ya no están allí para repetir las maravillas que han contemplado en el cielo; Belén se muestra indiferente. ¡Oh Dios mío, qué prueba tan terrible! Los Reyes no nacen así, y con mucha más razón un Rey del cielo. ¡Cuántos habitantes de Belén habían acudido á la gruta en virtud del relato de los pastores y vuelto á la población incrédulos! ¿Qué harán los Reyes Magos? Vedles arrodillados, prosternados con el más profundo respeto y adorando con la mayor humildad á aquel Niño; lloran de alegría al contemplarle; ¡la pobreza que le rodea causa su mayor encanto y les arrebata todo su amor! *Et procidentes adoraverunt eum!* ¡Gran Dios! ¡qué inexplicable misterio! ¡Nunca los Reyes se rebajan así aun delante de otros Soberanos! Los pastores admiraron al Salvador anunciado por los ángeles; mas el Evangelista no dice que se arrodillaran ante Él para adorarle. Los Magos son los que le rinden el primer culto, el primer homenaje de adoración pública en Belén, así como fueron sus primeros apóstoles en Jerusalén.

¿Qué es, pues, lo que vieron en el establo, en aquel pesebre, sobre aquel Niño? ¿Qué vieron? Pues el amor; un amor inefable, el verdadero amor de Dios al hombre: vieron á un Dios impulsado, arras-

trado por su amor á hacerse pobre, para ser el amigo, el hermano del pobre; vieron á un Dios que se hacía débil, para consolar al débil y menesteroso; vieron á un Dios sufriendo para demostrarnos su amor. Esto es lo que vieron los Magos; ésta fué la recompensa de su fe, el triunfo de esta segunda prueba.

La humillación sacramental de Jesucristo, he aquí también la segunda prueba de la fe cristiana.

Jesús, en su Sacramento, no ve con harta frecuencia sino la indiferencia de los suyos, y aun muchas veces la incredulidad y menosprecio. Fijaos en esta triste verdad, pues es cosa fácil: *Mundus eum non cognovit.*

Aun tal vez se creería en la verdad de la Eucaristía, si en la consagración se oyera, como en su nacimiento, el concierto de los ángeles; si, como en el Jordán, se viera el cielo abierto sobre Él, ó que su gloria brillaba como en el Tábor, ó se presenciara alguno de esos milagros que ha obrado el Dios de la Eucaristía en el transcurso de los siglos.

¡Pero nada, menos aún que nada! ¡Es la nada de toda gloria, de todo poder, de todo el ser divino y humano de Jesucristo; ni siquiera se ve su faz humana, ni se oye su voz, ni se percibe ninguna acción sensible!

Ahora bien—se dice—la vida es la acción; el amor se manifiesta, al menos, por algún signo. Aquí no se nota más que el frío, el silencio de la muerte.

¡Tenéis razón, hombres de la razón pura, seres gloriosos de este mundo, filósofos de los sentidos! Tenéis razón una y mil veces. La Eucaristía es la muerte, ó mejor, el amor de la muerte. El amor de la muerte es lo que impulsa al Salvador á refrenar

su poder, lo que le hace reducir á la nada su gloria y majestad divina y humana, para no atemorizar al hombre; el amor de la muerte es lo que, para no desalentar al hombre, lleva á Jesús á ocultar sus perfecciones infinitas, su santidad inefable, mostrándose solamente bajo el tenue velo de las santas especies, que le dejan ver más ó menos á nuestra fe, según la fuerza ó debilidad de nuestra virtud. He aquí lo que constituye, no el escándalo del verdadero cristiano, no la prueba de su fe, sino la vida y perfección de su amor. Su fe viva pasa á través de esta pobreza de Jesús, de esta debilidad y apariencia de muerte, y va hasta su alma á consultar sus pensamientos, sus admirables sentimientos; y al descubrir su divinidad unida á su sacratísimo Cuerpo y oculta bajo las sagradas especies, el cristiano, como los Magos, se prosterna, contempla y adora, arrobado en suaves deliquios de amor: ¡ha encontrado á Jesucristo! *Et procidentes adoraverunt eum.*

Tales las pruebas y el triunfo de la fe de los Magos y de la fe del cristiano. Examinemos el homenaje de amor de los Magos al Dios-Niño y el homenaje que nuestro corazón debe rendir también al Dios de la Eucaristía.

II

La fe conduce á Jesucristo; el amor le encuentra y adora. ¿Cuál es el amor de los Magos adoradores? Es un amor perfecto. Ahora bien; el amor se manifiesta por tres efectos, y estas manifestaciones son su vida.

1.° Se manifiesta por la simpatía. La simpatía de las almas es el lazo de unión, la ley de dos vidas; por ella uno de los amantes se hace semejante al otro: *Amor pares facit.* La acción de la simpatía natural, y con más razón de la simpatía sobrenatural con Nuestro Señor Jesucristo, es la atracción fuerte, la transformación uniforme de dos almas en una, de dos cuerpos en uno; como el fuego absorbe y transforma en sí mismo toda materia simpática, combustible, así también el cristiano se transforma en Dios por el amor de Jesucristo. *Similes ei erimus.*

¿Cómo, pues, los Magos pudieron tan pronto concebir simpatías por este pequeño Niño, que ni habla todavía ni puede revelarles su pensamiento? El amor vió, el amor se unió al amor. ¿Pues qué, no veis á estos Reyes arrodillados ante el pesebre, en medio de los animales, y, en semejante estado tan humillado y humillante para Reyes, adorar á este débil Niño que solamente los mira? Lo que hace la palabra tratándose de amigos, aquí lo hace el amor.

¿No veis cómo imitan en lo posible el estado de este divino Niño? El amor propende á la imitación, porque es simpático. Aquellos Reyes quisieran rebajarse más y más, quisieran anonadarse y descender hasta las entrañas de la tierra, para adorar mejor y mejor imitar á Aquel que, desde el trono de su gloria, se humilló hasta descender al pesebre en forma de esclavo.

Ellos abrazan la humildad con la cual se desposó el Verbo encarnado; la pobreza que el mismo Verbo deificó, y el sufrimiento que divinizó; el amor, como veis, es transformador; produce la identidad de vida; hace sencillos á los Reyes, humildes á los sa-

bios, y pobres de corazón á los ricos. Los Magos son todo esto á la vez.

La simpatía es necesaria para una vida de amor, porque endulza los sacrificios y asegura su constancia; la simpatía, en una palabra, es la verdadera prueba del amor y la garantía de su duración. El amor que no es simpático todavía, es una virtud laboriosa, sublime algunas veces, pero privada del gozo y de los encantos de la amistad.

El cristiano, llamado á vivir del amor hacia Dios, tiene necesidad de esta simpatía de amor. Ahora bien; en la Santa Eucaristía es donde Nuestro Señor Jesucristo nos da ese dulce testimonio de que nos ama personalmente como amigos suyos; allí es donde permite que nuestro corazón descanse un poco sobre el suyo, como lo consintió al Discípulo amado; allí es donde nos hace gustar, de paso al menos, la dulzura del Maná celestial; allí es donde hace que nuestro corazón experimente la alegría de poseer á su Dios, como Zaqueo; á su Salvador, como la Magdalena; al que constituye su felicidad y su todo, como la Esposa de los Cantares; allí es donde se lanzan estos suspiros de amor: ¡Oh, cuán suave sois, Dios mío! ¡Qué bueno, qué tierno eres, Jesús de mi corazón, para quien te recibe con amor!

Pero la simpatía del amor no se detendrá en el goce. Es una hoguera que el Salvador ha encendido en el corazón simpático: *Carbo est Eucharistia quae nos inflammat;* el fuego es activo, todo lo invade. Así también el alma, bajo la influencia eucarística, siéntese impulsada á exclamar: «¿Qué haré yo, ¡oh Dios mío!, en cambio de tanto amor?» Y Jesús responde: «Tienes que imitarme, debes vivir de mí y para mí.» La transformación será fácil; en la escuela del

amor—dice la *Imitación de Cristo*,—no se anda paso á paso: se corre, se vuela: *Amans cu rit, volat.*

2.° El amor se manifiesta, en segundo lugar, por lo absoluto del sentimiento; quiere dominarlo todo, ser dueño único y absoluto del corazón. El amor es *uno;* tiende á la unidad; la unidad es su esencia; absorbe ó es absorbido.

Esta verdad brilla con todo su esplendor en la adoración de los Magos. Apenas han encontrado al regio Niño, cuando sin atender á lo indigno del lugar, á los animales que allí están y lo hacen repulsivo; sin pedir prodigios al cielo ni explicaciones á la Madre; sin examinar siquiera por curiosidad al Niño, caen súbitamente de rodillas y le adoran profundamente. Adoran *sólo* al Niño, no ven otra cosa que su infantil Persona, ni han venido por otra cosa que por Él. El Evangelio no menciona siquiera los honores que debieron tributar á su Santa Madre; en presencia del sol, todos los astros se eclipsan; la adoración es *una*, como el amor que la inspira.

Ahora bien; la Eucaristía es lo absoluto del amor de Jesucristo para con el hombre, puesto que es la quinta esencia de todos los misterios de su vida como Salvador. Todo lo que hizo Jesucristo desde la Encarnación hasta la Cruz, tenía por fin el don de la Eucaristía, su unión personal y corporal con cada uno de los cristianos, mediante la comunión; Jesús veía en la comunión el medio de comunicarnos todos los tesoros de su Pasión, todas las virtudes de su santa Humanidad, todos los méritos de su vida. Este es el prodigio del amor. *Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in eo.*

La Eucaristía debe ser también lo absoluto de nuestro amor á Jesucristo, si queremos llegar por

nuestra parte al fin que se propuso en la comunión, es á saber, la transformación de nosotros en Él mediante la unión. La Eucaristía debe ser, pues, la ley de nuestras virtudes, el alma de nuestra piedad, el deseo supremo de nuestra vida, el pensamiento real y dominante de nuestro corazón, la insignia gloriosa de nuestros combates y sacrificios. Sin esta unidad de acción no llegaremos nunca á lo absoluto del amor; pero con ella, nada ni más dulce, ni más fácil: contamos entonces con todo el poder del hombre y con todo el poder de Dios, trabajando de consuno para consolidar el reinado del amor. *Dilectus meus mihi, et ego illi.*

3.° Finalmente, el amor se manifiesta por el obsequio, por el regalo. La perfección y el valor del don que se hace es la medida de la perfección del amor. El escritor sagrado entra aquí en pormenores, describiendo la calidad y las circunstancias de los dones ofrecidos por los Magos: «Y abriendo — dice — sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.»

El oro, que es el tributo destinado á los Reyes; la mirra, que se emplea para honrar la sepultura de los grandes; el incienso, emblema del homenaje debido á Dios. O más bien, estos tres dones representan toda la humanidad á los pies del Niño-Dios: el oro significa el poder y la riqueza; la mirra, el sufrimiento; el incienso, la oración.

Así, pues, la ley del culto eucarístico empezó en Belén para perpetuarse en el cenáculo de la Eucaristía. Los Reyes comenzaron; nosotros debemos continuar sus homenajes. Jesús Sacramentado necesita oro, porque es el Rey de los Reyes; necesita oro, porque tiene derecho á un trono más espléndido

que el de Salomón; necesita oro para sus vasos sagrados, para su altar. ¿No habrá de ser mejor tratada la Eucaristía que lo fué el Arca, hecha de oro purísimo, hecha del oro que proporcionó el pueblo fiel?

Jesús eucarístico necesita mirra, no para Él, puesto que ya consumó el sacrificio sobre la cruz, y la Resurrección glorificó su Cuerpo divino y su sepulcro sagrado. Pero, habiéndose constituído víctima nuestra perpetua sobre el altar, esta víctima necesita sufrir, pero en nosotros y por nosotros; ella encuentra de nuevo la sensibilidad, la vida y el mérito de su sufrimiento en nosotros, que somos sus miembros: nosotros la completamos, y le conferimos su verdadera cualidad actual de víctima inmolada.

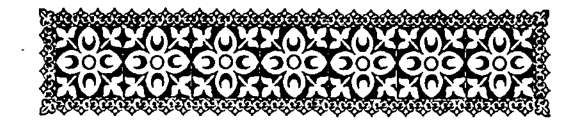
También se le debe el incienso. El sacerdote se lo ofrece todos los días. Pero quiere además el incienso de nuestras adoraciones, á fin de darnos en cambio sus bendiciones y sus gracias.

¡Felices, pues, nosotros que podemos, por la Eucaristía, compartir la dicha de María, de los Magos y de los primeros discípulos que obsequiaron con sus dones á Jesucristo! En la Eucaristía se nos ofrece ocasión de socorrer también la pobreza de Belén. Sí, todos los bienes de la gracia y de la gloria nos vienen por conducto de la divina Eucaristía; todos ellos tienen su origen y manantial en Belén, convertido en el cielo del amor; se acrecentaron durante la vida del Salvador; y todos estos ríos de gracias, virtudes y méritos, desembocaron en este océano del Sacramento adorable, en el cual los tenemos nosotros en toda su plenitud.

Pero de la Eucaristía proceden asimismo nuestros deberes: el amor de la Eucaristía nos obliga á una

generosa correspondencia. Los Magos son nuestros modelos, los primeros adoradores; permanezcamos dignos de su regia fe hacia Jesucristo; seamos los herederos de su amor, y algún día llegaremos á serlo de su gloria. *Amén.*





LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

Haec est dies quam fecit Dominus.

«Este es el día que hizo el Señor.»

(PSALM. CXVII, 24.)

Todos los días proceden de Dios: su bondad es la que mantiene la admirable sucesión de los mismos. Sin embargo, Dios ha dejado seis de ellos al hombre para sus trabajos y necesidades, reservándose el séptimo. El domingo es, pues, más especialmente el día del Señor. Mas entre todos los días hay uno que es y se llama con más excelencia y propiedad el *día de Dios* ó el día de la *fiesta de Dios* (fiesta del *Corpus* en España). Este es verdaderamente el día que reservó Dios para sí, para su gloria y para manifestarnos su amor. ¡La fiesta del *Corpus!* ¡Día hermoso! Fiesta para Dios y también para nosotros: veamos cómo.

I

La fiesta que la Iglesia titula del *Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo (festum sacratissimi Corporis Christi)* es el único día consagrado á honrar exclusivamente su Persona adorable, su presencia real y viva entre nosotros. Las demás fiestas celebran algún misterio de su vida pasada: son hermosas, honran á Dios, son fecundas en gracias para nosotros. Pero al fin y al cabo no son más que un recuerdo, un aniversario de un pasado ya lejano que no revive sino en nuestra piedad. El Salvador ya no está en estos misterios: los realizó una vez, y ya luego sólo permanece su gracia en ellos. Mas aquí hay un misterio actual: la fiesta se dirige á la Persona viva de nuestro adorable Salvador, que se halla presente entre nosotros. Por esto se celebra de una manera particular. En ella no se exponen reliquias ó emblemas del pasado, sino el objeto mismo de la fiesta, que es algo actualmente vivo. Por manera que, en los países en que Dios goza de libertad, ¡ved cómo todo el mundo proclama su presencia, cómo todos se prosternan en su acatamiento! Aun los mismos impíos se conmueven é inclinan. ¡Dios está allí! ¡Qué gloriosa es, pues, para la presencia de Nuestro Señor Jesucristo esta fiesta en que todos la reconocen y adoran!

Es también la fiesta más amable. Nosotros no hemos asistido á todos esos misterios de la vida y muerte del Salvador que celebramos en el transcurso del año: nos regocijamos en ellos, porque las gracias fluyen á raudales sobre nosotros. Mas aquí nosotros mismos participamos del misterio; se realiza á

nuestra vista; este misterio es para nosotros, en beneficio nuestro; hay cierta relación de vida entre Jesús que vive en el Sacramento y nosotros que vivimos en medio del mundo; hay una relación de cuerpo á cuerpo; de aquí que esta fiesta no se denomine simplemente *fiesta de Nuestro Señor*, sino fiesta del *Cuerpo de Nuestro Señor*. Por este Cuerpo nos ponemos en contacto inmediato con Jesucristo, que se convierte en nuestro alimento, que se hace nuestro hermano, nuestro huésped. ¡Fiesta del *Cuerpo* de Jesucristo! ¡Cuánto amor no encierra este nombre, tan humilde y adecuado á nuestra miseria! Jesucristo deseó esta fiesta para acercarse más todavía á nosotros, á la manera que un padre espera que su hijo le felicite en sus días, para demostrarle más vivamente su amor paternal y concederle algún favor particular.

Sea, pues, esta fiesta día de singular regocijo, y esperemos de ella los mayores favores. Todos los himnos, todos los cánticos de esta solemnidad expresan este pensamiento, es á saber, que Jesucristo ha de mostrarse más propicio, más misericordioso que nunca. Parece que la Iglesia debiera celebrar esta fiesta el Jueves Santo, puesto que en tal día fué instituída la Eucaristía. Mas en este día de duelo no hubiese podido celebrar con bastante esplendor y magnificencia toda su alegría: el Jueves Santo comienza la Pasión, y sería imposible el júbilo y santa expansión de aquella solemnidad con el pensamiento de muerte que predomina en estos grandes días de la Semana Santa. La fiesta del *Corpus* se retrasó también hasta después de la Ascensión, porque aún quedaban tristes despedidas, tenía que verificarse todavía una dolorosa separación; y se aplazó

hasta después de Pentecostés, para que, llenos ya de las gracias y alegría del Espíritu Santo, pudiésemos celebrar con todo el esplendor posible la fiesta del divino Esposo que habita entre nosotros.

II

La fiesta del *Corpus* es la mayor festividad de la Iglesia. La Iglesia es la Esposa de Nuestro Señor glorioso, de Nuestro Señor resucitado, no de Jesucristo en su nacimiento ó muerte: cuando se realizaron estos acontecimientos, cuando se consumaron estos misterios, la Iglesia no existía todavía. Sin duda que la Iglesia querrá celebrar á su divino Esposo en el Pesebre y en los sufrimientos de su Pasión; pero de todos estos misterios no tendrá sino el recuerdo y las gracias.

Mas Jesucristo se halla con su Iglesia, está vivo en el Sacramento. Los que jamás han entrado en un templo cristiano la creen viuda, la miran como un cadáver, y consideran sus templos como lugares en que no se habla sino de muerte y sufrimiento. Pues bien, he aquí que aquellos mismos que no asisten á sus solemnidades la admirarán hoy bella y rica, hermosa con sus gracias naturales, realzadas más y más por la presencia de Dios, su Esposo. ¡Qué rico cortejo la acompaña! ¡Cómo los fieles doblan sus rodillas! ¡Ella exhibe, muestra á todo el mundo á su dulce Esposo en el radiante viril, en la magnífica custodia! ¡Ah! ¿Quién podrá llamarla viuda en este día? ¡Sus amigos adoran, sus enemigos se muestran respetuosos! Jesús se ofrece á la vista de todos, bendice á los buenos, mira con compasión á los pe-

cadores, los llama y los atrae. El Concilio de Trento llama á esta fiesta el triunfo de la fe, ¡y es la verdad! También pudiera considerarse como el triunfo de la Iglesia por su divino Esposo.

III

En fin, esta fiesta es la nuestra, ¡oh adoradores del Santísimo Sacramento! La Asociación del Santísimo Sacramento, como sus diversas ramas, no existen sino para consagrar á Jesucristo una fiesta del *Corpus* continua. Prolongar esta fiesta durante todo el año; he aquí la ley de nuestra vida y de nuestra felicidad. Nosotros dejamos á otros hijos de la Iglesia el cuidado de los pobres, la curación de las llagas morales y físicas de la pobre humanidad, la administración de los Sacramentos; nosotros no somos llamados más que para perpetuar la fiesta del *Corpus*. Esta es nuestra fiesta especial, la festividad peculiar de nosotros los religiosos. En cuanto á vosotros, ¡oh hermanos míos!, es también vuestra fiesta. ¿No os habéis consagrado enteramente al servicio del Santísimo Sacramento? Durante la noche os retiráis vosotros, y nos confiáis la guardia de Nuestro Señor; las conveniencias así lo exigen; pero dejad vuestro corazón á los pies del divino Rey, y puede decirse que vuestra vida se pasa aquí. Por lo demás, cuando comulgáis, ¿no celebráis en vuestros corazones una verdadera fiesta del *Corpus*? ¡Ah! Ya sabéis qué alegría, qué satisfacción, qué felicidad trae consigo Jesucristo; y aun me atrevería á decir que, para las almas que saben comulgar, no hay más que una fiesta: comulgar. En ello encuentran el

objeto de todos los misterios; á Aquel que los ha consumado y en cuyo honor se celebran, en tanto que la mayor parte de los cristianos no tienen de ellos sino un vago recuerdo.

Aun más: digo que si Nuestro Señor no viviera en su Sacramento, todas las fiestas cristianas no serían otra cosa que funerales repetidos. Pero la Eucaristía es el Sol de las fiestas de la Iglesia: las ilumina y les comunica animación y vida, franca y espiritual alegría.

El alma que comulga bien y á menudo, ha habido razón para que se diga que asiste á un festín continuo *juge convivium*. Vivir con Jesús, en Jesús, de Jesús y por Jesús, es transformarse en un Tabernáculo y en un precioso Copón. ¡Ah! ¡Cuánta no es la dulce tranquilidad y la alegría pura é inalterable de esas almas!

Ea, pues, sabed distinguir estos días de todos los demás. Nuestro Señor tiene también sus días de corte: tal es el de hoy. Un Rey no sabe más que distribuir mercedes. Rendidle vuestros homenajes, y Él, en cambio, os lo concederá todo; se dará á sí mismo con mayor efusión de gracias. Él distingue entre sus amigos, y conoce á aquellos á quienes debe colmar más abundantemente de sus gracias. Lo que deseo y anhelo de vosotros en este hermoso día, no es que os hagáis santos, cargados de virtudes magníficas y extraordinarias—¿cuándo lo seríais?—sino que os consideréis felices en el servicio de Dios; y también que Nuestro Señor Jesucristo se comunique á vosotros más tierna y afectuosamente. Al sentiros más amados, os entregaréis más completa é incondicionalmente; y el resultado de estos dos amores, será la unión perfecta. En eso estriba la

santidad y la perfección: pedid confiadamente á Jesucristo el llegar á tal estado. Cededle enteramente vuestro corazón. Jesús es un padre tierno y cariñoso, sed para Él hijos amantes: Jesús es un tierno amigo, gustad su amor. Aquel que no ha probado nunca la bondad de Dios, ¡ay! tiemblo por su salvación. Introducíos, penetrad en esta bondad inmensa. *Sentite de Domino in bonitate!*





EL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

Cor meum ibi cunctis diebus.

«Mi corazón estará allí todos los dias.»

(III Reg. IX, 3.)

San Pablo deseaba para los habitantes de Éfeso que conocieran, mediante la gracia del Padre, de quien procede todo don, la incomparable ciencia de la caridad de Jesucristo para con los hombres. Nada podía desearles más santo, nada más hermoso, nada más importante. Conocer el amor de Jesucristo, llenarse de su plenitud, éste es el reino de Dios en el hombre. Ahora bien; éstos son precisamente los frutos de la devoción al Corazón de Jesús, que vive y nos ama en el Santísimo Sacramento. Esta devoción es el culto supremo del amor. Es el alma y centro de toda la Religión, pues la Religión no es más que la ley, la virtud y la perfección del amor, y el Sagrado Corazón encierra la gracia, el modelo y la vida de este amor. Estudiemos este amor en presencia de aquel foco en que se consume por nosotros.

La devoción al Sagrado Corazón tiene un doble

objeto: propónese desde luego honrar, por medio de la adoración y del culto público, el Corazón físico, el Corazón de carne de Jesucristo; y tiende en segundo lugar á honrar aquel amor infinito hacia el hombre, en que ardió siempre este divino Corazón, y que le consume todavía en el Sacramento de nuestros altares.

I

De todos los órganos más importantes del cuerpo humano, el corazón es, sin disputa, el más noble. Hállase colocado en medio del cuerpo, como un Rey en el centro de sus Estados. Está rodeado de los miembros más importantes, que son como sus ministros y oficiales: él los mueve y les imprime actividad, comunicándoles el calor vital de que es receptáculo. Es la fuente de donde emana impetuosamente la sangre que se difunde por todas las partes del organismo, regándolas y refrescándolas. Esta sangre, debilitada y exhausta de los principios vitales, vuelve desde las extremidades al corazón para encender allí otra vez sus fuegos y apropiarse nuevos elementos de vida.

Lo que es verdad tratándose del corazón humano en general, lo es también del Corazón adorable de Jesucristo. Es la parte más noble del cuerpo del Hombre-Dios, unido hipostáticamente al Verbo, y mereciendo por ende el culto supremo de adoración que se debe á Dios sólo. Porque es muy importante notar que, en nuestra veneración, no debemos separar el Corazón de Jesús de la divinidad del Hombre-Dios; está unido á esta divinidad por indisolubles lazos, y el culto que tributamos al Corazón no se

termina en él, sino que pasa á la Persona adorable que lo posee y á que está unido para siempre.

De aquí se sigue que pueden dirigirse á este Corazón divino las oraciones, los homenajes, las adoraciones que dirigimos al propio Dios; que están en un error aquellos que, al oir pronunciar estas palabras, *el Corazón de Jesús*, limitan todos sus pensamientos á este órgano material, no considerando este Corazón sino como un miembro sin vida y sin amor, poco más ó menos como se haría con una santa reliquia; equivócanse también aquellos que piensan que esta devoción divide, fracciona la Persona de Jesucristo, restringiendo al Corazón únicamente el culto que debiera tributarse á toda su Persona. Estos tales no se fijan en que, al honrar el Corazón de Jesús, no suprimimos lo restante del compuesto divino del Hombre-Dios; pues, al honrar su Corazón, lo que queremos es celebrar todas las acciones, la vida entera de Jesucristo, que no es otra cosa que la difusión de su Corazón en lo exterior.

Así como en el sol es donde se forman, y de él emanan los rayos ardientes que fertilizan la tierra y comunican nuevo vigor y vida á los seres que la tienen, así también parten del corazón las dulces y enérgicas influencias que llevan el calor vital y la fuerza á todos los miembros. Si languidece el corazón, todo el organismo languidece con él; si el corazón sufre, todos los miembros también sufren: en tal caso, las funciones se entorpecen y la naturaleza toda del hombre se resiente. La función, pues, del Corazón de Jesús consistió en vivificar, vigorizar, conservar todos sus miembros, todos sus órganos, todos sus sentidos, mediante influencias continuas: de tal modo, que el Corazón de Jesús fué el principio

de las acciones, afectos, virtudes y de toda la vida del Verbo encarnado.

Pues el corazón es el foco del amor, según el sentir de todos los filósofos; y como el móvil de toda la vida de Jesús fué el amor, de aquí que tengamos que referir á su Corazón sacratísimo todos sus misterios y todas sus virtudes. «Tan natural es al fuego el quemar, como al corazón el amar—dice Santo Tomás;—y como en el hombre es el órgano principal del sentimiento, parece conveniente que el acto exigido por el primero de todos los preceptos se haga sensible ó se simbolice por medio del corazón.»

De la propia manera que los ojos ven y los oídos oyen, así también el corazón ama; es el órgano de que se sirve el alma para producir los afectos y el amor. El lenguaje vulgar ha confundido estas dos expresiones, y se emplea la palabra corazón para significar el amor y viceversa. El Corazón de Jesús fué, pues, el órgano de su amor: cooperó en la obra de su amor, siendo el principio y asiento del mismo amor; experimentó todas las impresiones de amor que pueden conmover á un corazón humano, con la diferencia de que, amando el alma de Jesucristo con amor infinito, su Corazón es una inmensa fragua de amor hacia Dios y hacia nosotros; de este gran horno salen de continuo las llamas más ardientes y más puras del amor divino. Estas llamas le abrasaron desde el primer instante de su concepción hasta su último suspiro; y después de la Resurrección no han cesado ni cesarán jamás de abrasarle. El Corazón de Jesús ha producido y produce cada día innumerables actos de amor, cada uno de los cuales da á Dios más gloria que la que puedan darle todos los actos de amor de los ángeles y santos. Es, pues,

entre todas las criaturas corporales la que más contribuye á la gloria del Criador, y que más merece el culto y amor de los ángeles y de los hombres.

Todo lo que pertenece á la Persona del Hijo de Dios es infinitamente digno de veneración. La menor parte de su Cuerpo, la más ligera gota de su Sangre, merece las adoraciones del cielo y de la tierra. Las cosas más viles se hacen venerables, merced al contacto con su Carne, como sucede con la cruz, los clavos, las espinas, la esponja, la lanza y todos los instrumentos de su suplicio: pues, ¿cuánto más venerando será su Corazón, cuya excelencia se funda en la nobleza de las funciones que ejerce, en la perfección de los sentimientos que produce y de las acciones que inspira? Porque no hay que perder de vista que si Jesucristo nació en un establo, si vivió pobre en Nazaret y murió por nosotros, todo esto lo debemos á su Corazón; en este santuario es donde se formaron todas las resoluciones heroicas y todos los divinos propósitos que inspiraron su vida. Su Corazón debe, pues, ser honrado, como debe serlo también el Pesebre donde el alma fiel ve á Jesús al venir al mundo entre la pobreza y el abandono; como debe serlo también la cátedra desde donde Jesús nos intima aquel bondadoso mandato: «Aprended de mí, pues soy dulce y humilde de corazón»; como debe serlo la cruz en que el alma le ve expirar; como debe serlo el sepulcro, de donde sale glorioso é inmortal, y como debe serlo el Evangelio eterno que enseña al hombre á imitar todas las virtudes de que Jesús es acabado modelo.

El alma devota del Sagrado Corazón se consagrará muy especialmente al ejercicio del amor divino,

puesto que este Corazón es, ante todo, el asiento y símbolo de este amor; y como el Santísimo Sacramento es la prenda sensible y permanente del amor, en la Eucaristía es donde el alma encontrará al Corazón de Jesús, y de este Corazón eucarístico aprenderá á amar.

II

Queriendo Jesucristo ser siempre amado por el hombre, debe manifestarle siempre su amor; y así como para vencer y conquistar nuestro corazón, Dios hubo de hacerse hombre, sensible, palpable, así también, para que su conquista quede asegurada, debe continuar haciéndole sentir un amor sensible y humanizado, por decirlo así. La ley del amor es perpetua: su gracia debe serlo también; ese sol de amor no debe ocultarse nunca del corazón del hombre; pues de lo contrario, éste se enfriaría y moriría asfixiado, aterido por los hielos de la muerte y del olvido. El corazón humano no se entrega sino á algo vivo, no se une sino al amor actual que él siente y que le ofrece pruebas actuales de su existencia.

Pues bien; todo el amor de la vida mortal del Salvador, su amor infantil en el Pesebre, su amor lleno de celo apostólico por la gloria de su Padre durante su predicación, su amor de víctima sobre la cruz, todos estos amores se reunieron y triunfaron en su Corazón glorioso que vive en el Santísimo Sacramento. Aquí es donde debemos buscarle para alimentarnos con su amor. También está en el cielo; pero es para los ángeles y los santos ya coronados con la aureola de la gloria. En la Eucaristía está

para nosotros; nuestra devoción, pues, al Sagrado Corazón debe ser eucarística, concentrarse en la divina Eucaristía como en el único centro personal y vivo del amor y de las gracias del Sagrado Corazón para con los hombres.

¿Por qué separar el Corazón de Jesús de su Cuerpo y de su Divinidad? ¿No es cierto que por su Corazón vive en el Santísimo Sacramento, y que por él se halla su Cuerpo vivificado y animado? Jesús resucitado no muere ya; ¿por qué, pues, separar su Corazón de su Persona, y querer hacerle morir, por decirlo así, en nuestro espíritu? No, no, este Corazón divino vive y palpita en la Eucaristía, no ya con la vida del Salvador pasible y mortal, capaz de tristeza, de agonía y de dolor, sino con una vida resucitada y consumada en la bienaventuranza. Esta imposibilidad de sufrir y morir no disminuye en nada la realidad de su vida; al contrario, la hace más perfecta. Jamás la muerte podría llegar hasta Dios. Es, por el contrario, la fuente de la vida perfecta y eterna.

El Corazón de Jesús vive, pues, en la Eucaristía, puesto que su Cuerpo está allí vivo. Verdad es que este Corazón divino no se hace allí sensible ni visible; pero lo mismo ocurre con todos los hombres. Este principio de la vida debe ser misterioso y hallarse oculto; despojarle de esto sería matarle; no se muestra su existencia sino por los efectos que produce. El hombre no pretende ver el corazón de un amigo; bástale una palabra para cerciorarse de este amor. ¿Qué será, pues, del Corazón divino de Jesús? Se nos manifiesta por los sentimientos que nos inspira, y este debe bastarnos. Por otra parte, ¿quién sería capaz de contemplar la belleza, la bondad de

este Corazón divino? ¿Quién podría tolerar el esplendor de su gloria, los ardores de este foco de amor que consumen y devoran? ¿Quién osaría dirigir su mirada á esa arca divina en donde está escrito en letras de fuego su Evangelio de amor, donde se hallan glorificadas todas sus virtudes, donde su amor tiene su trono y su bondad guarda todos sus tesoros? ¿Quién querría penetrar en el propio santuario de la Divinidad? ¡El Corazón de Jesús! ¡Ah! ¡Es el cielo de los cielos, habitado por el mismo Dios que allí encuentra todas sus delicias!

¡No, no vemos el Corazón eucarístico de Jesús, pero lo poseemos! ¡Es nuestro!

¿Queréis conocer su vida? Pues se distribuye, se comparte entre su Padre y nosotros.

El Corazón de Jesús nos guarda, nos protege; y mientras que el Salvador, encerrado en una débil Hostia, parece dormir el sueño de la impotencia, su Corazón vela: *Ego dormio et Cor meum vigilat.* Vela cuando pensamos y cuando no pensamos en Él; no reposa; continuamente está pidiendo á su Padre perdón para nosotros. Jesús nos escuda con su Corazón y nos preserva de los golpes de la cólera divina provocada por nuestros incesantes pecados; en la Eucaristía, como en la cruz, está su Corazón abierto, y deja caer sobre nuestras cabezas torrentes de gracia y de amor.

Allí está también ese Corazón para defendernos contra nuestros enemigos, bien así como la madre que, para salvar á su hijo de un peligro, le estrecha sobre su corazón, á fin de que el peligro no pueda alcanzar al hijo sin que alcance á la madre. Y aun cuando una madre—nos dice Jesús—pudiera olvidar á su hijo, yo no os abandonaré jamás.

La segunda mirada del Corazón de Jesús es para su Padre. Le adora con sus inefables humillaciones, con su adoración de anonadamiento; le alaba, le da gracias por los beneficios que concede á los hombres sus hermanos; se ofrece como víctima á la justicia de su Padre, y no cesa su oración en favor de la Iglesia, de los pecadores y de todas las almas por él rescatadas.

¡Oh Padre eterno! ¡Mirad con complacencia el Corazón de vuestro Hijo Jesús! ¡Contemplad su amor, prestad oído propicio á sus peticiones, y que el Corazón eucarístico de Jesús sea nuestra salvación!

III

Las razones por las cuales fué instituída la fiesta del Sagrado Corazón, la manera como Jesús ha manifestado su Corazón, nos enseñan además que en la Eucaristía es donde debemos honrarle, y que allí es donde lo encontraremos con todo su amor.

En presencia del Santísimo Sacramento manifiesto recibió la bienaventurada Margarita María la revelación del Sagrado Corazón; en la Hostia consagrada se manifestó á ella el Señor con su Corazón entre las manos, y dirigiéndole aquellas adorables palabras, que son el comentario más elocuente de su presencia en el Sacramento: «¡He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres!»

Y Nuestro Señor, apareciéndose á la Venerable Madre Matilde, fundadora de una Congregación de Adoratrices, le intimó que amase ardientemente y honrase en lo posible su Sagrado Corazón en el Sacramento, y se lo dió como prenda de su amor, para

que fuera su refugio durante la vida y su consuelo en la hora de la muerte.

Y el objeto de la fiesta del Sagrado Corazón no es otro que honrar con más fervor y devoción el amor de Jesucristo, que sufrió indecibles tormentos por nosotros é instituyó también para nosotros el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Para penetrar, pues, en el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús, debéis honrar los sufrimientos del Salvador y reparar las ingratitudes de que es objeto todos los días en la Eucaristía.

¡Cuán grandes fueron los dolores del Corazón de Jesús! En él hicieron blanco todas las pruebas que pueden imaginarse: fué víctima de toda clase de humillaciones; las calumnias más soeces atacaron su honra y le trataron con el mayor encarnizamiento; abrumáronle los oprobios y menosprecios. Pero, á pesar de todo, se ofreció porque quiso voluntariamente, y jamás se quejó de ello. Su amor fué más poderoso que la muerte, y los torrentes de la desolación no consiguieron apagar sus ardores. Terminaron ya, sin duda, estos dolores; pero siendo así que Jesús los sufrió por nosotros, nuestra gratitud no debe concluir: nuestro amor debe honrarlos como si se presentaran ahora ante nuestros ojos. ¡Y el Corazón que los sufrió con tanto amor allí está, no muerto, sino vivo, activo; no insensible, sino más amante todavía!

Mas ¡ay! ¡Aunque Jesús no puede ya sufrir, los hombres muestran con Él una ingratitud monstruosa! Estas ingratitudes hacia un Dios presente, que vive con nosotros para conseguir nuestro amor, ¡ah! he aquí el supremo tormento del Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento.

El hombre es indiferente á ese don supremo del amor de Jesús; ni lo tiene en cuenta, ni piensa siquiera en él; ó, si á pesar suyo piensa en ello alguna vez, si Jesús quiere despertarle de su letargo, procura rechazar de su mente este pensamiento importuno. ¡El hombre no quiere para nada el amor de Jesucristo!

Es más; aunque apremiado por la fe, por los recuerdos de su educación cristiana, por el sentimiento que Dios ha puesto en el fondo de su corazón de adorar en la Eucaristía á Jesucristo como á su Señor y de consagrarse á su servicio, el impío se levanta contra este dogma, el más amable de todos: llega hasta negarlo, hasta apostatar, para no tener que adorarlo, para no verse precisado á sacrificarle un ídolo, una pasión, para vivir sujeto á vergonzosas inclinaciones.

Su malicia va más lejos todavía; no se contenta con negar; ¡pero ni aun retrocede ante el crimen de renovar los horrores de la Pasión del Salvador!

¡Y se ven cristianos que menosprecian á Jesús en el Santísimo Sacramento, á ese Corazón que tanto los ha amado y que se consume en amor por ellos! ¡Para menospreciarle se aprovechan del velo que le oculta!

Le insultan con sus irreverencias, con sus pecaminosos pensamientos, con sus criminales miradas en su presencia. ¡Se prevalen, para insultarle, de esa paciencia inalterable, de esa bondad sin límites que lo sufre todo en silencio, como sufrió á los soldados impíos y á los esbirros de Caifás, Herodes y Pilato!

Blasfeman sacrílegamente contra el Dios de la Eucaristía, y saben que su amor le prohibe hablar,

¡Llegan hasta crucificarle en su alma culpable, pues le reciben indignamente! ¡Osan tomar ese Corazón vivo y sujetarlo á su cadáver infecto, entregándolo al demonio que los domina!

¡No, jamás Jesús, en los días de su Pasión, sufrió tantas humillaciones como en su Sacramento! La tierra es para Él un calvario de ignominia.

¡Ah! ¡En su agonía buscaba á alguien que le consolase; en la cruz pedía que alguien se compadeciese de su dolor; hoy más que nunca es necesaria la satisfacción, la reparación de honor hacia el Corazón adorable de Jesucristo! Rodeemos la Eucaristía con nuestras adoraciones, con nuestro amor. Al Corazón de Jesús, vivo en el Santísimo Sacramento, ¡honor, alabanza, adoración y dignidad real por los siglos de los siglos!





EL CIELO DE LA EUCARISTIA

Ecce ego creo coelos novos, et gaudebitis et exultabitis in sempiternum in his quae ego creo.

«He aquí que yo creo nuevos cielos, los cuales llevarán para siempre á vuestro espíritu la alegría y regocijo.»

(Isa., LV, 17.)

I

Cuando Jesucristo subió al Cielo en el día de la Ascensión, fué á tomar posesión de su gloria y á prepararnos en ella la parte que nos corresponde. Con Jesucristo la humanidad redimida entra en el Cielo: sabemos que ya no nos está prohibida la entrada, como lo estaba antes de la Redención, y esperamos el día en que sus puertas se abran ante nosotros. Esta esperanza nos sostiene y fortalece. En rigor pudiera bastar ella para que hiciéramos una vida cristiana, y, para no perderla, debiéramos sufrir todas las tristezas de la vida. Sin embargo, para conservar en nosotros y hacer más

eficaz esa esperanza del Cielo, para que esperásemos sin impaciencia el Cielo de la gloria y para conducirnos á él, creó Jesucristo el hermoso Cielo de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es un hermoso Cielo, el comienzo de la gloria. ¿No es la Eucaristía el mismo Jesús glorioso que viene del Cielo á la tierra, y que trae consigo la gloria de la mansión celestial? ¿No está el Cielo allí donde está Jesucristo Nuestro Señor? Su estado, aunque velado á nuestros sentidos, es allí glorioso, triunfante, bienaventurado: nada hay allí de las miserias de la vida, y, cuando comulgamos, recibimos el Cielo, puesto que recibimos á Jesús, causa y principio de toda la felicidad y gloria del Paraíso celestial. ¡Qué gloria para un súbdito el recibir y hospedar á su Rey! ¡Así, pues, tengamos á honra y gloria el recibir al Rey del Cielo! Jesús viene á nosotros para que no nos olvidemos de nuestra verdadera patria, ó bien, para que, pensando en El, no muramos á causa del deseo y del tedio. Viene y permanece corporalmente en nuestros corazones mientras dura el Sacramento; luego, una vez destruídas las especies, remóntase nuevamente al Cielo, pero queda en nosotros por su gracia y por su presencia de amor. ¿Por qué no permanece más tiempo? Porque la condición de su presencia corporal es la integridad de las santas especies.

Jesús, al venir á nosotros, nos trae las flores y los frutos del Paraíso. ¿Cuáles son? Yo no lo sé; no se ven, pero se percibe su perfume. Nos aporta también sus méritos glorificados, su espada victoriosa de Satanás; nos entrega asimismo sus armas para que de ellas nos sirvamos; sus méritos, para que añadamos los nuestros haciéndolos fructificar. La Eucaristía es la escala, no de Jacob, sino de Jesús,

que sube y baja continuamente por ella para nuestro bien. Jesús está en continuo movimiento hacia nosotros.

II

Pero veamos cuáles son en particular los bienes celestiales que nos regala Jesús cuando le recibimos.

Desde luego, la gloria. Es verdad que la gloria de los Santos y Bienaventurados es una flor que no se abre sino al sol del Paraíso y bajo la mirada de Dios; esta gloria exuberante, esplendorosa, no podemos tenerla acá en la tierra: ¡seríamos dignos de adoración! Pero recibimos el germen oculto que la contiene totalmente, como la simiente encierra la espiga. La Eucaristía deposita en nosotros el fermento de la resurrección, la causa de una gloria especial y más esplendente, y, sembrada en la carne corruptible, brillará luego sobre nuestro cuerpo resucitado é inmortal.

Además, nos comunica la felicidad. Nuestra alma, al entrar en el Cielo, al punto se ve en posesión de la bienaventuranza del mismo Dios, sin temor de perderla ni de que disminuya. Mas en la Comunión, ¿no recibís también algunas partículas de esta verdadera felicidad? No se nos da toda entera, para que no dejemos de pensar en el Cielo; pero ¡de qué paz, de qué dulce y santa alegría no os halláis inundados después de la Comunión! Cuanto más desprendida se halle el alma de los afectos terrenos, más gozará de esta alegría, y almas hay tan felices, tan gozosas después de la Comunión, que su cuerpo llega á resentirse.

En fin, los bienaventurados participan del poder de Dios. Pues bien, el que comulga con gran deseo de unirse á Jesucristo, siente un supremo menosprecio por todo aquello que no es digno de sus afectos divinizados. Domina y se sobrepone á todo lo que es terrestre: en esto consiste el verdadero poder, la verdadera pujanza del espíritu. Entonces es cuando la Comunión hace remontar al alma hacia Dios. La oración se define: Una ascensión de nuestra alma hacia Dios. Mas, ¿qué es la oración comparada con la Comunión? ¡Cuán lejos se halla esa ascensión de pensamientos y deseos respecto de la ascensión sacramental por la cual Jesús nos eleva con Él hasta el seno de Dios!

El águila, para que los aguiluchos se habitúen á volar en las más altas regiones, les presenta su alimento desde grande altura de donde ellos se hallan, y, elevándose siempre á medida que ellos se acercan, los hace subir insensiblemente hasta las mayores alturas.

Así también Jesús, Aguila divina, viene á nosotros, nos trae el alimento que necesitamos, y luego Él sube y nos invita á seguirle. Nos colma de dulzuras, para hacernos desear la felicidad del Cielo; suaviza nuestro carácter con el pensamiento de la gloria.

¿No notáis que, cuando poseéis á Jesús en vuestro corazón, deseáis el Cielo y despreciáis todo lo demás? Quisierais morir en aquella hora para uniros eternamente con Dios. Aquel que no comulga sino raras veces no puede desear á Dios tan vivamente, y teme la muerte. En el fondo este pensamiento no es malo; pero si tuvieseis la certeza de ir seguidamente al Cielo, entonces, ¡ah! ¡no querríais permanecer un

cuarto de hora más sobre la tierra! En un cuarto de hora en el Cielo, amariais más á Dios y le glorificaríais más que durante la más larga vida sobre la tierra.

Así, pues, la Comunión nos prepara para el Cielo. ¡Qué gracia tan grande la de morir después de haber recibido el santo Viático! Bien sé que la contrición perfecta nos justifica y nos da derecho al Cielo; ¡pero debe ser mucho mejor partir en compañía de Jesús, y ser juzgado por su amor, unido todavía, por decirlo así, á su Sacramento de amor! Así es que la Iglesia quiere que sus ministros administren el santo Viático, aun en el último momento, al penitente bien dispuesto, aun cuando hubiese perdido el uso de los sentidos; ¡tal es el deseo de esta buena Madre de que sus hijos vayan bien aprovisionados para este terrible viaje!

Pidamos á menudo la gracia de recibir el santo Viático antes de morir: ésta será la prenda de nuestra eterna felicidad; y San Juan Crisóstomo asegura en el libro del *Sacerdocio* que los ángeles esperan, á su salida del cuerpo, las almas de aquellos que acaban de comulgar: en consideración á este Sacramento divino, los rodean y acompañan como buenos amigos hasta el trono de Dios.





LA TRANSFIGURACIÓN EUCARÍSTICA

Et transfiguratus est ante eos.

«Jesús se transfiguró ante ellos.»

(MATTH., XVII, 2.)

HERMOSA es ciertamente la fiesta de la Transfiguración del Señor sobre el Tabor! digamos algunas palabras sobre las relaciones que la unen con la transubstanciación eucarística. Todos los misterios tienen alguna relación con la Eucaristía; y es que la Eucaristía los completa todos. Todos tendían á la Eucaristía, y toca á la gracia descubrir lo que hay de eucarístico en los misterios para alimentar con ello la devoción al Santísimo Sacramento.

Pues bien, Nuestro Señor elige á tres de sus discípulos y se traslada á una alta montaña para manifestarles su gloria, que ocultaba en la humillación de su carne. Iba á prepararlos contra el escándalo de su Pasión, á mostrarles quién era real y verdaderamente.

Ved cómo la Eucaristía se instituye también sobre una montaña, la de Sión, muy de otro modo célebre que la del Tabor. Jesús tenía cierta predilección por

los montes; en ellos realizó varios de los actos más importantes de su vida. Las hondonadas no le satisfacen; de allí surgen los miasmas y las enfermedades. La tierra es para los que se arrastran; así que, á las almas que quiere amar con especial amor las atrae hacia sí elevándolas sobre alguna prominencia. La segunda transformación es más amable que la primera, y mucho más adorable. Se verifica en presencia de los Apóstoles. La primera ocurrió al aire libre, pues la gloria necesita extenderse; la segunda, que es toda amor, la hace en secreto; la concentra, para hacerla más poderosa. Cuando se quiere demostrar el afecto á un amigo, se le estrecha entre los brazos. La caridad del celo se extiende cuanto puede para hacer bien al mayor número posible de almas. El amor del corazón se concentra; se le aprisiona para hacerlo más fuerte. Se reunen sus rayos como en una lente, tal como hace el óptico disponiendo su cristal de modo que reuna en un solo punto todos los rayos y todo el calor de la luz. Nuestro Señor, pues, se comprime, por decirlo así, en el pequeñísimo espacio de la Hostia para que resulte de este modo un foco más ardiente de amor; y así como se produce un grande incendio aplicando una lente sobre materias inflamables, así también la Eucaristía hace surgir llamas en los que de ella participan, abrasándolos con un fuego divino.

En el Tabor, Jesús se transfigura mientras que ora. Sus vestiduras aparecen blancas como la nieve, su rostro resplandece como el sol; no se podía resistir tanto esplendor. Jesús ostenta su gloria, para dar á entender que su cuerpo, á pesar de aparecer tan débil, es el cuerpo de un Dios; esta transfiguración, por consiguiente, se verifica de dentro hacia

fuera: Jesucristo deja salir al exterior un rayo de la gloria que ocultaba por un milagro perpetuo.

Pero Jesús no vino para darnos lecciones de gloria. Por esto la visión del Tabor pasa presto; apenas dura un instante.

La transfiguración sacramental se hace de fuera hacia dentro, y mientras que en el Tabor rasgó Jesús el velo que cubría su divinidad, aquí comprime y oculta aún su propia Humanidad, la transfigura en una apariencia de pan, hasta el punto que ni parece Dios ni hombre, y no practica acto alguno exterior. Jesucristo se sepulta, y las especies vienen á ser el sepulcro de sus potencias y de todo su ser. Con la humildad vela su Humanidad, tan buena y tan bella; parece que se constituye en sujeto de los accidentes: hasta tal punto está unido á ellos; el pan y el vino hanse convertido en el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios. ¿Le veis en esa transfiguración de amor y humildad? Aunque oculto tras de una nube, sabemos que el sol existe: Jesús es siempre Dios y hombre perfecto, pero velado tras la nube del pan y del vino. Así como en el primer milagro todo fué glorioso, aquí todo es amable. No se le ve, no se le toca, pero allí está con todos sus dones. El amor, la gracia y la fe penetran los velos y saben reconocer sus rasgos, sus lineamientos divinos. El alma ve por la fe: la creencia es una verdadera vista.

Quisieran algunos ver á Jesús en el Sacramento con los ojos del cuerpo; pero si los Apóstoles no pudieron resistir el esplendor de un solo rayo de su gloria, ¿qué había de ocurrir hoy? El amor sólo sabe transfigurarse en bondad, humillándose, achicándose, anonadándose. ¿Dónde hay más amor, en el Calvario ó en el Tabor? Comparad, y decidme luego si

es el Tabor ó el Calvario el que ha convertido al mundo. El amor rehusa la gloria, la oculta y desciende. Así se condujo el Verbo al encarnarse, así también en el Calvario, así y más profundamente en la Eucaristía. En vez de lamentarnos, debiéramos dar gracias al Señor porque no renueva ya su Tabor. Los Apóstoles, temblorosos, se echaron en tierra, y todas las palabras que salían de la boca de Dios eran capaces de aniquilarlos. ¡Los Apóstoles apenas se atreven á hablar á Nuestro Señor! ¡Aquí, en cambio, se le habla, no se le teme, porque podemos aplicar nuestro corazón sobre el suyo y sentir su amor!

Además, la gloria por lo menos nos perturbaría el juicio. ¡Ved cómo divaga San Pedro! Había perdido ya el buen sentido. ¡Habla de reposo, de felicidad, en tanto que Jesucristo habla de sus sufrimientos y de su muerte! ¡San Pedro no pensaba ya en sus deberes!

Si nuestro Señor os manifestase su gloria no querríais ya separaros de Él. ¡Estaríamos tan bien allí! Hubo necesidad de que el Padre celestial diese una lección á San Pedro, y que le recordase que Jesucristo era su Hijo, á quien debía seguir por todas partes hasta la muerte. Tened presente que cuando se educa al hombre con mucho mimo y regalo, esta educación no suele ser buena ni sólida, y que el niño á quien se prodigan excesivos halagos y caricias no suele tener un gran corazón. Por esto la transfiguración eucarística no se verifica entre el regocijo y la gloria, sino en el secreto y la humillación: la gloria es su consecuencia futura.

En la transfiguración eucarística no se ve á Moisés ni á Elías, que nada tienen que hacer allí. La

Eucaristía no es para ellos; mas los doce Apóstoles, que serán los legisladores y profetas del nuevo pueblo de Dios, toman parte en ella. Allí está la Santísima Trinidad, aunque su operación es invisible. Legiones de ángeles adoran á ese Verbo de Dios reducido á un estado tan próximo á la nada. Allí estamos nosotros, todos nosotros. Jesús ha consagrado nuestras Hostias en su voluntad y en su presciencia. El las ha contado, y por orden suya nosotros os las damos.

Observad ahora cómo la oración de un corazón sencillo y recto es siempre escuchada, aunque no siempre sea del modo que nosotros nos habíamos imaginado. Pedro había pedido quedarse en la montaña. Jesús se lo negó..., no, no hizo más que retardar la gracia que imploraba. En la Eucaristía Jesús ha instalado su tienda entre nosotros y para siempre, siéndonos permitido habitar con Él en el Tabor eucarístico. ¡Ah! no es ésta una tienda que se levanta y transporta continuamente de un lugar á otro; es una casa que Él construyó y nosotros habitamos día y noche. Nosotros hemos conseguido más de lo que pedía San Pedro. En cuanto á vosotros, hermanos míos, no le veis sino de paso, pero todos los días. Además, vosotros habéis fijado vuestra vivienda cerca de la iglesia del Santísimo Sacramento, y sentís la dulce influencia de su vecindad.

Domine bonum est nos hic esse! ¡Señor, bueno es, grato nos es hallarnos aquí! Vosotros sabéis bien que, cuando sentís alguna pena, cuando os atormenta algún dolor, venís aquí, y Jesucristo Sacramentado es siempre el buen Samaritano. El desahoga su Corazón sobre el vuestro; El os espera; Él os trata,

no como gente extraña, sino como amigos, como hijos de la familia.

No ha dicho el Padre celestial «¿he aquí mi Hijo amado?» El nos le ha dado por un amor incomprensible. Nos le ha dado en Belén, en el Calvario, y sobre todo y para siempre, en el Cenáculo. Jesús se entregaba al mismo tiempo. El Padre le engendra cada día y le da á cada uno de nosotros. ¡Oh! escuchémosle.

Amemos, pues, miremos con singular afecto esta fiesta de la Transfiguración. Es una festividad enteramente eucarística. Venid á esta montaña bendita en que se transfigura Jesucristo: no busquéis allí la felicidad sensible ni la gloria, sino las lecciones de santidad que os proporciona con su anonadamiento. Venid, pues, y por vuestro amor y por vuestra abnegación transfiguraos en Jesucristo Sacramentado, esperando el día en que os transfiguréis en Jesucristo glorioso en el cielo.





SAN JUAN BAUTISTA

Illum oportet crescere, me autem minui.

«Conviene que Jesús crezca y que yo mengue.»

(JOANN, III, 30.)

DEBEMOS honrar á San Juan como modelo perfecto de adoradores. Estas hermosas palabras son la divisa del sacrificio y del servicio eucarístico: que el Santísimo Sacramento crezca, sea conocido y amado, y que nosotros nos anonademos á sus pies! Ahora bien, ved cómo San Juan, en las principales acciones de su vida, ha sido el modelo de los adoradores: su vida parece haber sido una adoración continua, y en ella se encuentran los caracteres de la adoración por los cuatro fines del sacrificio, la mejor de todas las maneras de adorar.

I

La Adoración.—La adoración se hace arrodillado en el suelo, con la cabeza inclinada: es éste un primer movimiento que nos hace reconocer, á través

del velo eucarístico, la majestad infinita de Dios que allí se oculta. A este primer movimiento sucede la exaltación de su grandeza y de su amor.

Pues bien; la primera gracia de San Juan es una gracia de adoración. El Verbo se halla en el seno de María: inspira á su Madre el ir á visitar á Santa Isabel: María lleva ante Juan á su Señor y su Rey. Juan no puede ir; su madre es muy anciana para emprender este viaje; Jesucristo se traslada allí. Lo mismo hace con nosotros; no pudiendo nosotros ir á Dios, Dios viene á nosotros.

María desata el poder de su divino Hijo al saludar á Isabel: aun hoy Jesús está como atado y nada quiere hacer sin María. La voz de María fué la del Verbo encarnado: Juan se agita en el seno materno al oir esta voz, y revela á su madre el misterio de la presencia de Dios en María; Juan es quien le hace comprender este misterio, según lo confiesa Isabel á María: *Exultavit infans in utero meo*. Así que, desde entonces, Juan es el Precursor: ve á su Dios y le adora con sus movimientos; le adora, y la alegría de estar en su presencia se comunica á su madre.

¡Cuán bueno fué Nuestro Señor para con San Juan! Quiso bendecirle, darse á conocer de él desde el seno de su madre. ¡Cuán grata debió serle esta adoración de su Precursor! ¡Era tan espontánea!

Jesús permaneció con él tres meses. Uno y otro estaban encerrados en el Tabernáculo materno. Juan adoraba constantemente á su Dios; sentíale tras el velo que lo separaba de él. Uníos á esta buena adoración de San Juan, tan viva, tan sentida, no obstante los velos, las barreras que le separan de Nuestro Señor: *Senseras Regem thalamo manentem*.

II

La acción de gracias.—La acción de gracias descansa en la bondad, en el amor de Jesucristo; no ve más que los dones, los beneficios; se humilla para exaltar al bienhechor; se regocija por los favores que á él mismo se refieren, así como también por los beneficios y gracias concedidos á los demás, á la Iglesia entera. Este sentimiento dilata el corazón.

Ahora bien; en el Jordán manifiesta el Bautista este doble sentimiento de alegría y gratitud. Considerad desde luego la gracia que le concede Nuestro Señor, porque la acción de gracias parte siempre de un beneficio recibido y reposa sobre la humildad. Pues bien, Juan va á bautizar á Nuestro Señor. El no le habia visto jamás. El Padre celestial le había dado un signo por el cual lo reconocería. Jesús se presenta entre la multitud de los pecadores que esperaban el bautismo de Juan, y oían sus enérgicas exhortaciones á la penitencia; Jesús guarda turno en la fila de los publicanos y de los soldados. ¡Él que era Rey, El que era Hijo de Dios! Nada de privilegios, nada de excepciones. Entended esto, ¡oh adoradores, y no tengáis otro protector que Jesucristo! San Juan se arroja á los pies de Jesucristo. Pero, ¡cómo! ¿Vos venís á mí? ¡Yo debo ser bautizado por Vos! *Ego debeo a te baptizari, et tu venis ad me?* ¡He aquí la humildad, la verdad! Los santos no se creen jamás perfectos. Y Juan, en estas palabras, no habla de su ministerio: *Venis ad me, vienes á mí,* y no dice: *Vienes á mi bautismo.* ¡Qué delicadeza! Hablar de su ministerio le hubiese podido dar cierta importancia; pero ante Dios huelga esto.

Y le dice Jesucristo: Cumple el mandato de mi Padre. Como hombre verdaderamente humilde, San Juan obedece y le bautiza. Una humildad falsa hubiese alegado cincuenta razones para excusarse, pero San Juan obedece. Y cuando Nuestro Señor se retira, aquél no le sigue, sino que permanece en su puesto de obediencia. ¡Qué humildad!

Ved ahora cómo el Bautista transfiere al Señor toda la gloria y el honor de la sublime función que acababa de ejercer. Sus discípulos, que quieren honrarse con la gloria de su maestro, le manifiestan que todo el mundo sigue á Jesucristo. ¡Oh! ¡cuánto me agrada esto! El amigo del esposo se coloca á su lado, de pie en su presencia, pero la esposa es para su esposo; las almas no son sino para Jesucristo. El amigo no está sino para servir al esposo. San Juan se goza en que el divino Esposo encuentre tantas esposas: Mi alegría llega al colmo viéndole crecer. ¡Necesario es que Él aumente y yo disminuya, que Él crezca y yo mengüe!

¡Nada para él, todo para Jesús! He aquí lo que nosotros debemos procurar: que crezca, que tome incremento el reino de Jesucristo. ¡Qué pena no poderle levantar un trono en todos los corazones! Por esto nos postramos en su acatamiento, nos achicamos y elevamos á Jesucristo sobre su trono. *Oportet illum crescere.* ¡Esto va para largo en la práctica: es cuestión de tiempo! Hoy no somos nada, pero tal vez con el tiempo cuente entre sus adoradores á hombres distinguidos. Oh, entonces convendrá decirles: ¡Cuidado, no vayáis de puntillas para creceros por vuestros talentos: inclinaos, humillaos, para que sólo el Señor se haga visible! ¡Es tan hermosa nuestra vocación, es tan elevado su objeto! Se nos

creerá adornados de todas las virtudes, porque deberíamos tenerlas para ser dignos de nuestra vocación. ¡Desgraciado de aquel que quiera tenerse en pie, que conserve su arrogancia en presencia del Señor! ¡No, rodilla en tierra! *Oportet illum crescere, me autem minui.*

¡Oh, bella es la acción de gracias de aquella alma que acepta los beneficios de Dios, pero que reconoce que nada vale y nada merece, atribuyendo á Dios toda la gloria!

III

La Propiciación ó Reparación.—La propiciación consiste en indemnizar á Nuestro Señor, en consolarle: he aquí un vasto campo para nuestra misión de adoradores; debemos ser reparadores, mediadores, penitentes por los pecados de los hombres. ¡El mundo es tan malo que hay más motivo para reparar que para dar gracias!

Pues bien; Juan es reparador cuando dice: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi!* ¡He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo! El predica y señala á la víctima reparadora. Luego después llora y gime al ver la indiferencia de los hombres hacia el Salvador. Oid sus lamentos: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.* Hay en medio de vosotros uno á quien no queréis reconocer. Quéjase de que los grandes y los sabios rehusen seguir á Jesucristo, que va rodeado sólo de algunos desvalidos. Le ofrece pública satisfacción, y le adora como víctima. El le ensalza por aquellos que le

deprimen: ¡Yo—dice—soy indigno aun de desatar la correa de su zapato! ¡Cómo le resarce de tantos menosprecios!

IV

La Súplica ó Petición. Juan había sido encarcelado por el valor que demostró reprendiendo á un Rey culpable. Nadie se atreve á decir las verdades á los Reyes: ¡se tiene miedo! ¡Triste condición la de vivir al lado de los Reyes! Sus discípulos iban á verle, y no creían todavía en Jesucristo. Juan hace lo posible para lograr su conversión. He aquí el verdadero apostolado: conducir las almas á Jesús asiéndolas á Él sin que puedan separarse y volver al mal camino. Juan ruega, pues, á Jesucristo Nuestro Señor, que reciba á sus discípulos. El se los envía, para que se conviertan á la vista de la bondad y del poder de Jesús. Obra el Señor á su vista los mayores prodigios, ¡pero ellos no le adoran! ¡Oh, y cuán necio es el corazón humano maleado por algún prejuicio! La envidia les dice que si Jesús se crece, si su doctrina é influencia toman incremento, Juan ya nada significará en el mundo. ¡Ellos no quieren desaparecer con él; tienen el orgullo de raza, de colectividad; viven de la gloria que rodea á su maestro!

Mas esta visita al Salvador infiltró en sus corazones la gracia de la fe, y muerto San Juan, se unieron á Jesucristo; su conversión fué debida á las oraciones de San Juan.

¡He aquí, pues, un buen adorador! Amad mucho á San Juan, que fué tan amado de Nuestro Señor Jesucristo. Jesús lloró su muerte: era su primo, su ami-

go, su primer Apóstol. Adorad, reparad como él, sabed sacrificaros como él por la gloria de Jesucristo. Juan murió mártir á causa de los crímenes de un Rey, que son los que excitan más terriblemente la cólera de Dios; acordaos siempre de estas palabras, que constituyen la divisa de la santidad y del servicio eucarístico: *Illum oportet crescere, nos autem minui!* ¡Qué Jesús sacramentado sea ensalzado y yo humillado!





SANTA MARÍA MAGDALENA

Jesus diligebat Mariam.

«Jesús amaba á María Magdalena.»

(JOANN, XI, 5.)

Santa María Magdalena era la amiga privilegiada de Jesús. Le servía con sus bienes y le acompañaba á todas partes. Ella honró también magníficamente su Humanidad con sus regalos: Tenía gusto especial en orar á sus pies con el silencio de la contemplación: por todos estos títulos es la patrona y el modelo de la vida de adoración y de servicio á Jesús sacramentado. Estudiemos á Santa María Magdalena: su vida está llena de las mejores enseñanzas.

I

Jesús amaba á Marta, á María su hermana y á Lázaro; á María especialmente. Sin duda que amaba á los tres, pero sentía especial afecto por María. Aunque Jesucristo nos ame á todos, sin embargo,

tiene sus amigos predilectos, y permite que también nosotros tengamos amigos en Dios. La naturaleza, y aun la gracia misma necesitan de ellos. Todos los santos han tenido amigos de corazón, y ellos mismos han sido los más tiernos y desinteresados amigos.

Magdalena fué, antes de su conversión, una pecadora pública. Poseía todas las cualidades de cuerpo y espíritu, y al mismo tiempo todos los bienes de fortuna que pueden conducir á los mayores excesos. Y ella se dejó llevar. El Evangelio la rebaja hasta el punto de decir que fué una pecadora pública. Tal llegó á ser su degradación, que túvose como una deshonra para Simón el Fariseo que ella hubiese entrado en su casa. Y aun llegó á dudarse del espíritu profético de Jesús, á causa de haberla tolerado á sus pies.

Mas esta pobre pecadora, una vez conseguido el perdón de sus culpas, va á remontarse hasta la cumbre de la santidad. Veamos cómo.

II

Lo que detiene, sobre todo, á los grandes pecadores, impidiéndoles la conversión, es el respeto humano. Yo no podría perseverar en el bien, dicen; no me atrevo á emprender una cosa en que no me sería posible continuar. Y se detienen desalentados.

No obró así la Magdalena: sabe que Jesús está en casa de Simón, y no vacila; se dirige directamente á Jesús y hace pública confesión de su vida libertina. Ella se atreve á penetrar en una casa, de donde se la hubiese despedido ignominiosamente y sin mira-

miento alguno si se la hubiese reconocido al entrar en ella. A los pies de Jesús no profiere palabra alguna; pero su amor habla muy alto. Los pintores la representan con los cabellos esparcidos, desaliñados, y con los vestidos en desorden. Esto es pura imaginación, pues ni hubiese sido digno de Jesús, ni digno de su arrepentimiento.

Va derechamente á Jesús sin equivocarse. ¿Dónde le ha conocido? ¡Ah, es que el corazón enfermo sabe muy bien encontrar á aquel que ha de consolarle y curarle!

María no se atreve siquiera á levantar la vista á Jesús; no dice palabra: tal es el carácter del verdadero arrepentimiento, como se ve en el Hijo pródigo y en el publicano. El pecador que mira de frente al Dios á quien ha ofendido, le insulta. María llora, y enjuga con sus cabellos los pies de Jesús rociados con sus lágrimas. He aquí su puesto, á los pies de Jesús. Los pies pisan la tierra, y ella sabe que no es más que polvo de cadáver. Los cabellos, esa vanidad que el mundo adora, ella los desprecia y los hace servir como de trapo ó rodilla, y permanece postrada esperando la sentencia. Ella oye los propósitos de los envidiosos, de los Apóstoles y demás judíos, que no honraban sino la virtud coronada y triunfante. Ellos no amaban á Magdalena, que les da á todos esta lección. Todos habían pecado, pero nadie había tenido valor para pedir perdón públicamente. ¡El mismo Simón, modelo de orgullo é hipocresía, se indigna! Pero Jesús defiende á Magdalena. ¡Qué palabras de rehabilitación: Se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho! «Ve en paz—le dice el Salvador,—tu fe te ha salvado.» Y no añade: «No peques más», como dijo á la adúltera, más humillada

por haber sido sorprendida en el crimen que arrepentida por haber ofendido á Dios. La Magdalena no necesita de esta recomendación: su amor produce en Jesús la certidumbre de su firme propósito. ¡Qué absolución tan hermosa y conmovedora! Magdalena tiene, pues, una contrición perfecta. Cuando vayáis á los pies del confesor, uníos á la Magdalena, y que vuestra contrición, como la suya, sea producida más por el amor que por el temor.

La Magdalena se retiró con el bautismo de amor, y con su humildad llegó á ser más perfecta que los Apóstoles. ¡Ah! Después de este ejemplo, menospreciad á los pecadores, si á ello os atrevéis. Un instante basta para hacer de ellos grandes Santos. ¡Cuántos, entre los mayores de éstos, no han sido buscados y habidos por Jesucristo entre el lodazal del pecado! San Pablo, San Agustín y tantos otros son de ello elocuentísimos ejemplos. La Magdalena les abre el camino: supo remontarse hasta el Corazón de Jesús, porque partió de muy abajo y se humilló profundamente. ¿Quién, pues, podrá desesperar?

III

Después de su conversión, la Magdalena va á entrar en el amor activo. Esta es una gran lección. Muchos de los convertidos se detienen allí. Quieren permanecer en la paz de una buena conciencia con la práctica de los Mandamientos. No se atreven, no se animan á seguir á Jesús, y acaban por volver á caer. El hombre no vive de lágrimas y suspiros. Habiendo hecho pedazos los objetos que vuestro corazón tenía en tanta estima, aquellos objetos que cons-

tituían toda vuestra vida, es necesario reemplazarlos con algo, y este algo ha de ser la vida de Dios. ¿Quedáis arrodillados à los pies de Jesús? Pues cuando se levante, seguidle y marchad con El. La Magdalena va à seguir á Jesús; ya nunca se apartará de El. Volveréis á encontrarla á sus pies, escuchando su palabra y meditándola en su corazón. Esta es la gracia de su vida toda: ella no usa otras palabras que las de oración, plegaria, amor. Sigue á Jesús y practica las virtudes de sus diversos estados. La conversión que se limita al sentimiento no es duradera: María comparte con Jesús los diversos estados de ánimo y las diferentes penalidades á que se ve sometido.

Durante sus viajes, ella le proporciona lo que es necesario para su subsistencia y la de los Apóstoles. Jesús va con frecuencia á casa de sus amigos de Betania para comer allí: en cambio El les concede el alimento de la gracia y del amor. Cada vez que se presenta en aquella casa, María se echa á sus pies y se entrega á la oración. Marta siente por esto el aguijón de los celos, de la envidia. Así hacen aquellos que creen que sólo hay un estado bueno, que sólo hay una manera de vivir. Todos los estados son buenos: el que tú hayas elegido es bueno; guárdale, pero no desprecies los demás. Marta, trabajando por Jesús, hacía bien; pero hizo mal en mostrarse celosa de su hermana. Ya sabéis cómo le respondió Jesús defendiendo á Magdalena. Mejor es oir su voz que prepararle alimento. Ocurre todavía que las vocaciones activas suelen quejarse de las almas contemplativas: «Sois inútiles—les dicen,—venid, pues, á ejercitar la caridad trabajando en favor de vuestros hermanos.» Mas Jesús las defiende en este pasaje.

Pues qué, ¿no hay que ejercitar también la caridad con Jesucristo, pobre y abandonado en su Sacramento?

Magdalena oye este diálogo, á las quejas de su hermana no responde palabra: hállase bien á los pies del Salvador y allí continúa.

Otro carácter del amor activo de Magdalena es el sufrimiento: ella sufre con Jesucristo. Sin duda que había conocido con anticipación la muerte de su Maestro: la amistad no tiene secretos; y si Jesús la reveló á su Apóstoles, tan rudos y groseros, ¿cómo la había de ocultar á Magdalena?

Ved, pues, á Magdalena sufriendo en su amor. Ella va adonde no osan ir los hombres; sube hasta el Calvario, abandona á su familia querida, y sigue á Jesús hasta el término de su Pasión; y la vemos, con María Santísima, á los pies de la cruz. El Evangelio la nombra expresamente, cosa que tenía bien merecida por cierto. ¿Y qué hace allí? Ama y sufre con Jesús. Aquel que ama quiere compartir las alegrías y las penas de la persona querida. El amor funde dos vidas, dos existencias en una sola. Magdalena no está en pie: recuerda que ha sido pecadora y que debe estar arrodillada. Sólo María permanece á pie firme, inmolando á su Hijo querido, á su fiel Isaac.

La Magdalena espera allí hasta después de la muerte de Jesús. Al amanecer del primer día de la semana vuelve allí. Sabe muy bien que Jesús está sepultado, y quiere todavía sufrir y llorar. El Evangelio encomia el celo, la magnificencia de los presentes de las otras mujeres; de Magdalena sólo cuenta las lágrimas. ¡He aquí la heroína cristiana! Magdalena nos manfiesta, más que todos los demás santos, la inmensidad de la misericordia divina.

IV

Después de la Ascensión, ya el libro sagrado no dice nada de Magdalena. Una tradición constante y venerable nos presenta á los judíos colocando á María, Marta y Lázaro en un barco desmantelado, y lanzándolo á alta mar, para que allí encontrasen una muerte segura. Pero el Amigo de otros tiempos los ama siempre: Jesús suple la falta de piloto y gobernalle del buque; los condujo hasta Marsella, y los confió á sus naturales, que son sus amigos y los hijos mayores de su familia.

Lázaro murió mártir. Era precio que su sangre regara la hermosa tierra Provenzal para que la fe floreciese en ella. Marta subió hasta Tarascón, y, reuniendo una comunidad de vírgenes, practica la caridad del cuerpo y del alma en todo el país circunvecino.

Magdalena se retira á una montaña, como para acercarse á Dios. Encuentra allí una gruta, preparada sin duda por la mano de los ángeles. Bien pronto recibe allí visitantes en gran número; y, faltándole tiempo para conversar con su buen Maestro y Señor, sube más arriba, sobre un pico escarpado, y allí alterna con Dios sólo. Allí termina sus días. Ella oraba en aquel paraje, y continuaba en su vida los misterios de Jesucristo. Jesús no cesaba de visitarla. Los sacerdotes cristianos le llevaban la santa Comunión; y, cuando iba á exhalar su último aliento, San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos que tuvo el Salvador durante su vida, le dió con su mano la Comunión. Ella había acompañado á Jesús en el trance de la muerte, y este buen Salvador le

correspondía con el mismo servicio y con idéntico honor.

Murió en Francia y de ello se glorían sus buenos hijos. Poseen sus santas reliquias. Esta es una de las pruebas más señaladas del amor que Jesucristo profesa á Francia. Le envió á sus amigos, que están en ella: por esto esperamos que Francia habrá de encontrar en las oraciones y los méritos de María Magdalena un título á la misericordia de Dios, puesto que esta nación imita su arrepentimiento y amor á Jesús, que vive en ella, que habita en sus ciudades y en sus más insignificantes aldeas. Sí, Jesucristo ama con predilección á Francia, como amaba á Magdalena y á la familia de Betania.





EL MES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Mensis iste, vobis principium mensium.

«Este mes sea para vosotros el primero de todos.»

(Exodo, XII, 2.)



Muchas almas piadosas consagran el mes de Junio á honrar el Sagrado Corazón de Jesús. Por esto se le llama mes del Sagrado Corazón.

Nosotros queremos consagrarlo al Santísimo Sacramento, y creo que el nomb·e de mes del Santísimo Sacramento le cuadra mejor que el primero.

Si bien es verdad que se encuentran ordinariamente en él las dos fiestas del Sagrado Corazón y del Santísimo Sacramento, la última es más solemne y de rito superior. Es mucho más antigua en la Iglesia, y debe sernos más grata.

Que se venere el Sagrado Corazón como lugar donde reside en cierto modo el amor infinito de Jesucristo, muy bien; pero las almas eucarísticas sabrán honrarle también en el Santísimo Sacramento. Porque, ¿dónde se halla verdadera y substancial-

mente vivo el Corazón de Jesús sino en la Eucaristía y en el cielo?

Muchos le adoran en imagen y hacen de los cuadros del Sagrado Corazón el objeto de su devoción. Este culto es bueno, pero no es más que relativo; nosotros hemos de ir más allá de la imagen para encontrar la realidad. Ahora bien, en el Santísimo Sacramento está vivo, late por nosotros: sea Él, pues, nuestra vida; que el centro de nuestra actividad se halle en ese Corazón vivo y amado; sepamos, pues, honrar el Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía; anden siempre unidos en nuestra devoción, sin que jamás establezcamos separación entre el Sacratísimo Corazón de Jesús y la Santísima Eucaristía.

I

Hay en el año muchos meses consagrados á devociones especiales y continuadas durante treinta días: así tenemos el Mes de María, que no es otra cosa que una fiesta de treinta días en honor de la Santísima Virgen. Se honran en él todas sus virtudes, todos los misterios de su vida; en él siempre se alcanza alguna gracia nueva. También tenemos el mes de San José. Muy pronto cada devoción importante tendrá un mes señalado para que en él se practique de una manera especial. ¡Tanto mejor! esto interesa y conviene mucho á la piedad católica.

Porque la devoción de un mes seguido abraza todo el objeto, lo considera en todos sus aspectos, y da de él un verdadero y cabal conocimiento. Con las meditaciones que se renuevan todos los días, además de cierta unidad de actos, virtudes y oracio-

nes sobre el mismo objeto, se llega á conseguir una verdadera y sólida devoción al misterio que es objeto del culto durante un mes. Donde no hay más que un pensamiento concentrado, éste se vigoriza y completa en todos sus detalles.

Nuestra devoción necesita ser fuerte y compacta, tender á un objeto único. ¿Por qué muchas almas piadosas no llegan á una santidad notable? Porque dividen su atención en muchas devociones. Su espíritu de piedad no encuentra un alimento suficiente para conservarlo y hacerle progresar. No saben formarse un cuerpo de doctrina.

Ya sabéis cuántos frutos suelen producir las misiones aun en parroquias que han permanecido por mucho tiempo sordas á las vivas exhortaciones y á los ejemplos heróicos de sus Pastores. Esto consiste en que las misiones son una serie no interrumpida de ejercicios varios. Las misiones emplean todos aquellos medios que pueden conmover los corazones, impresionar la imaginación y hacer reflexionar seriamente. Una misión es un torrente formado por la reunión de todos los medios de salvación; ¿es, pues, extraño que triunfe aun de los corazones más empedernidos?

Cuando todos nuestros pensamientos y nuestras devociones todas se reunen y concentran en un objeto, nos conducen á la más alta virtud y allanan todos los obstáculos.

Tengamos, pues, una devoción concentrada y continua. Dícese que, para corregir una mala costumbre, un vicio arraigado, es preciso comenzar por observarse y combatirse á sí mismo durante algún tiempo, antes que empiece el movimiento de ascensión hacia la virtud opuesta: una vez que se haya

iniciado éste movimiento, se marcha á grandes pasos.

Lo mismo ocurre con el objeto que nos ocupa: habrá de transcurrir cierto tiempo antes que lleguemos á amar con vigoroso y encendido amor la devoción al Santísimo Sacramento, que es la madre y reina de todas las demás devociones: ella es el sol de la piedad. La devoción á María es buena, excelente; pero debe tender y referirse á la devoción de la Eucaristía, bien así como la misma María se refiere por completo á Jesucristo. La Escritura la compara muy propiamente á la luna, la cual recibe toda su luz del sol, y se la envía de nuevo.

Pues bien, si el Mes de María obra tantas conversiones, produce tanto bien en las almas, consigue tantas gracias de toda clase, ¿qué no hará el mes del Santísimo Sacramento, teniendo en cuenta que en él honráis las virtudes, los sacrificios, la Persona misma de Jesús-Eucaristía? Y si sabéis unificar lecturas, aspiraciones y virtudes en la Eucaristía, al fin de aquel mes habréis obtenido alguna gran victoria sobre vosotros mismos: vuestro amor se habrá acrecentado y vuestra gracia será más copiosa y eficaz.

El Señor dijo que aquel que comiera su Carne y bebiera su Sangre, viviría en Él: ¿qué sucederá, pues, si completáis vuestra Comunión sacramental con una comunión continua durante treinta días, de su amor, de sus virtudes, de su santidad y de su vida en el Santísimo Sacramento?

He aquí en qué consiste aquello de unificar vuestras devociones. Sin esto tendréis buenos pensamientos; pero careceréis del principio de vida. La lluvia de tempestad que dura sólo breves instantes, no hace más que desflorar la tierra; pero la lluvia

fina que dura largo tiempo, la penetra y fecundiza. El pensamiento de la Eucaristía conservado durante un mes seguido, se convertirá en fuente abundosa que fecundará vuestras virtudes, y en fuerza divina que os hará volar en el camino de la santidad. Podemos deciros, hablando el lenguaje de la razón pura y de la filosofía natural, que, si os ejercitáis por espacio de un mes sobre un mismo objeto ó tema, vuestro espíritu adquirirá el hábito de él.

Y no temáis que esta concentración sobre un solo misterio acorte ó reduzca vuestro horizonte. La Eucaristía encierra todos los misterios, todas las virtudes; ella ofrece también el medio de hacerlas revivir y considerarlas en su sujeto vivo y animado, presente ante vosotros, cosa que facilita singularmente la meditación. Porque vosotros veis á Jesucristo en la Eucaristía; divisáis su vestidura sacramental; sabéis por vuestros mismos sentidos que está allí: la Hostia os habla, fija vuestra mirada y os presenta de una manera sensible á Nuestro Señor Jesucristo.

Que este mes sea, pues, para vosotros un mes de ventura y bienandanza, en que viváis íntimamente unidos á Jesús. Ya lo sabéis, su conversación no cansa jamás: *Non habet amaritudinem conversatio illius*. Que os haga dar un paso de gigante en el camino de la santidad.

II

¿Cómo debéis pasarle para aprovecharos bien de él?

Conviene ante todo que tengáis un libro referente al Santísimo Sacramento, y que leáis en él un poco

cada día. No temáis agotar la materia: las profundidades del amor de Jesús son inconmensurables, lo mismo tratándose de Jesús en la Eucaristía que en el cielo; siempre es hermoso, siempre nuevo, siempre infinito. ¡No temáis que se seque este manantial infinito; tiene el Señor tantas gracias que darnos, y luego después tanta gloria!

Proporcionaos, pues, un libro que trate de la Eucaristía. Sé muy bien que no son los libros los que hacen los santos, y por el contrario, que los santos son quienes hacen los buenos libros; por esto, pues, no os aconsejo los libros sino para instruiros, para despertar en vosotros pensamientos que luego perfeccionaréis vosotros mismos, y con los cuales os nutriréis en la meditación.

Tomad, por ejemplo, el cuarto libro de la *Imitación de Cristo*, ¡es tan hermoso! ¡Un ángel debió escribirlo sin duda!

Podéis también usar las *Visitas al Santísimo Sacramento*, de San Alfonso María de Ligorio. Cuando se publicó este libro, causó una gran revolución en la piedad: produjo y produce todavía diariamente abundantísimos frutos de salvación.

¿Qué más puedo yo deciros? Tomad cualquier libro, el que más os guste. Dejad las demás devociones durante este mes; nada perderéis sumergiéndoos, abismándoos por completo en el sol.

Visitad más ámenudo y por más tiempo al Santísimo Sacramento.

Comulgad con más fervor.

Practicad alguna virtud en consonancia con el estado de Jesús en la Eucaristía, ora sea su silencio, ora su dulzura, y sobre todo, su vida de recogimiento en su Padre y su anonadamiento.

Haced algún sacrificio particular en honor del Santísimo Sacramento. Presentadle cada día una flor nueva. El se digna concedernos que nos acerquemos á su adorable Persona para presentarle nuestra ofrenda; y bien cierto es que los grandes de la tierra no se dejan ver con tanta facilidad. No menospreciemos este favor que nos concede su ardiente amor hacia nosotros, este derecho que nos compete como hijos de la familia cristiana.

Resumiendo, pues: para pasar bien este mes, es necesario practicar alguna virtud eucarística, leer algun libro acerca del Santísimo Sacramento. Esto es más necesario de lo que pudiera pensarse. Con un libro tendréis pensamientos nuevos; sin libro alguno seréis áridos, repitiendo siempre la misma cosa: *tanquam jumentum*. El libro sólo no es nada; mas si lo acercáis á vuestro corazón, le comunicaréis vida. La misma Escritura Santa debe leerse con el corazón; leída sin fe y sin amor,será vuestra perdición, como obceca y endurece á ciertos incrédulos, á pesar de leerla todos los días.

Tal vez digáis: «No me agradan los libros, porque no encuentro en ellos todo lo que mi alma busca, no le bastan.» Felizmente asi es, y sería bien enfadoso y molesto que los libros se encargasen de hacer toda nuestra oración y lo dijesen todo: en tal caso quedaríamos reducidos á meras máquinas parlantes. El Salvador no permite que los libros lo sean todo para nosotros en la oración: nosotros debemos obtener su gracia con nuestro propio trabajo, con el sudor de nuestra frente. La vida de un Santo, aunque hubiese sido el mayor de la Iglesia, nunca se ajustaría á un por completo. Y esto ¿por qué? Porque tú no eres aquel Santo, y porque posees una gracia

personal adecuada á tu naturaleza; porque tienes una personalidad propia de que no podrías hacer completa abstracción.

Leed, pues, pero no esperéis todo el fruto de las lecturas sino de vuestra propia meditación.

«*Yo haría mi adoración, mi visita; pero no puedo, durante el día, ir á la iglesia*». Que no sea esto obstáculo; Nuestro Señor Jesucristo ve aun en vuestra casa; os oye desde su Tabernáculo. El ve desde el Cielo; ¿por qué no había de ver desde la Santa Hostia? [1] Adorad donde os halléis; haréis una buena adoración de amor, y el Señor comprenderá vuestro deseo.

Sería ciertamente triste que sólo en los templos pudiéramos ponernos en relación con Jesús Sacramentado. La luz del sol nos rodea y alumbra aun cuando no estemos directamente expuestos á sus rayos: así también desde su Hostia sacrosanta hará el Señor penetrar en nuestra casa algunos rayos de su amor que nos comunicarán calor y fuerza. En el orden sobrenatural, como en la naturaleza, hay corrientes. ¿No os sentís alguna vez, súbita é inopinadamente, poseídos y transportados de amor? Pues es que un buen rayo, una corriente de gracia os ha atravesado. Confiad mucho en estas corrientes, en estas operaciones de Jesús. ¡Sería muy triste que Jesús no recibiese adoraciones sino cuando se va á visitarle á la iglesia! No, no; Él ve en todas partes; bendice en todas partes, y en todas partes se une á aquellos que quieren ponerse en relación con Él.

---

1 Esta opinión es defendida por Suárez, *Disp.* LIII, *sect.* III.

Adoradle, pues, allí donde os encontréis: volveos en espíritu hacia su Tabernáculo.

Que todos vuestros pensamientos sean para Él durante este mes; que vuestras virtudes y vuestro amor se encaminen á ese centro divino y allí permanezcan; y de este modo, el mes del Santísimo Sacramento será para vosotros el mes de las bendiciones y gracias.

A. M. D. G.



ÍNDICE